

Selección RNR

ROCÍO MULAS

*No quiero
esperar*



Romance Actual

No quiero esperar

Rocío Mulas



SÍGUENOS EN

megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi abuela Cecilia,
gracias por leerme
aunque las letras sean muy pequeñas para ti*

CAPÍTULO 1

Debería haberme despertado con el despertador, como cada mañana, pero lo cierto es que lo he hecho unos segundos antes por... ¿golpes en el piso de arriba a las siete de la mañana? Imposible: el piso está vacío desde hace unos meses, y nadie en su sano juicio haría una mudanza a estas horas.

Solo por haber variado esa minúscula fracción de mi rutina, un leve cosquilleo se me aloja en el estómago. Antes de levantarme, agudizo el oído, esperando oír algún estruendo unos metros por encima de mí. Pero nada, ya no vuelvo a oírlo. Quizás estoy empezando a desvariar, fruto del agobio del trabajo.

Miro por la ventana: la misma vista de cada día por la mañana. Vivo en Dublín. Mi calle es céntrica, pero no es una de las más atestadas de la ciudad, así que no es ruidosa ni está repleta de gente a todas horas. Aquí se puede respirar paz y movimiento a la vez sin que ninguno de los dos llegue a resultar incómodo.

El agua tibia me despeja, me deja las ideas matutinas claras para poder comenzar un día más. Si uso el agua caliente, sin duda, me podría quedar tan atontado que no reconocería ni mi edificio de trabajo. Dejo llevar la cabeza hacia arriba para que el agua golpee de lleno en mi frente, y de ahí a cada parte de mi cuerpo.

Me visto con detenimiento, escogiendo un traje azul marino de raya diplomática con zapatos marrones, camisa azul celeste y corbata fina gris. Mi empresa es bastante permisiva en cuanto al atuendo y sé que no es necesario ir con corbata, pero, si no, siento que no voy acorde con mi trabajo.

El café no hace más que dar vueltas lentamente a causa de mi cuchara. Remover y remover, a la espera de que Daniel me llame para preguntarme si es sábado, si se había quedado dormido, si teníamos hoy mismo alguna reunión con nuevos clientes. Y no falla.

—¿Qué tal, Danny? —Son contadas y exclusivas las veces que se me ocurre

llamarlo Danny.

—Mal, aún estamos a miércoles; peor aún, todavía estamos en febrero.

—Yo también me encuentro bien, Daniel. Gracias por preguntar, nos vemos en el trabajo.

—Espera, Nicholas. —Estoy impresionado. ¿Qué querrá Daniel que no sea su caprichosa llamada de cada mañana?—. ¿Hoy teníamos presentación? —dice con miedo.

Mi resoplido ya se encarga de responderle; es lo que le contesto cada mañana, cada vez que me pregunta lo mismo.

—Buenos días, Danny, nos vemos en un rato.

Cojo el maletín de cuero negro que me regaló mi padre, tras salir de la universidad hace ya varios años, y me dispongo a bajar.

Estando en pleno centro tengo que salir con mucha, mucha antelación, pero no es algo que me incomode; me encanta escuchar música un buen rato antes de entrar al trabajo: despeja mis ideas de lo lindo. Pero no soporto nada de esos estridentes ruidos de ahora; nunca lo he aguantado, y desde que era un crío me había apasionado por lo clásico. Eso me había causado algún que otro problema de sociabilidad en el instituto, pero no por eso iba a dejar que me engatusara la música moderna y ruidosa como a todos esos alocados becarios que me rodean.

Mientras escucho a Albinoni recuerdo que hace muchísimo tiempo que no me siento frente al piano a tocar algo. Siempre ocupo las tardes con algún libro de composición arquitectónica, o me pongo a estudiar por mi cuenta con nuevos conceptos; pero ya no le dedico tiempo al piano. Quiero tocar algo esta tarde, dejar un hueco en mi agenda para relajarme un rato con una dulce armonía. Eso estaría bien.

—¡Nicholas! —Danny me agita el brazo desde lejos. Está sentado en el capó de su coche, sujetando vagamente su maletín, mientras charla con un par de chicas que yo desconozco—. Mirad, este es Nicholas; también es arquitecto, como yo. —Me quedo un poco perplejo; después Danny lo intuye y me presenta a las dos chicas—. Oh, Nicholas, estas son Sarah.

—Encantado —le contesto con un leve movimiento de cabeza.

—Y Alice. —Hago lo mismo que con Sarah—. Están de prácticas, acaban de entrar a la empresa; hemos coincidido a la hora de elegir aparcamiento, y eso ha llevado a conocernos. ¿No es genial?

Daniel está obsesionado por conocer siempre gente nueva, sobre todo si esa gente pertenece al género femenino. Aprovecha cualquier oportunidad para acercarse, hacerse el divertido e inocentón y ganárselas. He perdido la cuenta de las chicas que me ha presentado en lo que llevamos tan solo de año y con las que hemos tenido que salir alguna noche.

—¿Sabes?: a Alice también le encanta Historia de la Arquitectura, como a ti, que te chiflaba en la universidad. Tenéis algo en común. —Sonrío a la chica forzadamente.

Esa es la forma sutil, por así decirlo, de dejarme claro cuál es la que él quiere. La muchacha es guapa, de melena rubia y de ojos marrones, bastante elegante y tiene pinta de ser una joven simpática nada más conocerla; pero me resulta imposible. ¿Becarias? Daniel cada vez baja más su rango de edad. Además, no aceptaré pasar una noche de parejas solo para que él pueda tirarse a alguien. No es que sea precisamente un parado en cuanto a la actividad sexual, y los viajes al extranjero permiten conocer...bastante mundo, pero mido muy bien las conquistas nacionales. Es fácil decirle a Jane que no podemos mantener una relación viviendo ella en Manchester, a más de mil kilómetros de mí, y lo comprende. Todas lo comprenden o, mejor dicho, se lo tragan. Pero eso no cuela si vive a veinte minutos de tu casa, así que hay que ser más precavido con la manera de ser. Siempre me he mantenido tajante en ese asunto; después de Annabelle, no he hecho nada más que esto, y es todo lo que soporto. Tener de nuevo una relación, miedo a fallar, a no dar la talla...: prefiero ser directo con lo que me apetece en ese momento.

Es hora de entrar.

—Bueno chicas, entonces nos vemos esta noche, ¿no?

—Desde luego. Ahí estaremos, Danny. No se os ocurra dejarnos plantadas. — Sarah bromea con nosotros, pero en especial con Daniel; por suerte, ambos van hacia lo mismo. Más de una vez había ocurrido lo contrario y me había tenido que ver con un Daniel cabreado, como si yo tuviese la culpa.

En la reunión para un posible proyecto en Inglaterra, Daniel no deja de incordiarme con el plan de esa noche. Yo intento quitármelo del medio, ya que es el trabajo que más ganas tengo de realizar, y no va a chafármelo Daniel con sus conquistas. La charla ha sido larga y nos mandan a casa antes de lo previsto. Lo agradezco, solo por poder librarme de mi gran amigo y de su maldito plan.

—Esta tarde te llamo para decirte la hora para quedar, ¿vale?

—Como quieras, pero primero deja que me lo piense... —Ya estamos cada uno en dirección a su coche; es difícil entender todo lo que nos decimos, y Daniel lo aprovecha para hacerse el sordo.

—Entonces, vale, esta tarde sin falta te llamo. Hasta luego.

Es increíble, el mejor, pero desde luego sabe cómo salirse siempre con la suya. Somos bastante diferentes, pero eso también ayuda a nuestra amistad. Por suerte, las pocas peleas que hemos tenido no son más que discusiones leves que nos acaban llevando a las risas. Uno piensa que el otro está loco, y el otro piensa que

su amigo no sabe salir de la formalidad.

El maldito plan de Daniel me deja mal cuerpo. Yo quiero quedarme en casa relajándome con un libro o con una película, y no saliendo a beber en pleno miércoles hasta las tantas para acabar liándonos con unas chicas a las que no volveremos a dirigir la palabra. Me distraigo con una furgoneta particular que hay en la calle, justo enfrente de la puerta de mi edificio. Un chico joven está rodeado de muebles de comedor y de habitación y sostiene la puerta del edificio con el pie mientras se ríe con quien está al otro lado de su móvil.

El ascensor está ocupado. Me gusta bajar andando para despejarme, pero no subir todas las escaleras hasta el tercero, con el maletín y con el cansancio del día a cuestas.

—¡Eh!, ¿qué pasa por ahí arriba con el maldito ascensor? —La tensión que se me ha ido acumulando durante el día me sale por la boca en este momento—. ¡Hay gente que quiere usarlo!

—¡Está ocupado! Lo siento, sube andando —me grita una voz femenina que no reconozco.

Pero ¿qué se ha creído? Por supuesto, tengo que acatar sus órdenes a regañadientes. El ascensor sigue parado. Mi humor ha empeorado, y comienzo a subir los escalones como si quisiese matarlos y a toda velocidad, sin fijarme por dónde ando. Me tropiezo con una silla que han dejado en medio del pasillo del segundo piso, lo que hace que me caiga al suelo.

—¿¡Quién coño ha colocado una silla aquí!?! —Me incorporo de inmediato, embriagado al completo por la ira.

—Oh, vaya. Culpable. —Una chica sale de entre todos los muebles que hay ahí en el rellano; se está riendo de forma sutil—. Por tu humor adivino que eres el cascarrabias que estaba pidiendo el ascensor como un loco; ¿me equivoco?

Me quedo mudo por un momento. La chica que tengo enfrente parece un duende de cabello oscuro y de ojos verdes; parece muy menuda o muy delgada entre todo este mobiliario. La furia me había abandonado, pero solo dos segundos; en seguida vuelvo a ponerme las pilas. No solo me tropiezo y caigo con sus muebles, sino que encima tiene la poca decencia de reírse por ello en mi cara y no pedir perdón. Y para colmo, se dirige a mí como «cascarrabias».

— Necesitaba el ascensor. Y no solo veo que lo están acaparando, sino que encima tropiezo con los muebles de una... —Intento apartar las sillas que me rodean para seguir mi camino.

—Oye, cuidado con lo que vas a decir. —No sé si intenta cabrearse o ponerse

seria, pero no parece conseguirlo—. Necesitaba el ascensor para la mudanza, pero se ha atascado, y he tenido que sacarlo todo. Vivo en el cuarto A. —Me ofrece la mano para estrechársela; tengo que ser educado.

—Claro, un placer. —Mi ironía no pasa desapercibida—. Será fantástico tener a alguien tan amable en el edificio. —Por fin consigo llegar a las escaleras que me llevarán a mi piso, irritado y avergonzado por el tropiezo.

Cuando ya estoy comenzando a subir le digo un «Bienvenida» bastante amargo. Mientras abro la puerta puedo oír cómo le grita de forma amistosa a alguien; solo escucho gritos y risas a la vez.

—¡Eh!, ¡Robi!, ¡quieres dejar el maldito teléfono y subir a ayudarme! —Pero ¿por qué tiene que gritar tanto?

Me siento agotado en el sofá, y me remango el pantalón, la pata izquierda. No tengo nada más que un pequeño raspón, pero no tardará en aparecer un moratón en esta zona.

Voy a la nevera para coger las sobras del día anterior. Nada de pizza ni de hamburguesas, sino algo de verdad. A todo el que me rodea parece asombrarle que un hombre que vive solo pueda saber cocinar como es debido, pero en cuanto salí de casa de mis padres, no tuve más remedio que aprender.

La tele está apagada, como de costumbre; prefiero comer en silencio. Se puede oír todavía a aquella recién llegada cerca de mi puerta; está gritando un «Felicidades» a quien la esté ayudando, seguido de «Por fin». Eso quiere decir que el ascensor ya estará desocupado para la próxima vez.

Me pongo a repasar mis propuestas para el proyecto de Londres bastante pronto. Cuando ya llevo hora y media comienzan a cerrármese los ojos y a darme tumbos la cabeza. Sin pensármelo dos veces, dejo los planos y me marchó a la cama a descansar un poco antes de recibir al impaciente Daniel.

Me despierto de golpe. Parece que he tenido un sueño movidito, pero cuando consigo despejarme, en un par de segundos, vuelvo a escuchar más ruidos. Proviene de arriba, justo encima de mí, y después recuerdo la letra y el piso que ha dicho la chica —cuarto A—, y los leves sonidos que, al parecer, me han despertado por la mañana

¿Tenía que mudarse precisamente al apartamento que está encima del mío? Lo único que soy capaz de oír desde mi cama son risas y carcajadas, más muebles que se arrastran por todo el piso de un lado al otro. Si tienen parqué, lo deben de estar destrozando de lo lindo. Después de diez minutos escuchando cómo están indecisos por la decoración de su piso, me calzo los zapatos para subir a

llamarles la atención —esta vez, educadamente— para conseguir mi objetivo.

—Ya va, ¡un segundo!

Debía de estar preparándose cuando suelta la mesa de comedor, o alguna de sus endemoniadas sillas, mientras yo espero enfrente de su puerta; la abre al máximo. No parece tener ningún problema en que se vea el desorden que tiene, quizás porque esa desorganización es usual en cada mudanza; pero yo no recuerdo que la mía haya sido así.

—Oh, el chico del ascensor. —Me sonríe como si nuestro único encuentro hubiese sido el más feliz del mundo—. Ya lo he dejado libre.

—Sí, lo sé, ya me he dado cuenta. Verás, no quiero ser pesado ni antipático, pero vivo justo abajo, y trataba de descansar un rato...

Veo cómo su compañero se mueve por toda su casa, llevando sillas al vuelo de un lado a otro. No sé ver si ese piso tiene la misma estructura que el mío; está totalmente blanco y, a pesar de todas aquellas cosas que abarrotan la estancia, está mucho más despejado, más luminoso, pues no tiene aún ni cortinas, ni nada por el estilo, que le dé más intimidad que las persianas.

—Vaya, lo siento. Es que tengo ahora mismo todo el piso desorganizado, con los muebles por todos lados; esto resulta un caos. —Se está riendo despreocupadamente mientras se seca la frente perlada con el antebrazo—. Y eso que me he traído ayuda, pero ni por esas consigo poner todo en su sitio, y para colmo...

—Ya, verás, lo único que pido es un poco más de cuidado al arrastrar los muebles; se oye como si los estuvieseis moviendo en mi casa. Puedes colocarlos donde más te guste. —Mi tono grosero aparece de nuevo y, en cuanto me doy cuenta, intento sosegarlo—. Solo os pediría que no los arrastraseis de esa forma.

—Claro, lo intentaremos. Disculpa de nuevo.

Puedo ver al chico descansando mientras bebe una cerveza. Ahora me fijo mejor: es alto y rubio. Seguramente sean una pareja que han decidido independizarse prematuramente, porque los dos parecen muy jóvenes. Aunque no pegan: él parece demasiado normal, del montón, y ella...

Cuando estoy bajando las escaleras, me detengo un momento; he tenido dos encuentros —o encontronazos— con ella y no sé su nombre. Mi mente formula rápidamente la frase «En otra ocasión, quizás», pero en seguida lo sustituyo por otra: «Espero que nunca».

Vuelvo a tumbarme en la cama. El ruido ha dejado de ser molesto, aunque no ha desaparecido del todo. De todas formas, me doy cuenta de que se me ha quitado el sueño por completo, y menos mal. Daniel no tarda en hacer su llamada.

—¿Cómo estás? —Mi voz suena cansada.

—De puta madre.

—Con esa boca no conseguirás engañar a ninguna chica de que eres un caballero.

—Solo tú te escandalizas cuando hablo así. Y de momento me vale con la chica de esta noche. Chicas —se corrige—. Alice parecía interesada en ti. Además, tú no es que tengas una boca muy limpia, precisamente

¿Cómo puede decir que una persona a la que he visto no más de diez minutos está interesada en mí?

—Yo no intento impresionar a nadie. Oye, respecto a eso, si no voy... —Empiezo a formular esa hipótesis, que quiero transformar en pregunta.

—Oh, no, no, no, tú vas a venir conmigo. —Noto el miedo en su voz y me río por lo bajo. Siempre se pone histérico, como si no supiese ligar solo—. Ya he dicho que iríamos los dos; si tú no vienes, Alice se querrá ir, y con ella, Sarah, y me joderás el plan.

—Mira, voy a ir sólo para que te calles, pero te lo advierto: no pienso tirármela. No estoy de humor para eso, ahora no.

—Ni ahora ni nunca. Como quieras, pero no dejes que quiera marcharse; si no, se irá Sarah.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—Gracias, tío. Te debo una. —Me debe unas cuantas, pero no se lo menciono ahora—. Por cierto, es a las nueve y media en mi casa, ¿de acuerdo? Podemos ir los cuatro en mi coche. Iremos primero a cenar por ahí y luego, a DeLine.

—¿Cena y discoteca? Joder, es miércoles. —No estoy histérico, pero sí incómodo. No me gusta llegar a las tantas a casa teniendo trabajo al día siguiente; ya lo he probado y no me hace ningún bien.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas; sabes cómo empiezan, pero no cómo acaban. Vamos, relájate. Te veo en un rato.

—Vale, ahí estaré, aunque quiero que sepas que será muy a mi pesar. —Ni si quiera sé para qué se lo he dicho: ya me ha colgado.

Hago lo que me he prometido hacer por la tarde. Me siento frente al piano y abro la tapa; es un precioso piano de pared, de color negro, que mis padres me habían regalado en las Navidades de mi último curso en el colegio. Cuando comienzo a tocar *Sueño de amor*, de Liszt, me pregunto por qué hace tanto tiempo que no me paro a tocar algo, por qué no he querido interpretar nada para mí mismo desde...

Oh, ahí está la respuesta. Ese piano no ha sido tocado desde que Annabelle se marchó del piso. Desde que lo dejamos, desde hace prácticamente dos años, ese piano ha estado acumulando polvo, a la espera de que me sentase de nuevo a

prestarle atención. El mayor caso que le he hecho ha sido para afinarlo de vez en cuando. Y mientras hago caso a cada una de las notas que van sonando en las teclas, me pregunto también por qué he dejado abandonado a mi único amor, al único que nunca me ha fallado y que realmente me ha dado lo que he querido siempre sin esfuerzo.

Dejo que pasen las canciones. Todas las que se me van pasando por la mente las toco; aquellas que me han servido de práctica en mis primeros años de aprendizaje, aquellas que he utilizado para fardar delate de algún amigo o para lograr/obtener muy buenos resultados con las mujeres.

Me hace gracia: mientras toco el piano, puedo escuchar aún las leves risas de mi nueva vecina mientras sigue moviendo muebles. Eso sí, ha seguido mi consejo; quizás cuando me la cruce se lo pueda agradecer. Mierda, no, espero no tener que escuchar de nuevo su voz aguda y cantarina tan cerca de mí.

Se me ha hecho tarde, así que lo único que pude hacer después de cerrar la tapa del piano es ponerme la chaqueta y salir a por mi aterradora cita obligada.

CAPÍTULO 2

Me visto corriendo, con una camisa blanca, chaleco negro y pantalones vaqueros del mismo color.

Desde mi casa a la de Daniel apenas hay veinte minutos, y suelo hacer ejercicio cada vez que tengo tiempo, así que no me importa en absoluto ir caminando hasta allí. Es una noche completamente negra, con el rastro de alguna nube densa

Tan solo llego cinco minutos tarde, pero ellas ya están allí, sentadas en el sofá, tomando una copa.

—Siento el retraso.

—Va, no importa.

—Sí, nosotras acabamos de llegar —contesta Alice mirándome directamente a los ojos, algo que me incomoda. No me gusta que gente con la que no tengo ningún tipo de confianza me mire así—. Así que puedes estar tranquilo. Tu amigo nos estaba contando cómo os conocisteis.

No, la historia en la que me dan un balonazo otra vez no. Pienso para mis adentros que, si llega un día en el que se enamore de alguien, será capaz de contarle la verdad, y no esa chorrada que se inventó cuando tuvimos nuestro cuarto fracaso en citas. Nunca me ha molestado ser yo el patético que recibe un balonazo mientras jugaba al *rugby*; mucho menos me importa esta noche. Quizás eso consiga que Alice deje de sentir ese interés tan intenso que, según Daniel, tiene.

—Oh, vaya. Bueno, digamos que es una forma peculiar de conocerse, ¿no? —Empiezo a reírme de forma exagerada, como en cada cita, como cada vez que tengo que fingir por mi buen amigo. Todo eso lo tenemos ya más que ensayado —. Menos mal que Danny estaba ahí para llevarme a la enfermería. Después de ese balonazo...

—Oh..., pero ¿no habías dicho que fue una pelea con un grupo de muchachos

de la universidad? —Las chicas miran extrañadas a Daniel. Mierda, mierda, ¿qué hago ahora?

—No, bueno, en realidad, fue ambas. Recibió una buena tunda de esos capullos, que la remataron con el balonazo. Y aquello llevó al inicio de mi amistad con Don Nicholas Dyer. —Me coge por los hombros y me da un empalagoso beso cómico en la mejilla, que provoca mi rechazo y mi cara de asco, y las risas de estas dos chicas tan joviales y felices. Al menos se ha arreglado.

Me apunto a la copa que ellos ya estaban tomando antes de que yo llegase, mientras hablamos un poco de todo: del futuro soñado de cada uno, de cómo llegamos a parar juntos a la misma empresa, de dónde veníamos anteriormente...

Al salir hacia el coche, Danny aprovecha para mencionarme la cagada que he provocado.

—Un poco más y me lo jodes todo.

—Me podías haber dicho cuando me llamaste si ibas a contar la versión de la paliza o la del balón. Yo no tengo la culpa; de todos modos, lo siento.

—No importa, al menos ha salido bien. Eso de la paliza y el balonazo queda bien; podemos modificarlo así para la próxima vez.

Es incorregible, y no pienso ser yo quien lo domestique; eso, desde luego.

Alice y yo vamos en la parte de atrás. Me alegro de que el coche de Daniel aún sea antiguo, de los de segunda mano, con casi veinte años de antigüedad, y no lleve incorporado el cinturón del medio; si no, puedo apostar cualquier cosa a que Alice lo usaría. Siempre le decía que debía ponérselo si no quería llevarse una buena multa por parte de la policía, pero hoy, más que nunca, me mantendría callado sobre ese tema.

Llegamos al Helmet enseguida. Daniel y yo solemos elegir ese restaurante porque conocemos al dueño desde hace algún tiempo. Arthur es un exarquitecto, que se dio cuenta, más pronto que tarde, de que su sueño era ser hostelero y dueño de su propio negocio. En pocos años se había convertido en uno de los locales exclusivos de la ciudad.

—Vaya, ¿así que el dueño os conoce? —Alice me pregunta, mientras le ayudo caballerosamente a deshacerse de su abrigo para colocárselo en su asiento, y después ofrecérselo.

¿El dueño nos conoce? Así que, en vez de ver increíble el hecho de que nosotros conozcamos al dueño, le parece más sensacional que él nos conozca a nosotros.

—Sí, desde hace algunos años. La verdad es que aquí comemos muy bien, y hoy no será una excepción. Podéis pedir cualquier plato que imaginéis, y lo tendréis sin problema. Y no os preocupéis: por supuesto, Nicholas y yo pagamos.

De una forma extraña, que no tuvo que haberse producido, Sarah y yo abrimos la boca para quejarnos a la vez. Daniel ya me ha propinado una patada en la espinilla. Esta vez tengo que hablar yo.

—Desde luego, faltaría menos.

¿Qué más puedo decir? Tampoco quiero mentir diciendo que se lo merece. Nunca he llegado a ser tacaño, pero prefiero gastar mi dinero en alguien que yo quiera. Si cogemos por regla el invitar a cada ligue, me habré arruinado antes de mitad de mes, aún con mi sueldo.

Hemos comido bien, como cada medio día y cada noche que vamos ahí. Arthur nos pregunta qué tal nos va en el trabajo; le hablamos de los nuevos proyectos, de mi hermana y del hermano de Daniel —a los que también conoce—, pero no nos explayamos. Vamos tan a menudo que se sabe toda nuestra vida de arriba abajo.

Para cuando estamos en la cola de DeLine, ya me sé media vida de Alice. Tiene veintidós años, ha repetido algún curso en el instituto; se había metido en Derecho, pero no le convencía y apostó por Arquitectura. Es de la costa y ha venido a vivir al centro con quince años. Ha cortado con su novio hace cinco meses, según me ha dicho, porque «era tan aburrido que se dormía en cuanto abría la boca». Esto me produce una sensación extraña; alguna vez han usado esa expresión conmigo.

—Entonces, ¿tienes veintinueve años y ya estás viajando por todo el mundo?

Parece que Alice intenta echar cuentas para que mi edad corresponda a la del trabajador perfecto e impecable que soy en estos momentos.

—Sí. Cuando salí del instituto comencé a estudiar Biología, pero me salí después de un año para hacer Arquitectura. Y luego, bueno, solo ha sido cuestión de esfuerzo y trabajo el haber llegado hasta donde estoy.

—Vaya, creía que serías como todos los chicos, que repiten algún curso del instituto o tienen un trabajo tan secundario que no ascienden nunca.

Todos los chicos. Mi padre me había enseñado el verdadero nombre de la disciplina desde que había dejado la carrera de Biología. Aquel primer año había sido un fracaso para él, pero después, al escoger su misma trayectoria, me había hablado de lo importante que era ser un hombre. Y para él, serlo significaba poner el trabajo por encima de todo lo demás.

—No, tardé seis años en terminar el instituto. Y mi trabajo es...

—Pues qué suerte tienes; yo repetí cuarto, y fue horrible dar lo mismo que el año anterior con gente más pequeña...

—No es suerte; se trata de cómo es cada uno... —Me sale un tono serio. «Suerte», dice...

—Bueno, lo siento. Quería decir que has sido afortunado por ello.

Nos quedamos unos minutos callados, quizás incómodos por este momento que yo mismo me he encargado de generar. Nos dedicamos a mirar cómo nuestros amigos bailan de forma sensual, muy pegados, una canción lenta. Daniel pasea su mano por todo el largo de su espalda, y ella le acaricia el pelo. Conozco la cara de mi amigo; no va a tardar mucho en caer.

—¿Te apetece bailar? —Alice me mira con ojos sugerentes y con una sonrisa demasiado provocativa.

—Oh, no. Lo siento, yo no bailo, no me gusta. —Intento excusarme con delicadeza para no ser grosero con ella—. Disculpa, tengo que ir al baño.

Aprovecho para que no siga insistiendo y no se piense que es una táctica en la que ella tiene que seguir suplicándome hasta que yo acceda encantado. Un *no* es un *no*.

Necesito relajarme, así que me quedo un rato en el baño, refrescándome y deseando que acabe ya de una vez; un amigo deseoso de mojar, una chica que está tan desesperada como para liarse con quien le lama el culo de manera patética, una chica que intenta por todos los medios algo que no va a conseguir y yo. Solo quiero marcharme a casa y dormir, y así mitigar la migraña que está comenzando a aparecer. Tengo claro que esta será la última vez que Daniel me arrastre en contra de mi voluntad para salir con crías; la próxima vez ligará sin mi ayuda.

—Vaya, sí que has tardado. —Ella se ha pedido otra copa y parece que ha sido hace un rato.

—Sí, necesitaba refrescarme. Empiezo a tener dolor de cabeza.

—Pero ¿estás bien? —Parece preocupada, o bien por mi salud, o bien porque se puede quedar sin polvo esta noche.

—Sí, no es nada.

A estas alturas, nuestros amigos se han ido a la parte más alejada de la barra, casi a una esquina. Podemos ver con exactitud cómo unen sus lenguas, sus labios, sin cesar. No niego que me dé envidia; hace mucho que no me acuesto con nadie y estoy centrado en el trabajo como para buscar a la chica perfecta, en la ciudad, que solo quiera sexo de una noche y nada más. Pero esta noche, no; y menos con alguien que solo sabe hablar del instituto. Me niego a estar con alguien que ha dejado los dieciocho no hace mucho; la mayoría son tontas, ñoñas e inexpertas, y aún creen que todos somos príncipes azules.

Alice también se fija en su amiga, en la ventaja que ya le lleva, así que no se lo piensa más y, cuando me giro para prestarle la misma atención que antes, me besa. Su beso, al igual que toda ella, delata ansia y desesperación; apenas me deja respirar, pero reconozco que una parte de mí, una muy pequeña, lo está disfrutando. Sin embargo, no lo permito y, de un movimiento rápido pero

educado, la aparto de mí.

—Escucha, pareces una chica genial; creo que eres simpática y muy guapa...

—Ya, pero no... —La decepción releva a las ganas de una noche divertida.

—Yo ahora no busco ni quiero nada, ni siquiera algo tan fugaz como esto.

Estoy a punto de disculparme, pero no me da tiempo, al igual que no me da tiempo a ver cómo derrama lo que le queda en el vaso sobre mis pantalones. Me quedo mirando como un bobo la mancha que ha quedado.

Tendría que haber estado más atento pues, cuando alzo la cabeza para dirigirme a ella, recibo una bofetada en la mejilla derecha. Ha empleado una buena fuerza, y me llevo la mano al lugar donde me arde.

—¡Eres un capullo! ¿Qué te pensabas que haríamos esta noche?: ¿jugar al Trivial? Si no querías nada, no hubieras venido. Crees que por estar bueno puedes tratar a las tías como te dé la gana, pero no.

Ni siquiera puedo contestar. Se ha marchado hacia su amiga, y yo sigo frotándome el pómulo con delicadeza.

En pocos segundos, Sarah y Alice se están largando, aunque a Sarah le da tiempo a darme su opinión.

—Eres un gilipollas.

Vale, ser cortés no ha funcionado.

—Pero ¿qué coño le has hecho? ¿Hasta dónde le has metido mano para que se ponga así?

—Precisamente eso es lo que no he hecho. Las tías están locas.

—No sé, pero gracias a ti esta noche me quedo a dos velas.

Le cuento lo que ha pasado en el coche, y casi se va riendo. Al menos mi amigo no se ha cabreado también.

—Pues sí que te tenía ganas, ¿no? Nicholas, no puedes ir provocando a las mujeres y luego dejarlas a medias. —Comienza a bromear y yo le pego un puñetazo amistoso pero fuerte en el brazo, que lo despista—. ¡Ay!, para. No lo vuelvas a hacer o tendremos un accidente.

—Oye, lo siento, de verdad. Yo también esperaba que mojases esta noche, pero se han torcido las cosas y...

—Bah, no importa. —Me hace un gesto con la mano, como quitándole importancia al asunto—. Anda, que no hay tías en la oficina ni en las cafeterías, ni hay amigas de hermanas... —Empieza a moverme las cejas de forma sugerente.

—Serás capullo; mi hermana tiene diecisiete años, ¿cómo se te ocurre decir eso?

—Cuando estuvimos los cuatro en tu casa, ¿te acuerdas?, tu hermana trajo a algunas amigas que no estaban nada mal...

—Tu hermano también estaba ahí; ¿sabe él que piensas esas cosas?

—Ni de coña; es más enano que yo, pero no se cortaría en darme de leches. Son las amigas de su novia, y eso las convierte en sus amigas. Por cierto: ¿sabes cómo les va? Hace bastante que no pasa por mi casa ni que yo paso a ver a mis padres, así que no tengo noticias de él.

—Están bien. Cada vez que Karen se queda en mi casa a dormir me habla de lo enamorada que está. Incluso, una noche la pillé soñando con él. Está bien que nuestros hermanos estén saliendo juntos.

—Es estupendo. ¡Compartiremos sobrinos!

A mí me produce escalofríos pensar en ello; mi hermana aún está en el instituto. Siempre será mi hermana pequeña, y veo tan lejano el que crezca en ese aspecto...

—¿Quieres que te acerque a casa? No tardo nada, y empieza a chispear.

—No, tranquilo, necesito aire fresco, aún sigo con migraña. Nos vemos mañana.

Esas pocas y menudas gotas no tardan ni cinco minutos en convertirse en una fuerte lluvia sin tormenta. Vuelvo a mirar al cielo: esta vez está repleto de nubes, y solo en un pequeño punto del cielo se divisa claridad absoluta. Está bastante lejos; todo lo demás son espesas y oscuras nubes.

Increíble. Uno pensaría que esta lluvia es la forma «perfecta» para rematar la noche y el día entero después de cada catástrofe, pero la verdad es que es una de las dos mejores cosas que me han pasado en todo el día, además del reencuentro con mi mayor afición después de dos años.

Ralentizo mi marcha y de nuevo dirijo mi cabeza hacia arriba para dejar que toda la lluvia me empape. Desde luego, pienso: «Esto es mucho mejor que una ducha matutina».

Casi sin darme cuenta la lluvia comienza a caer con más intensidad sobre mí, así que no me queda más remedio que acelerar la marcha. Hago los últimos doscientos metros a un paso bien ligero.

Cuando voy a abrir la puerta del portal, unos faros potentes me iluminan de golpe. Miro al cristal de la puerta: el reflejo me deja ver la misma furgoneta de este mismo medio día. Me giro y puedo ver cómo aquella nueva chica se despide con un beso en la mejilla de su amigo, el de la mudanza. Soy amable y le sujeto la puerta para que ella también entre.

—Muchas gracias. —Se nota que está agitada.

—No hay de qué. —Mi voz suena mucho menos severa que en nuestros dos únicos encuentros anteriores.

Esperamos una eternidad a que llegue el ascensor desde el quinto piso. La miro de reojo; a pesar de haber estado tan solo unos segundos bajo el chaparrón,

su pelo ha adquirido perlas de agua que únicamente han llegado a humedecérselo un poco, y su rostro parece más brillante que mojado. Sacudo la cabeza sutilmente; ¿por qué estoy pensando en su rostro humedecido?

—¿Sabes?: ni siquiera nos hemos presentado. —El silencio y mis pensamientos se cortan al dirigirse a mí—. Soy Lisa. —Me ofrece la mano y se la estrecho. Justo cuando me dispongo a decirle mi nombre, se adelanta ella—. Eres Nicholas, ¿no?

—Sí... —Me asusta que sepa mi nombre y ella supone mi pregunta. Un leve rubor tiñe sus mejillas de inmediato.

—Lo vi en tu buzón, y no sabía si serías tú o tu casero.

—Pues soy yo.

—¿En serio te llamas Nicholas? —Frunzo el ceño. ¿Qué ve de extraño?—. Bueno, quiero decir, ¿no tienes un diminutivo como Nicky o Nick? Nick suena bien. —No me hace gracia su confianza.

—Prefiero que me llamen Nicholas.

—Claro. —Levanta los brazos como si se estuviese excusando—. Pero creo que en un chico joven queda mucho mejor Nick que Nicholas.

Para cuando me lo dice, yo ya estoy fuera y la puerta del ascensor se ha cerrado para continuar el ascenso hasta el siguiente piso.

—¡Pero me llamo Nicholas! —No insisto; seguramente ya no me esté escuchando.

Estoy empapado. Echo toda la ropa para lavar y me seco con una toalla que luego me pongo alrededor de la cintura. Cojo una más pequeña para secarme el pelo; no es que lo tenga precisamente largo, pero sí necesito quitarle agua a algunos mechones.

Aún me estoy frotando la cabeza con fuerza cuando llaman a la puerta.

—¿Quién puede ser ahora...? —Miro el reloj: son las dos.

Cometo el error de ir directo hacia la puerta sin preocuparme en abrir con un poco más de ropa; solo me doy cuenta una vez abierta. Yo, frente a mi nueva vecina, Lisa, con la única compañía de una toalla alrededor de la cintura. La cara de ella se torna roja en cuestión de segundos, y reprime una carcajada, ¿o un espasmo?

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, tranquilo. —Desde luego, casi no atina al hablar, y sus ojos van desde mi rostro a mi abdomen. Creo—. Antes, saliste con prisa del ascensor, y se te había caído la cartera. —Me la entrega de inmediato.

—Vaya, gracias.

—No hay de qué. —Ya está dentro del ascensor y, justo cuando se cierra la puerta, dice—: Ya me devolverás el favor, Nick.

—¡Soy Nicholas! —Después me doy cuenta de que son altas horas de la noche, y un lunático semidesnudo se está dedicando a gritar por el rellano. Me meto de inmediato en casa.

Ya me he secado del todo y me voy a la cama enseguida, solo con unos calzoncillos. A pesar de haber llovido, la casa se mantiene cálida, y no soporto pasar calor por la noche.

Creí podría dormirme en cuanto me pegase al colchón, que ni siquiera tendría que necesitar mi par de minutos de relax, que sería capaz casi de tumbarme en la cama mientras comenzaba el primer sueño de la noche. Pero no es así.

No paro de dar vueltas en la cama, de dirigir mi mirada a la calle, de ver cómo la lluvia golpea con fuerza en los cristales y me hace darme cuenta de lo cobijado que estoy en estos momentos. Lleva tanto tiempo lloviendo...

Empiezo a pensar en esa chica, en Alice, en lo insistente y pedante que me pudo resultar con haberla visto una vez, en cómo se sintió ofendida cuando había sido amable, en cómo su amiga se puso en mi contra y me llamó gilipollas. Gilipollas y capullo: así fue cómo ambas se habían referido a mí por ser educado. El mundo se ha vuelto completamente loco. Pienso en el proyecto y en las ideas que quiero presentarle a mi jefe mañana; tengo claro cuáles quiero enseñarle, pero prefiero repasar mentalmente por si hay algo que no está bien del todo o que pueda modificar, o incluso incluir en el último momento.

Y de pronto, justo antes de empezar a cerrar los ojos, se me viene a la mente. ¿Realmente se llama Lisa o se trata de un diminutivo, como ella había dicho?

Lisa.

CAPÍTULO 3

Me levanto como un rayo de la cama y, cuando recuerdo toda la noche pasada, vuelvo a tumbarme. La cabeza me da vueltas. Apenas bebí algo, pero todo lo que ocurrió...

Voy como puedo, dando tumbos hasta la ducha, casi mareado, pensando que ya desde primera hora será un día divertido, si lo empiezo así.

Esta mañana Daniel no me ha llamado, quizás porque soy yo quien debe presentar el proyecto y no él.

Me pongo a charlar con Rose, mi compañera de trabajo y mi amiga desde hace poco, cuando me salvó de una metedura de pata con el jefe. He conseguido llegar bastante pronto, y Daniel aún no ha aparecido.

—Ahí está el cerdo.

Me giro en cuanto escucho aquello, más que por lo que oigo, por la voz que lo menciona; me es familiar, aunque no demasiado.

—¿Realmente hizo eso? Me parece muy fuerte. —Esa voz es diferente y desconocida.

Entonces, me percató de lo cerca que está aquella chica de la noche pasada, Alice, con una amiga que no es Sarah. ¿Se tiene que enterar media empresa de lo que había hecho anoche? Su amiga me mira como si me odiase desde hace años, como si hubiese sido ella a la que había rechazado.

—¿Qué ocurre? —Al menos Rose parece no saber qué pasa. Aún.

—Un problemilla que tuve anoche. Nada realmente grave. —Le resto importancia, aun sabiendo que, visto lo visto, antes de que acabe el día, seguramente ella me mire igual que esas dos chicas.

—¡Rose! —La mano de Steven, su novio, se agita a lo lejos—. ¡Ya ha llegado!

—Vaya, te tengo que dejar. Ha venido a visitarnos una amiga y debo ir a saludarla.

—Claro, ve. Ya nos veremos dentro. Dale recuerdos a Steven, y que le vaya bien en el grupo.

—¡Eh! —Danny me da un puñetazo en el hombro, que no me espero—. Pareces dormido. ¿No me has visto llegar o qué?

—No, andaba con mis cosas —le digo distraído señalando el proyecto archivado en mi maletín—. Por cierto: me he encontrado esta mañana con Alice.

—¿Ah, sí?—Parecía interesado—. ¿Y qué te ha dicho? ¿Te ha pedido perdón?

—Pues... no exactamente; a no ser que pedirme perdón sea contarle a todo el mundo que soy un cerdo.

—Vaya... Bueno, Sarah también está vetada. —Me da con la mano en el pecho para enfatizar su enfado, y yo me pongo nervioso. Cada vez que lo hace mi paciencia cae en picado—. ¿Te puedes creer que la he llamado esta mañana y solo me ha dicho que no va a pasar nada mientras estés por ahí cerca? Una imbécil.

—Lo siento. Aunque si es así...

—Lo sé. Tranquilo, al menos me has salvado de una noche loca con una... ¿loca? —Ambos nos echamos a reír.

Alice no está muy lejos, y nuestras miradas se cruzan. No sé si es porque nos ha visto o porque llega el momento más intenso de su historia, pero en ese momento empieza a ponerse histérica, como si fuese a llorar.

—Entonces, después de pasarse toda la noche flirteando conmigo y tirándome las indirectas más claras que podían existir, me dice bruscamente que no quiere nada conmigo, que conmigo —enfatisa esa última palabra— no iba a querer tener nada. ¿Os podéis creer cómo me sentí en ese momento?: tan miserable, tan utilizada, tan...

—La película que te estás montando se merece un premio; sí, señor. —Me atrevo a contestarle, preso de la rabia por tener al lado a una tía tan manipuladora. Sus oyentes se quedan petrificados—. Te dije que no de la forma más educada que pude; no cuentes lo que te dé la gana. Por cierto: no te angusties, seguro que esta noche encuentras a otro al que sí puedas satisfacer. Mira a tu alrededor: estás rodeada de imbéciles que desean tener a una jovencita en su cama. Buenos días.

Mientras Daniel y yo nos alejamos, puedo oír cómo sus admiradores le piden explicaciones, y me hace sentir bien. Realmente, solo necesita salir una noche para conseguir su objetivo; no entiendo por qué le ha dado tanta importancia al hecho de ser rechazada por una vez. Daniel estira un poco el brazo y pone la mano en forma de puño. Choco el mío con el suyo y nos alejamos hacia nuestro edificio, sonrientes. Un problema menos.

Nada más salir de la sala de reuniones, no puedo hacer otra cosa que no sea

revisar mentalmente el proyecto que acabo de presentar ante la junta.

—O paras o te sacudo con el maletín en la cabeza. —Me amenaza con este, pero sé que no lo hará, al menos no delante de tanta gente.

—Para. —Lo freno en seco y aparto su maletín con el brazo. Me quedo mirando fijamente al frente, a unos veinte metros lejos de mí. Si fuese un dibujo animado, ya se me habrían salido los ojos de las cuencas—. Imposible.

—¿Qué?, ¿qué pasa? —Daniel dirige la vista a la persona que estoy mirando—. Madre mía, cómo está... ¿La conoces?

—Más o menos...

Quiero hacer el intento de dar media vuelta y simular que no he visto a nadie que me interese, pero basta el pensarlo para que mi peor temor salga a la superficie.

—¡Eh!, ¡hola!

Con ese saludo le ha prestado atención medio personal, lo que hace más difícil el querer saludarla. ¿Qué pensará la gente si ven que alguien como yo conoce a alguien tan chillona? La miro frunciendo el ceño, confundido. Se me ha pasado por alto la pregunta más obvia: ¿qué hace en mi trabajo?

No puedo creerlo. Apenas he tenido encuentros con ella, pero, desde luego, lo último que habría pensado es que trabaje en mi misma empresa. Me ha costado sudor y sangre llegar hasta donde estoy; he sacrificado mucho. Incluso, es posible que Annabelle ya no fuese quien era para mí porque estuve muy pendiente de mi carrera profesional. ¿Realmente esa loca escandalosa está en el mismo sitio que yo? No, tiene que haber una explicación más razonable y menos insoportable que aclare el por qué ella está en una de las empresas más respetables de la Dublín.

—¡Nicky! —Abro los ojos como platos, como si hubiese visto un fantasma, y ella lo nota—. Uy, perdón. ¡Nick! ¡Vamos, acércate! —Me levanta ambos brazos y me atrae hacia ella.

Me acerco a toda prisa. Si sigue gritando así, me dejará en evidencia; más de lo que ya lo ha hecho. El chico que se encuentra a su lado es Steven, el novio de Rose.

—¡Vaya! Trabajas aquí —me dice mientras me da efusivamente un abrazo que no correspondo. De nuevo, me pregunto de dónde ha salido esa confianza—. ¿No es genial? Por cierto, Steve, ¿conoces a Nick?; es mi vecino y...

—Sí, conozco a Steven y, Lisa, soy Nicholas, no...

—Bueno, entonces, ¿eres arquitecto? Tiene que ser. —Parece encantada mientras busca la palabra exacta, y eso me hace ver un punto positivo en ella—. Cómo decirlo: aburridamente impresionante, ¿no?

Todo al traste. Mi mandíbula se tensa, mientras reprimo mi instinto

cavernícola de arrastrarla de los pelos por todo el aparcamiento.

—Anda, para. —Steven se está riendo; a él sí parece hacerle gracia, aunque su novia haga lo mismo que yo. Mis labios son una fina línea que no puedo destensar—. Nos vemos esta noche; por fin nos llega el momento. —Steven está muy emocionado, y le ofrece los puños para chocarlos con ella—. Nos vemos, Nicholas.

Me despido de él con un movimiento de cabeza. Me he quedado a solas con ella; algo incómodo, aunque no parece notarlo.

—Oye, creía que eras más joven; ¿con cuántos años se puede ser un señor arquitecto?

Podría haber metido su pregunta en el saco de las impertinencias, pero decido calmarme.

—Veintinueve —le digo con el ceño fruncido.

—No está mal... —Noto en su voz un deje extraño que no consigo descifrar. ¿Para qué no está mal? ¿A qué se refiere? ¿No está mal para ser arquitecto?

—¿Y tú?: ¿eres arquitecta o qué haces?

—No, por favor. —Se está riendo—. No sería capaz de meterme aquí. No me malinterpretes, pero soy incapaz de ver todo como puntos perfectos que sujetan una viga. —Se expresa de forma curiosa, lo que deja bastante claro mi rostro, y ella cambia de tema, sin irse a otro muy lejano—. Visitaba a un par de amigos, entre ellos Steve, pero es la primera vez que lo hago. Antes me han dejado sola unos minutos y a punto he estado de perderme para no volver a salir de aquí. —Pone cara de pánico, pero rápidamente recuerda mi apego por mi trabajo, y la retira.

—Oye, podrías controlarte un poco. —La sujeto del brazo y me acerco a ella hablando casi en un susurro. El contacto con Lisa, aun con la fina tela de la chaqueta, hace que me arda la mano, y no en un mal sentido. No quiero ser grosero; intento calmarme y me doy cuenta de que sujetarla no es una forma de decir las cosas con educación, así que la suelto—. Quiero decir: aquí la mayoría estamos por vocación y a muchos, como a mí, les puede sentar mal tu... falta de respeto en este asunto.

—Vaya..., tranquilo. Lo tendré en cuenta la próxima vez, pero no quería ofender a nadie; solo había sido una broma... —Su tono chispeante y divertido ha desaparecido. La seriedad le deja un rostro diferente, más adulto, y sus ojos verdes se han oscurecido.

—No importa. Yo... tengo que marcharme. Ya nos veremos por el edificio y eso...

—Claro. —Su humor vuelve a ser alegre—. Pasaré más por aquí ahora que tengo otro conocido arquitecto. Será divertido, ¿verdad, Nick?

¿Acaso podría ser la gota que colmara el vaso en un miserable día? ¿Puede sacarme de quicio alguien que ni siquiera conozco? Sí, ya lo creo que sí.

—Vamos a ver. —No me preocupo en ocultar el tono, y más de uno se me queda mirando al pasar—. Que te quede bien claro: ni me llamo Nick, ni somos amigos, ni tolero que bromees conmigo ni con mi trabajo como lo haces con tus colegas. —Estoy muy próximo a ella. Me doy cuenta de que la sobrepaso un palmo cuando la miro con la cabeza agachada, y ella alza la suya, también enfurecida.

—Que te den, Nicholas. Yo solo intentaba ser amable, pero no eres de esos a los que le va lo sociable. ¿Dices que tienes veintinueve? Pues yo diría que eres un cascarrabias de ochenta años.

Me marchó enfadado, sin saber si es su última palabra, pero luego me doy cuenta de que no lo es.

—¡Capullo!

Me freno un segundo, cerrando los ojos y deseando girarme para contestarle, pero no lo hago y sigo mi camino.

En menos de veinticuatro horas me han llamado *capullo* dos veces, o tres (he perdido la cuenta), y cerdo y gilipollas. Ni siquiera puedo saber si me lo merezco, pero estoy seguro de que hoy volveré a casa cabreado.

Daniel viene de estar escondido tras una columna bastante gruesa. Casi me mata del susto.

—Oye, ¿quién era la chica alterada? No está nada mal. —Me dedica una sonrisa que no acompaña a mi humor—. ¿Te la has tirado o también le dijiste que no y ha venido a vengarse?

—Deja de decir burradas, Daniel. Es mi nueva vecina y...

—Vaya, pues cómo está la vecina...

—¿Me dejas terminar? —Se cierra la boca simulando una cremallera—. Es mi nueva vecina, y desde que ha llegado mi humor ha empeorado. Empeora por momentos; es una cría insoportable.

—¿Cría? ¿Cuántos años tiene?

—Ni idea, pero mírala... Su forma de comportarse...

—¿Cuál? Yo solo la he visto ser muy efusiva, muy alegre, pero nada más. Hasta que abriste la boca. Te aparece una tía buena en la vida, y tú te dedicas a odiarla; ¿has firmado un voto de castidad?

—Tú siempre piensas en lo mismo; ¿no te cansa?

—No. Poco a poco lo fui convirtiendo en mi naturaleza, y ahora me sale solo —dije muy serio, como si en lugar de sarcasmo fuese una verdad absoluta. Empiezo a pensar que así es.

—Lo que tú digas. Total, espero tardar en cruzármela por los rellanos. No

quiero imaginar cómo debo de tener la tensión desde ayer.

—Escucha, que no te extrañe si a partir de ahora aparezco más por tu casa. Ya sabes: visitas, temas de trabajo... —Me propina uno de sus codazos insoportables en el pecho.

—Tú no cambiarás nunca.

Es llegar a la última esquina que me lleva a casa, cuando me empieza a latir el corazón con desenfreno. ¿Qué me pasa? Soy un adulto, y puedo comportarme como tal en caso de cruzarme con ella. No hay por qué ser grosero en la relación vecino-vecina, así que no hay de qué asustarse. Pero sigo inquieto, deseando evitar cualquier encontronazo.

Meto el coche en el garaje y me dirijo al ascensor. Le doy al botón con una velocidad increíble, como si eso pudiese hacerme llegar mucho antes. Voy ascendiendo, demasiado lento para mí. Subo a la planta del garaje y, cuando estoy llegado a la planta baja, el corazón empieza a batirme como si tuviese un colibrí ahí dentro, y comienzo a golpear el suelo con nervios. Ya lo he pasado; ahora parece avanzar más rápido, pero no demasiado. Aún puede ocurrir cualquier cosa, como que llegue en ese momento y me haga descender. No, eso no se puede hacer, ¿verdad?

En cuanto llego a mi piso, abro la puerta del ascensor de forma apresurada y con atropello. Cuando me quiero dar cuenta, me encuentro apoyado de espaldas a la puerta de casa, agobiado y respirando como si me persiguiese un león.

¿Qué me está ocurriendo? Yo no soy así; yo no me agito por estas tonterías, ni dejo que unos comentarios infantiles me afecten tanto. Sé que tengo que cambiar, que tengo que hacer algo. Ha ocurrido mucho en un solo día y, si sigue así, acabaré con un infarto o calvo de ansiedad.

Dedico la mitad de la tarde a descansar y a ver un DVD sobre arquitectura griega que mi padre me ha recomendado.

La otra mitad de la tarde me la paso en el piano. Sé que es lo único que ha dado a mi corazón su pulsación corriente, y no me va a venir nada mal en estos momentos. No necesito más que los tres primeros acordes de una canción para hacerme olvidar todo cuanto me rodea. No veo el motivo por el que tenga que parar, pero poco a poco, cuando ya tengo a las manos lejos de mi cabeza, empiezo a darle vueltas.

¿Por qué me han hecho tanto daño los comentarios de Lisa? Apenas son bromas, ahora lo veo más claro. En parte sé la razón: jamás he visto mi profesión como una broma o un pasatiempo, y que alguien lo tome así me hiela la sangre.

Sé que Annabelle se marchó porque le dedicada más tiempo a mi trabajo que a ella y, aunque me dolió, no la perseguí, porque no iba a cambiar.

Me voy a la cama enseguida, esperando al día siguiente. La almohada me hace reflexionar; es verdad que a veces soy un capullo, y no creo que ella sea tan mala, puedo darle un pequeño voto de confianza. Aunque pueda ser difícil, no es como yo, que no tengo claro que podamos llegar a ser... amigos. Amigos; yo no tengo amigos como ella. Pero, pensándolo por otro lado, mi único y mejor amigo es Daniel; todos lo demás son compañeros con los que me llevo bien. En eso Lisa ha dado en el clavo, pero, desde luego, nunca se lo pienso admitir. Sería humillante admitirle que ha acertado con aspectos de mi vida, incluso antes de conocerme.

CAPÍTULO 4

Ya ha pasado una semana. Ocho días, pero nada. Ni un solo día, en ningún momento del día, me he cruzado con ella, ni he tenido noticias de sus ruidos por el piso. Tampoco me he encontrado con Lisa en mi trabajo, como la semana pasada.

Sin quererlo repaso ciertos detalles, como la ropa que llevaba el día que la vi en mi trabajo. Apareció con unos vaqueros de pitillo con un roto en la rodilla y con una camiseta larga de manga corta que le caía por un hombro. Estaba increíble, pero acto seguido recuerdo el momento en el que abrió la boca, y toda mi rabia empieza a aflorar y hace que desaparezca su físico y me centre solo en lo insoportable que es.

Al contrario que nuestro encontronazo en mi trabajo, ahora voy despacio cuando estoy llegando a casa, cojo el ascensor con lentitud y me fijo en cada piso por el pequeño ventanal rectangular. Sé que en cierta manera la estoy esperando. Yo no quiero una gran amistad, pero tampoco se trata de una compañera de trabajo a la que pueda perder de vista al finalizar el día. Ella es mi vecina; tengo que demostrar que tengo madurez para establecer una relación normal de vecinos. Pero no me permito pensar en ello demasiado; tengo la cabeza en mis cosas, mi trabajo, mi hermana, mi amigo.

Hoy vienen a cenar a casa Karen y Michael, hace mucho que no los veo. Quedan dos horas, cuando alguien llama al telefonillo.

—¿Diga?

—Hola, ¿es la casa del bombón del trabajo?

—Daniel. —Estoy confuso y su pregunta me irrita—. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba a saludarte. ¿No puedo saludar a mi mejor amigo?

—Sí, seguro que has venido a eso. Anda, sube. —Pulso el botón para que pueda abrir la puerta.

—Por cierto, ¿cuál es la puerta de la chica?

—La chica tiene nombre y no te lo voy a decir, a no ser que quiera que me dejes mal con los vecinos. Sube sin armar jaleo, ¿quieres?

Dejo la puerta entornada mientras acomodo un poco el salón; recojo un vaso de agua y un par de calcetines, nada más. Oigo cómo se cierra la puerta, y recorro el pasillo hacia donde está mi amigo, que ya me espera con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal?

—Oye, ¿de verdad que solo has venido para ver a Lisa? —Aún tengo los calcetines en la mano, y los llevo a la lavadora.

—No... o sí. No sé. ¿Se llama Lisa?, si es que tiene nombre hasta de tía buena. Escucha, Lisa... —Cae de golpe en mi sofá, como si estuviese enamorado.

—¿Quieres parar? Para empezar, Lisa es un nombre como otro cualquiera. No la conoces, y venir hasta aquí solo para verla...

—Acertaste en todo. Pero no te pongas celoso: yo prefiero estar contigo. — Me tira un beso con la mano, que esquivo con asco.

—Para de hacer el gilipollas, me pones enfermo.

—Vaya, ¿ahora quién tiene la boca sucia?

—Debe ser que me pegas todo lo malo. —Los dos nos reímos, y por fin, desde que ha entrado en casa, me relajo—. Por cierto: tu hermano y Karen vienen esta noche a cenar aquí, ¿te apuntas?

—Claro, hace una barbaridad que no los veo. ¿Siguen en su etapa babosa?

—Hasta que la muerte los separe —bromeo.

—Habrá que aguantarlo; todos hemos pasado por esa etapa, pero que les dure tanto...

Mientras voy a la cocina para sacar la cena del horno, recuerdo con una sonrisa el día que Karen me dijo que salía con alguien. Me puse pálido y, antes de caer desmayado al imaginarme a mi hermanita de quince años con cualquier tipo, se apresuró a decirme que con quien estaba era con Michael. Y pude respirar tranquilo: el hermano de mi mejor amigo no podía ser mejor elección para Karen. Y dos años después seguían demostrando que se merecían el uno al otro. No puedo negar que a veces había deseado tener algo similar, alguien con quien compartir tanta complicidad.

Llegan justo a tiempo y, mientras saco la cena a la mesa, Danny va a abrir la puerta.

—Danny!, ¿qué haces aquí? —Michael va corriendo a abrazar a su hermano —. Cuánto tiempo.

—Pues sí. Deberías venir a verme más. —Ahora se dirige a mi hermana y le sonrío—. Ven aquí, preciosa, y saluda a tu cuñado.

—Desde luego, faltaría más.

—Eh, Daniel, no digas eso en voz alta. —Me aterroriza también todo ese asunto de cuñados.

—Pero, Nicholas, si Danny es mi cuñado... ¿yo qué quieres que le haga? — bromea. Después viene a mi lado y me da un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Qué has preparado de cena?

—Michael, podrías ser un poco más respetuoso, ¿no? En casa nunca nos enseñaron esos modales.

—Bueno, me voy a callar sobre tus modales para no dejarte mal delante de tu hermano y de tu «cuñada». —Me dirijo a Michael con media sonrisa—. Michael, tostadas con queso de cabra y mermelada de tomate y, de principal, lasaña.

—¡Genial! Rellena de carne, espero.

—Ni lo dudes.

Yo me siento a presidir la mesa; a mi izquierda se sienta Karen, en frente tengo a Michael y a mi derecha está Daniel.

La cena es un cúmulo de risas y de preguntas para ponernos a todos al día. Michael dice algo que solo mi hermana entiende y, entre risas, empiezan a inclinarse hasta pegar frente con frente y darse un beso largo, que debería ser en privado.

—¡Oye! —No puedo controlarme. Son geniales, pero aún no puedo ver a mi hermana pequeña comportarse de forma tan... ¿adulta? siendo tan mujer.

—A ver, ¿cuántas veces os hemos dicho que en la mesa no se besa uno? — Daniel empieza a dar golpecitos en la mesa, como si fuese un padre enfadado, pero lo exagera; solo hace que se rían, y al final me río yo—. La próxima vez os castigaremos en la habitación a los dos solos y toda la noche.

Daniel quiere llevar su broma muy lejos, y prefiero no escuchar la respuesta de ellos, aunque sea también una broma.

—Toca recoger los platos, ¿alguien me ayuda?

—Yo. —Daniel levanta la mano y actúa como si le hiciese mucha ilusión.

Nuestros hermanos nos van llevando la vajilla a la cocina y nosotros los vamos limpiando. Por último, doblan perfectamente el mantel y lo dejan encima de la mesa.

—¿A dónde van? —pregunto yo, preocupado e inclinándome un poco para ver, por la ventanita que da al salón, cómo desaparecen por el pasillo.

—Se han ido al estudio. —El estudio donde está la cama en la que suele dormir Karen. Genial. Voy a protestar, cuando él me corta—. Déjalos en paz; con esta actitud solo demuestras que tú no tuviste adolescencia.

Sigue hablándome mientras se dedica a secar los vasos que yo le voy dando, ya limpios y mojados.

—Míralos: sabes de sobra, tanto como yo, que Karen y Michael son responsables, que tienen cabeza. ¿De qué tienes miedo?

—Pues... no lo sé. No sabría explicártelo.

Daniel y yo nos estamos tomando la última mientras nuestros hermanos aún permanecen en el estudio. Evito dirigir la mirada al cuarto, pero es imposible y Daniel lo nota.

—Bueno, dime, ¿qué vas a hacer con tu vecina? Con... —No recuerda su nombre.

—Lisa. —Su nombre me produce cierto cosquilleo en la lengua, pero intento no hacerle caso—. ¿A qué te refieres?

—Le vas a pedir una cita o algo, ¿no? —dice, como si fuese lo más obvio.

—Lógicamente, no. Tú la has visto de lejos y no se ha enfrentado a ti, pero es la tía más maleducada, chillona e impertinente que me he podido echar a la cara.

—No la he visto de lejos, estaba en la columna más próxima a vosotros. Y, además, sí la he visto gritar. Una tía con carácter tampoco viene mal; estoy seguro de que es una fiera.

—Bueno, pues no seré yo quien lo compruebe, y más te vale que tú tampoco. No quiero que, encima de ser mi vecina, se convierta en otra conquista fallida tuya.

—Imbécil, si sabes que siempre triunfo.

—Ya..., pero no quiero que lo demuestres en mi edificio.

—Mira, haz lo que quieras, pero creo que no está nada mal.

—Y nada bien. Déjala donde está; llevo una semana sin saber absolutamente nada de ella y espero que siga así.

La verdad es que, siendo honesto, esa chica le va perfectamente a Daniel. Es tan alborotada, tan contestona, tan feliz en todo momento; pero una pequeña parte de mí odia esa idea.

Al fin salen de la habitación. La verdad es que Daniel ha conseguido distraerme, y se lo agradezco en cierto modo, si no habría acabado arañando el sofá de los nervios, de las ganas de que salgan de una vez del maldito cuarto.

Cuando ya estamos solos, nos ponemos una película, una cualquiera que ya hemos visto mil veces. Solo queremos tener puesto algo en la tele mientras hablamos.

—¿Y qué tal te va a ti en el tema de amores? —me pregunta mientras mira sin atender la película.

—Pues... sin cambios. Ya sabes, tampoco he salido mucho por aquí y...

—No hace falta salir para conocer gente. —Como si se encendiese una

bombilla en mi mente, un nombre se ilumina en mi cabeza por una milésima de segundo, pero se apaga rápido—. Ya sabes, en el trabajo, amigas de amigas; hay muchas posibilidades que no solo se encuentran en un bar.

Por supuesto, mi hermanita de diecisiete años no sabe dónde conozco yo a mujeres. Que le quede un año para la mayoría de edad no es suficiente para que sepa que no se me escapa una con decir las cuatro cosas que hacen falta para que una tía vaya directamente a la cama. Así que, no miento y solo le oculto parte de la verdad.

—Supongo... Es solo que yo ahora no busco nada, así que...

—Eso está mejor. Es la mejor forma de encontrar: dejando de buscar.

—Ya... —Le dejo ver media sonrisa—. ¿Y desde cuándo te has vuelto tan experta en estos temas?

—¿Desde cuándo rechazas mis consejos? —Se cruza de brazos, sin dejar de sonreírme—. Escucha, quizás mañana Michael y yo vayamos a ese recorrido aventurero que hay en la montaña, donde puedes hacer escalada o lanzarte de un árbol a otro con una cuerda, cosas así. Os podríais apuntar Danny y tú.

—Creo que no —le digo, muy seguro—; ya sabes lo poco que me gustan ese tipo de cosas.

—Sí, lo sé, pero quería intentarlo. Nunca lo he entendido. No sé, es algo divertido, aventurero.

—Creo que para mí lo divertido y lo aventurero nunca irán de la mano.

—Nunca digas nunca.

—Bueno, pues de momento te digo que esas cosas no me atraen, ya lo sabes. —Dirijo mi mirada a la pantalla para no seguir discutiendo.

—Vale, vale. Pero no deberías ser tan aburrido: así no me extraña que no tengas novia.

—¿Y Annabelle?

—Annabelle no era para ti. De todas formas, no estábamos hablando de eso. Joder, Nicholas, es imposible que tengas veintinueve años y no hayas aprendido nunca a divertirte.

—Yo sí sé divertirme, Karen. A mi forma, pero sé divertirme. De acuerdo con que no lo hago igual que el resto, pero yo me lo paso bien con mis aficiones, no necesito otras. Y vamos a cortar el tema, no quiero calentarme.

—Como quieras; además, *Grease* está a punto de acabar, y a mí me ha entrado sueño.

No consigo dormir. No paro de dar vueltas en la cama y de cambiar de postura para intentar conciliar el sueño. Pienso en muchas cosas: en la relación que tiene mi hermana con Michael, en lo bonita que es y en lo jóvenes que son; pienso en mí a mis diecisiete años, lleno de granos y estudiando a cada hora. Pero no me

arrepiento en realidad; esa era mi diversión, aunque a Karen no le agrade, aunque no fuese a saltar desde un puente o a trepar un árbol. Sin embargo, ahora que ella lo ha mencionado, no puedo evitar el imaginarme a mí de niño haciendo alguna de esas cosas —cabañas, monopatines—; a mí de adolescente intentando hacer mortales en el aire o saltos con la bicicleta. Tenía su lado arriesgado, ni lo dudaba, pero una pequeñísima parte de mí sabe que no lo habría pasado tan mal como yo imaginaba.

Me levanto varias veces, me pongo a dar vueltas por la habitación, por el salón; me preparo una tila bien caliente para ver si consigo conciliar el sueño, pero nada. Cuando consigo dormirme, solo entro en un duermevela de esos que te hacen dudar de si estás despierto o en un sueño de lo más extraño.

Cuando me pongo la televisión en un canal de tele-tienda, comienzo a notar el peso en mí; ese peso del sueño, de la conciencia, que te dice que ya está bien de traspasar, y justo en el anuncio del pelador de patatas mágico Gran Chef, consigo cerrar los ojos para no abrirlos hasta el día siguiente.

Me visto más elegante que de costumbre para llevar a Karen a casa y ya de paso ver a mis padres. Ellos viven en un pueblo a cincuenta kilómetros de Dublín; solo nos habíamos mudado una vez, y fue para irnos a vivir a un chalet más grande, tres calles más alejado de la antigua casa.

Como con ellos y les cuento en persona —ya que siempre hablo con mis padres por teléfono— cómo me va en el trabajo y sobre mis viajes.

—Cariño, nos gusta que tengas el trabajo soñado, pero tanto viaje... no te deja tiempo para hacer una vida estable. —Utiliza ese tono sugerente que siempre usa conmigo y lo hace de una forma muy poco sutil—. Tu padre y yo estamos felices de que tengas el trabajo de tu vida, ¿verdad, Julian?

—Gracias, mamá. Y la verdad es que los viajes me encantan y...

—Hijo, ya te hablé de ese puesto que te estoy reservando en mi oficina. Con eso, en pocos años, conseguirás llegar hasta donde estoy yo y formar tu propia empresa. ¿No es fascinante?

Karen pone mala cara: este tipo de cosas no le van en absoluto. Ella está haciendo Artes; mis padres lo odian, pero yo la apoyo, si es lo que realmente quiere hacer.

—Claro, papá. Claro que lo es.

CAPÍTULO 5

Paso una mañana de domingo de lo más tranquila. Aprovecho para levantarme pronto y salir a correr. Me doy una ducha de agua tibia para así poder despejarme; desayuno fuerte, pero sin pasarme, y después me enfundo los pantalones cortos de deporte con la sudadera para encaminarme hacia la calle.

Son las nueve de la mañana y aún hace bastante frío, así que me subo del todo la cremallera de la sudadera y me pongo a correr enseguida. Ya he calentado en casa.

La verdad es que es algo que me gusta practicar, más que por deporte, por distracción, para relajar mi mente. Cuando corro, puedo notar que todo lo que soy, todo lo que tengo desaparece tras de mí. Ya no existe nada: ni los edificios, ni los coches, ni la gente. Solo son unas pequeñas manchas que mis ojos ven durante un segundo; después, ya no vuelven a existir para mí. Hace que todo parezca una ilusión, que nada sea real salvo yo. En estos momentos, no me importa nada más que mis pies pisando fuertemente el frío suelo de la ciudad.

Hoy no necesito escapar de nada, pero aun así, en cuanto salgo de mi calle, noto cómo respiro aire nuevo, más frío y puro; nada que ver con el que siento cada día. A pesar de ir corriendo, no puedo evitar llenar mis pulmones del todo.

Ya no tengo pensado salir de casa en lo que queda de tarde, y después de la ducha podría ponerme el pijama, pero no me gusta, me hace sentir un vago. Así que, al menos, me pongo unos vaqueros y una camiseta blanca, como si tuviese que dar cierta imagen en mi propia casa.

De nuevo, esta tarde, aprovecho para tocar un poco el piano. *Danse macabre* me parece una buena elección; es oscura, tensa, agobia solo con escucharla, pero a mí me relaja y me lleva a otro mundo. Mi propio mundo, que va realizándose con cada tecla que acaricio con suavidad y presión a la vez; un mundo que supera en todo a cualquier sueño y a la misma realidad, donde yo soy el protagonista, con la capacidad de hacer cuanto quiera de forma consciente.

Llevo dos horas tocando, cuando un golpeteo de cuerdas grave resuena justo encima de mi cabeza.

Está claro. Esto tiene que ser así. No la he visto durante días y, cómo no, tengo que enterarme de su presencia al estilo Lisa: con ruido. Creía que, después de nuestra incómoda y breve charla en la empresa, habría cambiado sobre el respeto hacia los demás. No, creo que he albergado unas ilusiones que no pueden darse ni en un millón de años en esta chica que, aunque la conozco de tres encuentros, puedo asegurar que resultaría insoportable en una charla.

Por supuesto, dejo de tocar. Es imposible escuchar cualquier cosa en esta casa que no sea el aporreo de la guitarra. Me siento en el sofá, sin intención de encender la tele o de poner música. ¿De qué iba a servir? Cojo un libro, uno que me ha prestado Daniel y que ya llevo por la mitad; parece entretenido, y ni por esas consigo concentrarme en este momento en lo que leo. Ni una sola frase entra en mi cabeza por completo porque el golpe incesante de las cuerdas desordena la oración. Cambio la actividad, y me pongo a cocinar cualquier cosa: un postre, algo para picar, o incluso la cena. La verdad es que es más sencillo; no requiere de mucha concentración, como si lo precisa la lectura. Preparo una ensalada y un filete de pavo a la plancha. Comienzo a echar el aceite en la ensalada casi de forma milimétrica; que todo deba estar en su justa medida es una manía culinaria que he adquirido de mi padre. Un segundo antes de terminar, un golpe fuerte y grave me hace perder el pulso y derramar el aceite por toda la encimera. Respiro hondo e intento calmarme, pero parece que ha subido el volumen del amplificador, y mis nervios se acompañan de mala manera a lo que toca. No voy a dejar que esta situación continúe más.

De forma instintiva, por algún motivo, antes de salir de casa me meto en el baño y repaso mi pelo con un peine. Comienzo a peinarme, mojándome un poco las puntas para amoldarlo mejor, y dejé de forma débil la raya a un lado; después me paro a mirarme en el espejo. «Eres imbécil. Vas a echarle la bronca a tu vecina, no un polvo». Automáticamente, tiro el peine al lavabo y descoloco todo mi cabello. Me quedan algunos mechones en la frente que no llegan ni a la mitad de esta. No me importa mucho, tengo claro mi objetivo.

En cuanto cierro la puerta de casa, me doy cuenta de que en el pasillo no se oye tanto como dentro del piso. Yo imagino que tiene que haber retumbado aún más afuera, que tiene que haber provocado mucho más eco, pero no es así. Qué extraño.

Me subo al ascenso, y, antes de pensarlo, ya están abriéndose las puertas y tengo enfrente su piso: el 4º «A». Respiro hondo una vez y después pulso el timbre. Nada. Está claro que, aunque desde fuera no se escuche con tanta intensidad, ella está bien impregnada de su música, así que vuelvo a tocar el

timbre, esta vez dejando el dedo pegado demasiado tiempo. De nuevo, nada de nada. Aprieto el puño lo más fuerte que puedo y golpeo contra su puerta como si la fuese a derribar, solo para que me pueda oír.

—¡Ya va! —Noto su voz bastante feliz, aunque solo haya dicho eso.

Se hace el silencio completo, y oigo el golpe de sus pies llegando a la puerta.

—Hola. —Contesta demasiado rápido, como si estuviese esperando a alguien, pero, al clavar su mirada en la mía, le cambia la expresión a una mucho más neutral y pesada—. Vaya, eres tú, Nicholas. ¿Qué quieres?

—Son las siete y media de la tarde, lo sé, pero esto es un edificio con vecinos, personas. No sé si sabes que la contaminación acústica existe; no puedes meter en un apartamento ese tipo de trastos y meter esos ruidos. Apenas puedo hacer algo en mi casa sin que me atornille la cabeza ese chisme.

—Ya. Bueno, resulta que pedí permiso para insonorizar por mi cuenta las paredes, y así no molestar a ningún vecino.

—Bueno... —Levanto la mano, como única excepción—. Si he subido a quejarme, será porque no lo has insonorizado bien, ¿no? —Uso el sarcasmo, que tanto le desagrada a ella.

—Ya. Pues no molesto al vecino que tengo a mi izquierda, ni a mi derecha. Y no hay un quinto piso; pero supongo que con el 3º «A»... no puedo hacer nada. Lo siento. —Se ríe de forma amarga y comienza a cerrar la puerta.

—¡Para! —Pongo un pie en el medio para evitar que me dé con la puerta en las narices—. Vamos a ver. No sé de dónde vienes, ni si has vivido en el campo sin conocer lo que es la gente civilizada, o si has permanecido toda tu infancia en una cueva. —Pone cara de desagrado—. Pero aquí, donde existe un mínimo de convivencia con otra gente, hacen falta unas normas que deberías conocer con la edad que tienes.

—Lo primero, me parece increíble que insultes a la gente de campo como si no fuesen civilizados; y lo segundo, ni siquiera sabes mi edad.

—No, pero sé que tienes la suficiente como para comportarte de una forma correcta. No deberías ir armando jaleo como una cría, ni tratar a la gente como te venga en gana sin pensar si estás ofendiendo, ni tampoco puedes meter un armatoste ruidoso como ese en una comunidad de vecinos.

—¡Oh, sí! Sí que puedo. Pedí permiso para insonorizar el apartamento y para practicar con la guitarra, y el presidente lo aceptó si no causaba grandes problemas en el edificio. Y dado que tú eres el único...

—Sin embargo, se convierten en problemas igualmente si me quejo. Yo toco el piano, y es imposible con todo ese escándalo que montas. Además, ni siquiera es música, solo son aporreos contra esas cuerdas.

—¡Dios! ¿Por qué eres tan estirado?

En este momento, ambos comenzamos a gritar, a poner nuestros puntos de vista con un tono muy subido. Mientras yo le pido que me deje tocar en paz, ella me grita que como yo toco un instrumento, ella puede tocar otro. Mientras yo le digo que la guitarra eléctrica no sirve más que para armar ruido, ella me dice que un piano es lo más aburrido que alguien se puede echar a la cara.

Ni siquiera sé cuánto tiempo nos hemos estado gritando, pero hay un momento en el que no sé lo que estoy diciendo, ni la escucho a ella ni me escucho a mí mismo. A ella le ha debido de pasar lo mismo, porque justo a la vez ambos nos callamos. Nos quedamos mirándonos en completo silencio, con el pecho agitado, y sin previo aviso, Lisa comienza a reírse a carcajada limpia. Consigo mantener la seriedad un par de segundos, porque después solo puedo relajar el ceño que tenía fruncido y acompañarla en la carcajada.

—Escucha —me pide ella, aún con los ojos llorosos de la risa—, ¿es posible discutir con una persona más de tres veces cuando ni siquiera la conoces?

—Pues, parece que sí. —Yo aún sigo riéndome—. Esto es de locos.

—Lo sé. Supongo que estas cosas pasan, pero tengo una idea. No hemos tenido una presentación como Dios manda; nos hemos conocido como si fuéramos dos elefantes que entran en una cacharrería. ¿Empezamos de cero? Pon de tu parte con la tolerancia de lo que hago o digo, y yo prometo controlarme con el carácter y con mis comentarios, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

¿Esto tiene que ser así? Yo he subido a echarle la bronca, a irme victorioso a casa para continuar con mi cena y ver alguna película antes de irme a dormir. En vez de eso, me he reído como no lo he hecho nunca, por una estupidez, y encima estoy haciendo un trato con la vecina.

—En ese caso: «Hola, me llamo Lisa». —Me tiende la mano, algo que agradezco más que un abrazo.

—Encantado. —Actúo, a la hora de presentarnos, como si no nos conociéramos—. Yo soy Nicholas —le recalco con los ojos.

—Vaya. Nicholas: bonito nombre.

—Gracias. —Le sonrío. Ha superado la primera prueba, parece que va bien—. Bueno, hecha la presentación y visto lo visto, buenas tardes.

—Espera. —Ya estoy dándome la vuelta cuando ella me frena—. Eso no es una presentación. —Miro bastante extrañado, sin saber a qué se refiere—. ¿Quieres pasar y tomarte una cerveza? Si se supone que ya nos vamos a llevar bien por haber dicho Lisa y Nicholas, lo llevas claro.

—Bueno, no sé. —Estoy dubitativo—. Mañana tengo trabajo.

—No he dicho andar de juerga: he dicho tomar una cerveza y presentarnos como debe ser, para que luego no haya más posibles encuentros desafortunados.

Además, puedes irte a casa cuando quieras; no tienes más que meterte en el ascensor y pulsar el número tres.

Me lo pienso. La verdad es que me apetece despejarme un poco; este fin de semana ha sido demasiado familiar y demasiado «Daniel» para mí. No me vendría mal hacer algo nuevo como finalización de la semana. Y para qué mentirme: necesito pasar un rato con ella. Es como si, aunque no quisiera, una parte de mí deseara tenerla cerca. Se me forma un pequeño nudo en el pecho, pero lo deshago enseguida; debo mantener la compostura.

—De acuerdo. —Abre la puerta del todo y me deja pasar primero—. Gracias.

Han pasado dieciocho días, y ya parece estar completamente instalada. Solo aquel día había conseguido ver un poco de lo destartado de su mudanza, y no puedo reconocerlo ahora. El salón es mitad blanco, mitad verde claro, muy relajante, y ha colgado cuadros de Magritte alternándolos con Warhol. La verdad es que rompe la estética y hace que el arte de uno quede eclipsado por el arte del otro y viceversa. Me fijo que tiene más cuadros repartidos por todo el salón que no reconozco. Tiene dos sofás de color rojo con *chaise* y están más cerca de la pared de la izquierda; eso le deja un amplio espacio en el resto del salón. En el centro de ambos sofás hay una mesa baja con dos adornos africanos y un cenicero.

—¿Fumas? —Le señalo el cenicero mientras permanezco de pie, apoyado en el sofá.

—No, no, pero siempre tengo visitas que sí lo hacen.

Me quedo más aliviado: habría aguantado ahí poco tiempo si se hubiese puesto a fumar a mi lado como un carretero.

—No tienes por qué hacer penitencia; siéntate mientras voy a por las cervezas.

Ha salido de su cuarto y se ha puesto una chaqueta fina, algo más apropiado que la única camiseta de tirantes negra que lleva, seguramente, como ropa interior. No puedo negar que si hubiera seguido así, me habría distraído más de la cuenta.

—De acuerdo. —Me siento incómodo, con las piernas muy juntas y golpeando mis dedos en el apoyabrazos

Espero solo un minuto más hasta que aparece en el comedor con dos latas verdes de cerveza para ella y para mí. Se sienta a mi lado y abre su lata; se acomoda en el sofá, en una postura mucho más placentera que la que tengo yo, pero es que esa es su casa.

—Puedes relajarte, no te voy a matar. —Le da un sorbo despreocupado a la cerveza mientras se ríe por mi postura tan tensa, y me echa un vistazo.

Bebo un trago e intento relajarme como ella, pegando la espalda en el respaldo del sofá. Abro un poco más las piernas y dejo de tensarlas.

—¿Mejor?

—Sí, lo siento; es que es raro. —Lisa frunce el ceño, como dando a entender que no sabe de qué hablo—. Bueno, conocer a alguien, llevarnos mal, luego presentarnos de nuevo como si no nos conociéramos y, de pronto, estar en su sofá.

—Bueno, tampoco vamos a echar un polvo; al menos, no esta noche — bromea, y yo no sé qué decir—. Pero viene bien para evitar futuros altercados, ¿no?

Se ríe, pero no como lo ha hecho esas otras veces que yo la he visto reír; no de un modo fanfarrón o superior o bromista. Joder, su sonrisa es preciosa y amplia, aunque no deja que se vean todos sus dientes; también me maravillo con sus ojos, como si me atrapasen. Son de color verde, quizá como mucha gente, pero me gusta la forma que tienen o cómo la hacen parecer a ella. En esos vaqueros rotos junto con esa cola de caballo con algún cabello fuera de su sitio, hay una mujer realmente preciosa. Me asombra que pueda bromear con tanta naturalidad sobre echar un polvo. Desde luego no paso por alto su comentario, ni mi entrepierna tampoco, así que cambio de postura, cruzando las piernas de manera informal. Por suerte, no lo nota y ella cambia de tema.

—Dime: ¿cuántos años llevas de arquitecto?

—Cuatro años. Me siento muy a gusto allí y por lo menos he podido hacerme un hueco en la empresa.

—Seguro que sí. Tienes pinta de ser un erudito.

—Se supone que íbamos a empezar bien, ¿no? —Me molesto por el comentario.

—Ser erudito no es nada malo. Ya me gustaría a mí haberlo sido.

—¿Qué has estudiado tú?

—Bellas Artes. Ahora estoy en un grupo de arte dramático y no estoy nada mal, hasta pagan algo por las actuaciones.

—Y... —Intento no ser descarado con la pregunta—. ¿No tienes algún trabajo más estable?

—Claro que sí. —Se ríe despreocupadamente—. Después de varios trabajos , conseguí ahorrar para abrir una galería de arte. Es perfecta, con cuadros de artistas nada pretenciosos que valen mucho.

—Vaya, hay que tener valor para hacer algo así. Una galería de arte es arriesgado. Bueno, si no es ser indiscreto, ¿cuántos años tienes? —Me escucho a mí mismo: parezco un viejo hablando así. Esta mujer ronda mi quinta y yo me ando con esa palabrería cortés.

—¿Cuántos me echas? —Me anima juguetona y con una sonrisa tranquila.

—Oh, no, no me metas en esos juegos. Si digo más, mal porque te hago más

mayor de lo que eres y, si digo menos, mal también porque te hago parecer una niña: así que, mejor, dímelo sin rodeos.

—De acuerdo, tengo veinticinco. —Asiento como si no me sorprendiese; la verdad es que solo le había echado uno o dos menos—. Entré en Bellas Artes y antes de acabar conseguí unas buenas prácticas en una galería; por eso me decidí a abrir yo misma una. Después me dediqué al curso de arte dramático, a mi grupo y, bueno, a la galería.

—¿De qué es el grupo?

—Aficionados al Twister. ¿Tú qué crees? —Me señala la guitarra eléctrica que tenemos detrás, apoyada en la pared.

—Ya, en realidad quería decir que qué estilo tocáis.

—Pues *rock*, baladas y cosas por el estilo. No es algo muy definido, pero nos movemos dentro de esos géneros. Hemos terminado el primer disco, y a veces nos salen actuaciones.

¿*Rock*? ¿He oído yo alguna vez eso? No estoy seguro de haber escuchado alguna vez una canción de *rock* entera, pero sé cuál es el componente principal: el ruido.

—Vaya, ¿y llevas mucho tiempo en ese grupo?

—Se llama Dante's y llevo cinco años. Mi amigo Robi toca ahí y me dijo que necesitaban alguien para la guitarra, y yo sabía tocar gracias a que me enseñó mi padre; aun así, mejoré mucho gracias a ellos. Steve es el batería.

—Steve... ¿Steven? —Ella afirma con la cabeza». Vaya, Rose me había dicho algo sobre un grupo que él tenía, pero nunca me hablaba de ello; si no, nos habríamos conocido antes, posiblemente.

—Bueno, ¿y tus aficiones?, aparte de enrabietarte por todo. —Le pongo mala cara—. Vale, perdón. Dime: ¿qué te gusta hacer a ti?

—Pues, tocar el piano. —Le alzo las cejas, y ambos recordamos el altercado anterior—. Lo toco desde que era niño. —Me mira casi maravillada: me está escuchando de verdad—. Y, bueno, libros de ensayo o de no faltan en mi estantería, te lo aseguro.

—¿Qué sueles tocar? —Se ha acomodado aún más, llevando las piernas, flexionadas, al sofá y apoyando la cabeza sobre una mano, mientras con la otra aún sostiene la cerveza, ya casi acabada.

—Pues, Albinoni, Pachelbel, Borodin... —Su cara es la misma que la que yo pondría al enterarme de una tragedia—. ¿Música clásica?

—Conozco la música clásica, pero no a todos los autores. Por un momento creía que hablabas con el diablo. ¿Solo música clásica? —Asiento muy orgulloso—. Pero hay muchas canciones que se pueden tocar en el piano y tampoco están mal; del último siglo, quiero decir.

Seguimos hablando. La verdad es que me parece increíble, pero he conseguido relajarme, soltarme, e incluso reírme con ella.

—¿Cómo es lo de ser arquitecto? Sé que te dije que era aburrido, pero... no lo pensaba en realidad.

Se sonroja, y soy incapaz de ponerme como otras veces, así que le cuento la maravillosa vida del arquitecto.

—No está nada mal. Es muy sacrificada y, si eres lo que busca la empresa, te permite viajar por todo el mundo.

—¿De veras? Entonces, debes de conocer muchísimos sitios.

—Sí. Milán, Berlín, Ámsterdam, y cada vez nos expandimos más al resto de los continentes. Ahora estoy embarcado en un proyecto para Londres y, si lo presento como es debido, aceptarán mi edificio.

—Suena increíble mirar a un edificio y decir que es tuyo.

De pronto, y sin previo aviso, noto una punzada muy cerca del corazón, algo que oprime mis costillas, y no sé decir qué es.

—Bueno, mañana nos vemos, aunque sea por la escalera. —Me despido—. Gracias por invitarme, no ha estado nada mal.

—Yo también me lo he pasado bien. Intentaré reservarme con la guitarra para cuando no estés en casa, ¿de acuerdo? —Se ríe de forma jovial.

Cuando ya estoy en el ascensor, me para un momento.

—Por cierto: no se te ocurra llamarme Elizabeth, podría matarte. —Me mira con ojos de loca, y después sonrío—. Prefiero Lisa.

—Claro. —Ahora le tengo que gritar, por la distancia que hay entre nosotros—. Elizabeth, hasta mañana

CAPÍTULO 6

Según me dice esa noche, la razón por la que no la he visto en tanto tiempo se debe a una pequeña gira. Habían conseguido ir a varios locales de Wexford para promocionarse. Me ha dicho que habían ganado un premio con el que podrán seguir tocando y dándose a conocer.

—¡Vaya! Tiene que ser excitante, ¿no?

—No te lo imaginas. Viajar con mi grupo es mi sueño más deseado, más que cualquier cosa.

Sé que es algo interesante, pero ambos somos muy diferentes. Yo nunca le vería tal encanto a una sencilla gira de música; quizás pueda compararlo a tocar el piano para verdaderos cultos de la música en teatros de la ciudad. Sí, quizás algo así.

Descubro que, además de la gira, apenas se le ve el pelo por los ensayos y las clases de arte dramático casi todas las tardes. Y ni hablar de la galería, que, al ser suya, pasa allí la mayor parte del tiempo. Aun así, no es tanto como preparar los planos del World's Linked Enterprises.

—Pero bueno, tú estás haciendo algo que te divierte, es relajado y todo eso. No sé, no se puede comparar con lo que hago yo... —le dije la noche de la tregua

—A ver. —Se puso más seria—. Tú trabajas como arquitecto. ¿Por qué?: porque te gusta. Por eso mismo hago yo interpretación, toco la guitarra y me rodeo de cuadros.

Desde luego, no iba a discutir; aquello seguía siendo una tregua. Sin embargo, sigo pensando que Lisa no tiene una meta fija. A mí me han educado para conseguir un trabajo e ir ascendiendo cada vez más, como mi padre. Cualquier cosa que signifique no ascender en la vida me parece una pérdida de tiempo; aunque, por supuesto, lo respeto. Es su vida y puede hacer lo que quiera; yo no soy nadie para decirle nada de esto.

El teléfono suena mientras acabo uno de los planos. Daniel.

—¿Qué quieres ahora?

—Sacarte de casa. Vamos, tienes una hora y media para cenar, ducharte, ponerte tus mejores galas y esperar abajo a que llegue.

—Daniel, creo que vives en una galaxia muy, muy lejana a la del mundo normal. Y también trabajas con una frecuencia que los demás no tenemos. A ver si lo entiendes: hoy es domingo, mañana hay trabajo, yo tengo que ultimar detalles del proyecto para Londres por si lo aceptan, hay que madrugar...

—Sé que hay trabajo, y yo duermo poco. Venga, necesitas salir. Se te está poniendo cara de ermitaño.

—¿Y qué cara es esa?, si se puede saber.

—Vale, entonces, a las once estoy ahí abajo. Hasta luego.

Respiro con tranquilidad. Hago un esfuerzo; total, ya he acabado. Lo de madrugar y dormir poco es otra historia, pero prefiero eso mil veces a tener todo el día a Daniel a mis espaldas gruñendo por no ir con él a un *pub*.

Me pongo unos pantalones negros con zapatos oscuros, justo cuando escucho el rugido de un motor en la calle. Me asomo sin salir a la terraza; es un tipo en moto que no para de tocar el claxon. Segundos más tarde, veo salir a Lisa, quien le da un beso al casco de quien conduce y se sube detrás. Según arrancan a toda velocidad, Lisa profiere un grito de júbilo y alza los brazos. ¿Se puede estar más loca?; aunque esta vez lo pienso con una sonrisa, y no con el rostro contraído.

Me voy a mi cuarto para seguir vistiéndome. Me calzo una simple camiseta blanca y una camisa del mismo color; me arreglo lo justo, aunque no lo haga con ganas, ni siquiera quiero salir de casa. Del pelo tampoco me preocupo; me lo mojo y lo descoloco entero. Me miro al espejo: tengo el aspecto de ir a por todas aunque no quiera. Quizás esté a tiempo de cambiar la camiseta blanca por una azul marino, y la camisa por una americana; y peinarme como es debido, pero Daniel insiste con el timbre del interfono.

—Te dije que te quería ya aquí abajo.

—Bueno, yo te digo mil veces que eres un imbécil sin remedio y no haces nada por evitarlo.

—Si no tengo remedio, ¿para qué insistes?

—Bajo en unos segundos.

Cojo las llaves y la cartera a toda prisa, y en dos minutos me reúno con él. Me doy cuenta de que vestimos prácticamente igual, y no sé si eso es bueno o malo.

—Dime: ¿a dónde vamos?

—No muy lejos, está a veinte minutos de aquí andando.

—Escucha, hoy paso de estar hasta las tantas. No tengo cuerpo, quiero dormir; no, necesito dormir.

—No, lo que necesitas es una vida. Y creo que el destino. —Empieza a hacer el loco por la calle, elevando los brazos al cielo—. Me ha enviado para que te guíe: yo soy tu guía espiritual.

—Vale, guía espiritual, sepa usted que hoy quiero regresar a una hora prudente a casa, si no es mucho pedir. No creo que eso influya en mi destino.

En lugar de un *pub*, me lleva a otra discoteca. El local no tiene mala pinta, pero tampoco es elegante. Hacemos una cola de casi media hora.

—Normalmente vamos a *pubs* y locales donde no hay un armario que controle quién entra y quién no —le comento, preocupado por el hombre que se encuentra en la puerta, ocupando casi más que esta.

—Ya, eso es bueno; se supone que tiene prestigio. Habrás traído calcetines negros, ¿no? —Me sujeta del cuello con el brazo, y con el otro me despeina aún más.

—Para, me das vergüenza.

A algunos les pide el documento de identidad, pero no a nosotros, y nos dejan pasar. Casi habría deseado que nos dijese que no éramos aptos para su increíble local.

Ahí dentro, con tanto ruido, con tanta gente, me encuentro perdido. Me mantengo en la barra, lejos de todo el gentío. Puede que el puertero haya mirado cientos de carnés, pero me veo rodeado de niñas que no deben de tener ni los diecisiete. Me siento patético.

—Daniel, ¿a dónde me has traído? —Intento gritar para que me oiga.

—¿Qué? —Apenas me presta atención; está bailando, intentando acercarse a todas las chicas posibles.

—Digo que qué mierda de antro es este. Está lleno de niñas que no deben de tener aún los dieciocho.

—Vamos, no digas tonterías. Aquí es donde más vas a ligar, mira. —Se pronto, se acerca a mí con dos chicas más blancas que la cal, una pelirroja y otra con un cabello rubio casi blanco—. Ellas son Bonnie. —Me señala a la chica pelirroja—. Y ella, Aila. Son escocesas, las conocí el otro día aquí.

—Ya..., un placer. —Les dedico una sonrisa de cortesía, pero en seguida me dirijo a mi mejor amigo—. Daniel, ¿podemos hablar un momento? —Lo agarro del brazo bruscamente y lo alejo de las chicas escocesas—. No quiero otro numerito como el anterior, no pienso llevarme otro guantazo por tu culpa.

—No te preocupes, con ellas lo pasaremos bien. Míralas. —Hago lo que me dice—. Parece que están en un mundo distinto; lo miran todo maravilladas y no estarán aquí mucho tiempo... —Alza las cejas, y sé a qué se refiere.

—Ya, pero ahora no...

—Bueno, Bonnie, ¿quieres bailar un poco? —Daniel se pone a hacer el

payaso y la chica asiente, así que se la lleva a la pista y me deja a mí a solas con la muchacha rubia, Aila.

—Y... ¿qué hacéis las dos aquí?

—Nosotras estamos de erasmus. —Tiene un acento muy fuerte y un tono de voz extraño—. Venimos de un pueblo pequeño, y esto nos gusta. Dublín es precioso, ¡precioso! —Está gritando y puedo notar su aliento a un metro de distancia.

—Ya, ya, genial.

Si fuese más de mi edad y no de la de mi hermana, si no tuviese una voz tan ruda, si no fuese tan... rubia, me la tiraría sin dudar. Es la chica perfecta y sin tener que moverme de casa, por así decirlo. Pero tantos inconvenientes, y tan cría...

De pronto, me fijo en la barra que se encuentra al otro lado del local: se trata de Lisa con un grupo de amigos. La chica escocesa comienza a hablarme cada vez más animada, pero no la oigo. Parece que se lo esté pasando bien: tiene una cerveza en la mano y está bailando con un chico; creo que es ese amigo suyo de la mudanza. Puedo adivinar que no es la primera que se toma. De pronto, se sube a la espalda de su amigo, y otra chica hace lo mismo con otro de sus colegas. Me concentro más. ¿Pueden ser Rose y Steven?; lo más probable es que sí. No paran de hacer el loco, de beber, de empujarse los chicos, que hacen de caballos, y de darse manotazos las que montan. Al final el chico de la barra acaba llamándoles la atención. Normal. ¿Cómo se les ocurre hacer algo así?

—¿Me estás escuchando?

—¿Qué? —Me centro en esta chica extraña, de pestañas casi blancas, que parece haber bebido también—. Sí, sí, dime.

—Ayer, estábamos también aquí, y entonces dos chicos se pusieron a bailar con nosotras. Íbamos al hotel, pero uno de esos chicos, el rubio, comenzó a pelearse con alguien, y vino la policía y los detuvieron. Detuvieron también al chico moreno tan guapo, ¿te lo puedes creer?

—No... —Me centro de nuevo en Lisa, pero ya no la veo—. No doy crédito...

—¡No me estás escuchando! Aquí todos sois iguales.

Ya no la escucho y me dirijo a donde está Lisa, adentrándome en la pista. Me cruzo con Daniel, que no para de bailar y de restregarse con su escocesa.

—Ey, ¿a dónde vas?

—Tengo que arreglar un asunto. —Ahora hablo con Bonnie—. Guapa, tu amiga está en la barra, ¿la ves? —le digo medio irónico—. Creo que no se encuentra bien; dice algo de la policía y de un chico moreno. —Y entonces, me alejo de ambos, pero Daniel me frena agarrándome del brazo

—¡Eh!, ¡eh!, para. ¿Qué pasa?, ¿te has vuelto loco? ¿Por qué me jodes

siempre los polvos?

—No, creo que te los jodes tú solo por llevarme contigo. Ahora tengo que encargarme de un asunto privado.

—¿Qué clase de asunto privado tienes tú aquí?

—Uno y ya está. —Empiezo a impacientarme—. Mira, dile a la rubia que tengo novia y dile a tu pelirroja que estoy borracho. Intenta ganártela y, por una vez, que no te haga falta mi ayuda. —Y me voy sin decir más. El local es inmenso, y he perdido de vista a todos los amigos de Lisa, y a Lisa.

No hago más que dar vueltas y vueltas, de chocarme con todo el mundo. Me cruzo con chicas que se me insinúan, y en las que no me puedo fijar ahora. Vuelvo a distinguir entre todo el gentío varias veces «capullo»: parece que es la palabra del mes.

Al final me decido por ir a la barra donde se encontraban hacía un rato; la chica que se hallaba dentro está poniendo un par de chupitos.

—Perdona, hace un rato había aquí un grupo de chavales; estaban montando mucho escándalo. ¿Sabes por dónde han tirado?

—Yo acabo de llegar, es mi compañero quien debía de estar en ese momento. Espera, guapo. —Se aleja de mi lado, yéndose al otro extremo—. ¡Liam!, ven aquí. —El tal Liam se acerca a mi lado y resulta bastante intimidante—. Este chico quiere preguntarte no sé qué de un grupo de tíos que había aquí.

—Sí, esto... —Se me reseca la garganta al verlo con cara de pitbull—. Hace un rato había aquí un grupo de gente que estaba montando jaleo.

—Ah, sí, esos gilipollas. ¿Qué pasa con ellos?

—Solo quería saber si habías visto por dónde se fueron.

—Mira, tío, ¿tú sabes cuánta gente hay aquí? —Me quedo sin saber qué decir—. ¿Crees que hago un rastreo de la gente que se acerca a la barra?

—Vale, bueno. —El hombre se aleja sin darme más información... Gracias, de todos modos.

Me siento en unas escaleras que deben dar a los baños, o a yo qué sé qué. Dejo la música y el griterío en un segundo plano, y me concentro en mí. ¿Qué demonios estoy haciendo?, ¿por qué quiero buscarla? No tengo por qué saludarla; mañana puedo decírselo, comentárselo, y decir ambos: «Vaya, qué coincidencia», y ya está. Pero no, parece que no puedo estarme quieto.

Me rindo. Es la una de la mañana y necesito descansar un poco, dejar la mente en blanco, serena y no estar en una discoteca rodeado de niñas que desean sentirse mayores antes de tiempo saliendo un domingo. Miro por un segundo a algunos de esos chavales, me concentro en sus caras, sus expresiones, sus gestos. ¿Qué estarán pensando?, ¿qué estarán intentando demostrar? Se creen los reyes del mundo por estar aquí, pero, si se viesan a ellos mismos según se están

comportando, les daría vergüenza. Niños que quieren ponerse una americana y vaqueros, pero no tienen suficiente espalda, y resulta patético; y chicas que se maquillan como puertas, porque creen que eso les da más edad. Pero no se dan cuenta de que las chicas de veinte años no van así, de que solo hacen el ridículo, vestidos y maquillados como payasos. Esto resulta deprimente.

Me levanto de las escaleras e intento localizar la salida más cercana de ese sitio. Otra vez me encamino al otro extremo, cruzando la pista, pero soy incapaz de ver a Daniel. Tengo que decirle que me marché a casa, aunque dudo de que en estos momentos ande muy preocupado por mí.

Quizás pueda salir de ahí e intentar llamarlo o mandarle un mensaje. Voy hasta la barra donde me encontraba al principio y consigo guiarme a mí mismo por donde hemos entrado.

Al fin, después de apartar gente y más gente de mi camino, puedo llegar a la puerta y después, al aire fresco y puro. Me estaba asando ahí dentro, y necesito un poco de aire; encima me huele toda la ropa a tabaco y a porros.

Cojo el móvil para llamar a Daniel, esperando que lo coja, algo que me va a resultar imposible; pero al cuarto toque, logro contactar con él.

—Colega, ¿dónde te has metido? ¿Ya has solucionado ese asunto tuyo? — Apenas le oigo, pero sí, está borracho como una cuba.

—No, escucha, me voy a casa.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Sí, tan pronto. No me encuentro bien. Me voy andando solo, ¿vale? Espero que llegues bien a casa.

—No te preocupes. ¿Sabes?: creo que te debo una. No adivinas con quién pasaré esta noche.

—Con Bonnie, ¿no?

—Y con Aila... —Empieza a reírse y yo, a estremecerme. No conocía esa faceta de Daniel—. Hoy tendré noche a la escocesa. ¡Dios bendiga Escocia!

—Vale..., no quiero más detalles. Umm..., intenta llegar bien a casa, ¿de acuerdo? Y ten cuidado.

—Sí, papá. No hablaré con extraños, no cogeré caramelos de señores malos y usaré protección.

Me cuelga. Quiero una noche tranquila, en paz y a gusto. Quiero llegar a casa, quitarme los zapatos, la ropa, ponerme el pantalón de chándal y tumbarme. No pido más. La cabeza me va a estallar y de pronto se me cruza un cable, algo que solo me había pasado una vez, cuando cumplí los dieciocho. Necesito un cigarrillo. Odio el tabaco, pero recuerdo que aquella vez, después de una pequeña bronca con mi madre —que para mí fue un mundo—, aquel único cigarro me tranquilizó. Me acerco al primer chico que parece normal.

—Perdona, ¿tienes un cigarro?

—Claro. —Se saca la cajetilla del bolsillo de la camisa, y me ofrece el mechero para encenderlo.

—Gracias.

Me apoyo en la pared, y lo pienso bien antes de darle la primera calada. El tabaco me da asco, me produce náuseas: ¿por qué ahora lo necesito? Me llevo el cigarro a la boca y aspiro. Qué tontería, porque me calma un poco; lo ha conseguido, así que sigo fumándomelo sin problemas. Un cigarro en toda mi vida no me matará. Me relajo un poco más contra la pared, dando caladas largas.

Escucho unos gritos, jaleo, lo mismo que antes en el local. A cincuenta metros de mí, al final de mi misma calle, se encuentra todo el grupo de Lisa, pero ahora parecen ser menos. El motorista sí resulta ser el chico de la mudanza. Lleva el casco bajo el brazo, y sobre su moto espera una chica que no es Lisa. Lisa está de pie, medio seria, y ese chico parece estar pidiéndole disculpas por algo. No puedo ver bien la cara de Lisa por toda la oscuridad, pero su reacción es extraña; está completamente borracha. Cuando todos sus amigos se alejan, ella se deja caer en la acera, sentándose y hundiendo la cabeza entre las piernas. Doy una última calada y me deshago del cigarro para correr a su lado.

—Lisa. —Levanto su mentón y hago que me mire, pero tiene la vista medio ida—. Lisa, ¿estás bien?

—¿Nicholas? —Casi no puede ni pronunciar mi nombre—. Sí, estoy bien, es solo que acabo de quedarme sin transporte para volver a casa y, bueno..., mi GPS. —Se señala la cabeza mientras se ríe—. Hoy no funciona muy bien.

—Vamos, levanta. —Está en tirantes, y tiene los brazos congelados—. Joder, ¿cómo se te ocurre salir de noche así? Anda, toma. —Me quito la camisa para ofrecérsela a ella.

—Espera... —Y entonces, se pone la mano en la boca. Se aleja un poco de mí y se apoya de cara a la pared. No para de vomitar. Yo me echo la camisa al hombro y corro a ayudarla, al menos..., para sostenerle el pelo, porque no sé muy bien qué hacer en estos casos.

—Vamos, tranquila... —¿Qué digo?—. Échalo..., échalo todo.

Sus arcadas deberían provocarme a mí unas parecidas, pero no lo hacen; solo veo a una chica vulnerable y sola. Al tocar su piel desnuda para darle un mínimo de apoyo, noto la suavidad. Tiene la piel de gallina y está congelada, pero debajo de todo esto soy capaz de notar la calidez que desprende. Esto está mal; para, cerebro, para.

—Ya está..., estoy mucho mejor. —Se saca del bolso un Kleenex y una botella de agua.

—¿Te han dejado entrar con eso?

—Sí, a las chicas apenas nos registran. Y si enseñas un poco...

Lógicamente, se me va la vista, pero la aparto enseguida y cubro su cuerpo con mi camisa.

—Vamos, suerte que vivamos en el mismo edificio. —La llevo pasándole un brazo por los hombros. Aunque más que por ella, es por mí; necesito un poco de calor. Rebusca en su bolso y saca un chicle de menta.

—¿Y qué hacías tú aquí? —Ahora está más serena; es más fácil hablar con ella y parece más despreocupada mientras masca el chicle, aunque lo hace de forma sutil.

—Había venido con un amigo, pero él ya tiene la noche montada, a la escocesa.

—¿Y tú? ¿Cómo es que te vas solo? No sé cómo no te han comido ahí dentro.

—Ese sitio no es para mí. Sería ilegal con la mayoría, y no tienen cabeza.

—Sí, como yo, ¿no? —Habla en susurros y agacha la cabeza—. Lo siento. Siento que hayas visto un espectáculo así.

—No importa. Todo el mundo se emborracha alguna vez. —Me mira extrañada—. Sí, yo también bebo, ¿sabes?, pero no voy pegado a una botella.

—¿Y no te asombra? El verme así, digo, borracha.

—Mierda, me tienes por un bicho raro, pero no soy tan diferente. Justo antes de que te tirases a la acera estaba fumando.

—¡Vaya!, ¿tú? —Se hace la asombrada, con un tono de lo más sarcástico. Me encargo de abrir la puerta del portal—. No puedo creerlo, si pareces el típico pedante que dice: «No a las drogas» —grita.

—Shh, no querrás despertar a los vecinos, ¿no? —Le tapo la boca con una mano.

—No, claro que no. Quiero empezar con buen pie aquí. —Otra vez, le entra el ataque de risa, esta vez dentro del ascensor—. ¿Oís? Sois todos geniales, ¡geniales! ¡Me caéis tan bien!

—¡Calla, calla! —Acabo uniéndome a sus risas, mientras vuelvo a taponarle la boca—. Prefiero no estar delante cuando salga Barb, la vecina del segundo, a arrearte con el bastón.

—¿Barb? ¿Esa señora que parece una pasa con patas se llama Barb?

—No lo sé. —Ahora no paro de reírme yo—. Pero le pega.

—¿Sabes?: no conozco a ningún vecino, así que no sé ni cómo me caen, pero sí conozco a uno y me cae muy bien. —Su risa se apaga y de pronto se pone seria—. Me empieza a caer estupendamente.

Dicen que solo los niños y los borrachos dicen la verdad, así que no me queda otra que sonreírle, y ahí está de nuevo esa punzada ya familiar que oprime mis costillas. Salimos del ascensor, y me da sus llaves para que le abra la puerta.

—¿Sabrás llegar hasta la cama?

—¿Qué pasa?, ¿es una excusa para acompañarme tú? —Apenas atina a hablar, pero su mirada se queda clavada en la mía.

—No, en absoluto. —Le sonrío. ¿Por qué estoy sonriendo como un idiota? Amabilidad, seguro que solo es amabilidad—. Descansa bien.

—Nicholas. —Me detengo antes de que se cierre el ascensor—. Muchas gracias por ayudarme esta noche, has hecho mucho por mí.

—Bueno, no iba a dejarte en la calle.

Y me despido de ella con una sonrisa, mientras se cierra el ascensor.

CAPÍTULO 7

Me acabo de levantar de un humor excelente; apenas me encuentro cansado, después de la pasada noche.

Cuando voy de camino al trabajo, dudo de si hablarle a Daniel de la tregua con Lisa hace algunas noches; ni siquiera pude decírselo ayer. Ya sé todo lo que me va a decir, la guerra que me va a dar y, además, aparecerá más a menudo por casa. Definitivamente, me quedaré callado. Pero nada más llegar, me dice:

—Tío, anoche te llamé tres veces a casa y no sé cuántas al móvil. ¿Dónde te metiste?

—Te llamé yo al móvil; fue cuando me dijiste que te ibas con las escocesas a casa. Y luego dijiste: «¡Dios bendiga Escocia!».

—Cierto..., apenas recuerdo nada. Tendrías que haberme visto... —Empieza a sonreír y, supongo, a recordar su fantástica noche. Después, para mi desgracia, parece acordarse de algo más—. No fue ayer, sino hace unos días por la noche, y no lo cogías. ¿Dónde andabas?

Vale. No se me da bien mentir; diré la verdad y que pase lo que tenga que pasar.

—Estuve en casa de Lisa un rato, pero no creo que haya tardado mucho. Una o dos horas; podrías haberme...

—¿Qué? —No me deja seguir hablando—. ¿Con Lisa?: ¿la preciosidad de tu edificio?

—No es... preciosa. —Cuánto me cuesta mentir—. Está bien, lo sé, pero deberías ser más respetuoso con la gente.

—¿Qué hicisteis? —Está más que excitado por mi experiencia.

—Me invitó a tomar algo en su apartamento y simplemente charlamos un rato, nada más, para conocernos un poco.

—¿Charlar un rato? ¿Dos horas? Te puedo decir lo que yo habría hecho en dos horas... —Le pongo mala cara, pero él continúa—. En tal caso, felicidades, ya

vas por buen camino. —Siempre igual, no va a cambiar nunca.

La mañana del miércoles es distinta; me siento agotado y decaído. Ese domingo ha sido la última vez que he visto a Lisa; ni el lunes, ni el martes me la he cruzado. No me cuesta admitir que me sentiría mejor si me la encontrase de vez en cuando al llegar a casa, o en el ascensor, o recogiendo el correo. Me enfado conmigo mismo por pensar en ello. Me sorprende varias veces recordando el tacto de su piel, y me pego una paliza a mental para dejar de pensar en ello.

Salgo de casa con lentitud y, mientras espero a que el ascensor llegue a mi piso, pongo el oído inconscientemente hacia el piso de arriba, intentando oír una puerta que justo, encima, se cierra. Pero no es así, así que cojo el ascensor para encaminarme al coche e ir al trabajo.

Daniel me espera donde siempre, en el aparcamiento norte de nuestro edificio.

—Anoche volví a llamarte a casa; ¿otra visita *agradable* con la vecina? —Me da un codazo en las costillas.

—No, no ha habido más visitas. Seguramente fue cuando me estaba duchando.

—¿Aún no os habéis visto? Imaginaba que estarías ayer en su casa recuperando el tiempo perdido de celibato.

—No, sigo sin verla. Imagino que será el grupo o el trabajo; por lo que me contó, la tiene muy saturada, así que será una vecina que pasará desapercibida. Eso sí, cuando se ponga con la guitarra..., hará que se entere todo el vecindario de que ha regresado a casa.

—¡Error! —Levanta la mano—. Si no me equivoco, solo tú la oyes con la guitarra, o eso me dijiste; así que serás el único que sepa cuando está en casa... —Me alza las cejas.

—Cierto, y no sé si eso es algo bueno o malo, de verdad; ahora que volví a coger el piano desde...

—¿Annabelle? —Él lo sabe, le cuento casi todo—. ¿Has vuelto a hablar con ella?

—No. Creo..., no estoy seguro, pero creo que al final se fue a trabajar a Leeds; era lo que siempre había querido, así que...

—Mejor; cuanto más lejos esté, menos problemas dará.

—Lo sé...

Cuando Annabelle me dejó, tiró complejo de perro del hortelano. Seguía con el tío por el que me había dejado y, si se enteraba que yo tenía a alguien nuevo, no tardaba en volver para desmontar mi vida, hacerme sentir culpable y dejar a

la persona con la que estuviese. Largarse fue lo mejor que hizo, y yo pude empezar una vida nueva, lejos de compromisos con más mujeres inestables.

—Podrías olvidarla con la vecina nueva.

—Qué pesadilla... —resoplo, mirando al cielo—. Yo ya tengo olvidada a Annabelle; no necesito estar con nadie, y menos con alguien tan distinto a mí. No, no distinta, sino loca; no quiero a una loca tan cerca de mí.

En seguida me arrepiento de decir eso, porque nuestros últimos encuentros fueron de lo más agradables. Sin embargo, una parte de mí aún intenta tirar por el lado de la cordura.

Si esta chica se hubiese quedado callada o hubiese sido amable nada más conocerla, puede que no me lo hubiese pensado dos veces. Estamos intentando llevarnos bien, pero no puedo evitar que mi cabeza aún crea que Lisa es del todo menos normal. En cierto modo, me alegro de pensar eso, porque lo equilibra con las cosas positivas que tiene, y así no me puede atraer al 100 %. Pero mi mente va por libre junto con la entropiada cuando se imagina a una Lisa amordazada para que deje de pegar gritos. La rabia que me produce se mezcla con un deseo erróneo, muy equivocado, y al que no voy a dar pie, desde luego.

Me siento en el coche y mantengo las llaves en mi mano, sin encender el motor todavía. Hoy he estado metido de lleno en el proyecto. Hay algo que me ata demasiado; no sé si es la magnitud de este, la empresa para la que tendré que presentarlo, o el sitio en sí.

Después de diez minutos, arranco el coche y me encamino a casa. Enciendo la radio y la dejo puesta en una emisora de los 60. Está sonando *Hey Jude*; no puedo negar que esta canción tiene ritmo y cierto encanto. Apenas he escuchado a los Beatles, pero no están nada mal. Sin embargo, en cuanto termina la canción, vuelvo a mi emisora favorita; así sí que se puede ir feliz en coche a cualquier lado.

Cuando estoy subiendo en el ascensor, me paro en el bajo para recoger el correo; todo son cartas del banco, facturas y más facturas. Justo cuando estoy cerrando el buzón, escucho a alguien por teléfono; está fuera, a punto de abrir la puerta del portal.

—Escucha, ¡no puedo ir! ¿Es que no me oyes? Me encuentro casi en la otra punta y no puedo llegar a tiempo. —Está bastante alterada y se pasa la mano por

el pelo como gesto nervioso—. Mira, Charlie puede sustituirme. Sabes de sobra que no me gusta perderme ni un solo ensayo, que hago lo imposible por ir, pero no tengo cómo hacerlo ahora. No tengo soluciones. —Alguien le está diciendo algo nada agradable por el teléfono—. Está bien, como quieras, pero yo no tengo la culpa de esto. —Cuelga el móvil con rabia y se lo mete en el bolsillo—. Joder...

Abre la puerta y en ese momento me ve observándola, atento a lo que ha sucedido.

—Vaya, hola. —Me mira solo un segundo y enseguida agacha la cabeza—. Se suponía que no íbamos a tener más malos encuentros, así que me subiré a casa; hoy no estoy de humor. Hasta luego.

—Espera. —Tengo que frenarla—. ¿Te ocurre algo? ¿Necesitas ayuda?

—No, es solo que... —Se muerde el labio, como evitando hablar, pero mi mirada inquisidora hace que lo suelte—. Bueno, tenía que estar en el ensayo dentro de media hora y es casi en la otra punta de la ciudad. El problema está en que se me acaba de estropear el coche ahora mismo. He tenido que dejarlo en el taller hasta la semana que viene, vengo en autobús porque es imposible coger un taxi y me han sobado no sé cuántos tíos. Y ahora, esto.

—Yo puedo llevarte, si quieres.

—¿Qué? No, ni lo sueñes. —No puedo evitar fruncir el ceño. Bonita forma de seguir con la tregua—. Tú tienes tus cosas, esto es problema mío.

—Deja de ser tan borde y arrogante. Es un momento, joder; no me va a costar nada.

Se lo piensa un instante, examinando mi rostro con cautela. Sí, vale, al final he sacado el mal humor que acostumbro últimamente; parece que es la única forma en la que podemos entendernos. Quiero ser amable, pero odio que me traten como si fuera imbécil. Yo acato las normas de quien tengo que acatarlas, y de nadie más. Una sola contestación de esta mujer hace que saque bilis por la boca, pero, en este caso, intento tragarla con dificultad.

Monta primera en el ascensor, y me fijo en la complicada trenza que se ha hecho; le nace casi desde la parte más alta de la cabeza y está perfecta. Ni un solo cabello está fuera de su sitio y el final de su trenza yace en sus puntas, ligeramente rizadas. Me gusta, me gusta más de lo que debería.

Abro el coche cuando nos quedan cinco metros para llegar. Lisa abre los ojos como platos mientras acaricia la carrocería con delicadeza.

—Vaya, muy elegante —dice, mientras se echa al hombro esa especie de bolso-saco.

—¿Cumplido o sarcasmo? —Entrecierro los ojos y ella se me queda mirando a la vez que comienza a reírse. Un momento, solo para después poner los ojos en

blanco.

—Verás, me junto con gente que disfruta de un Opel o de un Ford, todos de segunda mano. —Abre la puerta del copiloto, mientras aún me mira por encima del capó. A ella solo se le ve la cabeza y, sin embargo, a mí se me ve algo más debajo de los hombros—. Y ahora voy a montar en un Lexus, así que, ¿qué crees que es?

—Pues, en ese caso, gracias —le digo, aunque sin poder sonreír.

Montamos en el coche y le pido que me vaya indicando el camino.

—Con un GPS sería más sencillo. —Lo deja caer de forma amigable, como quien no quiere la cosa.

—Me las puedo apañar así. —Otra vez la sequedad. Pero ¿qué coño me pasa?; es como si con ella sacase el temperamento que no he sacado en veintinueve años.

Eso nos deja un par de minutos completamente en silencio. Lisa ya me ha indicado el trayecto para unos dos kilómetros, así que no le hace falta a ella tampoco decir nada. Quiero romper un poco esta tensión poniendo la radio, mi cadena favorita.

—¿Qué es eso? —Me mira incrédula, pude notarlo, y le da al tono un toque bromista. Deja claro que tampoco quiere ese ambiente cargado de tensión.

—Pues, anda que... —Me río. Me río de una forma extraña y diferente, jovial—. Me parece que te queda mucho por aprender. ¿Cómo llegaste a un grupo sin saber la base histórica de la música?

—Idiota. —Lo dice riéndose, así que no se lo tengo en cuenta—. Te dije que conocía la música clásica. Quiero decir que por qué tienes esta emisora; no sé, con todas las que hay...

—Esta me gusta, es relajante. —La corto de inmediato, por el comentario demasiado cercano.

Justo han puesto *La flauta mágica*, de Mozart, y ambos nos quedamos en silencio. No porque sea otro momento incómodo, no porque nos hayamos enfadado; parece que ella también quiere disfrutar en silencio de esta fabulosa melodía. Puedo ver cómo deja caer lentamente la cabeza en el asiento y cierra los ojos. Ha echado un poco la cabeza hacia arriba, dejando ver un cuello totalmente liso y pálido, que acaba en las hendiduras de su clavícula. Desde luego, estamos en un semáforo; si no, no me habría despistado tanto. Pero tan pronto como sé conscientemente lo que estoy haciendo, vuelvo a mirar al frente y a escuchar a la reina de la noche.

—Puede que tengas razón —concluye al finalizar la melodía—: a muchos nos hace falta relajarnos en el coche, y me incluyo. Reconozco que hay veces que no se me soporta conduciendo.

—¿Y eso? —pregunto, con un tono más que irónico.

—Bueno, si... si me pongo nerviosa, pego algún que otro grito... —Me lo dice algo avergonzada, y casi se hunde en el asiento.

—Vaya, ¿quién lo dirá? —No consigo quitar el sarcasmo de mi boca—. Recuérdame que, si es a mí al que se le estropea el coche, no te pida que me lleves a ningún lado.

—De acuerdo; seguro que eres peor copiloto que yo, corrigiendo todo el rato, diciendo qué debo o no debo hacer.

Mis manos chirrían con el cuero del volante. Estoy llevándola al maldito ensayo de su grupo. Lo nota en seguida; mi cara debe ser un poema y puedo sentir cómo se contrae en el asiento. Tomaré eso como una disculpa.

—Bueno... —Quiero sacar algún tema de conversación—. ¿No tendrías que llevar tu chisme ruidoso al ensayo? —Me estoy riendo, así que no lo interpreta como algo malo.

—No, qué va. Tengo un «chisme ruidoso» donde ensayamos, pero el mío se queda en casa. Le tengo más cariño, casi, que a mi propia vida; pero solo casi, que una lo vale. —Ella se ríe y yo solo levanto las comisuras; no porque lo que haya dicho sea verdad o no.

Desde luego tiene carácter y se valora. El resto de las mujeres no hacen más que menospreciarse, aunque ni siquiera lo piensen así.

—Oye... —Comienza a vacilar antes de decir nada, y me imagino sobre qué quiere hablar—. Siento mucho el espectáculo de ayer. Yo nunca bebo tanto, no sé qué me pasó.

—No pasa nada, todos nos emborrachamos alguna vez. Y después de... todo lo que expulsaste, parecías más serena.

—Mierda..., qué asco. Siento que presenciases eso también, y te doy las gracias por aguantarme y por llevarme a casa.

—¿Por qué te dejaron tirada? Tú tenías que ir en esa moto, ¿no?

—Sí, pero Robi ligó, y me tocó joderme.

—Vaya jugada... Así que te lleva a la discoteca, y luego te las apañas tú como puedas...

—No, en realidad era un trato. Quedamos en que, si él ligaba, yo podría irme andando sola. Otras veces lo hemos hecho igual: yo sacaba mi vieja moto y, si ligaba, le tocaba irse andando. —Se echa a reír, y yo no sé qué hacer—. Anoche fue él mismo quien se negaba a dejarme ir sola, pero no quería joderle la noche... Menos mal que estabas ahí. Gracias otra vez, de verdad.

—No hay de qué... —Me resulta incapaz entender esta chica; su mentalidad es demasiado para mí.

—No lo había pensado: quizás a tu novia no le haga gracia que andes llevando

a chicas en tu coche o algo... No sé. —Parece un poco avergonzada.

—No hay novia, así que no hay celos ni de qué preocuparse.

—Ah, de acuerdo, entonces.

Estoy seguro de que ya sabía que no tenía novia, porque lo habría sacado en nuestra tregua; pero que haya querido cerciorarse me hace sentir extrañamente satisfecho. Y me da más satisfacción comprobar cómo Lisa ha dejado elevar las comisuras de sus labios con lentitud.

—Mira, ya hemos llegado.

Me señala justo al frente. Puedo ver una especie de puerta de garaje; se encuentra en una calle que de seguro no frecuentaría por la noche, y podría pensármelo por el día.

—¿Es aquí? Este lugar... —digo mientras conduzco con cuidado hasta la puerta de ese garaje.

—Sí, lo sé. La verdad es que no es el mejor barrio de Dublín, pero el alquiler es barato. Por dentro es distinto, no tiene nada que ver. ¿Quieres entrar y verlo? Podemos tocar algo y que nos veas. —Puedo ver cómo sonrío, mientras abre la puerta del coche.

—Bueno, quizás en otro momento. Tengo que llegar a casa, comer, preparar unos planos..., ya sabes.

—Claro, siento mucho haberte hecho perder tiempo, de veras.

—Tranquila, ha sido un placer. —Se lo digo completamente en serio.

—Vale, pero promete que algún día vendrás.

—Lo prometo. —No creo mucho en ello, pero no voy a discutir, desde luego que no.

—Gracias. Te devolveré el favor.

—Hasta luego.

Cierra la puerta y espero hasta que llegue al garaje, en el que han escrito en negro y plateado: Dante's. Está avanzando con lentitud, o quizás es lo que me parece. El bolso que lleva, de color naranja y morado, apenas se mueve de su sitio, ahora en el otro brazo; se lo ha cambiado al salir del coche. Pensaba que entraría directamente, pero, antes de abrir la puerta, mira hacia atrás, hacia el coche: me sobresalto. Quizás piense algo extraño al verme ahí parado aún, pero tan solo sonrío ampliamente y se despide de mí con la mano. Yo hago lo propio y después me pongo en marcha de nuevo para ir hacia casa.

En el camino comienzo a pensar si quizás podría haberme quedado a verlos tocar. Sé por qué he dicho que no, por qué no puedo quedarme. No es por todas

esas excusas tontas; aquello no ha sido más que una escapatoria para decir educadamente que, seguramente, lo que ellos toquen, lo que Lisa toque, no será de mi agrado. Y porque, maldita sea, ella solo es mi vecina. Si me la quisiera llevar a la cama, sería cuestión de soltar una frase, pero mis pensamientos se ponen en orden. Ella es solo una vecina, porque en ningún universo, ni remotamente paralelo, podríamos ser amigos; que esté buena no le da el beneficio de amiga, si lo que va a soltar por la boca son estupideces. Sé que cada vez dice menos, o es lo que me parece, pero necesito dejarme grabada esa mentira en la mente, porque empieza a tener más efecto en mí de lo que me gustaría, y eso no está bien.

Tengo mil imágenes que rondan en mi cabeza, como si me estuviesen poniendo un proyector con todas las diapositivas de los últimos momentos de mi vida; todas a la vez, y es algo que no llega a resultarme agradable del todo. Sin embargo, el proyector se detiene al llegar a lo que acabo de vivir en el coche, con Lisa, y de pronto las costillas empiezan a cerrarme el pecho.

Todo esto es porque la vuelta no es ni de lejos como ha sido el viaje anterior. ¿Tenso? Sí, pero a la vez había un aura diferente en el coche; y sin embargo, de regreso, mi cabeza no empieza más que a darle vueltas a todo, a cualquier mínimo detalle de lo que ha sucedido minutos atrás. Tengo claro que esto puedo zanjarlo metiendo el proyecto del World's Linked Enterprises en mi cabeza.

CAPÍTULO 8

Por fin, aquí reina la fiesta, la música, la felicidad. Estoy en la cocina, haciendo pasta, mientras Robi intenta preparar una ensalada.

—¿Te ha costado mucho arreglar el coche?

—No, al final fue menos de lo que parecía. —Me chupo uno de los dedos, manchado de salsa carbonara—. Y lo tuvieron en seguida.

Vamos a comer al sofá con los platos y las cervezas. Los dos reímos, los dos cantamos nuestras propias canciones y, por supuesto, hablamos de Nick. Quiero decir Nicholas.

—Oye, ¿te has vuelto a encontrar con el estirado de abajo? —Robi está dando un trago a su cerveza.

—No, pero ¿sabes qué? —Pincho una hoja de lechuga y me la llevo a la boca—. El otro día me llevó al ensayo por lo del coche, ya sabes; se me olvidó decírtelo. Fue un capullo, pero no tanto como las otras veces.

Robi deja de comer, mirándome como si viese un fantasma. No puede creer lo que ha oído.

—No me mires así. Yo necesitaba que me llevaran y sacó lo poco que tiene de caballero para acercarme.

—Bueno, quizás fue por compromiso. ¿Qué te iba a decir cuando le comentaras que te habías quedado sin forma de llegar al ensayo?

—Y también está lo del día de la discoteca. Ya sabes, ese día que me encontré tirada, sin amigos que me ayudasen. —Se lo digo abriendo muchos los ojos; más bien, clavándoselos en la cara.

—Joder, sabes que lo siento mucho. Tú misma me dijiste que podía irme y yo insistí en acompañarte primero, pero no querías.

—Lo sé, lo sé, no te culpo. Es solo para que veas también que al menos fue... caballeroso conmigo. Tendrías que haber visto cómo vino corriendo hacia mí.

—¿Lo recuerdas? —Robi se ríe mientras come tranquilo su ensalada—.

Porque con la que llevabas encima quizás hayan sido imaginaciones tuyas.

—Bueno..., recuerdo una mancha borrosa venir corriendo hacia mí, y luego apareció él, medio histérico, preguntándome qué me pasaba. —La imagen de aquella noche acude a mi mente lo más nítida que puedo recordarla, y me hace sonreír—. Pero la cosa es que, pudiendo haberme dejado ahí, tirada tal y como estaba, se preocupó.

—Lisa, cuidado. —Deja de comer, y de pronto se pone serio—. Los tíos así solo quieren una cosa.

—Él solo quiere una cosa; dos, en realidad: a sus proyectos y a él. Tendrá mil conquistas por ahí, pero seguro que solo es capaz de empalmarse pensando en lo bueno que es. Caballerosidades aparte, sigue siendo un capullo.

—Grábate esa frase en la cabeza cuando intente meter las manos en tus bragas.

Le pego tal puñetazo que el tenedor sale despedido, y seguimos dándonos manotazos hasta quién sabe cuándo.

—Hoy es 25 de febrero... —De pronto mi risa se apaga al recordarlo. Estoy sentada al lado de Robi.

—Lo sé, me he acordado esta mañana. —Robi me besa la frente y me abraza sin pensárselo—. ¿Van a venir Spence y Adele?

—Ni idea. Mi hermano está con sus cosas y mi madre..., bueno, ya sabes, ella siempre quiere hacer como si nada de esto hubiese pasado.

—Pues, vaya mierda, ¿no?

—No, siempre voy sola. Cuando vivía en Kilkee solo vine con ellos un par de años, y fue una sensación de lo más extraña. Prefiero ir sola; aun así, llamaré luego a mi hermano, por si acaso han decidido venir sin avisar. Quizás estén de camino...

—Quizás. —Robi entiende que esa es mi esperanza y no me la quiere quitar, pero sabe que ni mi hermano ni mi madre aparecerán hoy por aquí—. Pero, de todas formas, dices que te gusta ir sola, así que...

—Sí, casi es mejor. Oye, Robi, muchas gracias por comer hoy conmigo. —Después de toda la conversación, me despido de Robi, cuando se marcha, dándole un abrazo—. Lo necesitaba.

—Ya lo sabes: puedes pedirme lo que quieras cuando quieras.

—Claro que lo sé. —Una risa suave se me escapa de la garganta—. Por eso te he pedido que vinieses.

Comienzo a conducir, pero aún no he hecho esa llamada. Marco el número de mi

hermano.

—¿Spence?

—¿Qué quieres? —Sí, Spence tiene ese tono tan áspero de siempre—. Estoy en la consulta.

—Vale..., entonces, supongo que no vendréis...

—No, claro que no. Yo tengo trabajo y mamá no tiene cómo ir sola.

—Quizás yo podría haber ido a buscarla. —Vacilo al hablar. Mi hermano siempre hace que me sienta intimidada.

—Lisa, no vamos a estar allí. Ahora tengo mucho trabajo. De verdad que lo siento, pero no teníamos manera de ir. Hablamos, hasta luego.

No me da tiempo a despedirme. No lo pienses, no lo pienses; esto es lo que tenía que pasar. No han venido casi nunca, no tienen por qué hacerlo este año. Es mejor estar sola, sin que nadie te moleste, sin que haya lloros ajenos a tu alrededor, sin que tu madre te suplique que vuelvas y tu hermano te asesine con la mirada...

Sí, definitivamente, prefiero cien veces estar sola antes que soportar que ellos vengan. Soy fuerte, como un caballero con una armadura de hierro forjado. No necesito que nadie me vea llorar ni sufrir. Subo el volumen de la radio; Darren no sé qué canta: algo romántico, melancólico y a la vez animado. ¿Es eso posible? Parece un tema de esos de viaje. No presto atención a la melodía; en realidad, no la escucharía de verdad ni aunque fuese mi mejor momento. Me concentro en mi camino, en llegar, como hago tres veces al año, pero hoy es más importante: ya son once años.

Aparco en el primer sitio que veo cerca, me echo la mochila al hombro y cojo la guitarra por las asas con la mano. De momento todo va bien, normal.

Es al entrar por estas puertas, es ese ambiente tan distinto de un lado y de otro; uno, lleno de gritos, de ruido, de movimiento, y el otro... El otro es un ejército de soldados que se mantienen inmóviles, en silencio...; es tétrico pasar por cada uno de ellos. Hoy parece que no hay nadie; está prácticamente vacío de esa gente que vaga en busca de lo mismo que yo: un poco de esa compañía que se alejó alguna vez. Ahí dentro, hoy solo yo busco esa compañía.

Sí, por supuesto que es tétrico, y nunca me gusta mirar el nombre de las personas en el mármol, ni mucho menos las fechas. Pero es distinto cuando llego a la que tengo que llegar: a mi compañía. Hay mucho espacio y prefiero sentarme de frente, en la hierba, mirando todo; su nombre, sus apellidos, sus fechas, hasta una foto...

—Hola, papá.

No importa que no conteste de la misma forma que lo hacen Robi o Matt. No importa si no oigo un «Hola, cariño, ¿qué tal?»: me basta con imaginarlo. ¿Y lo

mejor?: yo ni siquiera soy creyente; fue mi madre la que se emperró en hacer un entierro. Yo me opuse, pero era una niña. Ahora me alegro de que esté ahí; quizás no hubiese sido lo mismo hablar con una urna que con una lápida, donde sé que se halla a pocos metros de mí. El consuelo siempre está en los sitios más extraños.

—Te he traído esto. —Abro mi mochila y saco dos lirios y una rosa roja—. Me ha costado hacer que no se espachurren aquí dentro, pero mira: lo he conseguido.

Me levanto y dejo las tres flores en la lápida, mirando por un momento su foto, pero la aparto rápido y sonrío.

—Bueno, te he traído tus flores favoritas; en realidad, las que me regalabas por mi cumpleaños. Sabías que no me gustaban las flores, pero te empeñabas en comprarlas. —La sonrisa se va deshaciendo poco a poco—. Ahora me toca a mí comprártelas.

Saco mi cuaderno, donde tengo las láminas que dibujo cuando vengo aquí. Me tranquiliza saber que mi padre no está lejos de mí en estos momentos. El cementerio está lleno de esculturas religiosas: vírgenes, ángeles... Empiezo a mirar a mi alrededor...; algunas de esas ya las he hecho. Aunque no me guste nada el tema religioso, me parecen unas esculturas muy bellas. De pronto, me fijo en una imagen que no había visto antes, y que no cuadra con ese entorno. Quizás no estaba cuando fui la última vez, en octubre, pero es distinta. Se trata del grupo escultórico del Barroco, *Apolo y Dafne*, de Bernini. Nunca he visto en un cementerio una escultura así, y me extraña. ¿Una figura de dos amantes? Tengo curiosidad, y me acerco para ver qué lápida guardan ambos personajes mitológicos. No puedo creerlo, son dos personas: un hombre y una mujer. Y sí, habían construido todo esto en esos meses. Se trata de dos personas de veintiocho y veintiséis años. Empiezo a sentir un pinchazo en el estómago. Mejor alejarse y seguir con lo mío. No quiero ni pensar en lo que les habrá llevado a esa pareja a acabar en el mismo sitio. Sencillamente quiero dibujar un poco, desconectar del mundo tan loco del que me rodeo cada día, despejarme de mi propia locura.

—¿Sabes, papá? —le digo, mientras perfilo la pierna derecha de Dafne—: seguro que te resulta extraño verme siempre aquí, sola. Quiero decir: sin mamá ni Spence. Es solo que..., bueno, ya sabes, están lejos. Spence me ha dicho que tiene mucho trabajo y eso...

No quiero hablarle mucho más de eso, yo sé la verdad: tengo una madre que no se quita la venda de los ojos y un hermano imbécil, que no es capaz de ir a ver a su padre ni en el aniversario de su muerte. Pero, desde luego, tengo miedo de decirlo en voz alta; es suficiente con tenerlo en mi fuero interno como para

soltarlo al exterior.

—Aun así, seguro que se acuerdan mucho de ti, lo sé. —Ahora retoco el pelo de Apolo, para mantenerme entretenida—. Spence estará atendiendo pacientes y a la vez tendrá la mente puesta aquí. Y mamá habrá hecho lo mismo que hizo el año pasado. La llamé, y me dijo que iría al mar a tirar una rosa roja al agua por ti, que quitaría pétalo a pétalo y que pensaría en un recuerdo bonito contigo por cada uno de ellos. Podría apostarme el cuello a que ahora lo está haciendo.

Y lo pienso, sé que es verdad. Mi madre ya no es la misma; el día que murió, sufrió un *shock* tremendo. Fue como si hubiese recibido un puñetazo en la cara y no supiese reaccionar; no lo creía. Y después de eso, fueron semanas de depresión y llantos. Spence y yo nos turnábamos para calmarla y no dejarla sola. Así, hasta que llegó un momento en el que reprimió el dolor y dejó una huella fría y ausente por fuera. No deseo estar en el pueblo con ella, tirando flores al mar; prefiero estar aquí, aunque sea en el cementerio. Me gusta hablar con mi padre de frente, contarle lo que he hecho.

—Por fin he conseguido un piso mejor; es genial, precioso, y encima es céntrico. Lo pienso ir decorando como los apartamentos tan elegantes que tienen los famosos. Al principio tuve bronca con uno de los vecinos, Nicholas. Seguro que te habría caído bien: es un cabezota de campeonato. Reconozco que me ha salvado de un par de marrones, pero... es insufrible.

Sí, es insufrible, pero ahora me pregunto cuál de las dos partes que he conocido de él pesa más.

—Pero no me gusta; es imposible que me guste. Resulta muy atractivo, y ahora es algo agradable, pero somos muy distintos, chocamos. ¡Por favor!, si su única meta es llegar a la empresa de su papi. —Hago muecas, burlándome de él—. Y ser el mejor arquitecto de la ciudad y del mundo. Ese hombre no es para mí.

Dejo que el silencio reine por un momento. Durante unos segundos, siento estar rodeada de gente inerte, en un campo, y son sus reflexiones las que oigo. Nicholas es la noche y yo soy el día. Nos hemos tirado de los pelos más de lo que nos hemos saludado cordialmente, y solo en unas semanas. Yo no encajo en su mundo de cifras y de edificios ni como amiga, y él no encaja en mi mundo de cuadros y de *cacharros ruidosos*. Pero debo intentar ser mejor vecina.

Por un momento, y sin quererlo, me imagino cómo sería la vida con él, cómo sería tener a Nicholas como pareja: sin salir a lugares exóticos, sin nada emocionante, nada que fuese diferente al día anterior, y todo su trabajo estaría antes que yo, desde luego. No, no, Nicholas no es una buena opción. ¿Como polvo de una noche?: ¡no!, ni hablar. Es obvio que tiene un cuerpo de infarto — debe tener a todas las de la empresa babeando—, pero sería vergonzoso tener

que encontrármelo después en el ascensor. ¡Maldita sea!, me gusta mi piso y no pienso irme de él porque tenga a un calentón.

Sigo dibujando, realizando los pliegues de la poca ropa que visten, las curvas que se encuentran en cada parte de su anatomía. Una anatomía perfecta, unida; dos cuerpos que, apenas sin tocarse, se aman. No es la historia real, pero prefiero verlo así. Es bonito. Respiro hondo, y el olor a ciprés me inunda los pulmones. Me siento como en Kilkee, cuando estoy sobre el acantilado. No he visto a nadie en la media hora que llevo ahí, más que a un par de señoras mayores que iban a cambiarle las flores a dos lápidas, a cincuenta metros de mí; pero no me molesta, este es un lugar donde, por mucha gente que haya, siempre uno se siente solo. Me siento sola; no importa si el cementerio está lleno de gente, porque no veo más allá que la tumba de mi padre, con esa foto que decidimos coger de un día en el campo, donde su rostro brillaba y sonreía como nunca. Qué guapo está ahí; feliz, como si todo fuese bien, como si nada pudiese ir mal. Pero no era así...

Dejo de dibujar y no puedo evitar acordarme de todo, como cada vez que entro aquí. Aquella mañana, papá quería salir a comprar tabaco. Apenas fumaba; una cajetilla hasta le podía durar una semana, pero en ese momento le apetecía.

—Princesa —me dijo, mientras practicaba con la guitarra—, voy a bajar un momento, ¿te apetece venir?

—No lo sé..., no tengo ganas de salir —me quejé, mientras me apoyaba en la guitarra.

—Bueno..., y yo que iba a comprarte tus flores favoritas... —Papá hizo amago de largarse, pero lo frené. Sabía que no, que esas no eran mis flores favoritas, pero quería hacer feliz a mi padre.

—Está bien, espérame y me pongo la sudadera —le dije mientras dejaba la guitarra en la cama y mi padre salía por la puerta de la habitación.

—Y ponte una chaqueta, Lisa —me dijo Spencer, como buen hermano que era—, hace algo de frío.

—Ya, en eso estoy.

—Andrew —lo llamó mamá desde la cocina.

—Dime, cielo.

—Por favor, ¿compras una barra de pan? Se me ha olvidado comprarla esta mañana.

—Claro, aquí la tendrás. Ahora volvemos. —Y los dos se despidieron con un tierno y fugaz beso en los labios, como siempre hacían cuando uno salía de casa. Nunca lo comprendía, si se iban a ver en unos minutos.

Los dos íbamos por la calle, hablando tranquilos, con el paquete de tabaco en el bolsillo de papá y con la barra de pan en la bolsa que llevaba yo.

—¿Qué tal en clase, Lisa?

—Bien, como siempre. Ayer Robi quiso ligar con Carol, la de primero C, pero le dio calabazas. El pobre siempre se lleva calabazas.

—Y tú ¿por qué no sales con él? Hacéis muy buena pareja.

—Pues porque no, papá. Los dos somos amigos, y somos amigos de sangre, ¿sabes? Una vez nos pinchamos con un alfiler en el dedo, y luego lo juntamos. No somos hermanos de sangre, porque entonces nos pegaríamos todo el día, pero somos amigos de sangre.

—Vaya... —Papá se quedó impresionado por cómo hablaba su hija, con catorce años—. Pero tú y Spence no os pegáis.

—Pero es distinto. Spence y yo nos llevamos más o menos bien; somos hermanos raros.

—Ya..., espero que no llegue un día en el que os llevéis a matar; si no, pondré normas, ¿lo entiendes, enana? —Papá empezó a hacerme cosquillas.

—Sí, sí, papá. —No paraba de retorcerme—. No ocurrirá nunca.

—Vaya, casi se me olvidaba.

—¿El qué?

—Las flores.

—Bueno, no hace falta; puedes dejarlas para otro momento. ¿Qué tal en mi cumpleaños, como siempre?

—Quedan seis meses... Vamos, hazme un favor: quédate aquí y yo me acerco a la floristería. —La floristería se encontraba justo al otro lado de la calle.

—¿Y por qué no puedo ir?

—Escogeré un ramo bonito, por acompañarme, y quiero que sea sorpresa.

—Vale, papá, pero no hace falta que te pases; me gustan todas las flores si me las regalas tú. Espero que algún día tú también aceptes cualquier flor que te regale.

—Cielo... —Papá se agachó un poco y me besó en la frente—. Tú eres mi flor, no necesito ninguna más.

Y así se despidió de mí, mientras yo esperaba. En realidad solo pensaba en que algún día querría regalarle un ramo de flores a mi padre; seguro que le haría ilusión. Papá salió de la tienda, ocultando el ramo en su espalda y sonriéndome; y yo no podía más que sonreírle también. Cruzó sin mirar, estando el semáforo en verde, pero no sirve para todo el mundo. Un deportivo plateado que cruzaba la esquina a toda velocidad arrasó en la entrada de la calle donde estaba la floristería, donde estaba el semáforo, donde estaba papá...

Aquel estúpido coche se dio a la fuga y yo, sin pensármelo, tiré el pan al suelo para coger más velocidad, para arrimarme a mi padre, donde ya se estaban reuniendo los viandantes de ese momento.

—¡Papá, papá! —No sabía qué hacer. Tendido, con heridas por todos lados, y

yo, con las manos llenas de sangre, solo podía pedir una cosa—. Papá, no te mueras. ¡No te mueras, por favor!

Pero era imposible. En ese momento, sentí cómo un pedazo de mí se marchaba al instante, y sabía que todo se había acabado. Ni una última palabra, ni un último suspiro: todo en un segundo. Me abracé al cuerpo de mi padre, mientras alguien a mi lado me acariciaba, y oía a una ambulancia cercana. Cuando abrí los ojos, me percaté del ramo, el que quería esconder; un ramo lleno de rosas rojas y de lirios con una nota:

Para la mejor flor, que jamás tendré.

Llorando, como me pasa siempre que recuerdo esto, saco la guitarra y empiezo a tocar *Hallelujah*. De nuevo algo religioso, pero me da igual: era la canción que más le gustaba a mi padre que tocara con la guitarra, y la primera que conseguí aprenderme.

Desde entonces, a pesar de mi madre, de mi hermano, de todos mis amigos, siento que estoy sola. Siento como si la razón que me mantenía feliz ya no existiese, como si no fuese posible estar bien. ¿Cómo iba a estarlo, sabiendo que la vida de mi padre se terminó en un segundo? Un segundo... Un segundo antes me estaba sonriendo desde el otro lado de la acera, y un segundo después... nada.

De la muerte de mi padre solo pude extraer una reflexión provechosa: ¿para qué me voy a amargar? Mañana puede que ya no esté aquí, y no me puedo permitir el lujo de malgastar la vida preocupándome por tonterías. Si sonrío cuatro veces más de lo que lloro, entonces la vida merece la pena.

Salgo de allí, con la guitarra en la mano y con la mochila al hombro, tal cual he entrado. Solo me ha cambiado la expresión del rostro, y mis ojos estaban rojos e hinchados. A nadie de los que están allí parece sorprenderle. Es un cementerio: ¿qué esperas?, ¿que me ponga a bailar? No, esto es lo normal y, aunque no lo fuese, me importaría un comino lo que la gente pensase.

Según me meto en el coche, llama Steve, así que me aclaro la garganta.

—Dime, Steve, ya sé que hay ensayo; creí que Robi te había dicho...

—No, no, so es por eso; solo quería recordarte lo del sábado.

—Ah, por supuesto, la fiesta. No te preocupes, Steve, ahí estaré. —Estoy mejor, soy la chica feliz de siempre—. ¿A quiénes has invitado?

—Ya sabes, a los colegas, a algunos que no conocéis, a amigos de Rose.

—¿De Rose?

—Sí, ¿por?

—No, no, por nada. Está bien, nos vemos mañana.

El corazón me late fuerte, unos toques de previo aviso, y no sé si reír, sonreír o llorar otra vez.

CAPÍTULO 9

De nuevo, como es nuestra costumbre, no nos hemos visto nada en el edificio. No coincidimos y, por algún motivo, me hace sentir desesperado. Cada vez que me encuentro en casa no puedo evitar el pensar si ella ya habrá llegado. Es absurdo, estúpido; mi comportamiento se sale de lo normal en mí, y no quiero ser así. Tan solo es mi vecina, una mujer que me ha acabado cayendo bien con mucho esfuerzo, pero nada más. Ni siquiera podemos ser íntimos amigos, porque somos como el agua y el aceite. Cada vez que pienso en ella, intento no pensar este tipo de cosas, y así puedo concentrarme en asuntos más importantes, más serios.

Dos días después, por la tarde, alguien llama a mi puerta. Dejo el libro en el sofá y el documental que estoy viendo sigue corriendo; no me molesto en apagarlo. Desde luego que una parte de mí quiere y cree que alguien aparecerá por mi puerta —no un alguien cualquiera, no un vecino cualquiera—, pero no hay mucho tiempo para pensar desde el sofá hasta la puerta. Y nada más abrirla, me doy cuenta de que no es quien yo espero.

—¿Daniel? —Me sale un tono molesto sin intención alguna.

—Sí. —Frunce el ceño mientras se cruza de brazos—. ¿Esperabas a otra persona y te he defraudado?

Se está riendo mientras entra a mi piso. A mí no me molesta, en absoluto. Él es mi mejor amigo y acojo bien sus visitas; pero, claro, no puedo comparar una visita con otra.

—¿Arquitectura griega otra vez? —Señala la televisión—. Pero si te lo debes de saber al dedillo.

—Y tú deberías saber lo mucho que me gusta. Si no lo sabes...

—No, claro que lo sé. Tú eres quien me lleva a las charlas, a las exposiciones, a las comidas con tu padre para hablar sobre lo mismo. —Se sienta en el sofá de la misma forma que lo haría en su casa—. Oye, esto me gusta, pero, créeme, tengo muchas más cosas interesantes para hacer.

—Pues no te arrastraré nunca más, tranquilo. Pero para alguien que comparte lo mismo que yo...

Le saco una cerveza y, en cuanto me siento con él, vuelven a llamar a la puerta. No me extraño, ni juego a adivinar quién se esconde al otro lado. Qué gracia, porque si hubiese empleado un segundo en pensar quién podía ser, habría adivinado.

—Hola.

—Vaya, ¿qué tal? —Parezco estúpido, y no sé si es por el hecho de haberme pillado por sorpresa.

—Muy bien. —Sonríe de esa forma curiosa, torciendo sutilmente un lado de la boca—. Bueno, que no te suene a excusa, pero estaba preparando la cena y me he quedado sin harina...

—No te preocupes. —Abro la puerta del todo para dejarla pasar—. Entra, ahora te la doy. —En cuanto lo digo, me arrepiento: he olvidado por completo quién está en mi salón.

—Hola. —Daniel casi salta de su asiento, como accionado por un resorte, tropieza con la mesa y me mira para que intervenga.

—Daniel, esta es Lisa, mi vecina. Lisa, él es Daniel, un amigo.

—Y también está soltero —dice Daniel, con una amplia sonrisa en la cara, mientras se estrechan la mano. Yo frunzo el ceño viendo la escena.

—Vaya, bueno es saberlo. —Lisa también ríe, y no le molesta en absoluto lo que acaba de decirle.

—Voy a por la harina...

Saco el bote y empiezo a buscar algo para echarlo. Ambos se han sentado y se han puesto a hablar. Yo me encuentro en un punto estratégico de la cocina donde puedo ver, pero no ser visto.

—¿Así que sois compañeros?

—Sí, lo pasamos muy bien, pero a veces es... —Comienza a susurrar, aunque se le oye perfectamente—. Un soso.

—Ya, bueno. —Ella se está riendo, pero de mí—. Creo que yo aún no he visto una faceta muy activa suya. Debería darle un poco más de sal a su vida.

—Bueno, y tú deberías darle más harina a tu cena, ¿no? —La antipatía brilla por todo mi ser en este momento, y mi sonrisa no es muy sincera.

Aparezco por el salón con el bote en la mano. No está lleno del todo, y no encuentro nada en lo que se lo pueda echar, así que se puede llevar el bote

entero.

—¿Perdón?

—Quería decir... que necesitarás la harina para esa cena, ¿no? —Suavizo más el tono, y apenas notan esa pequeña rabia.

—Ah, claro. La verdad es que me has salvado, qué despiste el mío.

—Qué bien, ¿cena? ¿Le preparas una velada especial a tu novio? —le dice Daniel mientras le alza las cejas. Ella comienza a reírse mientras se acerca a mí, a la puerta.

—Qué va, qué más quisiera yo. Un amigo viene a cenar y me ha retado a prepararle algo sin que salga quemado. Y yo he aceptado, por supuesto.

—Pues que te salga bien. Ya nos contarás qué tal.

¿Cómo?, ¿de qué va esto? Se han visto dos minutos y ya son los mejores amigos. Esto no me gusta ni un pelo. ¿Por qué yo he tenido que estar a gritos con ella todo este tiempo, y él ya tiene esa confianza nada más conocerla?

—Claro. Hasta luego, Danny. —¿Danny?

Se acerca más a mí, y yo le abro la puerta, completamente serio.

—Hasta luego, Nick.

—Pero...

—¿Nick? —dice Daniel—. ¿Así que dejas que te llame Nick? —Abre los ojos como platos y muestra una sonrisa de lo más amplia—. Yo también lo quiero hacer.

—¡No!, se acabó. —Me dirijo a ella, ahora más serio—. Mira, espero que te salga bien la cena, que no se te queme nada y que tu amigo la disfrute. Espero que me devuelvas el bote, y espero que no me vuelvas a llamar así nunca más.

—Oye, creía que habíamos quedado en no tratarnos así... —Está hablando en un tono bajo pero cortante, lejos de los oídos de Daniel.

—Sí, y yo creía que habíamos quedado en que no me harías irritar. Te comportas como una cría.

—Bueno, si tener algo de humor es ser una cría, entonces sí. Pero no voy a pedir perdón por ello. —Se mete en el ascensor, y yo me quedo sin saber qué decir.

—Ah, y tranquilo. —Me devuelve el bote de harina, estrellándomelo contra el pecho—. Improvisaré algo. Buenas tardes.

Genial, otra cagada más. Ni proponiéndonoslo sabemos estar bien. Apenas nos conocemos, apenas sabemos algo el uno del otro, pero parecemos un matrimonio que lleva treinta años casados. No, porque yo no podría casarme con alguien así; sería desquiciante.

—Colega, ¿qué pasa contigo? —Daniel se acerca a mí, más serio que antes—. Yo te tanteo el terreno, hago que coja confianza en tu casa, que esté encantada de

volver, y tú la espantas. Cuando me dijiste que era un monstruo, lo dudé, pero algo te creía. Ahora ya sé quién es el monstruo...

—Oye, tú no tienes ni idea. Esa niña saca de quicio a cualquiera. —Comienzo a gesticular alzando los brazos y moviéndome por toda la sala de estar—. Le dejé bien claro que no me llamara Nick; se lo dije tres veces o mil, no recuerdo, pero ella sigue. Le hace falta disciplina.

—¿Disciplina? Pero ¿tú te estás oyendo? —Se ríe con una simple carcajada—. Eso no es ser maleducado; eso es ser divertido, tener humor, intentar conectar con alguien, y tú pareces imbécil y no te das cuenta. Si solo quieres polvos internacionales, por mí bien, pero no tienes por qué desterrar al género femenino solo porque no quieres que te la chupe. —Coge su abrigo, que cuelga de una de las sillas del salón.

—¿Te marchas?

—Sí, tengo cosas que hacer. —Está más serio que de costumbre, y no entiendo por qué le ha molestado tanto—. Mañana te veo en el trabajo. Y no olvides la fiesta; ve elegante, aunque no sé para qué te lo digo, ya que no se te ocurriría ir de otra manera.

—Claro.

—Y, hazme un favor. —Me mira directamente a los ojos—. Piensa en esto. Al menos llévate bien con ella, porque te aseguro que ahora mismo dudaría de quién de los dos es más crío.

Hoy, viernes por la tarde, comienzo a buscar la ropa para la fiesta que tengo por la noche. No necesito ningún traje que sea elegante y distinguido del todo; un chaleco de hilera sencilla gris, con vaqueros y con una camisa blanca lisa, me parece lo mejor, lo más apropiado. Por un momento me pregunto si no será demasiado informal, pero desecho la idea.

—¿Bajas o qué? —La voz de Daniel me llega por el telefonillo.

—Claro. Cojo las llaves y estoy ahí.

Cuelgo y me echo un último vistazo en el espejo de la entrada. No estoy nada mal, aunque rebose nervios. Ni siquiera salgo del coche al sacarlo del garaje para saludar a Daniel; tan solo bajo la ventanilla para decirle que nos veremos en la entrada de la casa de Steven. Es él quien me tiene que guiar y yo no tengo ni idea de dónde está.

Apenas tardamos diez minutos en llegar. No es una casa, sino una especie de ático bastante lujoso; desde luego, costaría encontrar algún chalet en el centro. De nuevo, dudo de la elegancia de mi atuendo frente a las características que puede tener un ático en Irishtown. Y sin embargo, al bajarse Daniel del coche, me relajó por completo. Él se ha puesto unos vaqueros con un par de rotos a los lados; los lleva bastante por debajo de la cintura y solo cuenta con la compañía

de una camisa hawaiana. Elegante, dice...

—¿Se puede ser más cutre? —Le señalo con la mano para que sepa a lo que me refiero mientras cierro el coche.

—¿Se puede ser más pomposo? —;e señala a mí, imitando mi gesto—. Es Steve quien da la fiesta y, que yo sepa, no es ningún duque.

—Pues es lo más informal que se me ha ocurrido, y tú me dijiste que fuera elegante. —Daniel alza una ceja de incredulidad. Llamamos al timbre y nos abre alguien a quien no reconocemos. Subimos en ascensor hasta el sexto y no nos cuesta saber qué puerta es; ya nos la han abierto.

Esto está lleno de gente. No podemos concentrarnos en buscar a alguien que conozcamos.

—¡Ey!, habéis venido. —Steven nos estrecha la mano de forma torpe y atropellada, con demasiado entusiasmo—. Mirad, ahí tenéis la bebida, podéis serviros lo que queráis. Y por ahí tenéis a las chicas; ahí ya debéis serviros según os dejen. —Daniel me propina un codazo odioso de los suyos en las costillas—. Bueno, nos vemos.

Pierdo de vista a Daniel y, antes de poder ponerme a buscarlo, aparece con dos copas en la mano.

—Toma.

—¿Qué es? —Lo cojo dudando.

—¿Importa? Hoy no hay excusas para irse pronto, así que...

Por una vez, le hago caso y le pego un trago. *Whisky*, me vale.

—¡Mira! ¿No es Lisa?

Alzo la cabeza en la dirección que él me indica con su mano con más rapidez de la que quiero. Allí, entre la multitud, entre toda aquella gente alocada que no para de bailar, se encuentra mi vecina. Tiene el cabello ondulado, con más volumen que otras veces; se ha puesto un vestido ajustado de tirante grueso y de color azul marino que le llega por el muslo, y lleva unas sandalias negras con un tacón que debería ser ilegal. ¿Realmente se trata de mi vecina? Aquel incordio que lleva siempre ropas zarrapastrosas e informales no puede ser esta chica que está en el mismo salón que yo. La tela se ajusta a sus pechos y desciende por sus caderas, lo que le da un aspecto de mujer sensual, provocativa y adulta.

No sé qué hacer. Tan solo me quedo ahí mirando, con mi amigo al lado, que me grita algo que mis oídos no captan. Estoy a punto de encaminarme hacia ella cuando dirige sus ojos esmeraldas hacia mí. Eleva las comisuras levemente y levanta la mano para saludarme, pero no es como otras veces; no se ha puesto a gritar, ni a saludarme como una loca. Entonces, me acuerdo de nuestro último encuentro en mi casa, de cómo le contesté y cómo se fue ella.

Pienso de forma rápida en lo que me dijo Daniel. Admito a regañadientes mi

metedura de pata, y me acerco lentamente a ella. Yo también le sonrío para que sepa que no sigo molesto; una especie de advertencia. Después de hacerme paso entre toda la multitud, llego a donde está ella. El chico que se ha ido de su lado es aquel que la había ayudado con la mudanza: Rody o Robi.

—Hola —comienza ella.

—Hola, no sabía que te podía encontrar aquí.

—Es Steve quien da la fiesta. —No dice nada más, como si eso fuese respuesta suficiente. Lo es.

Se dedica a mirar su copa, a mirar a todos lados, menos a mí.

—Oye, quería disculparme por lo de ayer. —No dice nada, lo que quiere decir que debo seguir disculpándome—. Me comporté como un imbécil por una tontería. No tenía derecho a hablarte así.

—Vaya. —Lisa ha abierto los ojos con asombro—. El gran Nicholas pidiéndole perdón a una cría como yo. —Noto el sarcasmo, y aún sigue sin mirarme directamente.

—Ya te he dicho que lo siento, que me comporté como un estúpido y un grosero, ¿qué más quieres? Además, tú también te pasaste. —Abre aún más los ojos y está a punto de soltar una carcajada, así que se lo explico—. ¿Por qué tuviste que llamarme Nick? Me saca de quicio que la gente se comporte de la misma forma que lo haces tú.

—Solo era una broma, no creo que sea tan grave. No puedes pedir perdón así, no lo estás haciendo de corazón.

—Sí que lo estoy haciendo. —La agarro del brazo suavemente y me la llevo lejos de la música, cerca de la terraza. Me paro enfrente de ella y me concentro en sus ojos—. De veras que siento mucho lo que hice. Yo no pido perdón si no tengo que hacerlo, así que fíjate si me estoy disculpando de verdad. Fui un capullo.

Se me queda mirando, observándome atentamente. No sonrío, ni está alterada; me cuesta saber qué está pensando y qué va a decidir. Sé perfectamente que con sus ojos está buscando la verdad en los míos; debe encontrarla, porque realmente siento lo que estoy diciendo, aunque me ha costado horrores admitirlo.

—De acuerdo, te creo. —Me sonrío con su media sonrisa—. Y acepto tus disculpas.

—Gracias. Ahora te toca a ti, ¿no?

—Está bien, perdona por haberte llamado por un diminutivo que te favorece mucho más que tu nombre.

—Eso no es una disculpa ni de lejos, y no lo estás haciendo de corazón. —La imito mientras me cruzo de brazos y sonrío a medias.

—Cierto. Siento haberte llamado Nick, aun sabiendo que no te gusta, aun

sabiendo que te pone histérico. —Comienza a usar un tono bromista mientras sonrío—. Y que no haya quien te soporte cuando te pones así. —Se ríe, pero en seguida lo transforma en una bonita sonrisa—. No, en serio, yo también lo siento. ¿Quedamos como amigos, entonces? —Lisa me tiende la mano, y esa es toda la cercanía que puedo soportar en estos momentos.

—Claro, amigos.

—Oye, tengo que volver con Robi, ¿vale? Luego hablamos; queda mucha noche por delante. Saluda a Danny de mi parte.

—Claro. Hasta luego.

Vuelvo hacia donde está Daniel, que parece ya ocupado con algunas chicas. En mi camino me encuentro con una pareja besándose apasionadamente. Parece que es el último día en la Tierra de ambos. Ella tiene un aspecto desconcertante, con el pelo cardado, y puedo adivinar que lleva pintalabios rojo; al separarse, el chico tiene toda la boca y alrededor marcados con su carmín. Dejo de mirar, bastante incómodo, y sigo andando.

—Mira quiénes son, Nick. —Lo miro espantado—. ¡Eh!, admite que Nick es mucho mejor que Nicholas.

—Tiene razón: Nick suena mucho más... *sexy*.

Sé quién es. Se trata de Alice, y está con Sarah, su amiga. ¿No se suponía que era un capullo para ella? ¿Por qué vuelve a dirigirme la palabra y de ese modo?

Antes de darme cuenta, Daniel y Sarah han desaparecido de nuestra vista, y yo no puedo reaccionar a los actos de Alice. Está bailoteando demasiado cerca, y sonrío y bebe a la vez, clavándome sus ojos. Pero no me gusta, no quiero que ella me mire así.

—Bueno, ¿ya se te ha pasado aquella neura extraña? —Frunzo el ceño, aunque sé perfectamente de lo que habla—. Vamos, ya sabes lo que quiero decir...

Comienza a acercarse más a mí, mientras hace recorrer un dedo por mi camisa hacia abajo, pasando por encima del chaleco. La freno de inmediato, pero con suavidad: una escena que está sucediendo en este salón capta toda mi atención.

Lisa tiene la cara descompuesta, desgarrada por el dolor, y su amigo Robi está intentando consolarla. La está abrazando mientras Lisa esconde el rostro en el pecho de él. Cuando vuelve la cabeza, puedo ver cómo está hipando y se pasa una mano por los ojos, restregándose los. Ella se deshace del abrazo de su amigo, y este le dice algo mientras le acaricia la cara; después se marcha hacia la terraza.

Sé que no tengo derecho a ir; ella ha preferido estar sola antes que con su amigo. ¿Por qué conmigo sí querría estar? Sin embargo, me encamino hacia donde está Lisa, sin prestarle atención a Alice y a lo que me dice. Adivino entre

todos los gritos que vuelve a llamarme capullo, pero apenas la escucho.

Por suerte no me encuentro de nuevo en mi camino con aquella pareja eufórica. No tardo más que medio minuto en alcanzar la terraza, en pasar del griterío y la música a la tranquilidad de la noche, al frío viento y a la música de fondo, apenas perceptible en la terraza. O quizás soy yo, que no me fijo más que en la chica que está mirando a la ciudad, llorando y dándome la espalda.

Me acerco con cuidado a ella, con sigilo, con lentitud. No le digo nada y me pongo a su lado, apoyándome como ella en la barandilla.

—Se está mucho mejor aquí fuera que dentro, ¿no? —le digo como si no ocurriese nada.

—Sí... —Agacha la cabeza, aunque tiene la voz rota—. Lo siento, no me encuentro muy bien en estos momentos, y no quiero pagarlo contigo. Con la suerte que tenemos ya sé cómo iríamos a acabar... —Sonríe, pero por ser cordial, porque la sonrisa no llega a sus ojos, como sí lo había hecho antes.

—¿Quieres contarme lo que ocurre? —Intento ser amable, lo más amable que conozco en mí, mientras le toco el brazo y la observo con seriedad y preocupación.

Lisa también se me queda mirando, tan profundamente como yo a ella, pero sus ojos dicen otra cosa. Esto es de lo más estúpido; yo solo soy su vecino, y ella tiene un problema que no me confiará. Pero antes de rendirme, comienza a hablar.

—Solo es..., bueno... —Está tensa, sin respirar. Después cierra los ojos y se vence a lo que le pido—. Tema de amores, o de desamores, mejor dicho. No lo sé, pero no me encuentro bien.

—Si no te sientes incómoda y te ayuda, puedes contármelo. ¿Crees que yo no he sufrido por amor? Quizás pueda entenderte.

—Sí, ¿has sufrido por amor o has hecho sufrir por amor?

—¿Qué? —Ahí está ese tono tan familiar, pero lo calmo con unas palmaditas y le digo que vuelva a descansar—. ¿Por quién me tomas? No soy un mujeriego. —No en estos momentos, al menos—. A todos nos ha pasado; como mínimo, puedo escucharte. —Sigue aún callada, y suelto un suspiro de impaciencia. —Necesitas estar sola, me voy dentro.

—Está bien, tú ganas.

CAPÍTULO 10

—La verdad es que no hay mucho que contar; mi ex andaba por aquí, y no me ha hecho mucha gracia verlo. Eso es todo.

—Vamos, ni tú te lo crees. —Le sonrío para infundirle un poco de valor—. Yo quiero ayudarte, pero si no pones de tu parte...

—De acuerdo. —Suspira cansada. Tengo claro que no está muy cómoda, como a mí me gustaría—. Fue hace un tiempo. Significó mucho para mí y...

Alguien abre la puerta de la terraza y deja que el ruido de la música se amplíe, y la gente que sale fuera empieza a gritar, a reír estrepitosamente.

—¿Quieres que nos vayamos a dar una vuelta? Quizás estés mejor fuera.

Se lo piensa mientras pierde la mirada dentro, en la casa, y después me asiente mientras sonrío levemente. En cuanto nos adentramos, el gentío vuelve a envolvernos. Esta vez se han puesto todos los invitados a hacer una conga, por lo que la agarro de la mano para no perderla de mi camino, y nos dirigimos a la entrada. Dejando a un lado el ruido y la situación del momento, me es imposible no concentrarme en su mano, cálida y suave; casi sin querer noto sus yemas algo endurecidas por las cuerdas de la guitarra. Coge su abrigo de la habitación de Steven, y salimos corriendo de allí.

El aire de la calle resulta distinto. Hemos estado en la terraza, pero es incluso mucho mejor, más puro, más gélido.

—Me había quedado en... —Comienza a pensar.

—Él había significado mucho para ti y...

—Cierto. Bueno, no sé. En realidad él había sido mi primer gran amor; había tenido algún rollo y un novio de esos mensuales, pero lo que sentía por Louis no lo había sentido nunca por nadie. Resultábamos inseparables. Si me hubiese visto desde fuera, me habría pegado una paliza. —Sonríe sutilmente mientras agacha la cabeza—. Por suerte no duró mucho: algún mes. Después fuimos una pareja enamorada normal.

Mientras ella habla, una pequeña sensación amarga me invade: es el imaginarla con un chico, imaginarla tan feliz como dice haber sido en aquella época. ¿Lisa es realmente capaz de amar? Lo que me ha mostrado es a una persona loca y antipática; luego, un poco de amabilidad, pero sigue pareciéndome un potro salvaje que va a su aire.

—Cuando cumplí los veintitrés, nos fuimos a vivir juntos. Aquello era una maravilla: hacíamos lo que queríamos. Yo trabajaba en la galería y algunas tardes daba cursos de pintura a niños pequeños; suficiente para pagar la mitad del piso. Además, tenía lo que ganaba de vez en cuando con el grupo, y lo que ganaba Louis con su trabajo. Aquello era más de lo que una chica de mi edad podía soñar: independizada antes de los veinticinco con el hombre de mi vida. Pero no acabó bien.

—Ya veo... —Es lo único que soy capaz de decir para no interrumpirla. Está muy metida en la historia, y yo con ella, atento de todo lo que me está confesando de golpe.

—Al año siguiente la cosa cambió. Cuando llegué a casa del trabajo, él había empaquetado la mitad de sus cosas. Solo se atrevió a decirme que era mejor cortar aquello y que prefería tomar la decisión de forma rápida, porque entraría en dudas si no. Te juro que aquel fue el segundo día que más he llorado en mi vida.

No le pregunto cuál es el primero, porque no sé si quiero saberlo, y me estremezco. La he visto llorar o, al menos, he contemplado su rostro después de haber llorado. Puedo imaginármela un año atrás, más feliz aún de lo que puede ser ahora, y con su mayor sueño roto, llorando desconsolada en un piso, ella sola. Me entran ganas de abrazarla, como si ese acto pudiese determinar que no sufriese por ese pasado que me está relatando. Después ella también se estremece, pero de frío.

—¿Quieres que vayamos en coche? Podemos irnos a casa. —Esa idea de incluirnos a los dos me gusta más de lo normal. Nosotros

—De acuerdo. Debo llamar a Robi, me iba a llevar a casa. Yo no he traído el coche.

Nos damos la vuelta a la dirección que estamos tomando para ir hacia el coche, no muy lejos de la casa de Steven.

—Robi, soy yo. Oye, me voy a casa. —Pone una mueca de disgusto mientras escucha a su amigo—. No, estoy bien, de veras, tengo quien me lleve... Vale, un beso. Duerme bien... Gracias.

—Robi y tú sois muy buenos amigos, ¿no? —Solo es una curiosidad.

—Robi y yo nos conocemos desde pequeños; luego yo me mudé a Kilkee, y cuando volví él era el único amigo que tenía en Dublín.

De pronto se estremece. Tiene el cuello con la piel de gallina, y enciendo la calefacción

—Gracias. —Cuando arranco, tras dejar el semáforo en verde, continúa—. En realidad Robi me ayudó mucho con Louis. Yo no iba a volver a mi casa, eso lo tenía claro; mi hermano tiene tu edad, aún me trata como una niña, y mi madre... —Se mira las manos, pensando qué decir—. Bueno, tiene la cabeza en otras cosas.

Está nerviosa: no para de mover los dedos y pasárselos por el cabello, echándoselo detrás de la oreja. No hay mucha circulación, y puedo permitirme retirar alguno de mis reflejos de la carretera para prestarle atención a Lisa. Pienso en poner mi mano sobre su hombro para calmarla, pero reprimo el pensamiento y me limito a conducir y a escuchar.

—El caso es que deseché la idea de volver a mi casa, y Robi me ofreció vivir con él hasta encontrar un piso.

Para un rato de hablar, y yo no la presiono en absoluto. La verdad es que estoy completamente sorprendido. Es Lisa, esa chica que siempre está loca de contenta por lo que sea, con todo el mundo, siempre arrastrando alguna broma a cuestas. ¿Es posible que haya sido tan desdichada como me está mostrando? Me doy cuenta de que esa persona que describe hubiera sido la mujer en la que me habría podido fijar de verdad, mucho antes que en esta Lisa, la que yo conozco; alguien serio, preocupada en problemas de verdad, alguien con quien no tirarme de los pelos.

—Mira. —Me señala un restaurante de comida rápida que tenemos en un lado de la calle—. ¿Te parece si paramos a comer algo? No hemos cenado, y yo empiezo a tener hambre.

—Claro. Yo también tengo hambre. Vamos.

Durante la espera en la cola no hablamos sobre el tema.

—¿Nos lo llevamos o prefieres tomarlo aquí?

—Bueno, no lo vamos a comer en el coche; ese precioso Lexus podría acabar ensuciándose, ¿no?

—No sé... —Empiezo a pensarlo. El Nicholas de hace un mes se habría negado rotundamente a comer cualquier cosa en el coche, pero en estos momentos no me parece tan incoherente estar en su interior cenando con ella. Es... diferente—. No creo que sea para tanto. Por mí, podemos pedirlo para llevar, ¿qué te parece? —Le sonrío.

—Perfecto. Descabellado, para tratarse de ti. —Ella también se ha dado cuenta de eso. Curioso.

Nos abrimos una de las bolsas de papel a modo de mantel, y colocamos la comida en nuestras piernas. Nos ponemos en los asientos traseros para estar más

cómodos.

—Me había quedado en cuando decido qué hacer, dónde vivir. —Le asiento mientras muerdo mi bocadillo y me limpio apresuradamente con la servilleta de papel—. Vivimos juntos durante un mes. Fue lo mejor; aquel mes significó un antes y un después en mi vida. No creas que era muy diferente cuando estaba con Louis; un poco más... ¿simpática? —Se ríe, mientras yo le tiro una servilleta hecha una bola—. Ya sabes lo que quiero decir. ¿Crees que no sé cómo soy?, ¿que no me doy cuenta? Pues claro que lo sé; a veces tengo un temperamento algo salvaje. —Agacha la cabeza y deja de masticar la hamburguesa. «Oh, Lisa, no digas *salvaje* mientras intento prestarte atención».

—¿Qué ha ocurrido en la fiesta? —Algo había hecho ese tal Louis, al que ya quiero propinarle una paliza sin tan siquiera conocerlo.

—Él también era del grupo de amigos. Hacía mucho que no lo veía, pero...

—Estaba en la fiesta, ¿no?

—Yo no iba a impedir a Steve que no lo invitase. Es su fiesta: puede invitar y no invitar a quien quiera. He hecho un esfuerzo enorme por no cruzarme con él; y, si lo hacía, lo iba a saludar como a uno más, pero solo eso. Cuando viniste a verme, él estaba «entablado»... —Hace el gesto de las comillas—. Amistad con una amiga de Rose, también amiga mía. Lo siento si he estado borde antes, de veras, pero tenía la cabeza en otro sitio. Cruzó la mirada conmigo como no lo había hecho en meses, pero con una expresión diferente: me sonrió como un engreído y comenzó a besar a esa... —Cierra la boca con fuerza; después se relaja un poco—. Iba como una guarra, tenías que haberla visto; parecía que había retrocedido a los noventa con ese pelo rubio de bote, y se había pintado los labios de rojo. Era un putón con silicona. —Cada vez se enciende más.

Me acuerdo de aquella pareja, de aquellos dos que no habían parado de besarse ni de tocarse en medio de toda la gente. Horrible. Pero más horrible ha sido para Lisa, que tuvo que soportarlo de forma diferente.

—Te has debido de sentir fatal... —Le froto el brazo para reconfortarla, cuando ya hemos metido todo en la bolsa de papel que nos queda, y nos disponemos para ir a los asientos de adelante—. Pero tranquila: el tiempo al final te curará del todo. Eres una chica joven, lista y guapa; tendrás a todos detrás y él se arrepentirá de haberte dejado.

No sé lo que acabo de decir. Ella me mira sorprendida por unos segundos, y su sonrisa cada vez es más amplia. *Guapa*, la he llamado *guapa*, y me he quedado corto, pero se lo he dicho, y a la cara; debo de estar loco. El corazón comienza a palpitarme con fuerza, casi rasgando la camisa, y noto cómo la sangre invade rápidamente mi rostro. Por suerte, apenas tenemos luz para que se note.

—Gracias... —Es ella quien comienza, rompiendo ese silencio incómodo, a

actuar de forma tan natural—. Intentaré seguir tu consejo. Ya lo he visto y, la verdad, no me he muerto. Lo he pasado mal..., pero me has ayudado mucho, de veras.

—Vamos. —Le doy un golpecito torpe en el hombro, como queriendo deshacer lo dicho anteriormente, pero solo sirve para quedar como un idiota. Más aún.

Pongo la radio. Dejo que Lisa escoja la emisora, pensando que pondrá aquella de los años sesenta. Pero eso no suena como los Beatles, sino más ruidoso, con golpe de batería y punteo de guitarras eléctricas...

—¿Qué has puesto? —No me muestro molesto. Acaba de pasar un mal momento: tiene todo el derecho de poner lo que quiera.

—Parece Kings Of Leon. Madre mía, hacía mucho que no lo escuchaba. No está mal, ¿no? Es un buen grupo.

—Kings Of Leon... —Abre los ojos como platos, horrorizada, mientras yo rebusco en mi mente si alguna vez los he oído, pero no—. ¿Qué?

—Madre mía..., y tú eres el que sabe sobre música... Es un grupo de hace años. Bueno, moderno para ti. —Frunzo el ceño. Sé quiénes son; al menos, me suena el nombre—. Un día tenemos que quedar: tú me das clases de música clásica, y yo te enseño a no ridiculizarte con tus amigos cuando hables de música, ¿vale?

—Vale. —Sonrío; eso me anima. Podría haberme cabreado, pero no, hoy no.

—Vamos, ahora te toca a ti hablarme de tu vida. ¿Tienes hermanos?

—Hermana. Se llama Karen, tiene diecisiete años, y es... mi vida. No sé, nos llevamos muy bien.

Aparcamos en el garaje, y nos quedamos callados un momento. Esto resulta extraño.

—Nick..., Nicholas, lo siento. —Me río. Parece como si le fuese imposible llamarme por mi nombre; ¿qué problema tendrá?—. Muchas gracias por lo de hoy; ni te imaginas lo que me has ayudado. Es como... si fueses diferente a aquel plasta que apareció por primera vez pidiendo el ascensor a gritos. —Ambos nos reímos suavemente, sin carcajadas.

—Ya me has dado las gracias suficientes veces. Ya sé que he parecido... un imbécil, pero sé escuchar. Vamos. —Le pellizco con suavidad la mejilla mientras le guiño un ojo de forma amigable. Me sonrío—. Así es como estás bien, y no llorando ni gritando.

No lo veo venir, aunque miento si digo que no me esperaba lo que va a suceder. Retira mi mano de su rostro y, antes de poder pensarlo, se acerca a mí y aprieta sus labios con los míos, no con fuerza, pero sí con seguridad. Me quedo helado, sin saber qué hacer. Esto es más de lo que hubiese podido pensar e

imaginar; pero mi razonamiento dura poco. También mentiría si digo que, alguna noche después de conocerla, no he soñado vagamente con algo así. Vuelvo a poner mi mano en su mejilla, suavemente, y acaricio su cabello. Lisa también me pasa la mano por el pelo, por el cuello de la camisa, algo que me hace estremecer. Ella entreaire un poco los labios, lo justo, como una sutil invitación que yo acepto encantado. Es curioso, porque no parece ser pudorosa, pero cuando besa... es la ternura personificada. Su lengua acaricia la mía con cuidado, y yo no aminoro la marcha para no asustarla. Madre mía, no sé si exagero o si es que hace mucho que no disfruto de una mujer, pero sus labios, su lengua... son como de otro mundo. En un acto reflejo de querer acercarme más a ella, me clavo la palanca de cambios en la ingle, lo que me hace saltar hacia mi asiento.

—Mierda.

—Lo siento... —Se echa la mano a la boca, como si intentase mantenerla cerrada—. No sé qué me ha ocurrido.

Yo aún no puedo hablar, pálido por lo que ha pasado, y porque ella ha interpretado mi retirada como una forma de alejarme, aunque mi entrepierna dice la verdad. No ha sido así, pero apenas tengo fuerza en la voz para explicárselo.

—Tengo que irme. —Abre la puerta con rapidez.

—Espera —consigo decir.

—Ya nos veremos. —Se asoma antes de cerrar la puerta. Me sonrío, lo que me deja más tranquilo—. Gracias de nuevo.

Se marcha a toda velocidad, y yo ni me planteo el seguirla. Ni siquiera siento las piernas; si echo a correr, tendré que acabar arrastrándome hasta su puerta. ¿Y qué voy a decir?; no tengo sangre en la cabeza ahora para pensar.

Después de unos minutos, consigo que mis piernas reaccionen, que el bulto desaparezca y que mi corazón y mis pulmones tengan su ritmo de siempre. De todas formas, voy a un paso de tortuga, como si el andar normal fuera a romperme. Nada más llegar a casa, me quito los zapatos, la chaqueta, y me meto en la cama. Es la primera vez que me voy a acostar con la ropa de calle; nunca hago ese tipo de cosas.

Es imposible echar de mi mente todo lo que ha pasado esta noche: lo mucho que me ha importado Lisa al verla llorar, cómo ella ha confiado en mí, al contarme sus sentimientos, su vida pasada. Me ha hecho ver a una mujer diferente. He notado cómo el verde de sus ojos es aún más verde que de costumbre. Y ese beso... Apenas puedo expresar en mi fuero interno lo que ha significado. He besado a mujeres para que sus amigas no se fuesen del lado de Daniel, solo por tener contento a alguien. He besado y me he acostado con casi una mujer de cada país, y lo he disfrutado. Pero esto no ha sido así, y me asusta

no saber lo que es realmente.

CAPÍTULO 11

Después de aquella fiesta, el domingo, me pongo unos vaqueros y una sudadera. Quiero subir y hablar con ella, aclararlo. Pero, al encontrarme preparado para salir, cogiendo las llaves y teniendo la puerta de mi casa enfrente de mis narices, me doy cuenta de lo cobarde que puedo ser. Ni siquiera quiero hablarlo; me da pavor y no sé por qué.

Me quito la sudadera y cojo el teléfono para llamarla. Responde al tercer toque.

—¿Lisa? —¿Mi voz se ha vuelto distinta? Eso me parece.

—Dime. ¿Qué tal?, ¿mucho resaca? —Sueno divertida, como si no hubiese sucedido nada anoche. Resoplo en mi fuero interno.

—Sabes que no; si apenas bebí —le digo riéndome. Qué natural me está resultando—. Me preguntaba si mañana tendrías un hueco libre para tomar algo... —Sueno estúpido. Yo nunca he sido así de indeciso.

—Pues lo tendría en un día normal, pero mañana nos vamos a Belfast y nos quedaremos toda la semana. Es una suerte; nos van a pagar muy bien.

—Vaya, ¿algo como una gira? Es estupendo. —Realmente noto poca felicidad en mi voz. ¿Una semana?; es demasiado.

—Bueno..., vamos a tocar por varios locales, pero nos van a dar una buena recompensa. Son siete noches tocando, y ya casi tenemos acabado nuestro primer disco. Es sensacional. Oye, si quieres quedamos esta tarde; puedo hacer lo que me queda de maleta por la noche.

—Me encantaría, pero tengo muchísimo trabajo... —Por primera vez, preferiría dejar los planos a un lado para poder hacer otra cosa.

—El proyecto de Londres. Bueno, no pasa nada; podemos quedar para cuando regrese. —Parece indecisa; quizás acaba de recordar lo que ha sucedido entre nosotros.

—Disfruta de la gira.

—Cuando vuelva, prométeme que me dejarás que te lleve a un ensayo.

—Pues... —Me lo pienso. Es difícil—. De acuerdo, quizás no sea tan horrible.

—Pues claro que no. —Noto la falsa ofensa en su voz. Cada vez me gustan más las nuevas reacciones que tenemos el uno con el otro—. Si no te gusta, prometo no llevarte más, ¿de acuerdo?

—Suenas tentador, así que acepto. Disfrutad en Belfast.

—Lo haré. Hasta pronto.

Después me cuelga.

No me evita, eso lo tengo claro; pero estoy seguro de que tiene la mente en otro sitio, de que está pensando en otra cosa, y no en nuestra conversación.

Quiero dejar correr todo esto. Ella se ha ido para desaparecer durante siete días, que no es mucho, pero, si deo que me trastorne, será el tiempo suficiente para acabar sin saber quién soy yo mismo.

Por supuesto, Daniel tiene que preguntarme nada más encontrarnos en el aparcamiento.

—¡Tío!, desapareciste de la fiesta.

—Lo sé.

—¿Por qué? Y... —De pronto, se acuerda de algo en lo que no ha pensado antes—. Espera... —No quería que llegase a esa conclusión, pero ya es demasiado tarde—. ¿Te fuiste con ella? —Le niego con la cabeza mientras nos encaminamos al trabajo—. Oh, vaya que no. ¿Pasasteis la noche juntos?, ¿te la has tirado?

—Lógicamente, no. —La brusquedad siempre funciona para ocultar algo—. Sí, me fui con ella; le hice el favor de llevarla a casa, hablamos y punto. Fin de la historia. —Mentira.

—Qué soso eres. La podrías haber tenido en tu cama si hubieras querido.

—Pero no quería. —Otra mentira más—. No tienes ni idea de lo raro que sería al día siguiente si tuviese que cruzármela. Y tampoco creo que ella buscase nada; tenía un problema y la ayudé.

—Dejó que la llevases en coche a casa, eso ya es algo. Mira, para la próxima vez...

Comienza con sus consejos de seducción, según él, infalibles, aunque sigue

sin tener novia. Ni siquiera lo oigo. Empiezo a pensar si había sido mi educación al querer llevarla a casa lo que la impulsó a besarme. Ideo mil teorías, mil posibilidades y, antes de volverme loco, las tiro a la basura. Tan solo es lunes...

Corro. Corro, pero no llego. ¿A dónde tengo que ir, realmente? Ni idea, pero algo me dice que debo seguir así. Se trata de un parque abandonado y lleno de cristales; lo sé porque voy descalzo. Noto cómo se me clavan en los dedos, en el talón; puedo imaginar las plantas de mis pies ensangrentados, pero no puedo detenerme. No quiero parar. Al parpadear, aquel parque, bañado en un atardecer anaranjado, se sume en la más densa oscuridad. No importa, conozco mi camino. Y, por fin, tras caminar durante una eternidad, freno. Es ella, mi luz; me espera tras un puente de árboles y de rosas blancas. Estoy a tres metros de ella, y solo necesito una sonrisa suya para quitarme el vacile, acercarme y besarla como si fuese el mayor regalo del mundo.

De pronto, me encuentro en el suelo. Me cuesta un segundo largo entender que todo ha sido un sueño, que me he caído de la cama y que me he dado un buen golpe en la cabeza, en el nacimiento del pelo.

Podría haber sido uno de esos momentos en los que uno se queda en la cama, pensando en ese sueño, ahora convertido en un vago recuerdo. Pero me toco la frente y encuentro el origen del dolor. Una gota gorda de sangre sale de la herida, y noto cómo va resbalando lentamente por mi frente, colándose por el final de la ceja derecha, para seguir su camino por la mejilla.

Voy corriendo al baño, y ahí está: una brecha; mi primera brecha desde los seis años. Siempre he sido muy tranquilo, sosegado. Dejé mi última herida en la rodilla a los siete años, y ni siquiera había sido culpa mía; me habían empujado en el parque. Frente a ese espejo, tengo a un adulto en calzoncillos, con el pelo revuelto y con un fino reguero de sangre por un lado de la cara. Esta brecha es grande, o eso me parece; ocupa más de la mitad del ancho de la frente y comienza a dolerme de verdad.

—¿Daniel?

—Dime. —Tiene la voz ronca. Pero si queda media hora para entrar al trabajo, ¿es posible que siga durmiendo?

—Oye, he tenido un percance. Debo ir a urgencias, o algo, ¿vale? Hoy no voy al trabajo.

—¿Qué?, ¿qué te ha pasado? —Ahora lo noto más despierto. Me alegra, en el fondo, que se preocupe por mí.

—Me he dado un golpe con la mesilla, y tengo una brecha. Esto tiene muy mala pinta.

—Espérame en casa; me pongo los vaqueros y te llevo.

—No hace falta, puedo conducir...

—No, de eso nada. Espérame y te llevo; no tardo nada.

Hago lo que me dice. Quizás es una excusa para no ir al trabajo, o quizás está preocupado por mí. El caso es que me viene bien y decido aprovecharlo.

Me miro al espejo, esta vez con mi herida ya cosida. Con mucha imaginación, puedo verme pegándole a un tipo y recibiendo un puñetazo en la sien. Cuando veo la realidad..., estoy tirado en el suelo, aún medio dormido, en ropa interior y con la cabeza en la mesilla. Necesitaré callarme el cómo me lo he hecho, porque explicarlo sería ridículo.

Esta noche me tomo dos pastillas que me han mandado para el dolor, y casi me dejan drogado. Cuando me tumbo en la cama, comienzo a fantasear de nuevo con la idea de la fantasiosa paliza. Me imagino a ese tal Louis molestando a Lisa. De pronto aparezco yo, pongo a Lisa detrás de mí, protegiéndola. Yo lanzo el primer puñetazo a su estómago, pero, corto de reflejos, no veo venir ese gancho en la cara que me tumba al suelo. Louis huye, pero Lisa se queda conmigo, ayudándome y dándome las gracias por protegerla.

Vuelvo a la realidad. Yo nunca he sido así, no doy la talla para algo como esto. Ni siquiera para ser el que se queda tirado en el suelo. Me doy una paliza mental por dejar que mi imaginación llegue tan lejos. Esto no puede pasar.

—¿Hay noticias de Lisa?

Estamos en la cafetería de la oficina. La brecha me duele cada vez menos después de tres días. Muevo el azucarillo en el sobre con lentitud, que me está costando el triple de lo normal.

—¿Noticias? —pregunto como si no supiese nada.

—¿Has hablado con ella? No sé, os fuisteis juntos a casa, por fin comenzáis a llevaros bien: algo habéis tenido que hablar.

—No. Se fue con su grupo a tocar por locales de Belfast. —Casi me enfada decir esto ¿Por qué se ha tenido que ir justo en este momento? Me ha dejado hecho un lío.

—Pues, qué bien, ¿no? Bueno, de todas formas, no sé, un mensaje o alguna llamada...

—No, nada. No tengo por qué llamarla, ni ella tiene por qué llamarme a mí. Solo somos vecinos, ¿recuerdas? —Mi voz sale enfurecida, lo que hace que Daniel se achante un poco a la hora de seguir con la inoportuna entrevista personal. Un dolor punzante comienza a aparecerme en la sien.

—A ver, no soy especialista en el amor, pero sí en ligues, así que, si pasa algo, ya sabes lo que te diré.

—«¿Te lo dije?»—pregunto irónico y cansado, para probar si esa es la respuesta.

—Sí, exacto.

—Bueno, podría apostar contigo a ver quién de los dos lo dice, pero no tengo dinero para dejar como fianza. Lo siento.

—Claro que lo tienes, tacaño; pero no importa, a mí me bastará la recompensa de haber tenido razón.

—Claro...

Realmente, creo en mi palabra. A pesar de todas mis estúpidas fantasías, de darle vueltas a asuntos nuevos y de lo embobado que me quedo cada vez que la veo, tengo que ser honesto: ni yo soy el tipo de Lisa, ni ella es mi tipo, por mucho que lo desee en sueños. Sencillamente, no casamos. Intento hacer un esfuerzo por sacarla de mi cabeza y pensar que, con suerte, dentro de poco estaré en Londres y podré disfrutar como a mí me gusta.

Eso es lo que creo cuando hablo con Daniel, eso es lo que me creo cuando lo pronuncio lentamente para mis adentros, e incluso en voz alta, cuando estoy solo. Las noches son muy diferentes. Sigo con sueños difuminados, abstractos, pero en ellos siempre están nuestras figuras: la suya y la mía. Y una vez, solo una vez he caído en la tentación de ir más allá e imaginármela en mi cama, desnuda, rozando su piel y repitiendo el único beso que nos hemos dado una y otra vez, hasta acabar dentro de ella. Todo es producto de mis fantasías, y sé que lo estoy exagerando. Y lo mejor es pensar que, si eso sucediese, solo sería una más, que no sería para tanto: la mejor forma de evitar la tentación.

Una de las noches, en el sueño más violento de toda la semana, estoy a punto de volver a caer al suelo. Me planteo ponerme una barra quitamiedos.

Me distraigo con el piano, como he hecho últimamente. Nada como mis melodías preferidas para alejarme de lo que no soporto de la realidad. Sin embargo, me acuerdo de ella tocando la guitarra, molestándome, subiendo a su piso a quejarme y de ambos quejándonos para después romper a reír. Sonrío feliz, recordando aquella tarde. Aquello que creía que acabaría de forma horrible terminó en su casa, tomando algo y conociéndonos mejor: el principio de todo o de lo poco bueno que tenemos.

—¡Hermano!

—¿Karen? —Estoy más que extrañado—. ¿Qué pasa?

—Julian salió a buscarte hace un buen rato, así que no tardará en llegar.

—¿Anda de buen humor? —pregunto preocupado. No me apetece un domingo amargo.

—Sí. Bueno, de humor normal, como siempre. Nos vemos dentro de un rato.

Tengo el coche en el taller, y no me lo dan hasta el lunes, así que mi padre tiene que hacerme de chófer, y es algo que nunca he soportado. No tarda en llegar y tampoco tarda en sacar el tema del trabajo.

—¿Cómo llevas el proyecto para Londres?

—Sabes que bien, papá. Ya me lo preguntaste la última vez que nos vimos.

—Tienes razón. Además, se trata de ti; ¿cuándo me has defraudado? —contesta con una de esas risas tuyas tan graves mientras me da un apretón en el hombro. Me incomoda y me hace sentir minúsculo.

—Me va bien.

Continúa esa conversación interminable durante todo el viaje. Al llegar, saludo a mi madre y a mi hermana; después, sigue con su tema.

—Estoy ansioso por trabajar contigo. —Me nombra en tercera persona—. Fardar de tener en la firma a mi hijo y miembro más respetado de su empresa.

—Vamos, papá, para ya. Mi trabajo me gusta, y lo hago todo lo bien que sé.

En ese momento, se quedan petrificados con los tenedores en la mano. Mi madre parece haber visto un fantasma; mi padre actúa como si no comprendiese, como si le hablasen en japonés, y mi hermana me contempla con los ojos como platos, con media sonrisa de asombro.

—Real... realmente, ¿crees eso? Christina, ¿tú estás oyendo esto? —Pero mi madre está muda. Me encojo de hombros, no voy a mentir—. ¿Dónde nos has dejado a ese luchador que consigue lo que se propone? ¿Y tus metas?

—Papá, mi meta sigue siendo la misma, y estoy más que emocionado con el viaje a Londres, y poder demostrar allí lo que valgo. Pero es solo trabajo, siempre hablamos de lo mismo.

Llego a casa deseando una ducha, algo que me relaje, pero no tengo tiempo; el teléfono suena con fuerza.

¿Diga?

—Nicholas. —Es Karen.

—Dime.

—Hoy has estado fantástico, de veras. Me he quedado alucinada. —Se está

riendo.

—¿Sí? Pues a papá y a mamá no les ha parecido fascinarles tanto como a ti. De hecho, no estoy seguro de que haya dicho lo correcto.

—¿Qué dices? Ha sido fenomenal. Mira, tú sabes cuánto te quiero, pero a veces sos insoportable, encerrado en tu cuarto sin hablar con nadie, absorto en el trabajo.

—Ya... —No sé si esto debe molestarme. No me enfado—. Pero mira cómo se ha puesto papá; un poco más y me echa a patadas.

—Bah, ya sabes cómo es. Mañana mismo ya no recuerda nada. Además, tú sigues con la idea de trabajar con él, ¿no?

—Pues claro. No deseo otra cosa para el futuro. —Esto lo digo casi en un susurro.

—Pues, entonces, no te preocupes por nada de lo de hoy. Eso es lo que realmente hará feliz a Julian.

Lo pienso por un segundo. ¿Cuándo han comenzado a significar tan poco las reuniones y los proyectos para mí? En fin, yo sigo intentando asombrar a la junta, pero reconozco que no soy como antes. Antes luchaba por tener los apretones de manos de peces gordos, por ser el ojo derecho del jefe; me quedaba toda la noche repasando cada punto de las presentaciones. Antes esperaba ansioso a las reuniones en el extranjero, a hacer la mejor presentación e irme con el ego por las nubes para meterme en la falda de una mujer con clase. Pero era antes; ¿y ahora? O, lo más importante, ¿cuándo ha comenzado ese antes y ese después? Puedo hacerme una pequeña idea de cuál es la respuesta.

Realmente he dejado que esta semana sea peor de lo imaginado: peor con mi familia y peor conmigo mismo.

CAPÍTULO 12

A partir del domingo, instintivamente, me levanto cada día más temprano de lo normal. No me separo del móvil ni para ducharme, y no permanezco bajo el agua ni quince minutos. He tenido una semana terrible y absurda, y no encontrarme con mi vecina hace que mi humor empeore.

Es como si estuviese haciéndome sufrir, como si hubiese sabido lo trastornado que estoy y decidiese divertirse a mi costa. Ya ha pasado una semana y media.

Pienso que podría hacer algo. Yo también tengo su número de teléfono, y sé dónde vive; ¿por qué no tomo la iniciativa, en vez de dejar que lo haga ella? Es sencillo: porque, cuando me imagino llamando a su puerta, ella tan solo tiene fuerzas para reírse en mi cara, y no sin motivo. Soy un patético desesperado: esta es la verdadera razón por la que no quiero dar el primer paso. Ha conseguido hacerme sentir vulnerable, y lo odio. Jamás me había sentido tan perdido a la hora de actuar con alguien. A estas alturas ese es el único motivo por el que me cuesta tenerla cerca, el motivo por el que la odio y la aprecio a la vez. Me deja sin fuerzas con cada comentario inusual y descarado; no había conocido a ninguna mujer con tanto carácter y con tanto poder sobre mí. Hace unas semanas éramos como un perro y un gato encerrados en la misma habitación, ¿y ahora no me la quito de la cabeza? Venga ya.

Pero ese pensamiento se difumina en la noche del martes, y desaparece del todo el miércoles por la mañana. Tengo que hacer algo.

—¡Buenos días! —Me saluda Daniel, demasiado eufórico.

—Vaya humor tan temprano, ¿no?

—Mejor que el tuyo, parece. ¿Mala noche?

—Estoy un poco cansado, nada más. Eres tú el raro; sueles necesitar un cazo

de agua fría para hablar así a estas horas de la mañana.

—Sí, no sé. Tengo la sensación de que hoy será un buen día, ¿tú no?

—No lo sé. A mí me parece un día más.

—Serás pesimista... —Me sujeta por los hombros, guiándome hacia nuestro edificio—. Anda, vamos.

Tenemos una hora para comer, y me excuso con Daniel diciendo que necesito ir al baño. Tengo que aprovechar este momento.

Cojo el teléfono, y me lo pienso durante unos segundos. ¿Por qué estoy tan nervioso?; me sudan las manos, y los dedos me resbalan por la pantalla táctil. Su nombre resalta en negrita dentro de mi pantalla y parece bombear, palpitar y acercarse más a mí. LISA. «Vamos, no seas idiota. No es más que una llamada». Cierro los ojos y pulso su nombre y después «llamar».

Ya está hecho, no puedo dar marcha atrás. Un toque... «¿Y si cuelga?... No, ya es muy tarde, pero no responde. Tres toques... Quizás no tenga el teléfono a mano. Debería colgar.

—¿Sí?

—¿Lisa? —Después de tantos días, su nombre sabe agri dulce en mi boca.

—¡Nicholas! Qué alegría oírte. —Seguro. Por eso no me has llamado en diez días—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal todo?

—Bien. Bueno, sin cambios, muy aburrido todo. ¿Qué tal tú?

—¡Genial! Ha sido fabuloso, pero escucha: tenemos algo pendiente.

—Ah, es verdad. —Finjo desinterés. Mentiroso, mentiroso.

—¿Tienes libre esta tarde? ¿Tienes que trabajar o algo?

—No, no, para nada. Tengo toda la tarde libre. —Acabé de parecer desesperado; me aclaro la garganta e intento sonar como el hombre formal y serio que soy—. ¿Qué te apetece hacer?

—¿Recuerdas nuestro trato? —Contesto con un «Ajá»—. Pues empezaré yo: ¿vienes hoy al ensayo?

Esta vez no tengo que pensármelo. Diez días sin verla; si quiere, que me lleve al museo de cachorritos mutilados.

—Por supuesto. Espera. —Me acuerdo de una de las maravillas de aquella semana—. Ando con el coche en el taller.

—¿Y eso?

—Un fallo en el motor. En teoría me lo iban a dar hace como una semana, pero...

—No pasa nada, sabes que te llevo yo. Y no te preocupes, iré con calma. —Se ríe. Esto era justo lo que necesitaba.

—Iré preparando mi testamento.

—Imbécil. —Lo dice riendo, así que no me lo tomo como un insulto—. Nos

vemos esta tarde.

—De acuerdo. Hasta esta tarde.

Desde luego, y por primera vez en mi vida, me paso el resto del día distraído, pensando en cosas en las que no he tenido que reparar nunca. ¿Qué ropa voy a ponerme?: algo formal, informal, algo *rockero*; pero si yo no tengo de eso. ¿Y el pelo?: me lo he cortado, y, aunque me he decidido por un corte menos formal, aún no me siento cómodo. Hacía mucho que no lo llevaba tan revuelto

Nada más ducharme, voy directo al armario en busca de mi segunda preocupación. No tengo tiempo de buscar nada, cuando llaman al teléfono. Salgo corriendo al salón, sujetándome la toalla por la cintura y resbalándome por el camino.

—Daniel, te juro que si vuelves a llamar por el trabajo... —Comienzo a amenazar, pero no puedo terminar.

—Vale, tranquilo, no te llamaba por el trabajo, y tampoco soy Danny. —Es Lisa, con esa risa que comienza a serme tan familiar.

—Oh, Lisa. —Me rasco en la nuca, nervioso por verla en unos minutos—. Oye, aún no estoy preparado; acababa de ducharme.

—No, tranquilo. Era para avisarte de que pasaré en media hora. ¿Te va bien?

—Perfecto. Estaré listo, no te haré esperar. —¿Por qué me he puesto tan eufórico en un segundo? Ella lo ha notado, estoy seguro.

—Bueno, hasta dentro de media hora.

—Hasta luego.

De nuevo estoy en el armario, centrándome, como puedo, solo en la búsqueda de un buen atuendo. Dejo en la cama unos pantalones oscuros vaqueros y una camisa azul celeste. No está mal. Siempre que me pongo una camisa la abrocho hasta el final, excepto el último botón del cuello. Ahora no me apetece ir así. Cojo una camiseta gris básica, sin camisa por encima. Acabo de vestirme con unas zapatillas de color negro, bien parecidas a unos zapatos.

Me miro en el espejo de la puerta del armario. Nunca me he visto así: con zapatillas deportivas en vez de calzado formal, con la camiseta ajustada, en vez de con camisa abrochada, como debe ser, y con mi pelo oscuro todo revuelto y aún húmedo, en lugar de peinado y con la raya bien hecha. Me gusta mi aspecto. Mi nuevo aspecto.

Me sobran diez minutos, lo suficiente para ponerme de los nervios. Es estúpido, idiota, infantil. Parezco un adolescente en su primera cita, en vez de un hombre de veintinueve que solo va a escuchar a una amiga tocar en su grupo de

música. Sería humillante que alguien me viese de esta guisa. En otro momento en el que hubiese tenido mi pelo bien colocado y peinado, me habría abstenido de tocármelo, pero tenerlo más revuelto es imposible, y casi sin darme cuenta me paso los dedos por el cabello como quince veces, fruto de la impaciencia y de los nervios. Nunca me he comportado de esta forma.

Quedan apenas unos minutos para volverla a ver, para oír su risa a mi lado, para ver sus ojos esmeralda mezclados con aguamarina. Es insoportable.

Me levanto a por una copa de vino. Comienzo a tener la boca seca, y mi lengua parece un estropajo; además me vendrá bien para relajarme, pero no me da tiempo a llegar a la cocina.

El timbre. Ahí está ella. Bebo directamente de la botella. No puedo estar así. Después, corro hacia la puerta; antes de abrir, me pregunto por su aspecto, por cómo me mirará, me hablará. Una semana y media ha pasado, pero es distinto. Se trata de nuestro último encuentro: ¿lo recordará? Abro sin pensar más.

—¡Nicholas! —Me abraza casi sin poder mirarla bien. Resulta reconfortante; es más de lo que podía esperar. Nunca la he abrazado; nuestro contacto había sido nulo, menos en una ocasión. Este abrazo cálido es mil veces mejor.

Y quiero decírselo, decir una mínima parte de cómo he estado muriéndome por verla, y solo soy capaz de soltar una idiotez.

—Después de una semana y media sin verte, es más difícil odiarte.

—Yo también te he echado de menos. —No es lo que he dicho, pero sí lo que pensaba—. Tus contestaciones, tus comentarios antipáticos... —Me aparto de ella. Esta no es la reacción que esperaba; sin embargo, no para de reír—. Oye... —Me pasa la mano por la frente, apartando algunos mechones. Su tacto...— ¿Qué es esto? —Parece realmente preocupada, aunque yo solo puedo pensar en la calidez de sus dedos en mi frente.

—Nada importante, un pequeño accidente.

—¿Algo relacionado con el coche? —Sigue mirándome con preocupación, lo que me hace sonreír; está inquieta por mí.

—No, ya te lo contaré. No quiero humillarme ya desde el principio.

Sonríe, aunque no está del todo convencida. La empuja con suavidad hacia fuera, sujetándola por los hombros, llevándola al ascensor. En menos de cinco minutos hemos tenido más contacto que nunca, y siento extrañamente bien, realmente bien.

De acuerdo, su coche vale más separado por piezas en el desguace que siendo una pieza única, pero resulta acogedor. No me hacen falta más de dos minutos para sentirme a gusto. Pienso que pondrá algo estruendoso, algo de su estilo, o incluso que, para burlarse de mí, pondrá algo clásico, pero no.

—¿Qué es?

—¿Te gusta? Es un grupo que descubrí hace poco. Está genial, siempre me hace sentir como si estuviera en otro mundo.

No está mal. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Sé que Lisa puede observarme, y eso me hace sentir mejor, solo porque estoy seguro de que por fin la tengo a mi lado y no a más de cien kilómetros.

—Bueno, ¿qué hiciste en mi ausencia?

—¿Qué? —Me he adormecido, pero contesto enseguida—. Pues... para mí ha sido una semana más. —Seguramente no es cierto, pero si le digo la verdad me obligará a bajar del coche, no volveríamos a cruzar ni una palabra y probablemente me pegaría una paliza. Mido muy bien mis palabras—. Ya sabes, reuniones, padres... —Hablo aburrido, quitándole importancia.

—Venga, seguro que has hecho algo que merezca la pena oír.

—No más de lo que me puedas contar tú; has estado perdida por Belfast.

—Sí, pero yo he preguntado primero, así que te toca contestar. Vamos.

—De acuerdo. Pues, sinceramente, ha sido una semana lenta y agotadora. No me basta con tener el coche averiado, sino también esto. —Me señalo la frente—. Pero ha sido peor lo del coche, —Vuelvo a mentir para salvar mi orgullo—. Tengo a Daniel de taxista, y me cobra la carrera gorroneándome los desayunos.

—Me encanta Danny. —Se está riendo sin parar. ¿Danny?, ¿por qué Danny? No son amigos—. De todas formas, si solo te cobra con cafés, no está mal.

—Bueno, si realmente lo conocieras, no lo pensarías; resulta pesado a más no poder. —Por un momento, me los imagino juntos, y entro en cólera—. Total, ando impedido por el momento.

—Ahora ya no. Llámame cada vez que necesites el coche, menos por las mañanas, que estoy en el trabajo y...

—No, no. No te lo pediría, no es justo.

—Como quieras. Pero si lo necesitas alguna tarde o algún fin de semana, no lo dudes.

—De acuerdo, muchas gracias. Aun así, espero que no tarden mucho más en dármelo.

Este viaje se me hace corto, como si estuviésemos tomando un atajo, como si fuésemos al doble de velocidad. Eso último no me extrañaría en ella, pero tengo controlado el cuentakilómetros.

Me deja entrar primero por esa puerta por donde la vi desaparecer una vez. Es amplio, despejado y más luminoso de lo que me había esperado. Tienen una gran cantidad de instrumentos en una esquina: guitarras eléctricas y acústicas, algún bajo, un teclado y algún instrumento más. Toda una pared está llena de carátulas de CD de ahora, bastante moderna; no conozco apenas a esos grupos. La pared que la sigue está con cintas de música. Me recuerda a mi niñez; en esos casetes

tenía mi padre toda su música. Me parece de lo más extraño pegar algo así en una pared; normalmente se pega...

... Oh, ahí está. En la siguiente pared, y enfrente de la que tiene los CD pegados, se encuentra aquella llena de carátulas de los vinilos de los 80, los 70, los 60... The Beatles, Bob Marley, Cheap Trick... Algunos conocidos, otros que apenas me suenan... Y en la última pared, la que sería mi preferida, Bach, Beethoven, Mozart, Vivaldi, Debussy... Todo lo clásico envuelve la pared de ese local de *rock*. Es sensacional ver cómo conviven juntas las músicas de todas las épocas en un mismo cuarto. Lisa me sorprende, apoyándose en mi hombro con dificultad, por la altura.

—Genial, ¿verdad? Y tú que decías que no conocía la música clásica. ¿Crees que, sencillamente, toco la guitarra sin saber de dónde viene? —Me da unos golpecitos con los dedos—. Venga, te enseñaré al grupo.

Me agarra del brazo y me lleva hasta donde está su grupo, en el escenario: Alguno está afinando una guitarra; otro, tocando los platillos de la batería, y otro de ellos, preparando cables. Este último es Steven. Steve. Casi me resulta extraño, como si no debiese ser. Yo no he compartido nunca nada con Steven; es el novio de una compañera de trabajo, y nada más. Y ahora estoy aquí, en el mismo local que él, y a punto de escuchar su música.

—Mirad chicos, este es Nicholas.

—Hola, Nicholas. Robi. —Me estrecha la mano con confianza y me brinda una media sonrisa—. Creo que ya nos hemos encontrado alguna vez.

—Sí. —Solo me limito a asentir.

Él es el batería. Después se presenta el teclista, Matt; Charlie y Steve son el guitarrista y el bajista, y Lisa toca la guitarra junto a Charlie. Todos se suben al escenario, y cada uno se prepara con su armatoste.

—Bueno, ¿preparado para alucinar? —Charlie me da un empujón amistoso en la espalda que me coge desprevenido. Parece divertido, y hasta puedo jurar que es menor que Lisa, o al menos tiene pinta de ser aún un crío.

—No lo sé —contesto bromista y nervioso.

—Venga, empezaremos con algo lento para no asustarlo.

—No soy un abuelo, podéis tocar lo que más os apetezca.

Me siento en uno de los asientos que tienen de cara al escenario. Desde luego, está claro que suelen llevar a gente a verlos; quizás hayan organizado ahí algún concierto privado.

Tras el «Un, dos, tres» del batería, comienzan en serio a tocar. Podría definirlo como un cúmulo de ruido sin sentido, como un estilo libre individual: cada uno tocando lo que le da la gana. Pero no resulta así; esto es más rítmico de lo que podía haber esperado, mucho más melódico. Matt y Robi hacen al unísono los

coros de la canción, mientras uno pasea sus manos por el teclado con rapidez, y el otro golpea con fuerza cada elemento de su instrumento. Steve mueve los dedos de un traste a otro con ritmo; puedo seguirlo sin problemas. Puedo ver a Charlie llevar los dedos a los trastes para formar acordes, de la misma forma que Lisa. También la veo a ella. No, no también; a ella puedo verla más que a los demás. Siento con más fuerza cuáles son las notas, los acordes que ella toca; me resulta fácil distinguirlos de los de la guitarra de Charlie. Canta junto a Charlie y a Steve, y su voz aguda y dulce resalta sobre los dos bajos. Es una de las cantantes, no es la única, y tiene a su espalda a los que llevan el coro, pero es imposible no hacer desaparecer esas voces por arte de magia y dejarla a ella sola cantando. Ha conseguido hechizarme más de lo que ya lo había hecho.

Las siguientes canciones bajan un poco el tempo y prescinden del bajo, así que Steve se dedica solo a cantar, usando el micro para tener algo en sus manos.

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

—Increíble. —Sonrío realmente encantado—. Lo reconozco: creía que iba a ser demasiado para mí, pero no.

—De todas formas —me dice Charlie mientras ayuda a los demás a recoger algunos cables—, esto no es *rock* puro; es lo más suave que podemos ofrecerte.

—Está bien así. —Me río.

—Ven, ¿quieres escuchar algo un poco diferente? —Lisa me lleva hacia algún lugar, muy apartado de los demás.

—Claro, ¿por ejemplo?

—Ahora lo verás. —Frunzo el ceño—. Es muy lenta, así que no tienes por qué asustarte.

—No iba a hacerlo. —Quiero continuar la frase con un «Si la tocas tú», pero me muerdo la lengua para no fastidiar nada.

Se sienta en una banqueta y yo, enfrente de ella, en otra igual. Empieza tocando algo punteado, bastante lento, pero con buen ritmo. Es bonito, pero se vuelve diferente cuando comienza a cantar.

Desde luego que he podido distinguir su voz entre las de sus dos compañeros y del coro, pero esto es distinto. Es tenerla a menos de un metro de mí, cantando con la voz más dulce que he podido escuchar en mi vida. Sé que lo clásico siempre estará conmigo, pero esto es algo que debo poner aparte. Su voz, ni grave ni aguda, parece sacada de algún cuento. ¿Esto es magia? Escucharla cantar a la vez que toca la guitarra es algo que no debo olvidar. Por supuesto, tengo pensado volver a verlos, al menos para tener un momento así.

Canta concentrada en la guitarra, pero hay momentos en los que levanta la vista para clavarla en mí y sonreírme a la vez. ¿Cómo lo logra? Ese ser diminuto, que me había resultado tan molesto y chillón, ahora me está haciendo perder la cabeza con casi un susurro. Mentiría si dijese que no tengo pánico. Debería estar por ahí ligando, tirándome a mujeres despampanantes y, sin embargo, estoy aquí con ella. Me da pánico, sí, y también me gusta.

Sé que todos sus amigos han dejado de recoger, y ahora se centran en nosotros. Pueden ser alucinaciones mías, puede ser real, pero noto como si ella también me viese de forma distinta, como si no desease que fuese solo un amigo que va a ver cómo toca su grupo. Quiero tirar esa idea absurda a la basura, y también quiero reservarla, solo para soñar despierto, al menos. Pensándolo bien, ella aún no me ha contado nada sobre su viaje; lo mismo su semana ha resultado ser tan diferente como la mía.

CAPÍTULO 13

—¿Me vas a contar ya cómo te ha ido con el grupo en Belfast? —le digo mientras vamos en el coche de vuelta a casa.

—Ha estado muy bien, una gran experiencia. El primer día había poca gente, pero, créeme, en el segundo local que tocamos fue asombroso. En uno de ellos logramos tocar dos noches seguidas, y al siguiente día el dueño de otro de los locales nos pidió lo mismo. Fue por eso por lo que no te había llamado; aún no estaba en casa.

—Oh, no importa. Lo pasasteis bien, ¿no? Entonces, todo bien. ¿Qué más has hecho en tu semana, aparte de tocar?

—Conocimos barrios increíbles, y uno de los días fui a un parque enorme. Me levanté temprano y me fui a caminar sola, con toda la niebla que había.

—¿Al Belvoir? —Asintió emocionada—. ¿Sola? Fui hace años, aquello es enorme; ¿y si te hubieses perdido?

—Había un sendero, era imposible perderse... —Me mira de una manera que me hace parecer estúpido, pero de forma divertida y enarcando una ceja.

—Vale, entonces sería imposible.

—¿Sabes?: en esa caminata me acordé de ti. Con lo tranquilo que eres, te habría gustado aquello; me recordaba a mi pueblo.

—Kilkee. ¿Qué tal es?, no he ido nunca.

—No está mal. Ya te lo contaré algún día.

—¿Sabes? —Ya nos encontramos en el ascensor, a punto de subir en él—. Ha sido raro, te he echado de menos. —Sueno tan afectado que intento cambiar de estrategia—. No lo creía posible y casi voy al médico por si me estaba pasando algo. —Se ríe sin parar, y yo me uno a su risa.

—Pues tú también has estado en mis pensamientos. —Se me encoje el corazón por un segundo—. Sí, en uno de esos días de paseo, vi un barranco y era fácil imaginarme dándote una patada en el culo. —Se ríe y, aunque ha dicho que

me querría tirar por un barranco, sus ojos me están diciendo otra cosa.

No me lo pienso mucho. Vamos por el primer piso, y ese ascensor siempre va muy lento; es demasiado antiguo. La aviso con la mirada: una mirada que hace tiempo que no utilizo, que no me ha hecho falta, que no he querido usar, y quizás habría sido mejor guardarla, porque intuye mis intenciones. En cuanto comienzo a acercarme a ella con lentitud, se aparta, asustada.

—Ey, ¿qué haces? —Me lo dice casi en un susurro, y no se lo pregunta en realidad. Sabe el porqué—. Escucha, siento mucho lo que ocurrió después de la fiesta, en serio. No sé lo que me pasó. Bueno, en parte sí lo sé: ex mezclado con alcohol.

Empiezo a entenderlo todo y, conforme eso pasa, la sangre inunda mi cara de vergüenza por lo que acabo de hacer.

—¿Nunca te ha pasado? —Está desesperada por arreglar la situación que yo he provocado—. Sentía un odio increíble por él, y me cegué por eso. Lo siento mucho, quizás tendríamos que haber hablado de ello antes.

—Vale, no pasa nada. —Eso es lo que intento hacerme creer—. Fuiste estúpida en ese momento, y yo lo he sido ahora. No importa. —Le quiero quitar hierro al asunto.

Voy a salir del ascensor, pero ella me frena cogiéndome del brazo y saliendo también del ascensor para que no la pillen las puertas.

—Espera. —Se detiene hasta que yo la miro. No sé muy bien cuál es mi expresión, pero debe de estar en medio de la de un idiota y la de alguien patético—. Me gustas, creo que es obvio, y también es obvio que te gusto. —Cuadro los hombros, y no le contesto; no soy capaz en estos momentos—. Es solo que ahora no sé lo que quiero. No quiero usarte como hice aquella noche; eso fue lo más rastroso que he hecho nunca. Si supiera que solo vamos a estar divirtiéndonos, un polvo de vez en cuando, estaría muy bien; pero no sé si saldría bien, y somos vecinos.

Me asombro por su repentina sinceridad. Ha sido capaz de poner palabras a lo que yo llevo dándole vueltas demasiado tiempo.

—Ey, vale, tranquila. —Ahora puedo pensar con más calma. Le acaricio la mejilla—. Esto nos ha pasado a todos. No voy a dejar de ser tu amigo por esto. Y, de todos modos, quiero que sigas contando conmigo para cualquier cosa, ya sabes dónde me tienes.

—Claro, lo haré.

—Vamos, ahora vete a dormir, es tarde.

—Sí. Nos vemos mañana

La he cagado, pero mucho. Volvemos a no vernos esa semana, y lo agradezco. Aunque quedamos en que todo estaría bien, sé que no es así, ni para ella ni para mí. Paso por distintas etapas. La primera es la de negación, porque no puedo creerme lo que he hecho; jamás me había mostrado tan vulnerable y, lo que es peor, jamás me habían rechazado. Luego me invade la ira y pienso que, si cree que voy a volver a caer así, va lista. Parece que descargo toda mi rabia hacia ella, y el culpable soy yo. Por último, queda la aceptación, y eso lo soluciono rápido con una llamada.

—Dime, capullo.

—¿Te apetece salir esta noche?

Danny me lleva a la misma discoteca de la anterior vez. Recuerdo que son todas niñas, pero por una vez me dejo llevar; si son unas crías, quizás sea más fácil recuperar mi hombría. Y, efectivamente, nada más entrar siento las miradas de la mayoría de las chicas. Casi todos los jóvenes de la sala van vestidos de calle, pero, además, se nota que han salido de la pubertad hace nada; por Dios, si algunos todavía tienen acné. Yo voy vestido con una camisa azul celeste y con unos vaqueros; la barba comienza a hacer acto de presencia en mi cara, y eso siempre da un aspecto más maduro. Sí, desde luego tengo que reconocer que resalto entre el resto.

Danny saluda a varias chicas, así que supongo que esta no es la segunda vez que viene, ni la tercera, pero me parece bien. Traerá a un par de chicas que conozca y me quitaré el tiempo previo de entablar conversación; lo mejor para no tener que pensármelo demasiado.

Va a la pista mientras yo pido un par de copas y, antes de que me las sirva, viene con dos chicas; diría niñas, pero ahora ya no me parece bien, según lo que tengo pensado. Una es rubia, alta y exuberante; muy a la altura de Danny. La otra es morena, de piel clara y de curvas infinitas; es más baja que su amiga, aunque diría que yo le saco solo media cabeza. Sí, esa es la mía; uno, porque ahora mismo prefiero las morenas y, dos, porque Danny y esa otra chica ya están bailando como dos adolescentes.

—Tu amigo es un maleducado, y no nos ha presentado. Me llamo Lucy.

—Un placer. Soy Nicholas.

Antes de que empiece a contarme su vida, me he terminado de un trago la segunda copa, porque sé que lo que quiero hacer no puedo hacerlo estando sereno. A la mitad de la tercera empiezan a hacerme gracia sus chistes, y me suelto más.

—¿Así que estás terminando Medicina? Tiene que ser interesante —le digo riendo. No sé muy bien cómo se lo toma, porque apenas le distingo la cara.

A pesar de la borrachera, no pierdo la compostura, y eso parece gustarle. Tontea como una colegiala, y yo me tranquilizo pensando que tiene veintidós años, que es más que legal. Abro la boca para decirle algo, pero ella me corta; me mete la lengua casi sin darme cuenta y la mueve como alguien que tiene experiencia. Al cerrar los ojos noto el efecto del alcohol, que hace que pierda el equilibrio. Su boca es más intensa de lo normal, y mis labios le devuelven el beso con impaciencia. No tarda ni un minuto en explorar por mi bragueta, pero le sujeto la mano; se queda paralizada, pensando seguro que ha jodido la noche.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —Mi voz suena más ronca de lo que en realidad pretendía, pero no importa.

La tensión que se reflejaba en su cara desaparece, tan rápido como lo hemos hecho nosotros de la discoteca. El alcohol no me deja pensar con claridad, y una parte de mí lo agradece.

Llegamos a mi casa andando, y yo intento abrir la puerta del portal, atropellado, riendo, mientras... ¿Lucy? juguetea en una zona de mi pantalón poco apropiada.

—Shh, estate quieta, así no puedo atinar —le digo entre risas.

—Vaya, espero que no me digas lo mismo arriba.

Los dos nos reímos, hasta que un carraspeo nos interrumpe. Genial. Simplemente genial.

—Hola, ¿problemas para abrir la puerta? —Su voz suena más seca que de costumbre. Más de lo que lo ha sonado nunca.

—Sí, es que... —Mi lengua empieza a enredarse y tengo que hablar más lento—. Algo le pasa a la llave.

Lisa abre con la suya con un movimiento limpio. Abro los ojos al máximo, como si hubiese visto un truco de magia.

—Gracias. ¿*My lady*? —le digo a Lucy, para que pase delante de mí. Evito mirar a Lisa, e intento pasar antes que ella, algo del todo caballeroso.

—Espera. —Lisa me para justo cuando Lucy ya ha llegado al ascensor y está intentando averiguar cómo hacer para que baje—. ¿Puedo hablar contigo?

—Dispara. —Me cuesta abrir los ojos del todo, pero aun así distingo su rostro, sus expresiones, mucho más que la cara de Lucy—. Aunque no estoy en mi momento más lúcido, lo reconozco.

—Es que... —Parece que le cuesta soltarlo—. ¿Haces esto por... venganza? No te había visto así antes.

—No me conoces tanto, ¿sabes? —Me envalentono y la cago, como buen borracho—. No soy un mojígato; me he acostado con tantas mujeres que perdí la

cuenta hace años. Me limitaba a hacerlo en los viajes, para no comprometerme, y aunque la cagué contigo, reconozco que quiero echar un polvo. —Se le escapa un gemido de horror, y yo no paro de enfatizar lo que digo con las manos—. Así es, el correcto Nicholas Dyer necesita sexo, así que con tu permiso, me voy a cumplir como un caballero; la señorita me espera.

Lisa se queda boquiabierta. Pasa al edificio con lentitud, como si hubiese una bomba en el suelo.

—¿No subes? —le pregunta Lucy, que por suerte no había escuchado nuestra conversación.

—Prefiero subir andando. —Habla como si tuviese una pelota de golf en la garganta; hasta de eso soy consciente en ella.

No me mira; sé que la he cagado. La parte que me queda de raciocinio le está dando una paliza al resto, que va como una cuba. ¿Cómo he podido decirle semejante burrada? Pero aún gana por goleada la parte ebria, así que abro la puerta de mi piso y, antes de cerrarla, Lucy ya se ha deshecho de mi camisa y yo, de su cazadora. La guío hasta el sofá y, para cuando llegamos, ya hemos hecho un camino de pantalones, zapatos y camisetas.

Me tira al sofá con brusquedad para ponerse a horcajadas sobre mí. Ahora me doy cuenta: morena, con unas curvas que deberían ser ilegales. «No te arrepientas, no te arrepientas. Esto no está mal».

—¿Qué es eso? —dice ella entre jadeos mientras me muerde el cuello. En realidad me produce unas cosquillas incómodas, más que gustarme.

Mi querida vecina ha decidido ponerse a tocar la guitarra a las tantas de la madrugada. Sabe que soy el único que la oye, y sabe que debo ser el único que está despierto. Despierto y ocupado.

—No hagas caso, así tendremos música de fondo —le digo bromeando, y ella vuelve a jugar con mi cuello.

Pero cuando se aparta de mi garganta para besarme, ocurre algo que no sé describir. Ya no es Lucy: su rostro se ha transformado en uno más dulce y, a la vez, con más carácter. Sacudo la cabeza.

—¿Estás bien? —Su voz rompe la visión.

—Sí, sí, solo estoy un poco mareado.

Vuelve a besarme con firmeza, pero ahora solo puedo ver a Lisa. Ojalá ella me hubiese besado y tocado así. Ojalá fuese ella la que estuviese encima de mí, y no esta chica. Me siento culpable, esto no está bien. Aparto con educación a Lucy.

—¿Qué te pasa? —Su voz ya no suena tan dulce.

—No puedo hacer esto. Creía que sí, pero no puedo.

—Ya, y supongo que tiene que ver algo con tu vecina. —Comienza a apartarse de mí.

—No es por eso. —Las mentiras ya forman parte de mí—. Eres una niña, esto no está bien. Deberías estar con chicos de tu edad, esto no es lo que yo busco.

Sin decir más, me visto y ella hace lo mismo.

—Lo siento —le digo en el umbral de la puerta.

—No te preocupes —me dice sonriendo—, ya suponía que siendo tan mayor no te iban a ir este tipo de cosas.

Y se va, así de fácil. Al menos esta vez no ha habido ningún «gilipollas» de por medio, aunque el comentario me deja desubicado.

Vuelvo a la realidad, una más sobria, y me doy cuenta de que Lisa sigue haciendo el indio en su casa. Ha cambiado la guitarra por el taconeo y eso hace que retroceda de la aceptación a la ira. No pienso dejar que se salga con la suya. Subo por las escaleras, llenándome de enfado, que ya me era del todo familiar. Sí, voy a tirarme un farol, pero ella tampoco ha jugado limpio, así que no me importa. Aporroeo su puerta hasta el punto de pensar que puede caerse. Escucho cómo viene con sus tacones, clavándolos en la madera.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loco?, son las tres de la mañana.

—Qué graciosa. Está bien que digas eso mientras clavas los zapatos en el suelo, y después de tocar la guitarra como una chiflada. —Querría gritar aún más, pero estamos en el rellano y no quiero ser el cotilleo del día siguiente—. Te juro que nunca he tenido tantas ganas de estampártela en la cabeza.

Me mira divertida, arqueando una ceja.

—Mmm vaya, ¿a tu cita no le ha gustado la música que tocaba? No me digas que es otra estirada.

—¡Joder! —Entro en cólera—. Eres odiosa, solo piensas en ti. No quieres nada conmigo, y no dejas que lo haga con otra. ¿Qué pasa? Si no disfrutas tú, ¿no disfruta nadie?

—No me hables así, imbécil. —Me amenaza señalándome con el dedo, aunque eso no me achanta—. Siempre parece que tienes un palo metido por el culo. Y siento haberte jodido la noche en la que, por fin, quizás alguien te lo hubiese sacado.

—No debes de sentirlo tanto cuando has movido cielo y tierra para impedirlo. ¿Acaso querías sustituirla? —La sujeto por los brazos y la zarandeo, hasta que sus ojos se transforman en fuego—. ¡Dilo!

Y esta vez no lo veo venir. Me besa. Dios, ni aunque Lucy lo hubiese intentado mil veces habría sabido como ella. No es un beso comedido como el primero, sino algo visceral, animal y brusco; aunque eso no impide que sea capaz de notar la calidez de sus labios, junto al frío de los míos, o de mover su lengua hábil por mi boca. Su aliento y el mío se entremezclan y por un momento creo que voy a desmayarme. Después de haber fantaseado tantas veces con eso,

empiezo a dudar si estará ocurriendo de verdad. Nos separamos un segundo y nos perdemos en la mirada del otro; hay incertidumbre en sus ojos, y rabia, pero, desde luego, deseo. Podría jurar que sus ojos son un reflejo de los míos, así que esta vez soy yo quien une mis labios a los suyos. Me tira del pelo, como descargando la poca ira que le queda, y yo descargo la mía rasgando su camiseta de tirantes; es tan fina que se me deshace en la mano. Separa sus labios de los míos en el tiempo justo para quitarme la camiseta. No estoy seguro, pero juraría que se ha quedado un segundo mirándome. Y no lo afirmo porque yo estoy embobado y aún algo borracho, intentando averiguar todo lo que puedo encontrar debajo de ese sujetador blanco. Me obliga a apartar la mirada cuando vuelve a mis labios. Esta vez me permito recrearme, mordiéndole el labio inferior. Creo haber escuchado un gemido, que se acaba colando hasta lo más profundo de mi garganta, así que vuelvo a hacerlo. Muerdo su labio, su lengua, hasta que alza la cabeza y me da algo nuevo con que jugar; su cuello, una porción blanca de piel infinita, parece estar llamándome. Sin saber cómo, la he arrinconado contra la pared. Sujeto sus manos, y no parece que oponga demasiada resistencia. La beso detrás del lóbulo, algo que la hace dar un respingo, y después, más abajo, hasta llegar a su clavícula. Por el camino noto cómo el pulso le late con fuerza, y me río, porque sé que el mío debe llevar una velocidad muy parecida.

—¿Qué ocurre? —pregunta entre jadeos, mientras acaricia mi nuca.

—Creo que se nos va a salir el corazón del pecho a los dos. —Aún no me atrevo a mirarla, así que paso directamente de su cuello a la carnosidad de sus labios, otra vez. ¿Puedo ser adicto ya, tan pronto?

Me lleva a la habitación y por el camino nos vamos chocando con todo. Cuando llegamos a la cama, solo nos quedan los vaqueros. Llevo mis manos a su espalda para deshacerme del sujetador, pero antes de mirarla la recuesto en la cama, mostrando más cuidado del que hemos tenido en la sala de estar. Eso es la visión de ella tumbada en su cama, con los vaqueros puestos y con los pechos al aire; son mejor de lo que imaginaba, y antes de tocarlos sé que serán perfectos bajo mis manos.

Me deshago de su pantalón y me quedo quieto, intentando guardar esa imagen celestial en la memoria: recostada, con las sábanas rozando su piel, solo con unas braguitas de encaje blancas.

—¿Vas a hacer algo o te vas a quedar ahí embobado? —Se apoya sobre sus codos y me regala la media sonrisa que tanto me gusta.

—Mierda, eres única para romper el momento. —En realidad me encanta, porque es ella al natural: tal y como la conocía, tal y como la odié y tal y como empezó a volverme loco.

Si quiere guerra, la va a tener. Me quito los pantalones y me quedo únicamente en calzoncillos. Me subo encima, intentando no cargar todo el peso de mi cuerpo sobre el suyo, pero encargándome de que note toda la presión que ejerzo, de que sepa que no tiene las riendas. Su cuello y su clavícula vuelven a llamarme, y veo cómo su vello se va erizando, al igual que sus pezones, que chocan suavemente en mi torso.

El alcohol está empezando a desaparecer; también las prisas, la rabia. Mis besos ya no son fuertes ni toscos, y los suyos tampoco. Ha dejado de soltar culebras por la boca, solo para dejar que se escapen gemidos. Sus manos se pierden en mi pelo, tirando ligeramente de él.

Comienzo a bajar una mano lentamente por su estómago y rozo su piel solo con la yema de mis dedos. Su respiración es aún más agitada, y está sujetando mi brazo por el bíceps con fuerza. Me detengo en la zona más húmeda y la acaricio con sutileza; su mano baja instintivamente hasta colarla entre los dos. Aún tengo los bóxeres puestos, aunque siento que están mucho más debajo de lo normal; no estoy del todo seguro, y no me paro a pensarlo. Me concedo unos segundos de concentración para no explotar en su mano como si fuese un adolescente. Después puedo seguir disfrutando, y realmente no sé qué me produce más placer: si tener mis dedos hundidos en ella y ver su boca entreabierta, o sentir su hábil y cálida mano envolviéndome. No para de revolverse en la cama y yo no puedo dejar de mirarla. Probablemente ni siquiera esté pestañeando, porque mi cerebro ha dado la orden de no perder ni un segundo de esta magnífica visión. Acelero el ritmo hasta que ella misma me frena.

—Ya no puedo más... —Casi no la entiendo, entre sus jadeos y los míos—. Por favor...

Volvemos a unir nuestros labios con lentitud, solo para recuperar el aliento.

—¿Tienes protección?

Sería una tremenda putada tener que subir a mi piso en este mismo instante para cogerlo yo, así que rezo para que me diga que sí, para que no tenga que separarme ni un milímetro de ella.

Alarga la mano hasta la mesilla y abre el cajón. Aprovecho esos segundos para volver a deleitarme con una imagen del todo celestial; está prácticamente contorsionada, y sus pechos se redondean mientras rebusca en el cajón. Me detengo a mirarla, y memorizo cada lunar, cada peca y cada marca de su cuerpo. Sonrío con picardía y me encargo de coger un envoltorio plateado. Dios, si separarme del contacto de su piel hace que me arda el cuerpo, no puedo ni imaginar lo que va a ser estar dentro de ella.

Me deshago por fin de los calzoncillos y cuando estoy listo me doy cuenta de

que ha estado todo el tiempo mirándome, quizás deleitándose como yo hace apenas un minuto. Me agacho para darle un tierno beso, y siento su sonrisa en mis labios. Por primera vez en esa noche, me paro a pensar en lo que estamos haciendo.

—¿Estás segura de esto? —susurro mientras acaricio su mejilla. Ella hace lo mismo con mi pelo, lo que produce que un cosquilleo me baje por la espina dorsal. Asiente con seguridad.

—Lo he deseado demasiadas veces en las últimas semanas. —No deja de acariciarme ni de tocar mis facciones; seguramente las haya contraído sin darme cuenta—. Los dos lo queremos, no finjamos más.

Es todo lo que necesito para relajarme por completo. Por primera vez no me apetece pensar en consecuencias ni en el después, ni siquiera en todo lo que ha pasado antes. Este momento, en su cama, nuestros cuerpos unidos, empezando a formar una fina capa de sudor que se entremezcla, es todo lo que me importa. Comienzo a hundirme lentamente, y de nuevo me concentro en cumplir como es debido. Su cara se contrae, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Estás bien? —le digo sin romper el ritmo, terriblemente lento.

—No pares. —Está apretándome con fuerza los músculos de la espalda.

Tenía ganas de ella desde el día en que la vi, desde el primer día que me sacó de mis casillas, aunque lo negase. Mi terapia de autocontrol se desvanece del todo como si fuese azúcar en el agua. Quería estrangularla tanto como hacerle el amor, y ahora ya solo quiero una de las dos cosas.

—Cada vez que he querido algo, he tenido que esperar para tenerlo y sopesar si era bueno o malo. —Me escucha, pero sigue moviéndose y dejándose llevar. Me acerco a su oído convirtiendo las embestidas en lentas pero intensas—. Ya no quiero esperar para coger lo que quiero.

Abre los ojos para clavarlos en los míos y sonreír ligeramente, aunque no puede evitar soltar algún suspiro que me transporta directamente a otro mundo. Recorre toda la longitud de mi espalda con sus manos hasta clavarlas en mis glúteos y dirigirme eficazmente como ella quiere. La intensidad aumenta, igual que los jadeos. Deseo tener mis manos en todo su cuerpo a la vez; no me es suficiente. Necesito más, más y más. Y ella parece estar igual, rodeando mi cadera con sus piernas, mientras sus manos viajan desde mi pelo, pasando por mis brazos y por mis hombros.

A pesar de estar concentrado, soy incapaz de aguantar más. Sus labios en mi cuello, sus jadeos colándose por mi oído son lo que necesito para irme, y solo unos segundos después Lisa parece caer al abismo. Entrelazo sus manos con las mías por encima de su cabeza, y ella se encarga de apretármelas con fuerza mientras intentamos recuperar el aliento con dificultad.

Dejo caer mi cabeza al lado de su cuello, hundiéndola en la almohada. Ahora, descargado y sin alcohol, lo veo todo como es. Me he acostado con Lisa. No sé qué pasará después, ni sé si quiero averiguarlo, pero al levantar la cabeza me encuentro con sus ojos, de un verde más oscuro de lo normal, y solo tengo una cosa clara: ella está tan perdida como yo.

CAPÍTULO 14

Un beso y otro y otro más. En su brazo, en su muñeca, en su espalda. Estoy con Lisa, en su cama. Estoy apoyado en un costado, mientras recorro con mi mano todo su cuerpo, y ella me mira. Mi mente intenta crear un pensamiento oscuro sobre lo que ha pasado, pero yo lucho por desecharlo y disfrutar del momento. En realidad, estar con ella me parece más natural de lo que habría cabido esperar.

—Nicholas.

—Dime. —Apenas hemos hablado en toda la noche. Mi voz suena como si estuviese borracho, embriagado de ella, tal vez.

—Ayer dijiste lo de... que has perdido la cuenta de las mujeres con las que te has acostado. ¿Es cierto?

Me cuadro un poco más en la cama y carraspeo; no es un tema para que el que estuviera preparado tan temprano. Lo había dicho en el peor punto de la noche, con una borrachera monumental y con aquella pobre muchacha a nuestro alrededor.

—Bueno, los viajes de empresa no suelen ocupar todo el viaje en sí. Supongo que salir por la noche por Milán, Ámsterdam...; todas esas ciudades encandilan mucho.

—¿Y aquí has tenido muchas relaciones? —Está acariciando mi brazo, el que abraza su cintura, pero no está incómoda con su pregunta, así que intento contestar lo más despreocupadamente que puedo.

—Relaciones serias solo una, pero al final me ha sido más fácil tener algo sin compromiso. No me resulta fácil compaginar lo personal con lo laboral.

Su cara se contrae, lo suficiente para que sepa lo que está pensando. Agacha la mirada, pero la obligo a mirarme levantándole la barbilla.

—Si quisiera un polvo rápido, no estaría hoy contigo. Si lo he hecho, es porque quiero arriesgarme y ver qué sucede. —Sus ojos empiezan a brillar, pero es fuerte y no deja que caiga ni una lágrima de ellos.

—No sé a dónde nos llevará esto —comienza a decir en un tono casi imperceptible—. Disfruto de tu compañía más de lo que querría admitir, y supongo que tampoco quiero que se quede en un polvo de una noche.

Y así concluye la charla íntima y triste. Todo es un baile de besos y caricias; besos en su pelo, en mi pecho, en su oreja, en mi frente, en mi brecha; caricias por sus piernas, por mi espalda... Podría seguir así durante todo el día, pero la realidad nos llama en seguida. Mi teléfono suena desde el bolsillo trasero de mis pantalones.

—¿Quién te llama tan temprano?

—Mierda, Daniel. —Me aparto de ella velozmente, pero con suavidad, mientras busco mi ropa—. Me viene a buscar.

Voy corriendo a coger el teléfono, con los calzoncillos ya puestos.

—¿Daniel? Espérame abajo, no tardo.

—¿Qué? No, no. Venga, estoy aquí abajo y no contestas al telefonillo. Abre, quiero desayunar algo.

—Pero vamos a llegar tarde. —Aunque no tengo ni idea de la hora que es.

—Aún hay tiempo; vamos, abre.

No tengo más remedio que abrirle, pero desde el piso de Lisa, y en cuanto lo hago me meto en la habitación de nuevo.

—Tengo que irme, Daniel está subiendo.

Me pongo los pantalones y los zapatos, y dejo la camiseta para el camino.

—¿Qué te pasa? —Instintivamente se lleva la sábana al pecho para cubrirse—. Dile que venga aquí, si quieres.

—¿Quieres que le expliquemos a Daniel ahora mismo lo que ha pasado? ¿De veras? Porque entonces no nos dejará en paz, y te arrepentirás de haber decidido que se entere.

—Como quieras... —Parece desanimada. Abro la puerta y, al ver que aún no ha subido el ascensor, entro corriendo a la habitación y me despido de ella con un largo beso—. Llámame esta tarde.

—Ni lo dudes. —Me responde con una sonrisa que me trae recuerdos de la noche pasada.

Entro en casa, cuando oigo cómo el ascensor llega a la planta y, tres segundos después, llama al timbre. Aún voy sin camiseta.

—Vaya..., qué tentador, pero no eres mi tipo. —Daniel bromea mientras me aparta de la puerta, y entra como si fuese su casa.

—Ya... Oye, desayunamos y nos vamos, ¿no? Si no, no llegaremos.

—Bueno, desayunamos, te acabas de vestir.... Y entonces, nos vamos. ¿Qué te ha pasado hoy?: ¿mala noche? ¿Y qué haces con vaqueros?

—Me he confundido, aún ando dormido.

—¿Tú? ¿Confundiéndote? —No le da importancia, porque encuentra otro tema mejor—. Espera, ¿y la tía de anoche? ¡Se me había olvidado! ¡Por fin has mojado! —Sí, y no sabía cómo.

Me paso la mañana distraído. Sí, desde luego que había tenido muchas, muchas conquistas, mujeres estupendas y despampanantes, que bien podrían ser modelos, y lo he pasado realmente bien con casi todas. Pero esta vez no ha sido así; hay algo en Lisa que me hace desearla, quererla a mi lado sí o sí. Es inevitable no que sienta vértigo, como si estuviese a punto de caer en picado en una montaña rusa y no supiese si saldrá bien o no, pero por primera vez, desde hace mucho tiempo, me apetece arriesgarme. Esa noche ha sido como una primera vez. Temerosos, eufóricos, curiosos, felices y expectantes. Su piel, su tacto, sus gestos... Desde luego ha sido como una primera vez, con la ventaja de la experiencia en la práctica, pero novato en los sentimientos hacia ella. Al menos, casi nuevo.

Me pregunto también si ella estará pensando en lo que ha pasado. Un recuerdo amargo viene a mi mente: ¿y si ha vuelto a actuar movida por despecho? No quiero pensar que todo haya podido pasar por su ex, otra vez.

—¡Eh! —Alguien me da un empujón. Danny.

—Joder, Daniel, casi me matas del susto. Y si lo haces, ¿a quién vas a gorronear?

—Ya tengo una lista preparada por si eso ocurre. Estás en las nubes.

—Pensaba en... —Me rasco la ceja con nerviosismo—. En el proyecto y en la reunión que viene.

—Ya, pues, teniendo en cuenta que no hay ninguna... —No ha colado.

—Estaba pensando en cosas de familia.

—¿Alguien enfermo?

—No, no, solo asuntos sin importancia. No te preocupes.

Paso la tarde rodeado de archivos, pensando si realmente tenía reunión o no. Lo dudo, pero, si tenemos una, no será para esta semana, así que no me preocupo. No tardo en dejar los archivos en la mesa y en ponerme con el piano; toco algo lento, algo suave, algo agudo y grave al mismo tiempo, algo tranquilo... Lo más curioso es que me canso en seguida; al menos, más rápido de lo que suelo cansarme. Empiezo a buscar entre mis partituras una en concreto: una que me ha

dado Michael. La he oído muchas veces, de lo pesado que se ponía para que me la aprendiera, pero nunca lo hice, me parecía aburrida. Y ahora... Ahora parece otra cosa. Esta melodía casi me hace pensar que estoy sobre un escenario, con cientos de personas mirando cómo manejo el piano a toda velocidad.

Cuando dejo de tocar, empiezo a notar algo extraño en mí; ni siquiera estoy seguro de lo que puede ser. Siento algo parecido al alivio, al descanso; esa composición ha funcionado como calmante para caballos. Me voy al sofá y me dejo caer de golpe. Casi estoy adormilado, pero sobre todo, tranquilo. De pronto pienso en la cena que tengo esta noche y no hace que me ponga histérico, lo cual es un consuelo; empezaba a hartarme de ser un manojito de nervios con este asunto, mientras a ella se la ve tan calmada, tan... natural.

Por extraño que parezca, paso la tarde bastante entretenido o, más bien, distraído. Tras la ducha me visto casi sin darme cuenta de lo que me pongo. Me sorprende cuando veo que apenas me he arreglado y que no me he molestado tanto en el aspecto como la última vez. Tan solo voy a su casa.

Allí estoy, en frente de la puerta de su piso, esperando a que abra. Ni nervios, ni dar vueltas a la cabeza, ni nada por el estilo. ¿Qué me ha pasado esta tarde? Sea lo que sea, lo agradezco. Es estupendo poder comportarme como una persona normal, y no como un capullo que parece recién entrado en la adolescencia.

—Muy puntual, esperaba encontrarte media hora más tarde —me dice mientras se apoya en la puerta, echándome un vistazo que me intimida y avergüenza.

—Si quieres, puedo marcharme y volver más tarde, así no romperé tu teoría.

—Idiota.

Empieza a reírse mientras me coge de la camiseta con fuerza y me hace entrar. Comienza a besarme y yo cierro la puerta con el pie, como esas escenas tan típicas de las películas. Por supuesto, no me queda tan elegante, porque no encuentro forma de concentrarme en ese beso ardiente y en que no nos vea ningún vecino al pasar por el rellano.

—Oye. —Comienza a hablar mientras se separa de mis labios, y aun se agarra a mi cuello—. ¿Qué ha pasado esta mañana?, no he entendido nada. Casi te vas en ropa interior.

—Lo siento, de veras. —Me rasco la cabeza como acto reflejo—. Me he puesto un poco nervioso; era por Daniel, es pesado hasta la médula. Si no me dejó en paz el día de la fiesta de Steven, imagina si se entera de esto.

—Ya... —Baja la mirada, poco convencida de mis palabras.

—Pero mañana no viene a recogerme. —Me acerco a su cuello y le hablo al oído—. Así que no tiene que pasar a llevarme, ni a molestar. —Se ríe a medias,

mientras me acaricia el pelo.

—Ya me gustaría, pero mañana marchó a Kilkee, y me voy temprano...

—Vaya... —Un pequeño nudo aparece en mi pecho, pero intento deshacerlo antes de hablar—. Bueno, entonces, con más motivo; si vas a pasar allí el fin de semana... —Vuelvo a besarle el cuello para convencerla, rozando con la nariz el lóbulo de la oreja, y recibo un pequeño estremecimiento por su parte.

—Si pasamos la noche juntos, sabes que no dormiremos nada. —Lo dice casi en un suspiro—. Y tengo que salir de aquí a las seis de la mañana, conducir más de tres horas... No puedo, Nicholas.

—De acuerdo, no insisto. —Me rindo, sin muchos problemas, alzando las manos. Es razonable lo que me dice—. ¿Al menos cenamos juntos?

—Por supuesto —me dice sonriendo de oreja a oreja—, pero lo que tengo son pizzas congeladas; ¿eso te vale?

—Y me sobra.

Dejamos las pizzas haciéndose en el horno, mientras nos sentamos en el suelo, en la alfombra. Ella comienza a arrastrar uno de esos pequeños aparatos de calefacción portátiles, mientras apoya la espalda en el sofá.

—Sé que no es tan romántico como una cabaña y una chimenea, pero no estaremos mal.

—¿Qué importa la cabaña? Se está de lujo, no te preocupes.

Me enseña fotos de cada momento de su vida: de su nacimiento, de su infancia, de su adolescencia... Y no me canso. Me gusta ver cómo es la chica loca y alegre que tengo al lado hacía tan solo unos años.

—Aquí estábamos en un *camping*, de vacaciones. El último día, mis padres me perdieron de vista. Me encontraron pasando por una pasarela que cruzaba la piscina; a mi madre casi le da un infarto. —Se ríe recordando ese momento, y se la ve preciosa.

A medida que pasa las fotos me cuenta más historias: peleas con su primo mayor, momentos de felicidad al abrir sus regalos de Navidad, el instante pueril al caérsele su último diente de leche.

—Tienes la misma cara que ahora.

—Vamos, que parezco una niña. —Frunce el ceño, y eso solo provoca que sonría aún más.

—No seas tonta. —Le coloco un mechón detrás de la oreja mientras la miro embobado—. En cada foto en la que salías sonriendo, estabas igual, con la misma sonrisa inocente; no escondes nada más que lo que intentas mostrar. Y tus ojos, con una expresión diferente en cada momento, los tenías más achinados de pequeña, y ahora son espabilados, son preciosos.

—Gracias. —Sonríe, pero agacha la cabeza. Veo cierto rubor en las mejillas y

eso solo hace que sea aún más adorable—. También me gustaría ver fotos de ti cuando eras pequeño.

Nos sentamos en el suelo para comer la *pizza* sobre la mesita del comedor, la más baja.

—¿Sabes?: esta tarde hablé con mi hermana. Le dije que había conocido a alguien.

—Vaya, ¿le has hablado de mí?, ¿o se trata de alguna sueca? —No sé si bromea o si habla en serio. Me asusta.

—No, en realidad, no. Solo le he dicho que he conocido a alguien nada más. Mi hermana puede ser igual de insistente que Daniel, pero hablar con ella es como hablar con tu reflejo; es mi otro yo, tengo muy pocos secretos con ella.

—¿De veras? Tengo ganas de conocerla; seguro que sois iguales —dice riéndose.

—Bueno..., podría ser un Nicholas de menor estatura y sin barba, claro.

La hago reír justo cuando está comiendo y se le escapa un poco de carne de la *pizza* de la boca.

—¡Joder!, me acabas de escupir. —Me quejo, pero no puedo dejar de reír.

—Vaya, anoche te comiste algo más que mis babas y ahora te aterra si salta *pizza* de mi boca a tu camiseta.

Se une a mis risas, lo que hace que se abalance sobre mí y me meta un trozo de su comida en la boca. Se sienta en mi regazo y espera a que trague. Después, se me queda mirando de una forma indescriptible, como si intentase adivinar algo, como si mi cara llevase un jeroglífico. Y antes de que pueda preguntar, me besa. Me besa lentamente; nada que ver con los besos anteriores. Un beso cálido, cercano, bonito. De vez en cuando abre los ojos y une su mirada con la mía, para después continuar besándome, moviendo los labios con lentitud sobre los míos.

—Dime —dice, mientras me besa el cuello y se acomoda en él—, entonces, ¿qué le has dicho a tu hermana sobre mí?

—Ya te he dicho que nada. Tan solo he comentado que quizás os podríais conocer, os llevaríais bien; hemos hablado más del asunto.

—¿Y cuando te pregunte?

—¿El qué?

—Sobre mí, sobre lo que tenemos. —Me acomodo para intentar verle la cara.

—No sé. ¿Tú qué quieres que le diga? —Me da un beso en la mejilla y me mira de frente, clavándome sus ojos color esmeralda.

—No lo sé, sinceramente, no lo sé. ¿Qué crees que debería saber tu hermana?

—Siendo claros, ¿esto es una conversación sobre qué somos?

—Puede ser. —Se ríe tímidamente.

—No tenemos que ser nada que no quieras. —Acaricio su mejilla y su labio con el pulgar—. Nos acostamos ayer; no hay prisa para tomar decisiones.

—No, es cierto. —Parece más aliviada y yo, más preocupado, interiormente.

—Yo solo le he dicho que he conocido a alguien que le caería bien, ni siquiera que he tenido algo contigo. Así que, de momento, no te preocupes por eso, ¿de acuerdo? —Le acaricio el pelo.

—De acuerdo. Nada de preocupaciones.

De nuevo, nos besamos. Apartamos los restos de *pizza*, que hemos dejado a nuestro lado, y nos tumbamos en la alfombra. El suelo y todo nuestro alrededor se han cargado de un ambiente cálido, acogedor. Por supuesto, no me importa no estar en una cabaña, con una chimenea; tengo a Lisa en mis brazos y la beso, mientras el calefactor calienta nuestros pies y la alfombra nos resguarda del frío del parqué. Lisa tiene las manos calientes, y notarlas por mi cuello, que aún está frío, hace que me estremezca. La tumbo en el suelo y sentir cómo se le erizan los poros de la piel hace que me ponga eufórico. Quiero disfrutarla y reírme, y disfrutar de todo lo que puede ofrecerme y de todo lo que tengo que ofrecerle a ella. La desnudo, casi rasgándole la camiseta, algo que parece ya costumbre.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Has tomado *ginseng* o qué? —me dice entre jadeos.

—Creía que después de lo de ayer estaría más calmado, pero la verdad es que me has dejado las hormonas del revés —le digo mientras me deshago de mi camiseta de un tirón.

Ella se me queda mirando petrificada, y no rechista más. No la voy a ver en días, y necesito sacar toda la presión que me ha estado consumiendo porque, mierda, ¡es culpa suya! En menos de dos minutos estamos completamente desnudos y nuestras fuertes respiraciones hacen que unamos y desunamos nuestros pechos al compás. Toco cada milímetro de su piel y me detengo en la parte que más me gusta, la más caliente, y ella entreabre la boca por el contacto. Me vuelve loco verla así, tan sensual, tan dulce y salvaje, tan para mí. Sí, ya había estado en esta posición dominante antes, muchas veces, pero no de esta manera, haciendo lo que quiero solo porque sé que es lo que ella quiere. Cada una de sus terminaciones nerviosas me lo dice en cuanto entro en ella; cada músculo contraído, cada vez que eleva la pelvis haciendo que me adentre más en ella. Vuelve a llevar la cabeza hacia atrás, como la pasada noche, y descubro que me gusta ese gesto; ese que dice que casi le es insoportable esta cercanía, tanto como lo es para mí. Me gusta que, a pesar de ser tan distintos, sintamos prácticamente lo mismo cuando nos tocamos, cuando nos besamos o cuando me hundo en ella. Desde luego que esto es lo que desea, y lo que más ansío yo. Y

casi a la vez, solo casi, nos dejamos caer, relajando el cuerpo y acompasando nuestras respiraciones, que vuelven poco a poco a la normalidad.

—Tengo que madrugar... —dice entre un beso y otro—; he de salir de aquí dentro de siete horas.

—Lo sé, perdón.

Me levanto y comienzo a vestirme, pero ella me frena y vuelve a besarme. No creo que me canse nunca de esto.

—En cuanto llegue aquí el domingo, pienso llamar a tu puerta, no lo dudes.

—Está bien. —Sonrío ante esa perspectiva.

—Te llamaré nada más llegar a Kilkee.

—No tienes por qué hacerlo.

—Pero quiero.

—De acuerdo, como quieras. Esperaré tu llamada, entonces. —Le sonrío.

Voy al ascensor a llamarlo y, mientras sube, vuelvo a acercarme a ella. Le doy un beso en la nariz, y ella la arruga mientras se ríe.

Subo al ascensor y me despido de Lisa con una sonrisa leve, casi de cansancio, y ella me la corresponde.

CAPÍTULO 15

Tener unos días para mí me vendrá bien, en realidad. No quiero pararme a analizar lo que está ocurriendo, como si de un proyecto se tratara, pero supongo que el alejarnos unos días hará que pueda ordenar mis pensamientos.

Hacía mucho que no deseaba así a alguien; me pone histérico —en el mejor y en el peor de los sentidos— y eso hace que se cree en mi interior una mezcla explosiva que no conozco, sin contar el puño invisible que aprieta mi corazón cada vez que pienso en ella.

Como había dicho, me llama nada más llegar a Kilkee y yo descuelgo el teléfono con más pasividad de la que me esperaba, aunque saber que ha cumplido con lo que había dicho me pone casi eufórico. Le pregunto por el viaje; ella, por mi noche. Le pregunto por su familia; ella, por mi hermana. Y tras varios minutos, se despide de mí con un beso y con un «Espero verte el lunes».

No aprovecho el fin de semana más que para repasar algunas cosas del proyecto de Londres y para visitar a mis padres, y así hacer compañía a Karen. Cuando llego se me tira al cuello, como si fuese su regalo caído del cielo. Mis padres pueden resultar de lo más molestos, pero Karen siempre exagera. Quizás un tono de voz mal empleado por mi padre en algún momento, o la intromisión de mi madre en su vida privada es lo que ha hecho que se haya puesto como loca al verme. Mis padres se dedican a recoger la mesa, y yo aprovecho para estar con mi hermana.

—Bueno, ¿qué tal con Michael? —La abrazo, y ella se acomoda en mi hombro.

—Bien, ya sabes, como siempre.

—Dime: ¿cómo va con el coche?

—Lo maneja genial para llevar tan poco. —Se emociona al hablar de su chico, que empieza a ser mayor—. Tendrías que verlo, es de lo más respetuoso; no

sobrepasa el límite de velocidad nunca y siempre, siempre se pone el cinturón.

—Tú también, ¿no? —Comienzo a hacerle cosquillas para animarla, y parece que funciona.

—Ay, ¡para! ¡Para o chillo! —Se retuerce como puede, y hasta me da manotazos—. Mierda, deja de hacer ejercicio. ¡Para o no podré defenderme!

—Entonces, dime que tú también usas cinturón. —La presiono, mientras no paro de reírme con ella.

—Sí, sí, te lo prometo. ¡Te prometo que también uso el cinturón!

—Mmm... —Me lo pienso un segundo, reteniéndola en mis brazos, y vuelvo a la carga—. ¡No me vale!

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

—Niños. —La voz dulce de mi madre asoma por la cocina—. ¿Podéis parar?

—¿Cómo pueden ser tan críos con esa edad? —La voz ruda de mi padre es totalmente distinta, algo que nos hace parar de inmediato a los dos. Nos miramos fijamente; por una vez, entiendo a mi hermana cuando se queja sin parar de nuestros padres.

—Hasta luego, ya volveré. —Abrazo a todos y dejo a Karen para el final—. También volveré a por ti —le susurro.

—Más te vale —me dice ella—; aún tienes a alguien a quien presentarme. Claro, no puedo olvidarme de eso.

CAPÍTULO 16

—**H**ola, Robi, ¿qué tal?

Estoy apoyada en el capó del coche, en el aparcamiento de una de esas gasolineras de carretera.

—¿Ya has hecho la primera parada? —Robi tiene la voz gangosa y apenas puede hablar—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy tranquilo. Sabes que mis viajes perfectos son en soledad —le comento mientras doy un sorbo a mi café en el termo—. ¿Sabes?: tengo algo que contarte.

Justo en ese momento, me muerdo la lengua y cierro los ojos con fuerza, deseando no haber soltado esa última frase.

—¿Qué? Has ligado, ¡has ligado!; ¿a que sí?

Me callo durante unos segundos, pensando si decir o no la verdad. Me decido por ser sincera con mi mejor amigo.

—No tanto como ligar, pero algo parecido. Pero que no te dé un infarto, ¿vale?

—Claro, pero suelta de una vez quién es el afortunado.

—Es... Nick.

—Espera. ¿Nick? ¿El Nick de la fiesta?: ¿el mismo capullo de tu edificio? —No puedo más que contestar con otro de esos incómodos silencios—. ¿Por qué? ¿Es que te emborrachó o algo? ¿Abusó de ti?

—No, no, joder. —Me paso la mano por la cara, nerviosa—. Los dos lo hicimos porque quisimos y punto. —Mi voz tiembla, y Robi no lo pasa por alto.

—Entonces, ¿qué ocurre? Porque ocurre algo...

—Es sólo que... —Debo contárselo, no me lo voy a callar—. Bueno, ya sabes que besé a Nicholas.

—Sí, el mayor error de tu vida, dijiste, ¿no?

—Sí... —Ahora no estoy tan segura de que haya sido mi mayor error—. Le

hice una gran putada, pero esto ha sido distinto. Esto no ha tenido nada que ver con Louis, pero... no sé si he hecho bien; quizás me dejé llevar por el momento.

—¿Por qué?, ¿qué hicisteis? —Ahora Robi está más despejado, más atento.

—La primera vez fue extraña porque empezamos tirándonos de los pelos y...

—¿La primera vez? —Casi me grita por teléfono.

—Ya, pero la segunda... —Vacilo antes de hablar—. Fue en casa. Cenamos como dos amigos, hablamos sin tirarnos los platos a la cabeza y ya sabes lo que pasó luego...

—Lisa, cuidado. —De pronto hay un silencio detrás del teléfono, y pienso que está intentando crear una pausa para darle seriedad al asunto—. Te dije lo que un tío cómo él suele buscar.

—Ya, pero no parece eso. Pudo haberse acostado con otra y no lo hizo, y ayer fue distinto.

—Y el primer día que os acostasteis, ¿qué paso?: ¿te largaste corriendo por la mañana?

—No, en absoluto. Lo más extraño es que me desperté, estaba en sus brazos y... me gustaba. Seguía siendo tan atento como lo había sido por la noche, y a mí me gustó. No me arrepentí en ese momento. Mierda, estoy hecha un lío.

—Ya... ¿y qué piensas hacer?

—Voy a Kilkee por eso. Le he dicho que voy a ver a mi familia, aunque en realidad no me apetece en absoluto. Necesito un fin de semana para pensar bien todo.

—¿Qué te tienes que pensar?, ¿no ha sido solo un lío?

—No lo sé... Me he acostado con algunos tíos después de Louis, pero... después sabía que no eran nada, y esto es... raro. —No sé cómo expresarme. No me entiendo a mí misma, ¿cómo me va a entender Robi? —. Nicholas es un hombre de los que no pasan desapercibidos por la calle. Él mismo lo dijo: tiene demasiadas conquistas. Sé que me mira distinto; parece algo más, algo que no se queda solo en una noche, y me ha dicho que quiere ver a dónde nos lleva esto. —Me aprieto el puente de la nariz, intento hacer desaparecer una ligera migraña—. No sé cómo tratará a las otras mujeres, pero sé cómo se comportan los seductores: un par de miradas, las palabras acertadas y sin darte cuenta estás con las bragas en los suelos suplicando todo lo que te pida, y al día siguiente le falta tiempo para echarle con una excusa. Pero no ha sido así; es más, lo he echado yo, metafóricamente, huyendo de esta manera, y sé que no se lo merecía. —Me distraigo por un momento observando los coches que pasan cerca, para así reordenar mis ideas—. Parece simple a primera vista; cuando lo conoces un poco, parece un imbécil con algún trastorno obsesivo compulsivo, de esos raros; y, si profundizas un poco más, es... como si fuese otra persona diferente.

—Ya. Vamos, que te has colado por un adicto al trabajo que te encandila con la mirada y con la bragueta. —Robi no para de reírse.

—No es una adicto al trabajo —le contesto rápidamente, pero sé que es mentira—. O sí..., no lo sé. Mira, estoy hecha un lío, y más aún cuando me dijo que le ha hablado de mí a su hermana.

—Vaya, así que ya quiere presentarte a su familia, ¿no? Parece que sí va rápido.

—No es eso. A mí casi me da un ataque cuando me lo dijo, pero luego lo pensé... Es su hermana, tiene diecisiete años; no es como si me organizara una cena con sus padres...

—Bueno, no te agobies. Tienes dos días; reflexiona un poco, eso que no haces nunca.

—Muy gracioso. —Pongo la tapadera al termo, la dejo en el asiento del copiloto y me pongo al volante—. Te dejo. Voy a intentar hacer un largo trayecto sin pararme, y ya te contaré qué tal todo.

Pienso por un momento en Kilkee. Cuánto tiempo sin venir; ni recuerdo la última vez que pisé estas rocas, ni este camino sin asfaltar. Cuando llamé a mi madre para decirle que iba a pasar allí el fin de semana, no se lo creía, pero tampoco dio saltos de alegría.

—Mamá, si quieres, puedo hospedarme en el hostel de la señora O’Sullivan; a mí no me importa...

—No, no, para nada. Ven y te prepararé algo en tu antigua habitación; ahora es el cuarto de invitados. —Su voz, aunque intentaba sonar alegre, se mantenía apagada, como siempre. Solo hace unos días que fue el aniversario...

¿Qué invitados?; si eso es una casucha de pueblo donde no va nadie.

—Vale, gracias, mamá.

Paso el viaje pensando, cantando las canciones de la radio; en ese momento reflexiono poco. Tengo mi sitio preferido, donde sé que nadie me va a molestar, solo el ruido del mar. Mientras hago kilómetros al ritmo de *Rocket Man*, prefiero pensar en lo bonito de la situación, en cómo ha sucedido todo.

—Pero si yo lo odiaba —me digo a mí misma mientras golpeo el volante por no estar callada tantas horas. Y a pesar del golpe, no puedo evitar sonreír.

Hasta hace dos días podría haber abierto los grifos y hacerle una gotera solo para fastidiarlo. ¿Y ahora? La culpa es de él. ¿Cómo puede esconder tanto?, ¿por qué no se mostró tan atento, simpático y dulce desde el principio?; o mejor, ¿por qué no ha podido seguir siendo un capullo? Eso sería más fácil.

En mi cabeza aparecen dos imágenes de Nick, Nicholas, muy distintas. Una es la de un vecino con el que empiezo mal, un vecino que me toca las narices, que grita y se queja por todo, que es borde y parece un cascarrabias; que es guapo hasta la médula, con un cuerpo despampanante que no tardé en descubrir, pero que saco de mi mente cada vez que él se comporta como un gilipollas. Y por otro, tengo al Nicholas que he descubierto no hace mucho, que fue tan amable de llevarme al ensayo del grupo cuando podría haberme dejado tirada para irse a comer; un Nicholas que me acompañó a casa cuando estaba borracha, que supo escuchar todos mis problemas. Además, están sus ojos; cuando lo conocí habría jurado que los tenía de un tono pardo no muy oscuro, pero las últimas veces que he estado con él casi parecían del color de la miel. Si le diera el sol, seguro que se pondrían amarillos como los de un dragón, y eso me produciría un calor que se alojaría en mi vientre. Sus ojos, a juego con su cabello castaño claro, lo hacen un hombre enigmático.

Llego a la entrada de Kilkee y, ya que no he dejado de pensar en él, decido hacer lo que le prometí y lo llamo.

Su voz suena pasiva, y eso me remueve las entrañas. Quizás no haya hecho bien largándome en este momento, pero ahora no puedo dar marcha atrás. Me gustaría sonsacarle algunas palabras para saber cómo está, para conocer si está tan afectado como yo por una tontería, pero la llamada es escueta. Nada más colgar, respiro profundamente dos veces. «Relájate, estás aquí para resolver problemas, no para que tu cabeza cree unos nuevos». Kilkee, mi hogar, mi antiguo hogar.

Mi madre me cubre de besos y de abrazos. Mentiría si dijera que no la echo de menos; por muchos amigos que tenga, es en sus brazos donde más protegida me siento.

—Hola, mamá. —Mi voz es apenas un susurro que intento controlar para no romper a llorar.

—Hola, cielo. —Parece que a ella le pasa lo mismo, aunque sus ojos tienen algo más aparte de felicidad por verme—. No me creo que estés aquí. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy bien. —No sé ni qué decir—. Puedo... ¿puedo ir a dejar la maleta en mi cuarto?

—Sí. Tu hermano te ha ido a poner las sábanas.

Mierda, Spencer está aquí. Subo con cautela, con pocas ganas de encontrarme con mi hermano, ese hermano que se ha quedado en el pueblo ejerciendo de médico, sin alejarse de su casa. ¿Habría cambiado mucho desde la última vez? Llamo a la puerta. ¿Por qué?; es mi habitación. Entro sin esperar respuesta y ahí está él, esperando de pie.

—Hola, Spence. —Intento ser lo más amable que puedo y sé.

—Hola. —Ni siquiera se digna a mirarme y eso me encoge el corazón—. Ahí tienes tus sábanas. —Echo un vistazo: las ha dejado dobladas en el colchón, ese donde dormía cuando era una adolescente con ansias de ganarme las alas.

—Vale..., gracias. Bueno..., ¿qué tal estás?

Spencer no aguanta más, y estalla antes de lo que había previsto.

—A ver, ¿a qué coño has venido?

—¿Cómo? No te entiendo...

—Bueno, recuerdo muy bien esas palabras de «No pienso pisar este pueblo nunca más».

No sé qué decir. Me fijo en lo cambiado que está mi hermano: tiene una melena bien peinada, con la raya a un lado, dejando un mechón caerle en la frente, y las facciones se le han endurecido; ahora ha decidido dejarse algo de barba, quizás para hacerse el interesante. Está guapo.

—Spence, mi vida está en la ciudad, pero eso no quita que quiera venir a ver a mi familia de vez en cuando, ¿entiendes?

—Bueno, parece que no te has preocupado mucho en estos dos años.

—Desde luego que no; mira qué recibimiento.

—Mira, haz lo que te dé la gana; sigue jugando a lo de la niña rebelde, que tanto te gusta, y sigue haciendo daño.

—Yo no hago daño a nadie. A mamá le gusta vivir aquí porque no acepta lo de papá, y tú prefieres la vida en este pueblo tranquilo, ejerciendo la medicina desde tan joven. Yo respeto todas vuestras decisiones, ¿por qué no hacéis lo mismo conmigo?

—¡Porque te piensas que tienes cabeza para decidir y no es así! —En ese momento, Spencer rompe en cólera y tira las sábanas al suelo—. No haces más que tomar decisiones que no te llevan a nada. Te comportas como una niña, y es porque aún eres una niña.

No lo aguanto. Me marcho y rozo por las escaleras a mi madre, que subía a preguntar por todos esos gritos. Salgo por la puerta corriendo, y ni me molesto en coger el coche. Corro a tanta velocidad que dejo atrás, en ese camino de tierra, todas mis lágrimas, que van cayendo una a una.

Una hora. Una hora de camino en realidad no significa nada teniendo en cuenta el lugar al que he llegado: ese acantilado perdido por la montaña. La mayoría de los que viven en el pueblo son gente mayor o gente ocupada en sus huertos; nadie malgasta una tarde para llegar hasta ese acantilado perdido entre árboles, pero yo sí.

Encima de esa roca, con la única visión de lo más infinito que la Tierra puede ofrecer, es donde mejor puedo pensar y descansar.

Solo puedo pensar en este día, en esos últimos momentos en mi antigua casa; en mi madre, ese ser dócil que solo quería conservar a su hija a su lado, pero que no lo consiguió. Desde luego que me da pena; sé en lo que se ha transformado mi madre. Parece ser un perro desde la muerte de papá: tiene cada año siete más. No tiene el aspecto de una mujer de cincuenta y seis, sino más bien de sesenta y cinco, con ropa gris todo el día, ya a juego con su pelo, lo único que cuida, bien recogido con un moño. Miro a mi madre, esas arrugas en las comisuras, en la frente, cómo hace un intento en vano de mostrarse feliz con la llegada de su hija. Pero, ¿cómo va a hacerlo?; en dos años he venido una vez, y serán dos días. Mamá sabe que, antes de pestañear tres veces, estaré en el coche, en camino a Dublín. Y yo lo sé; no sé todo lo que mi madre siente, pero no la odio por ese deseo suyo de tenerme al lado.

Pero Spence es otro asunto, y nada más pensarlo lanzo una pequeña roca al mar con rabia, todo lo fuerte que puedo. Spence se alejó a hacer medicina sus cinco años, prometiendo volver para ser médico aquí, en Kilkee. A mamá le costó aceptarlo, y solo dejó que se marchase porque sabía que volvería. Y aquí está, con treinta años, con ropa similar a la de papá y atado a un pueblo que no le aporta nada. Si hubiésemos seguido viviendo en Dublín, tras morir papá, Spencer ni se lo habría pensado. Sé que el sueño de mi hermano era ser cirujano en la capital, y ahora... Lo único que siento es pena, culpa. Mi madre no tiene en su cabeza la idea de moverse del pueblo y Spence no quiere alejarse de ella. No debe irse y dejarla sola. Con los años ha aprendido a vivir ahí, a ser feliz, pero todo se fue al traste al saber que su hermana se marchaba para volver a la capital. ¿Cómo le iba a agradar la idea de que su hermana cumpliera su sueño, cuando él se había quedado ahí, sacrificando el suyo?

Parte de todas esas ideas de Spence también las conozco. Sé que quiere retenerme, que haga como él, pero no pienso ceder. Ni ahora ni nunca.

Respiro, sintiendo, después de mucho tiempo, ese viento frío y salado y, como si fuese magia, me deshago de todo eso. Esos pensamientos ya me han rondado la mente antes y mil veces, así que no tengo por qué romperme la cabeza con lo mismo otra vez.

Es Nicholas quien inunda ahora mi mente. Cuando hablaba con Robi estaba dubitativa, intranquila, porque se trataba de Nicholas, y feliz por cómo se había portado conmigo, tan detallista, tan diferente a los tipos con los que he estado en el pasado.

Pero ahora no es lo mismo. Este lugar ha sido mi preferido desde siempre. Tan alejado, tan inhóspito; sé que nadie va a subir a descubrirme. Ahora tengo tiempo suficiente, y la mente despejada de todo lo que antes me rodeaba para verlo bien, de forma objetiva. Al menos, de la forma más objetiva que me es

posible.

Pienso que es un lío, que debería dejarlo en lo que se ha quedado: ser solo un rollo de una noche, de dos, que no debo darle más vueltas y no debo complicarme. No quiero empezar nada serio porque...

—¿Por qué? —me pregunto en voz alta, intentando buscar la respuesta que no encuentro en mi interior. La verdad es que no lo sé, porque no tengo una razón válida para dejarlo pasar y que todo quede en una noche.

Ceno en mi casa, aguantando las miradas asesinas de mi hermano y evitando los ojos desgarradores de mi madre.

—¿Lo estás pasando bien en el pueblo? —me pregunta mamá, acariciándome el brazo. Yo le sonrío—. Aquí se está muy bien, ¿verdad? Seguro que echas de menos esta tranquilidad y...

—Mamá..., para. —Intento ser suave. Solo son dos días, no puedo empezar una bronca—. Ya sabes a dónde nos lleva esto.

—Sí, mamá. Déjalo, ¿quieres? Si a la mocosa le gusta la ciudad y vivir del cuento, pues que lo haga. Ya se dará de bruces, y se dará cuenta de lo que es la vida real.

No contesto, y me como el guiso de cordero de mi madre, que tanto añoraba.

—Spence...

—¡Cállate! —Spencer se levanta de la mesa—. Si has venido a tocar los huevos, por allí tienes la puerta. —Me señala la puerta principal, mientras se sube a su cuarto—. No necesitamos nada de ti.

Mi madre va a hablar con él, mientras yo me quedo inmóvil, mirando mi plato, pero siendo incapaz ya de probar un bocado más; siento que estoy a punto de vomitar. No sé qué hacer, ni qué decir. Desde luego, este viaje ha sido una mala idea. Yo solo quería ver a mi hermano y a mamá, y me encuentro con que Spence ha tomado el control de la casa y tiene a mi madre en su poder, haciendo todo lo que él quiere. Por supuesto, al acabar de calmar a Spence, mamá baja tranquila, habla conmigo y pide perdón en nombre de mi hermano. Pero sé a la perfección que es un perdón que de su boca no ha salido, eso seguro. Mamá me abraza, y yo correspondo el abrazo, pero no pienso, no actúo, no hablo. Un mal viaje, desde luego.

Mu último día lo paso en el acantilado, otra vez. Me siento en el borde, con las piernas colgando a un infinito no muy lejano, pero seguro que doloroso. Pienso en cómo sería tirarse desde ahí. Hay gente que lo hace; sería como *puenting*, pero más loco. No, en este momento no tengo ganas de probar nada

nuevo. Pienso en Nicholas; en realidad le echo muchísimo de menos. Deseo una cena igual a la de aquella noche; deseo que sea como ha sido estas últimas semanas. ¿Podría funcionar? Y un pensamiento tonto me ronda la mente. Cómo me gustaría estar aquí, con él; desahogarme de todos los problemas de mi hermano con él, mientras ambos miramos cómo desaparece poco a poco el sol por el horizonte. Ante esa soledad que siempre he disfrutado, ahora, por primera vez, quiero compañía, porque nunca me había sentido tan sola.

Y me gustaría animarlo a hacer cosas salvajes, alocadas. Siento curiosidad por ver cómo sería Nicholas haciendo algo fuera de su rutina, y siento las ganas de ser yo quien lo ayude a conseguirlo.

CAPÍTULO 17

Al final paso un fin de semana lento, extraño, pero pacífico. Algunas veces, siento como si Lisa no existiese, como si no hubiese ocurrido nada con ella; eso me asusta, me aterroriza. Pero otras veces es casi un alivio. No puedo evitar sentir pánico por querer descubrir algo con una mujer, después de tanto tiempo sin desearlo siquiera.

Aunque, en realidad, ha sido una lucha entre el miedo y el dulce recuerdo de todo lo ocurrido; de sus manos, de sus labios, de sus ojos esmeraldas, que me dejan hipnotizado. Puede que sea eso, puede que sea una bruja que me ha hechizado, porque no encuentro ninguna explicación mucho más lógica.

Llamo a su puerta —no nervioso, pero sí intrigado— deseoso de saber lo que piensa. Abre y me deja ver a la chica que tanto me gusta preciosa, con una camiseta sin demasiado escote y pantalones pitillos. Me quedo admirándola por unos segundos.

—¿Nicholas?, ¿estás bien? —Me pasa una mano enfrente de la cara para hacerme reaccionar. Ni siquiera se da cuenta de lo embobado que me tiene.

—Sí, perfectamente. Te he echado de menos —admito avergonzado, aunque intento quitarle importancia, mientras me apoyo en el marco de la puerta. Ella contesta con una risa mientras me mete en su casa tirando de mi mano, casi como la última vez que nos vimos.

—Yo también.

Roza su nariz con la mía, lo que hace que nuestras respiraciones choquen y bailen juntas. La beso lentamente, con ternura, diciéndole con ese beso que realmente me importa.

—¿Te fue bien con tu familia? —le digo entre susurros, mientras nos dirigimos al sofá, aún besándonos por todas partes.

—Mejor de lo que esperaba. Por fin se han cansado de decirme que en la gran ciudad no hago nada; ya no me convencen para que vuelva a vivir allí.

—Prácticamente lo está susurrando, poco creíble, pero no se lo voy a decir.

—Bueno, pero eso es porque yo hablé con ellos. —Por un momento me mira perpleja, como creyéndose mis palabras. Después sigo besándole el cuello y hablando—. Les tuve que pedir que dejaran de decirte que te quedases allí, que yo te necesito mucho más.

—Eres idiota. —Su risa hace que todo mi cuerpo vibre.

Soy idiota, no me cabe duda, pero funciona. La hago sonreír, olvidarse por un momento de la carga que supone para ella los comentarios y los pensamientos de su familia.

—Bueno y, en general, en Kilkee, ¿qué tal? —Ahora simplemente le doy pequeños besos en la mejilla, y ella me responde con lo mismo.

—Bien, muy bien. Aquel lugar es perfecto para desconectar, para ser libre, para pensar...

—¿Tenías mucho que pensar?

No pretendo nada con mi pregunta, pero Lisa se piensa que estoy preguntándole por algo en concreto. Y sin quererlo, acierto.

—Lo siento. Lo siento de verdad.

—¿Por qué?, ¿qué pasa? —No entiendo nada. Me separo lo justo para poder mirarla mejor a los ojos.

—Por lo rara que estaba antes de marchar. —Dejo que continúe hablando. Es de las pocas veces que la he visto realmente seria—. Hay dos cosas de las que te quiero hablar; van unidas. La primera es que de verdad lo siento mucho: tenía la cabeza en otro sitio, no tenía nada claro y... —Está empezando a alterarse.

—Vale, tranquila. Respira con tranquilidad y dime de una vez qué pasa. —Me mira fijamente a los ojos y después suspira.

—Antes de marchar aún no tenía todo claro. No fue como el día de la fiesta; esto era diferente. Hasta aquella mañana en que nos despertamos juntos, no empecé a pensar, a... dudar de lo que había hecho.

—Fue otra vez por Louis, ¿no? —Mi tono se ha apagado. No puedo creerlo.

—Lo siento, de veras. Sencillamente no estaba segura de si haberme acostado contigo había sido la mejor decisión. No me arrepentía, es solo que ha pasado mucho tiempo y...

—Eh. —Acuno su rostro con mis manos, haciendo que me mire y, aunque tarda, al final se rinde—. Yo también estoy desentrenado y ligeramente acojonado. —Consigo soltarle una suave risa, y eso me tranquiliza—. Ya te dije que solo tenemos que intentar ver a dónde nos lleva esto, descubrirlo, sin más.

Ha sido instantáneo. En cuanto vi el miedo en sus ojos, pude desprenderme un poco del mío. De nuevo parece que somos un reflejo del otro, y saber que sus dudas y temores son similares a los míos me da más fuerza. Fuerza para mí y

para ella.

Sonríe mucho más aliviada, y yo puedo soltar al fin el aire que sin querer había estado reteniendo.

—Aunque tengo una propuesta que hacerte.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Si tú quieres... —Me mira sonriendo mientras se entretiene con un mechón de mi pelo—. Puedes presentarme a tu hermana.

—¿A mi hermana?

—Creo que nos caeremos bien. Alguien que te ha soportado tantos años tiene que ser una santa.

Ambos nos echamos a reír. Me tumba en el sofá, mientras le aparto los mechones de pelo que caen hacia su cara.

—Me parece buena elección, aunque evitaremos los datos morbosos.

—Será lo mejor.

Se acerca lentamente los pocos centímetros que nos separan para besarme con suavidad, atrapando mi labio inferior con los suyos.

No sé cuánto hemos estado tumbados en el sofá. Si el tiempo se ha detenido, no nos hemos enterado; puede haber estallado una bomba en la calle y ni sabríamos qué ha pasado fuera. Nos importa lo que ocurre dentro, con nosotros.

—Ya sé lo que podemos hacer. —Se aparta de mí, divertida, corriendo como una ardilla hasta una esquina del salón.

—¿El qué?

Empieza a mirar con rapidez un estuche hasta que encuentra lo que quiere. Pone el CD en la cadena de música; algo lento, suave, sensual como ella. Y entonces comprendo lo que pretende.

—Oh, no, ni hablar. —Me tiende los brazos para que me acerque a ella—. No pienso bailar, no voy a hacer el ridículo.

—¿Por favor? —Sacudo la cabeza tajantemente—. Nunca nadie me ha sacado a bailar. Soy torpe con ganas, pero sí me gustaría bailar contigo si quieres.

Habla de forma seria, como pocas veces la he visto. Eso me conmueve, pero ni loco lo voy a hacer.

—Prefiero seguir aquí. —Y la arrastro de nuevo al sofá.

No parece muy contenta al principio, pero con solo besarla en la oreja cambia de actitud. Ha bajado las luces, lo que deja levemente iluminada la sala, lo justo para reconocer nuestros cuerpos. Aplasto mi cuerpo contra el suyo, sujetando su cintura con suavidad para no hacerle daño. No tengo ni la más remota idea de qué melodía es esto, pero me parece perfecta. Aunque no bailamos en vertical, no dejo de moverme encima de ella de forma sutil, casi imperceptible, y de pronto una idea me viene a la mente de golpe.

—¿Sabes una cosa? —Sus manos descansan en mis hombros, y yo me acerco más a ella, si cabe.

—¿Qué? —contesta sonriendo.

—Acabo de pensar que Nick es un buen nombre.

—Nick es un diminutivo.

—Bueno, pues a partir de ahora puede ser un nombre.

Sonríe eufórica, sabiendo que ha conseguido lo que quería, que ha ganado; y yo también.

—Por supuesto, Nick.

Entre besos y caricias, terminamos donde acabamos la noche en que aporreé su puerta lleno de ira y de lujuria; esta vez más seguro de todo, más relajado, y sé que ella también. No para de susurrarme al oído mi nombre —Nick— y me encanta. ¿Cómo no lo había visto antes? Ese baile es mucho mejor que el que ella tenía pensado, seguro; un baile en el que estamos literalmente unidos, luchando deliciosamente el uno contra el otro. Puedo recorrer todo su cuerpo con delicadeza, con los ojos, con las manos: cada lunar, cada cicatriz que le ha quedado de alguna caída de pequeña. Ya he tocado su cuerpo con anterioridad, pero es como si aún descubriese detalles nuevos. Esto es todo lo que quiero, lo que necesito. Hundo la nariz en su pelo, y me deja embriagado; no he conocido aroma más sensual, adulto y refrescante que el suyo. De pronto me doy cuenta de que estoy drogado de ella; soy adicto y no puedo dejarla. Y me vale cualquier cosa, lo que sea, por tenerla así, piel con piel; por poder tocar sus pechos, su cuello; besar su clavícula, su ombligo y, después, un poco más abajo, donde sé que la vuelve loca, donde yo pierdo todos los sentidos. Estoy completamente enganchado a sus caricias, a que me roce la espalda con su pecho mientras me abraza por detrás, a sus dedos tirando con fuerza de mi pelo, haciendo que la mire a sus ojos, llenos de ardiente deseo. Es como un camaleón que puede ofrecerme todo en una misma noche: deseo y tranquilidad, caricias lentas y lujuria incontenida. Pero también soy adepto a su risa y a su sonrisa, a sus comentarios ácidos y puntiagudos como flechas, a su carácter, más fuerte que el de cualquier mujer que haya conocido.

Miro el despertador por curiosidad y las agujas marcan las cinco de la mañana. Estoy abrazado a ella, apoyado en su hombro, mientras recorro su vientre con el dedo índice.

—La noche de la fiesta te conté todo sobre Louis y casi te deprimó; ahora te toca a ti.

—¿El qué?

—Contarme tus desamores, ya sabes, aparte de tu *tour* de negocios.

—No lo llares así, haces que parezca un puto. —Lo digo con demasiada rudeza, pero me calmo y sigo haciendo mi peculiar recorrido—. Y claro que he tenido desamores.

—Entonces, vamos, cuéntame.

Cojo aire profundamente. Le hablo de Annabelle, de la pasión del principio, de la rutina de después; de no llevar la relación de la misma manera y de desear cada uno una cosa; de dejarme por otro, de su marcha a Leeds; de mi depresión de después y de mi cambio con respecto a las mujeres. No quiero indagar mucho en detalles; hablarle a una mujer que está desnuda a tu lado sobre otras conquistas no me parece que sea lo correcto.

—Yo nunca te voy a hacer algo así, me resultaría imposible. —Noto su aliento correr por mi pelo, lo que hace que me estremezca.

—¿Algo así?

—Abandonarte.

Se remueve en la cama, para acomodarse en el hueco de mi hombro, mientras me acaricia el abdomen. Mierda, parece un mando a distancia, porque en cuanto lo hace casi no puedo ni pensar.

—En cualquier caso, ella me hizo ver los errores que cometí. Sé a qué tipo de mujer no debo acercarme, sé las que me convienen y las que no; así que, en cierto modo, le debo una.

—Pues, en ese caso, yo también.

Y finalizamos la charla del pasado con algo más que un beso.

—Entonces, ¿estás segura de que quieres que Danny se entere?

Estoy esperando en la puerta del piso de Danny, mientras hablo con Lisa por teléfono. Me subo las solapas de la chaqueta para resguardarme del frío.

—Claro, ¿por qué no ibas a decírselo? Es tu amigo, somos adultos; mejor que se lo digas a que nos pille un día. Ahora tengo que abrir la galería; cuando hables con él me vuelves a llamar y me cuentas qué tal. Y deja de preocuparte; conseguirás un infarto antes de los treinta si sigues así.

—De acuerdo, y espero vivir a sus saltos de alegría.

—No seas tonto. —Se está riendo, y me uno a ella—. Luego nos vemos y me lo cuentas todo. Un beso.

—Hasta luego.

Respiro hondo mientras espero a que mi buen amigo baje.

—Bueno, ¿algún lugar planeado? —me dice mientras coge su abrigo y las llaves.

—No, estoy abierto a opciones.

—Bien, porque han abierto un bar al final de la calle y no parece estar mal.

—Perfecto.

—Vamos, suéltalo.

Le hemos pegado un trago a nuestras cervezas. El sitio no está mal; se halla bien iluminado y no parece una de esas cuevas de taberneros.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué?, ¿crees que no te conozco? Pasa pocas veces, pero ocurre algo cuando tienes esa mirada y cuando empiezas a arrancar la etiqueta de la cerveza. —Dejo de hacerlo y meto mis manos en los bolsillos—. Además, nunca sales entre semana a no ser que te obligue. Desembucha.

Nos miramos mientras me pienso bien cómo decirlo y, entonces, decido que soy un hombre que está cerca de los treinta y que todo esto es estúpido.

—De acuerdo, pero promete no alterarte ni hacer que me avergüence de ti, ¿vale?

—Palabra de Danny Lewis. —Alza la mano derecha—. Ahora, escúpelos.

—Yo... —Cojo aire, tanto como puedo, y fijo mi mirada al fondo del bar—. Tengo... algo con alguien.

Vuelvo a mirarlo porque no obtengo respuesta. Delante de mí está Danny sujetando su vaso con la mano, mientras me mira como si le hubiese dado un aire. Le paso una mano delante de sus narices para que reaccione. Al fin lo hace.

—¡No lo puedo creer! ¡Por fin! —Me abraza, lo que hace que me levante del asiento, mientras los demás clientes nos miran de mala manera—. Espera. —Se separa de mí, mirándome con precaución—. ¿Quién es? ¿No será alguna rusa que ha venido de viaje, no?; sabes que eso no cuenta.

—Es Lisa...

—¿Lisa? No puedo creerlo, ¡eres un cabrón! —Me da tal palmada en el hombro que me derrama parte de la cerveza que iba a beber—. Está muy buena, felicidades.

—¡No te pases! —Casi bromeo, aunque no del todo.

—Cierto, perdona. Es que es muy fuerte.

—Lo sé, aún estoy asimilándolo.

—¿Desde cuándo estás con ella?

—Desde hace poco. Hemos tenido varios... encuentros.

—Muy bien, y yo sin enterarme. —Ahora se cruza de brazos, realmente serio—. Muchas gracias, colega.

—No te enfades, es que solo habían sido un par de citas sin importancia. —No le voy a contar todo, desde luego.

—¿Y qué?, ¿ya la amas? —me dice, poniendo unas comillas en el aire. Cada vez van más cervezas y se suelta más—. ¿O esta vez harás las cosas bien?

Uno de mis fallos con Annabelle fue decirle demasiado pronto que la quería y darme cuenta, mucho tiempo después, de que no era cierto o, al menos, de que no tanto como yo pensaba. Por supuesto que la quería, pero me comporté como un estúpido diciéndoselo a la semana de salir juntos. No, no pienso caer en el mismo error; de todas formas, realmente no quiero a Lisa. Prácticamente me estaba planteando si había hecho bien en acostarme con ella, como para hablar de amor.

—No, yo... no estoy seguro de sentir eso. Lo pasamos bien y nos entendemos; ella tampoco quiere presiones. Sabes lo poco que aguanto eso; me encanta, pero no la quiero.

CAPÍTULO 18

A finales de semana presento el proyecto sobre el World's Linked Enterprises. Toda la junta está en la sala y sé que han estado observando mis movimientos con detalle durante meses. Esta es mi oportunidad, la que decidirá quién soy.

—¿Qué tal, Dyer?

—Perfecto, señor Atkins, con ganas de empezar.

—Es usted el mejor arquitecto que tengo; ha trabajado duro desde que está aquí y ha sabido hacerse un buen hueco. Sé que estará a la altura de la junta de Londres.

—Muchas gracias, señor —contesto cuadrando los hombros. Sus comentarios siempre me llenan los pulmones de valentía, aunque en este momento no la necesite.

En el despacho se encuentra parte del equipo que ya conozco y, más alejados de la puerta, cinco personas más; a algunos los reconozco por su indudable fama.

—Caballeros, permítanme presentarles al arquitecto que presentará el proyecto del World's Linked Enterprises: Nicholas Dyer.

Cada uno se va acercando para estrecharme la mano, mientras James Atkins, mi jefe, me los presenta.

—Este es Trevor Fersen, uno de los directores del estudio Architect Stell.

Le estrecho la mano con fuerza y determinación; ese es uno de los nombres que conozco, y el que más me interesa que me conozca a mí. El pez gordo, quien manda, es un hombre de unos cincuenta años, de pelo cano, pero aún no es blanco. Es igual de alto que yo, pero más grande; el prototipo de jefazo. Tras él va un hombre más menudo y más joven; lleva gafas con montura al aire y va repeinado, como yo hace no mucho. Me recuerda a mí: un joven ambicioso que buscaba la perfección. Me avergüenzo de mí mismo.

—El ayudante del señor Fersen, Paul Judd.

—La señorita Julia y el caballero Jamie Humbert, del departamento de

Arquitectura.

Sé al instante que son hermanos. Aparte de llevar el mismo apellido, ambos son dos gotas de agua: rubios como rayos de sol, con ojos azules casi blancos y con rasgos finos, que convierten sus narices y barbillas en finos trazos. Me caen bien. Según les estrecho las manos, ambos me sonrían. Digamos que, dentro de este mundo, hablamos el mismo idioma.

—Y Allan Graham, asesor financiero del estudio.

No llama mucho la atención. Es más bien neutro con sus gestos, y su apretón de manos deja mucho que desear. Es algo básico que se debe aprender cuando te metes en el mundo de los negocios; la comunicación no verbal es lo principal para tratar un negocio y, digamos, para sellarlo satisfactoriamente. Por supuesto, soy yo quien tiene que mostrar su mejor cara; la del equipo ya la conozco, por eso estoy aquí.

Comienzo la presentación con imágenes muy abstractas sobre paisajes y otro tipo de obras en las que me he inspirado. Introduzco una animación sobre cómo sería la construcción, paso a paso, pero a cámara rápida. Este ha sido mi proyecto, mi gran proyecto; el sueño de muchos años, que, por fin, he conseguido presentar ante una junta importante. Siempre he creído que el diseño que se me había ocurrido provenía de una idea exacta, tajante, formal y elegante; que cada esquema estaba diseñado para ser visto desde el lado más perfecto. Pero según presento el proyecto, me doy cuenta de que cambio gran parte de mi presentación —por supuesto, de la parte oral—, y comienzo a improvisar sin salirme de la idea principal.

—Se trata de un edificio capaz de albergar cualquier tipo de compañía, desde financieras, pasando por hoteles, bancos centrales o un centro comercial. Guardará todo el lujo, el comercio y la economía de la ciudad.

—Pongo una imagen de la edificación, perfectamente detallada y realista.

—La belleza del diseño reside en lo imperfecto que resulta a simple vista.

En la imagen que aparece en el proyector está mi edificio: un monstruo de 48 plantas y de 211 metros de altura, casi completamente blanco, exceptuando los marcos de las ventanas, que resaltan con un tenue gris que se funde con el resto del edificio. Algunas de las ventanas salen de la fachada, y todas juntas hacen que el edificio casi cree vida con un movimiento de gracia y elegancia. Mi idea principal estaba basada en la perfección del detalle, pero la cambio radicalmente.

—Cada detalle está creado para impresionar a cualquiera que pase por su lado. La mayoría de los edificios intimidan con sus diseños y con su altura; yo busco impresionar la admiración de quien lo mira, que vean la elegancia y la informalidad en un edificio implantado para albergar a los mejores economistas, a los mejores banqueros. Es una cuestión psicológica: si sienten empatía con el

edificio, lo sentirán con todo lo que contenga en su interior.

No me lo creo, pero tengo a toda la junta observando con los ojos como platos. Sé cuándo gusto, cuándo admiran lo que digo y, desde luego, este era uno de esos momentos.

Sigo hablando del diseño, de la construcción, enseño algunos planos y me meto en el terreno económico, dirigiendo esta vez mi mirada, más a menudo, a la del señor Graham, el asesor financiero.

Después de más de una hora, la presentación termina, y vuelvo a estrechar las manos de todo el equipo londinense, dejando para el final al más importante.

—Señor Dyer, debemos deliberar nuestra decisión; en unas semanas sabrá el veredicto, pero puedo decirle, sin duda, que ha sabido cómo impresionarnos. Enhorabuena por su trabajo.

No me lo creo. Mi jefe me estrecha la mano con mucha cercanía, pero la ocasión lo merece. Probablemente en poco tiempo estaré rumbo a Londres exponiendo mi proyecto y tratando los pros y los contras.

Me encuentro con Danny en su despacho, y celebramos presentación con su mejor *whisky*. Por supuesto, no tarda en sacar el tema que más le interesa.

—¿Qué tal con Lisa?, hace días que no la veo.

Me apoyo en su mesa con las manos en los bolsillos, completamente despreocupado y feliz.

—Perfecto, todo perfecto. Lo pasamos realmente bien y es... No sé, hace que me sienta jodidamente bien.

—«Jodidamente bien»... —Se toca la barbilla, pensativo, mientras entorna los ojos—. Desde luego, esta mujer te está cambiando. ¿Desde cuándo vas diciendo por ahí esas vulgaridades? —me dice en tono sarcástico, mientras me pasa uno de los vasos.

—Cállate, imbécil. —Le propino un buen puñetazo en el brazo, intentando no tirar ni su vaso ni el mío.

—¡Ay!, ¿ves? Imbécil es más apropiado para tu vocabulario.

Aunque niegue, es cierto que Lisa me está cambiando, sobre todo porque no pienso igual que hace unas semanas, ni actúo de la misma manera. Y aunque es algo nuevo, debo reconocer que es algo que me gusta.

El lunes vamos a un restaurante tailandés. Lisa no sabe coger los palillos, y toda

la comida acaba fuera del plato: termina pidiendo unos cubiertos normales.

—Pero, si es tan amable, ¿me trae un juego más de palillos? Es que los quiero de recuerdo; su restaurante es tan bonito. ¿Me entiende? —Está gritando a nuestro camarero, como si fuese sordo en lugar de extranjero—. Precio-so.

Después vamos a la hamburguesería del final de la calle para que Lisa intente comer una hamburguesa doble con palillos.

—Esto es imposible. Ni la comida asiática, ni la americana, ni nada de nada sirven en absoluto.

El martes, la ayudo a ensayar para su obra, *Romeo y Julieta*. Mil veces la he leído, visto en películas y, otras pocas, representada, pero no tiene nada que ver con lo que experimento al verla hacer de Julieta y decirme sus versos. A mí.

—*No caerá en falta; de aquí a allí van veinte años. He olvidado para qué te llamé.* —Yo sostengo su guion mientras ella lo dice de memoria, perfecta, más de lo que podría ser la mejor Julieta jamás encarnada—. Venga, te toca.

—Ah, perdón. —Sacudo la cabeza para intentar concentrarme—. *Déjame permanecer aquí hasta que lo recuerdes.* —Exagero mi voz, que me hace más patético que de costumbre y hace reír a Lisa.

—*Lo olvidaré para tenerte aquí siempre...* —Se acerca a mí interpretando no solo el texto, sino la puesta en escena—. *Recordando cuánto me place tu presencia.*

—*Y yo de continuo estaré ante ti, para hacerte olvidar sin interrupción, olvidándome de cualquier lugar menos de este.*

Dejo el guion en el sofá mientras la beso con demasiada pasión, drogado de ella, drogado de esa esencia que saltan de sus palabras, de sus actos fingidos o no.

—Así no acaba la escena —me dice con una voz de lo más cálida y dulce.

—Para *Romeo y Julieta* no, pero para nosotros sí. —Y sigo besándola, llevándola en brazos hasta el dormitorio, para finalizar nuestro martes con más deseo del que jamás *Romeo y Julieta* hubiesen podido desear.

El miércoles, Lisa me viene a recoger al trabajo, comemos juntos, y la acompaño al ensayo. Ya he conseguido congeniar con sus compañeros, a través de bromas, chistes. Incluso Lisa me ha pedido que lleve a Danny, y he hecho bien, pues este es el tipo de gente que encaja a la perfección con él. Además, siempre que acaba

de ensayar, me lleva a un rincón del escenario y me toca una canción, como la primera vez que fui allí. Por algún motivo, cada día me gustan más la guitarra y sus manos, tan ágiles, finas, llenas de tanto ritmo y de tanta dulzura a la vez.

—Quiero cantar esta canción contigo, que te la aprendas y toquemos juntos la guitarra y el piano —me dice al terminar de tocar.

—Pero... parece complicado, no sé... —Empiezo a dudar; esa canción lleva demasiado ritmo, a mi parecer, para ser interpretada también con el piano.

—En realidad esta canción, aparte de guitarra, lleva piano y violín, también batería. Es fácil y es preciosa; me haría mucha ilusión.

Le doy un beso en la mejilla y le prometo aprendérmela para ella. Parece complicado, nuevo y diferente con respecto a lo que acostumbro tocar, pero excitante.

—¿De dónde has sacado toda esa colección de DVD's? —Está observando mi estantería con admiración: realmente tengo un buen arsenal de cine.

—¿Cómo que de dónde la he sacado?; de las tiendas, de revistas...

—No, quiero decir que puedes bajarte todas estas películas por Internet. Es mucho más barato; gratis, concretamente. O puedes tener Netflix, si no quieres ser un pirata.

—Sí, pero merece la pena pagar por ella si puedo tener una estantería donde meterlas y que quede bien, ¿no crees? Vamos, míralo de lejos. —La agarro de la cintura y la alejo de la estantería para que pueda verlo mejor.

—Sí, queda bien, es bonito. —Se gira, y queda enfrente de mí—. Precioso.

—¿Yo soy precioso? —Me río por esa frase, que tan rara queda para los hombres.

—Claro que lo eres; ¿no soy yo preciosa? —Asiento seguro, sonriendo—. Tú también eres precioso; más que cualquier película, más que toda la estantería entera. —Une sus labios con los míos en un beso demasiado casto.

—Vamos, elige una para ver.

—Vale, a ver...

Empieza a recorrer con la vista toda la estantería, parándose en las más llamativas y pasando por alto las de carátula oscura, que a ella no parecen decirle nada. Mientras, yo sirvo vino en dos copas.

—No seas tan finolis; con un par de vasos y unas cervezas, hubiese bastado.

—Venga, ¿has elegido ya?

—Sí, creo que sí. Esta.

—Ummm. —Analizo la carátula con pocas ganas—. Me la regaló mi hermana

y aún no la he visto, pero creo que es un poco deprimente y cursi.

—Es de amor, pero sí, es un poco cursi. ¿Quién de los dos será el primero en llorar? —Comienza a reírse y a pincharme.

Nunca he llorado delante de nadie con una película, y rara fue la vez que lo había hecho solo, por lo que acepto la apuesta de una cena en un restaurante caro pagada por el perdedor. Me imagino que la película es la típica historia de amor, con personajes que no pueden estar juntos y tendrían que separarse al final por algún motivo. Demasiado visto, muy previsible.

—¿Ves? La protagonista es la recatada hija de un reverendo y él, un macarrilla, un pasota. Somos tú y yo, ¡pero al revés!

—Vamos, que yo soy la hija del pastor, ¿no?

Por supuesto, los personajes tenían dificultades para vivir juntos su amor, pero no había imaginado un final como este. Para su desgracia y para mi satisfacción, le toca pagar una cena en La fleur, el restaurante francés con más estilo de la ciudad. Aunque escoge ella el restaurante, me encargo de pedir una zona íntima en la terraza, donde solo se oye tenuemente canciones como *La vie en rose*.

Y más tarde, no en un restaurante, no en un paseo por las calles de Dublín, no en el coche, pero sí en la intimidad de su casa, en el calor de su cama, estamos ambos, deshaciéndonos poco a poco de la ropa, que ya nos sobra.

—Sabes a vino —me dice, mientras recorre mi vientre y me hace estremecer.

Sus manos hacen un viaje lento por mi espalda, por mis brazos, y mis manos se inundan en su pelo, a estas alturas, humedecido. Y un beso más que se pierde en esta noche cualquiera de abril; un pequeño mordisco en la oreja, en el labio, en su piel pálida a la luz de la luna. No puedo parar de mirarla a esos ojos esmeraldas, que me conmueven. Sus manos descienden por mi pecho, por mi estómago, y se pierden lentamente por la línea de vello que baja por mi vientre. Vuelve a subir y a besarme de nuevo el pecho, y eso me mata y ardo de pasión a la vez.

—¿Sabes lo que pensé el día que te vi con solo una toalla? —Casi no puedo contestarle; estoy con la cabeza demasiado alejada de ahí por sus caricias—. Pensé: «¿Cómo puede tener un tío tanta mala leche y esconder un cuerpo tan perfecto?». Llevo queriendo tocar cada parte de ti desde hace mucho, aunque al principio me negase a admitirlo, pero no me voy a reprimir, te lo aseguro.

Y sigue por donde lo ha dejado antes. Sí, sé el efecto que podía tener en algunas mujeres, pero tenerlo en Lisa es distinto. Oír eso salir de su boca me infunde un valor y una pasión salvajes, y solo ella tiene el remedio para hacer aminorar la lujuria que se concentra en una parte de mí.

—Ayer estuve en una partida con Atkins, tu jefe; lo tienes ilusionado de verdad, ¿no es cierto?

—Sí, papá, pero solo hago lo que tengo que hacer: mi obligación —contesto cansado, siempre con los mismos discursos sobre la mesa. Sé que no pienso así, pero me sale solo cuando estoy hablando con mi padre.

La conversación se calienta y, como últimamente, todo acaba en gritos. Mi padre, rojo de rabia porque su hijo no se ilusiona tanto como antes por su carrera. Joder, claro que amo mi trabajo, pero hay otras cosas. Tengo una vida entera por delante que aún no he vivido, y no puedo pararme a planificar el futuro sin saber cómo será mi mañana. Esa frase la he aprendido de Lisa; siempre me la repite, aunque cada vez menos.

Tan solo me quedan fuerzas para ver cómo me rodeo de un padre déspota y cabezota; de una hermana crecida, con un pie en los dieciocho, y de una madre medio depresiva con síndrome del nido vacío. En momentos así, adoro mi piso, mi silencio, mis momentos de soledad para pensar, para agradecer todo lo que tengo y para tirar a la basura aquello que odio. Y así hasta dejar paso lentamente al día siguiente.

Podemos pasar días sin hacer nada; sin salir de mi cama, abrazados, tranquilos, o sin dejar de vernos en su sofá, mientras el pequeño calefactor intenta hacer lo que ya hemos conseguido nosotros mucho antes. También podemos decidir un día animado.

—Vamos, la vida sedentaria no te lleva a ningún lado.

—Yo corro casi todos los días. —Le llevo una buena ventaja a pesar de su comentario.

—¿Qué dices? Si siempre nos quedamos metidos en casa o, como mucho, salimos al restaurante de enfrente. Está bien que hagamos algo diferente.

—Eso díselo a tus pulmones... dentro de media hora. —Apenas puede respirar tras la caminata de dos horas que llevamos hecha.

—Exagerado. Seguro que necesitarás ser tú al que auxilie.

—Si tú quieres, yo no me voy a oponer. —Le dejo ver media sonrisa mientras la miro de reojo.

Una montaña, rocas, casi la cima. Desde aquí no se divisa más que naturaleza: un río, algunos pájaros que cantan por nosotros, el silencio de los árboles. Es fantástico, algo que nunca he llegado a apreciar como en este momento.

—¿Precioso o no? —Lisa se agarra de mi cintura, poniéndose de puntillas y apoyando la barbilla en mi hombro; yo le acaricio la mejilla.

—Esto es magnífico, de veras; nunca había visto algo así. ¿Puede uno estar tan ciego?

—A veces, sí.

Me doy la vuelta lentamente, llevando sus manos a mi cuello y subiéndola en un pequeño saliente de la roca en la que estamos para tenerla a mí misma altura y poder besarla.

—Gracias, por todo.

—Eres un cielo. Eres diferente a lo que conocí aquel día, entre tantos muebles y un ascensor ocupado.

—Cierto. Gracias por atascarlo. Nos habríamos conocido igualmente, pero seguro que aquello fue algo.

—O puede que, si nunca hubiese atascado el ascensor, no nos hubiésemos cruzado, y no te habrías molestado en conocerme.

—Oh, lo dudo. —Comienzo a reírme—. ¿Recuerdas todo lo que sigue a aquel ascensor escacharrado? Ruidos de mudanza, encuentros locos en el trabajo, ruidos de guitarra... En realidad estamos juntos porque no nos queda más remedio.

—Sí, debe ser; por lo que, para no tentar a la suerte, tendremos que seguir así.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir.

Olvido dónde me encuentro, si puede haber alguien más, pero recuerdo lo desértico que resulta el bosque. Con más pasión, sus manos desabotonan mi camisa, e intento no pensar en el frío; olvido que el calor aún no ha decidido aparecer aunque ya sea primavera. Me tumbo lentamente, haciendo que suba a horcajadas. Olvido lo húmeda que está la hierba, que apura esas últimas gotas de rocío de antes del mediodía.

Un tirante que desciende, un cinturón que se pierde... Antes de pensarlo, quedamos envueltos de esa humedad, que no sabemos si es fruto de la humedad del ambiente o fruto de nosotros mismos. Y poco a poco, hacemos que toda la naturaleza que nos cubre tenga sentido, toda reunida, toda revuelta en un caos perfecto jamás imaginado.

—Sé sincero: ¿a que nunca lo habías hecho en pleno monte? —Su voz es divertida, aguda.

—No, en absoluto. He estado en sitios...poco convencionales, pero nunca se me habría ocurrido algo tan a la vista como la montaña. Antes no. —Me incorporo para estar sentado, y esa posición le hace dar un gemido—. Y me gusta.

—Oh, cielos, te estoy convirtiendo en un monstruo.

Y sin querer o aposta, vuelve a moverse con lentitud, a seguir convirtiéndome en un monstruo, pero de los más bellos. Por supuesto, olvido todo de nuevo, pero

lo único que no puedo olvidar es que la tengo entre mis brazos, que estoy dentro de ella, y no sé si quiero alejarme.

CAPÍTULO 19

—No imaginas con quién me he cruzado esta mañana. —Danny me da un manotazo en el pecho, como de costumbre, y yo entro en cólera en mi fuero interno, como de costumbre también. Me subo las gafas de sol desde la patilla.

—Sorpréndeme —le digo mientras ojeo el móvil con pereza.

—Sarah; era Sarah.

—¿Quién? —Intento recordar si tenemos alguna compañera que se llame así, aunque no rebusco mucho en mi cabeza.

—Sarah, la amiga de Alice. —Vuelve a golpearme en el pecho.

—Deja de tocarme los cojones con la manita, ¿quieres?

—Vale, perdona.

Danny sabe cuándo debe dejar de hacer bromas. Ya recuerdo a Sarah, la chica que había intentado ligar hace dos meses y yo había estropeado. Sarah, la amiga de Alice, la chica desesperada que me cruzó la cara. Sarah, la chica que me había llamado capullo y gilipollas.

—Sí, la recuerdo; tu casi polvo, ¿no? —le digo sonriendo secamente, sin apartar la mirada del móvil.

—¡Sí!, la misma. Pues, atento; hemos vuelto a coincidir en el aparcamiento, y me ha dicho que sentía lo de la última vez, que yo no tenía la culpa de que tú...

—Se queda callado después de coger tanta carrerilla—. Quiero decir...

—Sí, de que sea un capullo. —Se rasca la nuca sin querer dirigirme la mirada y sonrío por verlo como pez fuera del agua— No importa, continúa.

—Bueno, el caso es que me ha pedido otra cita, para mañana.

—Bien, me alegro por ti; al fin conseguirás tirártele. —Le doy un apretón amistoso en el hombro.

—Ya... Aunque, ahora que la he visto..., no sé.

—¿Qué pasa?: ¿ha engordado?, ¿se ha vuelto fea de repente? —Mi amigo consigue atraparme, y guardo el teléfono en el bolsillo.

—No, bestia, me refiero a que me he fijado en ella de verdad. Me apetece quedar para pasarlo bien, conocerla.

—Lo oigo y no lo creo. —Inclino al cabeza para mirarlo por encima de las gafas de sol—. Danny quiere conocer a una chica *de verdad*. Debes de tener fiebre, o estar enfermo. —Hago el intento de tomarle la temperatura con la mano en la frente, pero me aparta.

—Gilipollas —dice entre dientes, medio en broma medio en serio.

—Blando —le respondo con su mismo tono—, no pareces tú.

—Lisa tiene la culpa. Voy a hablar con ella muy seriamente; quiero que vuelva Nicholas otra vez. —Me zarandea por los hombros—. ¡Quiero al Nicholas formal y soso de siempre!

Regresamos a la oficina, ambos con una sonrisa espléndida, cada uno por sus motivos. Los míos, los sé. Por fin tengo la sensación de poder dividir mi cabeza entre obligación y devoción como no lo había hecho nunca.

—Te veo esta tarde en el ensayo, ¿no? Steve nos va a tocar algo él solo.

—No, lo siento. —Me paro en mi despacho y abro la puerta sin llegar a entrar—. Esta noche vienen mis padres a cenar a casa.

—Vaya, no sabía que Lisa no fuese a venir. Ya os veré mañana.

—No, no. Ceno yo solo con mis padres y con Karen. —Me hace la pregunta que estoy esperando con la mirada-. No, no viene. Aún no creo que esté preparado para presentársela. Estamos disfrutando mucho el uno del otro, y esto lo estropearía todo.

Después de su huida a Kilkee, aunque hace semanas de eso, realmente nos concentramos en avanzar según nos ha ido apeteciendo, sin presiones ni compromisos. Con Annabelle era todo prisas; hacía lo que tenía que hacer, sin disfrutarlo en su totalidad. Y, aunque reconozco que siento cierta curiosidad por plantar en una mesa a mis padres, mi perspicaz hermana y Lisa, no tengo prisas por hacerlo.

Estamos en la hamaca de su terraza, tumbados después de comer y aprovechando el poco sol que se ha dignado a aparecer en toda la semana.

—¿Qué les vas a preparar esta noche a tus padres? —Me está acariciando el pelo y me he quedado medio dormido.

—¿Qué?

—Sobre la cena, a tu familia. Esta noche.

—Ah. —Abro los ojos para poder despejarme—. Prepararé algo francés, les encanta.

—Oh...

De acuerdo, no soy experto en los sentimientos de las mujeres, pero cuando Lisa se pone así, escondiendo lo que quiere decir...

—Vamos, suéltalo. Empiezo a conocerte muy bien, así que lo que quiera que estés pensando escúpelo.

—No, es solo que..., bueno, yo creía que me pedirías ir contigo esta noche a la cena. —Lisa se levanta y se dirige al balcón para asomarse, mientras yo me quedo en la tumbona, pensando.

—Ya... —Me toco la barba, como impulso nervioso, antes de contestar—. Ni siquiera sabía que deseabas venir. Creía que te parecía un poco pronto.

Pasa un buen rato, solo inundado por nuestro silencio y por algún coche que toca el claxon desde abajo. Decido acercarme.

—Eh, ¿estás bien? Sabes que puedes venir; puedo presentarte a mis padres si quieres, ¿vale? —Le apoyo una mano en la espalda y le doy un beso en la mejilla.

—No, no, tranquilo. Quizás tienes razón, han sido solo unas semanas; esperaremos todo lo que quieras. —Le suena el móvil—. Espera.

La miro mientras se aleja, a un paso demasiado lento para ella. Mierda, mierda, pensaba que ella quería ir más despacio. Ahora me ha dado de golpe en las narices con esta nueva noticia; no entiendo sus cambios tan bruscos. Cuelga el teléfono rápido y regresa sin él.

—¿Quién era?

—Una mujer se había confundido. Toma. —Me entrega una copa llena del vino que tomamos en la comida.

—Gracias. —Y brindamos con una promesa en silencio, quizás con un deseo distinto, pero con el mismo brillo en los ojos.

—Bueno, ¿y qué vais a hacer esta noche?

—Supongo que lo mismo de cada cena. Sabes que viene Danny, ¿no?

—Sí, me lo ha dicho esta mañana. Está ilusionadísimo con toda la banda, y contigo. Siempre me da las gracias por estar contigo. —La agarro por la cintura mientras ella apura el último trago de su copa.

—Imagina lo agradecida que estoy yo.

Me asomo desde el balcón al oír el motor de mi padre; leve, casi imperceptible, excepto para mí. Del Audi azul oscuro descienden tres pasajeros.

—Hola, hijo —me saluda mi madre nada más salir mirando hacia arriba.

—Hola, mamá. Ahora mismo os abro.

No espero a su respuesta; mi padre ya está en el porche de la puerta principal. Doy al botón del interfono y me aseguro con la videocámara de que he abierto. Karen es la última a la que veo y me saluda con el dedo corazón de su mano

derecha, acompañado de un «Hola, hermanito», como hace siempre que viene a casa. Pone cara de asombro al mirar al interior del edificio, y lo único que capta la cámara es el brazo de mi padre agarrando su chaqueta *beige* para arrastrarla hacia el portal.

Abro la puerta, a la vez que se abre la del ascensor, y puedo ver a mi familia. Karen se abalanza sobre mí con unos brazos estranguladores.

—¡Nick! —Me aprieta con fuerza mientras me quedo perplejo por lo que ha dicho.

—¿Peor que...?

—Calla... He hablado con Danny. —Me guiña un ojo. Un guiño lo dice todo. Por un segundo me pongo histérico—. Tranquilo, mamá y papá no tienen ni idea, pero tú y yo tenemos que hablar, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien, está bien, pero cálmate.

Se aparta para dejar paso a mi madre, tan guapa, elegante y joven, como siempre.

—Cariño, qué guapo estás. —Me abraza cariñosamente, mientras Karen sonrío, y vuelve a guiñarme el ojo.

—Mamá, estoy como siempre.

—Hace tanto que no te veo... Mira qué guapo y qué alto te ves.

Hace un par de semanas que no los veo, de acuerdo, pero sigo igual. Parece que todo el mundo se ha empeñado en pensar lo mismo. Pero una madre es una madre; un hijo siempre va a estar más guapo y más alto de lo normal para una madre.

En cuanto me deja libre, me enfrento a mi padre, que me aguanta la mirada unos segundos. Me dedica esa mirada de la que sé su significado desde hace mucho. «Eres mi hijo, mi futuro arquitecto. No olvides que confío en ti»; realmente puedo sentir como si me escupiese cada una de esas palabras.

—¿Cómo estás? —Me estrecha la mano con fuerza, con firmeza, en un apretón que dice lo mismo que sus ojos.

—Muy bien, papá.

No puedo más que deshacerme de su apretón de manos y de su persuasiva mirada.

—Dadme los abrigos, si queréis, y poneos cómodos. En seguida vuelvo.

Entro en mi cuarto, pero noto que alguien me sigue, quizás mi madre, para seguir matándome a halagos. Es Karen.

—Vamos, cuéntamelo todo, absolutamente todo. —Está eufórica—. No puedo creerlo, ¡no puedo...!

—Calla. —La atrapo por detrás y le tapo la boca—. Te lo cuento si dejas de pegar berridos.

De pronto, noto algo húmedo, en la palma de la mano, que me hace cosquillas. Ha abierto la boca y no puedo más que retirarla por acto reflejo.

—¡Karen!, si vuelves a hacerlo, no diré nada.

—Anda, venga, soy tu hermana favorita.

—Porque no me queda más remedio. Venga, quédate a dormir y te lo cuento con tranquilidad.

—No puedo, mañana he quedado temprano con Michael.

Regresamos con nuestros padres, impacientes, relajada, tenso, cariñosa, persuasivo. Siempre lo mismo, siempre las mismas comidas, siempre las mismas cenas. No importa dónde sean, siempre son iguales: una copia de una copia de una copia de la primera comida juntos.

—¿No te gusta, Karen? Creía que te encantaban los champiñones, pero, si no es así, puedo...

—No, no, si sabes que me encantan; solo que hoy no tengo demasiado apetito.

—Vaya, ¿qué te...?

—Hijo —me interrumpe mi padre, mientras se limpia la boca con la servilleta—, ¿sabes algo nuevo del proyecto inglés?

—Aún no; ya sabes que estas cosas llevan su tiempo —contesto cansado, siempre igual—. Pero estoy atento a ello.

La verdad es que, últimamente, no lo pienso mucho. Desde luego estoy ansioso por saber la respuesta, por viajar a Londres y volver a impresionar a la junta, esta vez al equipo completo. Quiero un edificio que lleve mi nombre y pase las fronteras, pero mentiría si dijera que no tengo otras cosas en mente.

—Muy bien, Nicholas. La verdad es que estoy ansioso por ver cómo queda. Ya sé que no quieres enseñarme nada y esperar a cuando esté aceptado el proyecto; empiezas a ser un hombre con manías necesarias en este campo. Me alegro de que al menos hayas escogido el tema que te sugerí.

Me quedo pensando en su comentario, sin entenderlo del todo, pero Julian, mi padre, no se da cuenta. Sigo comiendo sin darle muchas vueltas a lo que acaba de decir.

—Nicholas, ¿sabes con quién nos encontramos el otro día? —La miro, sin contestar, para que me diga la respuesta—. Con Alexandra Burke.

Comienzo a atragantarme con ese nombre

—Ya... —Finjo normalidad, neutralidad—. ¿Y qué te cuenta?

—Todos están bien. —Sé que ese *todos* está en singular—. No ha cambiado nada, sigue igual y... me ha preguntado por ti.

—¿Qué le has dicho?

—Que estás bien, en tu trabajo, que en todo te va bien; es cierto, ¿no? —pregunta con precaución, por si ha metido la pata.

—Sí, mamá, claro que es cierto. Ahora estoy mejor que nunca; eso también podías habérselo dicho, porque no necesito que crean que me encuentro mal, no es así.

—Cariño, no le he dicho nada más. No he dado detalles de nada más, porque no hay nada más que contar.

—Igualmente, esa poca información seguro que se la hace llegar a su hija; esa mujer siempre ha sido una cotorra.

—Nicholas, no te consiento en que hables así. —Salta mi padre a la vez que deja el tenedor, con excesivo ruido, en el plato—. ¿Y tu respeto?

—Guardado; de momento, no lo necesito. —No dejo de comer, como si hubiese dicho cualquier otra cosa.

—Cariño, Annabelle sigue en Leeds. No creo que le vaya a decir nada.

Mi respiración se ha agitado en pocos segundos. De nuevo, la visión de tres rostros diferentes: orgullo, decepción e incompreensión. Ninguno me interesa ahora.

—¿Sabes qué? Pensándolo mejor, no me importa en absoluto lo que le diga su madre.

Estoy a punto de soltarlo. El corazón me palpita con locura y golpea con fuerza mi pecho hasta dolerme. Los tres me están mirando fijamente; Karen, sonriente porque sabe lo que voy a decir.

—Mamá, papá, estoy... viendo a alguien.

Entonces, toda esa tensión desaparece. El ambiente se carga de una nueva sensación, que es agradable. Me gusta.

—No lo puedo creer. —Mi madre sonrío, y es la primera en contestar—. ¿Cómo no nos lo habías dicho antes?

—No sé, creo que aún no hay nada definido. Además, os lo estoy diciendo ahora.

—Bueno, enhorabuena. Seguro que es una chica estupenda, ¿verdad?

—Sí, lo es. —No puedo evitar sonreír y relajarme por primera vez en toda la noche—. Es la mejor, me hace muy feliz.

Karen me sonrío y guiña un ojo, como ha hecho trescientas veces ya. Eso significa que mi respuesta no le vale; ella querrá más información que la que proporcione en estos momentos.

—¿Por qué no ha venido hoy? —Mi padre sonrío de forma comedida, pero al menos parece agraderle la idea. Hijo, podías habérsela presentado. ¿Quién es?, ¿una mujer de tu trabajo?

—Oh... —Ahora no sé muy bien qué decir, sobre todo por mi padre—. Bueno, ella... hoy tenía cosas que hacer. Y no, no es de mi trabajo, exactamente. Lisa vive aquí, en este mismo edificio; aquí es donde la conocí.

—Cariño, ¿y a qué se dedica?

—Pero, mamá, ¿crees que importa? Nicholas tiene novia, es feliz.

Karen me saca las castañas del fuego, y se lo agradezco. En absoluto me avergüenzo si tengo que decir que Lisa es actriz, componente de un grupo musical y que tiene su propia galería de arte, pero sé por descontado lo que podrían opinar mis padres. Ellos necesitan que salga con otra arquitecta y, a ser posible, que sea otra futura promesa. Es algo estúpido.

—Es posible, pero queremos conocerla pronto, saber quién es la chica que está volviendo del revés a nuestro hijo. —Mi padre habla en tono jocoso, pero sé que lo dice en serio, y es por eso por lo que no soy capaz de reírme.

—La cena estaba riquísima; realmente eres un excelente cocinero.

—Claro que sí, mamá; no sé ni cómo lo podías dudar. —Bromeo, y me sale con naturalidad.

—Recuerda que tienes una joven que presentarnos, ¿de acuerdo?

—Claro, papá, lo tengo en mente. La próxima vez que nos volvamos a ver, la podréis conocer.

Me despido de ellos, lo que deja impaciente a mi hermana; tendrá que esperar para que le cuente todo con detalles. Salen por la puerta, no sin antes despedirme cada uno.

Son las doce de la noche y me pregunto si la cena de mis amigos habrá terminado ya o está aún empezando —tal vez empezando—. He ido un par de veces a una cena con ellos; son de esas que se alargan hasta horas insospechadas. Me quito los zapatos y desabrocho la camisa del todo, pero me la dejo puesta. Noto una pequeña presión en la cabeza, un dolor leve producido por quién sabe qué.

Cierro los ojos, lo que me parece solo un segundo, pero cuando vuelvo a abrirlos ya son más de las dos. Cojo el teléfono, decidido, y marco el único número que me sacará de dudas de verdad, que me quitará la migraña, que me dejará dormir en paz.

—¿Danny?

—Nick, ¿qué haces despierto a estas horas?

—No podía dormir. ¿Qué tal os ha ido la cena?

—Espléndida, tío. No sabes lo que te has perdido; tengo mucho que contarte.

—¿Ah, sí? —Puede que el tema me interese, así que le insisto—. Pues venga, cuenta. Estoy desvelado.

—He llevado a Sarah a la cena. Se lo ha pasado en grande y ha congeniado

mucho con Lisa y con Robi. ¿Y sabes qué? —No contesto, y lo dejo acabar—. Quiere otra cita.

—¿Y cómo es que no la has mandado a la mierda?

—Nick... —Se pone serio—. Sarah me gusta, de verdad. No quiero que sea un ligue, no quiero que se marche y no lo va a hacer.

—De acuerdo, muy bien, Danny. Me alegro por ti, en serio. —Habría preferido que sacara él el tema, pero estoy tan ansioso que no me importa ser yo quien pregunte—. ¿Qué tal estaba Lisa?

—Bueno... —No parece muy seguro de lo que va a decir—. No ha estado tan animada como las otras veces; estaba... como ausente, pensando en sus cosas. Puedo imaginar el por qué —contesta en tono sarcástico.

—Sí, yo también, Danny. La próxima vez que cene con mis padres vendrá conmigo. He metido la pata; tendría que haberla llevado esta noche. ¿Te ha contado algo?

—No mucho... Le he preguntado, pero intentaba aparentar, estaba claro. Me decía que solo andaba pensativa, pero no me quería decir por qué. Puede que se lo haya contado a Robi; es con quien más ha estado. —Su voz suena pastosa, y ahora pienso si no habrá sido demasiado llamarlo a altas horas—. Creo que deberías llamarla, aclarárselo todo. La pobre debe de estar hecha un completo lío; seguro que necesita hablar contigo.

—Lo sé, pero ahora es tarde, no quiero despertarla. Mañana subiré a su casa y se lo aclararé. Muchas gracias por todo, Danny. Y, en serio, me alegro de lo tuyo con Sarah.

Vuelve a ponerse feliz, contento, como si el nombre de Sarah fuese como un chute de adrenalina para él. Sonríe, porque ahora sé la fuerza que puede tener un solo nombre para alguien.

—Muchas gracias. Tengo ganas de volver a quedar con ella; raro, ¿eh?

—Sí, Danny. —Me río—. Sobre todo viniendo de ti. Buenas noches.

—Buenas noches.

En realidad, lo que más me apetece es correr escaleras arriba, aunque esté semidesnudo, llamar a su puerta y contárselo todo; abrazarla, besarla, que sepa que deseo tenerla conmigo en cualquier momento. Pero es tarde, así que lo mejor que puedo hacer es tirarme de los pelos hasta mañana.

CAPÍTULO 20

Aunque son más de las doce de la mañana, reprimo las ganas de llamarla porque seguramente siga dormida después de la cena. Es mejor que la deje descansar; si está disgustada, y encima la despierto, la habré cagado...

Recojo los platos del postre que no lavé anoche, pensando en lo que le voy a decir a Lisa, en elegir las palabras correctas para que acepte mis disculpas. Mis pensamientos siguen su rumbo cuando ya he terminado de limpiar todo.

Voy a por el teléfono inalámbrico para marcar el número de su casa, pero antes de marcar el último, me lo pienso mejor. Tengo su casa justo encima. Un único piso. Ascensor o escaleras, da lo mismo, pero estaría en su apartamento en dos minutos; eso, comparado con una llamada, no tiene precio. Soy incapaz de esperar el ascensor, que se ha quedado en el garaje. Subo por las escaleras, haciéndolo de dos en dos. Quince escaleras, las tengo contadas desde hace mucho. Con cada escalón mi respiración se agita y mi corazón aumenta el ritmo. Espero unos segundos apoyado en la jamba de la puerta. Quizás haya hecho demasiado ruido, porque oigo el ruido de unas llaves moviéndose en la cerradura.

—Hola.

—Hola. —Consigo decir entre los últimos leves jadeos de esa pequeña carrera por las escaleras.

Logro recuperar la compostura. Lleva aún la camiseta gris de tirantes del pijama, con un pantalón que no es para nada del conjunto de la camiseta, pero no importa. No veo en su rostro nada que indique ira ni que esté enfadada, pero hay algo...

—¿Puedo pasar? —Vacilo a la hora de preguntar y ni siquiera me atrevo a besarla, por miedo a que se aparte.

—Por supuesto. Entra. —Su voz está apagada; deseo que sea la resaca y no otra cosa.

Me siento en el sofá con cuidado, como si pudiese romperlo, como si cualquier cosa que toque en este momento pueda destrozarse, incluso el aire al hablar. Tengo que empezar.

—Ven, siéntate un momento, por favor. —Mi voz es un susurro, demasiado cálido para mí.

No vacila al oírme, aunque también camina despacio, lento. Se sienta dejando cierta distancia entre ambos, algo que no soporto. Por el amor de Dios, solo ha sido una cena, no una boda. Me relajo, tengo que hacer las cosas bien.

—Anoche en la cena me fue bien.

—¿Sí? Pues me alegro mucho. —No, no es cierto; no se alegra ni lo más mínimo, pero es más o menos lo que esperaba que dijese.

—Pero ¿sabes una cosa? La noche habría sido redonda contigo. —Intento cogerla de la mano, pensando que es la mejor forma de comenzar, pero se escabulle, se levanta del sofá y deja salir todo lo que siente, lo que ha dejado detrás de la máscara.

—Ya, y eso lo piensas ahora, ¿no? De alguna forma tienes que arreglarlo, que todo siga bien, pero era anoche cuando lo tenías que haber pensado, no ahora. —De pronto para de hablar, de golpe; cierra los ojos y respira hondo. Parece que por su boca se va la pequeña dosis de ira que me acaba de soltar. La deja escapar y vuelve a mostrar tristeza; esta vez no es una máscara—. Vale, vale, lo siento. No quiero enfadarme, no quiero que esto se haga grande por una gilipollez. Sé que no somos nada, que no tengo este derecho y...

Me aproximo a ella, vacilante, con miedo de que se aleje de mí, de que no quiera estar a mi lado, pero me deja acercarme. A esa distancia, veo cómo los ojos empiezan a ponerse vidriosos. No puedo creerlo.

—Ey, yo no quiero que te enfades. —Agacho un poco la cabeza para encontrarme con su mirada—. Por favor, no quiero que te pongas así, o conseguirás destrozarme. —Respiro hondo para ordenar mis pensamientos y para dejar que ella se calme también—. Verás, si anoche no estuviste en la cena, fue porque fui idiota y no te pregunté al respecto, pero también fue porque tenía... miedo.

—¿Miedo?, ¿de qué? —A pesar de tener los ojos brillantes, la voz le suena serena, tranquila.

—Esto va rápido. —Frunce el ceño y yo me apresuro a explicárselo—. Y no me malinterpretes: me está gustando, más de lo que habría imaginado. Pero estoy muy desentrenado, y no sé cómo llevarlo; no sé si tú querrás lo mismo, si diré o te pediré algo que te haga huir y yo...

—Es por lo de aquella vez, cuando te mencioné lo de tu hermana, ¿no es cierto? —Creo que se lo dejo claro con la mirada—. Mentiría si te dijera que yo

no tengo miedo y que para mí también es nuevo, porque nunca he querido arriesgarme tanto, pero estoy segura de esto.

—Lo sé. —Le creo; sus ojos son incapaces de mentir—. Y la próxima vez vendrás, porque ¿sabes qué?: anoche les dije que estaba con alguien.

Su rostro se relaja hasta dar paso a la sonrisa más bonita y sincera.

—No me lo creo. ¿Has hecho eso?, ¿de verdad? ¿Qué han dicho?

—Se han quedado sorprendidos, pero tienen ganas de conocerte, de veras. —Acaricio su mejilla—. Por un momento se me pasó ir a recogerte al restaurante y traerte.

Se echa a reír, feliz, contenta, como a mí me gusta, y me mira a los ojos como lo ha hecho ya tantas veces.

—Entonces, ¿me perdonas?

Sujeta mi mano con la suya, que aún acuna su rostro, mientras se acerca lentamente para besarme. Seria y divertida, serena y agitada —siempre de las dos formas—, me da un último beso fugaz en la punta de la nariz, que me hace cosquillas.

—Bueno, me parece que he dejado claro que sí.

—Un poco, creo.

—El jueves volvemos a hacer otra cena... ¿Vendrás? —Me lo pregunta con cierto vacile, con temor.

—Claro, ni lo dudes. ¿Dónde es?

—En el local. Matt y Charlie son como perrillos a los que no puedes sacar fuera de casa.

—Me parece perfecto.

También reconozco que en la cena con mis padres echaba de menos estar con ellos, con mis nuevos amigos, y ver a Danny con Sarah. Sí, tengo ganas de una cena, y no me importa el sitio donde sea. Después de la conversación está claro que ya no somos solo compañeros de cama.

Me visto para nuestra cena —vaqueros con una camisa gris, demasiado informal— y me revuelvo el cabello.

—Bueno, ¿cómo estoy? —Meto una mano en el bolsillo y dejo caer el otro brazo, con una pose de lo más despreocupada.

—Vale, sabías que cenamos en el local, ¿no? —Se está riendo, aunque de pronto se pone seria—. No se me olvidó decírtelo, ¿verdad?

—No, ¿por qué? —Deshago mi pose, y un miedo atroz a ir hecho un payaso me invade—. ¿Crees que es demasiado? Pero si...

—Cállate, estás increíble. Serás el más espléndido de todos, eso seguro.

Lisa lleva unos vaqueros desgatados, con zapatillas azules y con una camiseta de manga corta que le llega por el muslo, donde pone Brooklyn, y con escote. En realidad he acabado adorando esas camisetas porque, cuando estamos en la intimidad, las lleva sin nada debajo, y son de lo más sugerentes.

—Estás preciosa.

Me acerco a ella y la rodeo con mis brazos, mientras me besa el cuello, lo que hace que me estremezca. No puedo hundir el rostro en su cabello sin sonreír en mi fuero interno. Me siento como si estuviera en un pequeño viaje a una isla tropical, comiendo kiwi, lima...

—Dime que podemos llegar media hora tarde, por favor... —Comienzo a llevarla al sofá lentamente, con mil besos en mil partes diferentes.

—No, ojalá. —Mira su reloj con esfuerzo mientras le beso la muñeca—. Ya llegamos con demasiado retraso. —Se levanta del sofá para ir a por nuestros abrigos. Yo solo necesito un par de segundos más.

Vamos juntos en mi coche. Nos espera un viaje largo para llenarlo solo con silencio; soy flexible y le dejo escoger la música para ese trayecto, pero me arrepiento al segundo siguiente de haberlo dicho.

—Quita esa cara de muerto o me bajo y me voy sola. No voy a poner *rock* duro ni nada por el estilo.

Juguetea un rato con los botones de la radio; el dial pasa por música clásica, deportes, tecno, noticias... y, al fin, algo tranquilo pero con ritmo, algo normal, sencillo. Perfecto.

—No está mal. —Lisa baja la cabeza, y noto cómo se ríe con cierto sarcasmo—. ¿Qué?, ¿qué he dicho?

—Nada, no te preocupes, es esta canción. Bueno..., era algo así como «nuestra canción». —Casi lo habla en susurros, avergonzada—. De Louis y mía.

Pongo especial atención en esa canción, especialmente en la letra. «You're just too good to be true. I can't take my eyes off you». Sonrío en mi fuero interno. Oh, Louis, ya no eres demasiado bueno como para ser real. Parece que se nota mi tensión desde fuera, porque Lisa me coge con suavidad la mano que tengo en la palanca de cambios.

—No puedo apartar los ojos de ti —dice de forma teatral pero sincera, recitando lo mismo que la canción.

—No quiero que lo hagas. —Y no encuentro mejor contestación que cogerle la mano yo también, con fuerza, para que no se escape.

Y al ritmo dulce y sensual de Frankie Valli, nos dirigimos felices, tranquilos, sin prisa al encuentro con nuestros amigos.

Vamos de la mano el pequeño tramo que hay desde el coche al local. Tiene las

manos heladas, como siempre, pero me gusta. La puerta está cerrada, aunque ya se oye jaleo dentro. Lisa coge las llaves y abre.

—Oye, con tanto ruido, ¿no molestaremos a los vecinos?

—Serás muermo... Y no, no podemos molestar. ¿Has mirado a tu alrededor? —Hago lo que me pide, dando una vuelta en mi propio eje, dirigiendo la mirada a todos lados—. Exacto, aquí no hay más que locales que se usan para lo mismo que este; no hay vecinos y no vamos a estar tocando toda la noche. Venga, entra antes de que me arrepienta.

¿Arrepentirse?, ¿de qué?: ¿de llevarme a la cena? Sigo siendo alguien aburrido para ella. Responsabilidad: un talento natural que en estos momentos mandaría a la mierda, pero no sé cómo hacerlo. Mejor me callo para no empeorar las cosas.

Charlie y Steven están tocando la guitarra mientras Robi los acompaña con la batería. Ninguno se ha percatado de nuestra presencia; siguen punteando, golpeando, escuchando. Rose mira casi con adoración hacia el escenario, pero podría jurar que sus ojos están fijos en una única persona. ¿Me mirará así Lisa cuando toco el piano para ella?

Danny y Sarah están sentados en dos sillas; ella tiene los brazos apoyados en la mesa, y él le pasa el suyo por los hombros. Amor en estado puro, no cabe duda. Robi es el primero en vernos, en saludarme a mí con un leve movimiento de cabeza y a Lisa con un guiño. Danny se ha percatado de nuestra llegada.

—¡Chicos! Como siempre, tarde.

Charlie, Steve y Robi dejan de tocar para reunirse todos con nosotros. Se acercan; Steve abraza a Rose mientras esta le dice algo en el oído, cualquier cosa; Robi abraza a Lisa y luego me da un apretón de manos a mí.

—¿Qué?, haciéndonos esperar mientras os poníais contentos en la cama, ¿o qué?

Lisa ríe despreocupada, natural, pero yo me pongo rojo de la vergüenza. Los demás apenas han hecho caso de la broma de Danny, a la que ya tendría que estar más que acostumbrado, pero no delante de ella.

—Bueno, ¿ha llegado ya nuestra cena? —Intento cambiar de tema lo antes posible.

—Serás cabrón: llegas tarde y, encima, exigiendo. —Matt viene corriendo hacia mí, desde la otra punta del local, a pegarme. No sé qué hacer; por instinto, estoy a punto de agacharme, pero Lisa me ha cambiado el puesto, y es ella quien recibe y quien da.

—¡Ey, pero qué...! —No soy capaz de reaccionar mientras veo cómo Lisa recibe puñetazos en los brazos por su compañero. Es un flacucho, pero un flacucho de metro ochenta.

—Vamos, Matt. Si tengo que ver otra vez que te pegue una paliza, recibirás por doble. —Robi se golpea un puño contra otro.

—Cállate, imbécil. —dice Matthew entre jadeos, mientras Lisa está encaramada a su espalda y él se la intenta quitar de encima.

De pronto, casi sin darme cuenta, les han hecho un corro y todo el mundo los vitorean; Danny, Rose y Sarah vociferan «Lisa», y Steve, Charlie y Robi gritan «Matt». Y yo me quedo helado, apartado de ese circo surrealista, pero de algo normal, rutinario para ellos, sin saber que, al final, serán Danny y las chicas quienes tengan razón.

—Bueno, más os vale venir el día 23 al concierto, ¿vale? —nos amenaza Charlie a Rose, a Sarah, a Danny y a mí, señalándonos con un trozo de *pizza* carbonara—. Si no lo hacéis, juro que os corto los... —Steve, que lo tiene al lado, le da en la espalda tan fuerte que le tira su comida—. ¡Ay!, qué burro.

—Relájate un poco, ¿quieres?

Sonríó durante un segundo. Steve y Charlie me recuerdan a mí y a Danny, aunque yo no soy tan... tan Steve. Después reacciono, vacilando por un momento.

—Ey. —Interrumpo a Lisa, que le estaba contando algo bastante divertido a Robi—. ¿Qué es eso del concierto?

—Pues eso, el día 23 damos un concierto. Hace tiempo pusieron nuestra canción en la radio y ha gustado, así que puede que sea algo grande.

—¿Y no me lo habías dicho? —Frunzo el ceño.

—Vamos, no te pongas tonto. —Se limpia las manos y con ellas me rodea el cuello—. Nos lo dijeron hace dos días, ni siquiera me he acordado. ¿Acaso dudas de si quiero que vengas?, porque sería la mayor idiotez que se te haya podido pasar por la cabeza.

Tiene razón. ¡Uau!, un concierto a lo grande. De pronto tengo ganas de que pasen estas tres semanas para disfrutarlo.

Han traído cervezas, muchas. Antes de acabar nuestra fabulosa cena, la mayoría estamos en una nube y Charlie y Matthew, irreconocibles. Al menos, irreconocibles para mí.

—Ahora viene algo de nuestra cosecha propia. —Charlie apenas atina con las palabras mientras se cuelga la guitarra.

—Ya verás; esto no puedes perdértelo —me dice Lisa mientras me baña en besos y en carcajadas, y yo, según estoy, me dejo. Estoy seguro de que hemos bebido de más, pero no me importa.

Escucho la música casi de fondo, intentando entender lo que dicen, pero no escucho nada en realidad. La música ya no existe, ni de fondo; oigo sin escuchar y veo sin mirar. Todos mis pensamientos flotan, salen de mi cabeza: mis padres,

mi mejor amigo, Karen, la música, incluso Lisa. Solo queda una idea: mi proyecto inglés. Vagas reflexiones sobre cuánto he hecho del trabajo y cuánto me queda por hacer. Con mucho esfuerzo, hago un pequeño viaje mental al pasado, tan solo unos meses atrás. He tenido tanto tiempo libre, y lo he malgastado. No me refiero a Lisa —eso nunca sería tiempo perdido—, sino a esos días tirado en la cama, mirando por la ventana o al techo, pensando en... nada. Algo que nunca me había sucedido jamás. Sé que debo ponerme a ello y en serio, pero solo con tenerlo en mente hace que me canse. Joder, no tenía que haber bebido tanto. Seis cervezas era ya demasiado para mí; Danny lo sabe y no ha hecho nada. Lo observo con dificultad: está riendo, mirando a los dos grandes compositores, mientras abraza a Sarah. Vaya —sí, señor—, esa chica parece perfecta para él. No puedo creer que se trate de la misma que me llamó gilipollas; ahora parece diferente, y mucho mejor.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —Lisa me coge de la mano, me mira sonriendo, pero no tan feliz como antes—. No parece que te encuentres muy bien.

Sus palabras me hacen reaccionar, volver un poco en mí, todo lo que me es posible. ¿Cómo he dejado que me vea así?

Me levanto sin mucha dificultad, sin necesitar su ayuda. Una vez de pie me siento como si hubiese montado por décima vez en una montaña rusa.

—¿Alguien necesita que lo llevemos a algún lado? —No sé muy bien quién lo ha preguntado, pero la respuesta de los restantes es «No». Apenas noto cuándo nos despedimos de los demás.

Lisa está agarrada de mi brazo, aunque soy yo quien necesita su apoyo, un pequeño porcentaje de todo el equilibrio que he perdido.

—Nick, será mejor que conduzca yo, ¿no crees?

—Por supuesto; aún me queda una pizca de responsabilidad. Toma. —Le paso las llaves y me dirijo al asiento del copiloto.

De nuevo, música dulce, tranquila, sensual; no la había escuchado nunca.

—Si quieres cambio la canción; déjame que busque el canal de clásica...

—Empieza a buscar, tocando todos los botones, pero detengo su mano con torpeza.

—No, deja esta; me gusta, es relajante. —Me sonrío y me pasa la mano por el pelo, donde ya no queda ni un cabello en su sitio, y resulta terriblemente embriagador.

Oímos la música; parece todo el rato la misma, larga y lenta. No puedo evitar mirarla. Conduce a la perfección, nunca me había dado cuenta. Está muy sexy al volante. El mareo se empieza a pasar, pero no el estado de ánimo: demasiado contento, fuera de mí.

—Oye, la cena ha sido corta. —Miro el reloj: solo es la una—. ¿Quieres que sigamos la fiesta nosotros? —Intento poner mi tono más sugerente. Lisa sonrío: parece que ha funcionado.

Casi sin darme cuenta, nos encontramos en el ascensor, besándonos como locos, explorando la boca del otro con avidez.

—¿Sabes que podrían llamarnos la atención por esto? —digo con dificultad; aún se me traban las palabras.

—Calla; que no te venga el ataque de responsabilidad ahora, por favor. —Sin pensármelo, decido hacerle caso, pero no en el ascensor.

Noto sus labios en todas partes. Su lengua roza el lóbulo de mi oreja; mis dientes buscan su cuello, sediento de todo lo que ella pueda darme. Apenas puedo deducir cuándo la he tumbado en su cama, cuándo me ha quitado la camisa y cuándo me he deshecho de sus pantalones. Se pone a jugar conmigo desprendiéndose de la camiseta y poniéndose mi camisa, una que dejé aquí hace unos días, lo que hace que se le vean las piernas hasta medio muslo. No puedo evitar el perseguirla por toda la casa, sabiendo que no podré alcanzarla si su propósito es ese; aún noto el vértigo. Ella se para en medio de la puerta de la habitación; sin pensármelo me dirijo a ella, la llevo en volandas a la cama, haciendo que se desprenda del resto de prendas que le quedaban aún, pero no de la camisa. Le quito el sujetador y le cubro de besos sus pechos. Ella se abalanza sobre mí, pero la freno.

—Espera, vuelve a ponértela. —Paso sus manos por la camisa con delicadeza, y noto cómo se estremece con el contacto de mis dedos en su piel.

Está perfecta; sus pechos se ven solo a la mitad, tapados por la camisa. Pero en cuanto se pone encima de mí, la camisa se hace a un lado, como si supiera que sería una vergüenza ocultar esa preciosidad. Cada vez que estoy con ella mi cuerpo se enciende, como si hubiera lava en mi interior y estuviera a punto de estallar. Tomo el control, me gusta. Me gusta que, en este caos de vida que me he creado en poco tiempo, aún haya algo que pueda hacer a mi manera. Pero lo mejor de todo es saber que a ella le gusta; disfruta estando debajo de mí. Con todo lo que me hace, no es una chica dócil, ni mucho menos. Cada vez que me tira del pelo o me muerde con fuerza, doy gracias al cielo por haberla encontrado. Que me guste el control no significa que quiera una muñeca hinchable que no reaccione a todo cuanto quiero hacerle. Lisa es salvaje; cuando estamos en la cama deja a un lado a la niña que tanto me conmueve para convertirse en la fiera que me vuelve loco. Me encanta jugar; mi miembro, ya protegido, roza sus muslos y prolonga lo inevitable, lo que tanto deseamos. Pero ella lo desea más, porque alarga el brazo y lo introduce sin compasión en su interior. No lo espero, y con la primera embestida se me escapa un gruñido que

se entrelaza con su jadeo. Es impresionante. Deseo estar así siempre: unido a ella en todas las maneras que existen. Entrelazo mis manos con la suyas por encima de su cabeza; hace fuerza con ellas, pero no quiere resistirse y yo no quiero permitirselo. El sudor de ambos vuelve a mezclarse, y nuestros pechos se acoplan y se alejan con cada respiración. Fuera, el viento mueve las ramas en un baile de fieras que luchan por ver cuál es el más fuerte. Y yo bailo para demostrar que somos fuertes los dos, que somos iguales. Y por primera vez, con un pensamiento, más que con la acción, me voy en su interior y ella me atrapa contrayendo sus paredes, y se va solo unos segundos después. Los jadeos cesan, las respiraciones vuelven a su ritmo normal, pero el viento y las ramas aún siguen bailando sin parar.

La cabeza me da vueltas de una manera increíble. Me levanto sobresaltado; hoy es viernes, mierda.

Después recuerdo algo; es día festivo y, por una vez, estoy de acuerdo con ello. Antes de pensarlo, oigo cómo llaman a la puerta de la habitación. No sé dónde estoy, pero un segundo después consigo orientarme. Son las once y media, estoy con el calzoncillo de anoche, pero sin camiseta ni camisa. Qué extraño, ¿dónde la habré...?

—Hola. —Es Lisa, sosteniendo una prenda gris y arrugada en su mano, en el umbral de la puerta—. Estaba colgada en la lámpara del comedor: ¿qué podría hacer ahí? —bromea, mientras la mueve delante de mí. Yo aún no he tenido tiempo de reaccionar; parece que hay una orquesta en mi cabeza. Intento quitarle la camiseta, pero no me la da.

—Tienes un cuerpo demasiado bonito como para tapanlo. Ha sido una buena noche ¿no? Parece que te ha sentado bien... —Se ríe mientras pasa, tocándome el estómago, y yo me pongo la camisa.

Desde luego que lo ha sido.

CAPÍTULO 21

Siento un calambre, al principio de la espalda, que me eriza el vello. Son nervios, fruto de muchas sensaciones, de muchas emociones a la vez. De cariño, de pasión, de tenerla a mi lado. De miedo...

Miedo cuando se aleja, cuando no está. No, no son celos; es miedo a perderla. Perderla de cualquier forma: otro chico, un accidente... De pronto, tengo el macabro pensamiento de que puede ocurrirle algo, de que ese pequeño brote de máxima felicidad se esfume en un segundo. No, aún no es amor, pero parece estar tan cerca...

No puedo parar de reírme de lo absurdo que resulta. Sentado en el sofá, con los pies sobre la mesa, escuchando *jazz* de los años noventa y terminando la botella de vino de mi padre que inauguró Lisa hace unas noches. Sigo riendo, recordando cómo me puse aquella noche, la cantidad de burradas que pude soltar por la boca por culpa del vino:

—Mi padre me llevó con él a su oficina. Pero suya, suya. —Casi le tiro el vino encima—. Nada de «empleado de». Él es el gran jefe, el pez gordo, ¿sabes? Me enseñó un despacho, uno que estaba compartiendo pared con el suyo. Entramos. —Le hago el gesto de abrir una puerta—. Y me dice: «Hijo, este será tu despacho en muy poco tiempo. Sé que me harás feliz, y después ocuparás el de esta pared». Créeme, la cara del hombre que estaba en ese despacho era un poema. Mi padre se comportó como un gilipollas, lo sé, pero por aquel entonces no lo pensaba; yo era un crío de catorce años que aspiraba a ser como su papá. Por favor..., cómo podía ser tan estúpido.

Sí, en esos momentos me reía de mis palabras, pero ahora no estoy tan borracho, ni tan ciego. Su vicepresidente, aquel hombre que ha ejercido de mano derecha de mi padre durante veinte años... Pero solo podía pensar que un día trabajaría con él. No importa si me convertía en un vago, en un inepto; yo soy el hijo del jefe, y un día yo también tendría que ser el pez gordo.

¿Y si esa idea ya no me hace feliz? ¿Qué pasa si no quiero ser vicepresidente ni presidente de nada? ¿Y si solo quiero ser Nick, simple arquitecto y simple hombre? Giro la cabeza a la derecha, donde está la mesa y donde está el proyecto inglés. Sé que me llamarán, y tendré que presentarlo en Londres. Una fantasía aplasta a la otra de un plumazo: ¿y si llevase a Lisa conmigo a Londres? Podrían ser unas vacaciones para los dos. Yo tendría trabajo, pero el resto del tiempo sería solo para ella y para mí. Y otro recuerdo invade mi mente, otro recuerdo de nuestra velada perfecta: Lisa, contándome sus anécdotas de universidad.

—Casi toda la clase había tenido menos de un cuatro. ¿Te lo puedes creer? —Me daba en el hombro, como suele hacer Danny, pero no me molesta—. Tenía aprobadas todas, menos tres, y en Fotografía y Vídeo tenía un cuatro. ¿Pero un tres en Escultura?

—¿Qué hiciste?

—Querían reunirse todos los cateados y quejarse al tutor y al profesor. Pero en realidad yo tenía ganas de reventarle el coche al muy...

Me río. Me hace gracia pensar en esa parte de ella: la loca de Lisa. Cuando se enfada, mueve los brazos y la cabeza en todas direcciones. Y cuando los mechones le caen en la cara por moverse tanto, se los aparta rápidamente con la mano. No he visto jamás a una persona tan parlanchina, tan efusiva, tan... llena de vida.

Es imposible no caer en comparaciones. ¿Cuándo llegué a hablar así con Annabelle? Sí, era una amante de los viajes, pero nunca me contaba nada sobre ellos. No sabía hablar más que del negocio de su madre y de cenas y cenas que planeaba para nosotros, con sus padres o los míos. ¿Cómo pudo resultarme bello un comportamiento así alguna vez? Ahora lo veo: era aburrida.

Justo termino mi copa cuando llaman dos veces al timbre, y otras dos veces más. Es ella. Voy feliz, tranquilo y abro la puerta. Parece que va a saludarme, quizás con un «Hola» o un «Buenas tardes», pero aprovecho su gesto para besarla, para saludarla también, solo que a mi manera. Me responde muy bien; le gusta mi estilo de saludar. Después se pasa la lengua por el labio inferior y sonrío.

—No lo puedo creer, ¿qué haces *tú* bebiendo a estas horas? —Me abraza mientras cierra la puerta con el pie, y vuelve a probar el vino.

—Tenía que terminar la botella. No quedaban más que dos copas; me daba tanta pena dejar la botella casi vacía y sola...

—Escúchate. —Se está riendo a carcajada limpia mientras me peina algún mechón fuera de su sitio—. Es fácil saber cuándo bebes, aunque sea un poco.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? A ver.

—Porque cuando el alcohol empieza a hacerte efecto, una de dos: o los ojos se te cierran un poco, o los abres de forma exagerada, y tu voz se vuelve un poquito más aguda, pero solo un poco. —Me quedo alucinado. ¿Cómo puede haber visto todo eso? —. Ah, además, tus orejas se ponen un poco rojas y arden. —Me toca las orejas, solo rozándolas con los dedos.

—No puedo creerlo, ¿cómo puedes saber todo eso? Tan solo me has visto beber como cuatro veces, y no todas me he emborrachado.

—Son... detalles. —Y acaba la conversación así. Y yo no quiero replicar nada; en estos momentos me parece bien—. ¿Crees que podrás llevarme sin que suframos un accidente? Puedo ir sola si quieres.

—No, no, no. Una cosa es que esté contento, pero el equilibrio lo tengo perfecto. Vamos. —Cojo las llaves del cuenco de la entrada y la chaqueta, del respaldo de la silla.

—¿Te das cuenta? Llevo el coche a la perfección. —Suelto el volante durante un segundo, pero lo vuelvo a sujetar enseguida.

—Si tenemos un accidente, será solo culpa tuya. —Se está riendo y yo con ella, pero las risas por mi parte paran pronto.

Recuerdo cómo unos minutos antes, con mi copa de vino en la mano, estaba muerto de miedo, pensando en todo lo que puede pasarle, en todos los peligros que la acechan. Y ahora ella insinúa que yo podría ser el culpable de que le pasase algo, un accidente... ¿Y si tenemos un accidente conmigo al volante? Yo, temeroso de que le ocurra cualquier cosa, puedo llegar a ser el responsable.

—¿Qué te pasa? Te has puesto blanco como un fantasma. ¿Estás bien? —Me toca el brazo para tranquilizarme, y me trae a la realidad.

—Sí, sí, perfectamente. Es solo que... —Se me ocurre una excusa perfecta y rápida—. Bueno, ese proyecto me está torturando; me mata no saber qué va a pasar.

—Es normal, tienes algo muy grande entre manos. Pero los impresionaste, así que cálmate. ¿Por qué no descansas cuando llegues a casa?; mira qué ojeras tienes.

—Lo haré, no te preocupes. —Le cojo la mano con fuerza, y dejo la derecha fija al volante.

Solo queda la recta de la calle oscura, a la que he ido un par de veces por el mismo motivo que este. Se entra por la puerta trasera del teatro, y está en una calle nada agradable, aunque la entrada principal tiene más color, y pasa más gente por sus puertas principales. Conforme avanzamos en la temprana

oscuridad de la tarde, distingo un cuerpo, un hombre situado en la puerta trasera del teatro, donde debo dejar a Lisa. No necesito más que acercarme unos metros más y notar el estremecimiento de Lisa en el asiento para saber de quién se trata.

—¿Qué está haciendo él aquí? —Mi voz no es la más agradable, precisamente.

Lisa no contesta, y paro el coche unos metros antes de llegar a la puerta. La miro con precaución, con más miedo que antes.

—Louis también está en el ensayo.

—¿Ah, sí? —Creo que ya me lo había mencionado. Ni siquiera sé si mi voz determina miedo, tensión, duda, ira...

—No es importante. Además, solo se encarga del decorado; aparece una vez por semana. —La miro vacilante, sin saber qué decir, qué responder. Resopla cansada—. Mira, ¿te crees que a mí me gusta que esté aquí? ¿Tú sabes lo duro que me resulta tener que seguir viéndolo después de todo? Pero no pienso dejar el teatro solo porque él esté aquí, lo siento.

—Y yo no te he dicho que lo dejes. —¿Por qué vuelvo a ser el capullo de siempre?—. En realidad, no he dicho nada. Solo te he preguntado que qué hace él aquí, y me has respondido. Ya está. No hay nada malo en ello, así que todo está bien.

Lisa no me quita ojo, aunque estoy mirando al frente y no puedo fijar la vista en ella de la misma forma que lo está haciendo conmigo. La oscuridad me impide ver a Louis a la perfección, pero distingo bien los mechones rubios que le caen en la frente, y una chupa de cuero negro. Parece salido de *West Side Story*, patético. No sé si me está observando directamente, así que no me asusto; es imposible que me vea analizarla desde el coche.

—Está bien. —Hace el intento de acercarse a mí para darme un beso, pero sigo con la vista al frente, atravesando todo lo que se cruza en mi camino. Deja caer un poco la cabeza y abre la puerta; cuando sale se inclina un poco—. Robi va a venir a buscarme e iré a tomar algo con él y con Steve. Así que nos vemos luego.

—De acuerdo. Pásalo bien. —Evito encontrarme con sus ojos, por miedo a lo que vea en los míos o a lo que pueda ver yo en los suyos.

Cierra de golpe, y se marcha sin volver la vista atrás. Aún no he movido el coche, y sigo con las manos aferradas al volante. Lisa llega a su lado, y me doy cuenta de que está fumando un cigarro. Lo tira al suelo con un estilo demasiado alto para él, y entran al teatro. Antes de cerrar la puerta, Lisa se gira hacia mi coche, con una mirada neutra, vacía y después agacha otra vez la cabeza. Y desaparece.

Me calmo, intento pensar un poco más en frío, con la cabeza en su sitio,

analizando todos los aspectos de la forma más objetiva posible. Tendría que haberme girado, haber reaccionado cuando se inclinó para darme un beso. Y voy, estúpido de mí, y me quedo como una estatua, fijado al volante. No soy celoso, pero la experiencia me ha enseñado a no confiar. Sin embargo, Lisa parece distinta; no es la típica que haría esas cosas...

He llegado a casa en media hora por el atasco. Intento hacer todo lo posible para distraerme, para no pensar en nada. No, en nada no, en *eso*. Tengo platos sin fregar y debo poner una lavadora, recoger un poco el cuarto. No sé si es suficiente. Si hago las tareas lentamente, no conseguiré mi objetivo, así que, sin pensarlo, me pongo a fregar como un loco, a meter toda la ropa en la lavadora con rapidez y a recoger la habitación como si esperase a alguien que está subiendo ya en el ascensor. Antes de veinte minutos he terminado todo. Mierda, queda un hora y media para que Lisa vuelva. Necesito algo más.

El proyecto. Parece que me susurre algo, desde lejos e incomprendible, pero me llama a mí. Acudo a él lentamente, con miedo, vacilante. Tengo motivos: me está causando demasiados problemas. Lo toco, rozo con la yema de los dedos lo que tengo en mi escritorio, lo que presenté a una junta importante. Joder, deseo tanto que lo acepten. Y no solo por la magnitud que conlleva liderar un proyecto así. Cada vez estoy más convencido de que no quiero ser un alto ejecutivo, sentado frente a un ordenador, en la empresa de mi padre. Porque, al final, eso es lo que sería: solo un traje que se encarga de archivos y más archivos. Yo necesito el arte de crear, de mostrar todo lo que tengo en la cabeza, y no ser la cabeza de mi padre. Mi padre...

Lo voy a decepcionar, pero esta es mi vida. Me ha llevado con una correa muchos años, sin soltarme ni una vez y ahora, que la cuerda se ha roto..., no me queda otra que escapar.

Miro el piano. Hace varios días que no lo toco, que no me siento ahí para relajarme, para pensar. Precisamente lo que necesito: calmarme y recargar un poco sobre todo. Me siento, levanto la tapa y, mientras, busco la partitura de algo que pueda tocar. Bach, Salieri, Debussy... No me apetece nada de eso. Sigo pasando partituras cuando me encuentro con una diferente, de papel mucho más blanco que todas las demás, y escrito con ordenador. Es esa canción de Lisa, con la que tanto me había dado la lata. Ya la tengo controlada casi al completo, y me pongo con ella.

Comienzo a tocar, mirando a veces la partitura que Lisa me ha dado y, otras, sin necesidad de fijarme en ella. Sí, es cierto, ya la he escuchado tantas veces

que me sé casi toda la letra. La canto en mi fuero interno, donde no tengo miedo de cantar a gritos. La verdad es que me gustaría cantarla de verdad, en voz alta. Me preparo; la segunda estrofa está a punto de acabar para dar paso al estribillo, a esos segundos de máxima euforia: lo mejor que me sé. De forma instintiva, mis manos golpean con más fuerza las teclas, con rabia o con felicidad, y comienzo a cantar. No podría nunca sacar un disco, pero puedo reconocer que se me da bien dar el tono correcto en las canciones, así que no me avergüenzo, en estos momentos no. Me gusta; esta canción, que hace unos meses habría aborrecido, ahora me hace feliz. Debo enseñársela a Lisa en cuanto la tenga dominada del todo. Lisa...

El tiempo al final ha pasado volando. De hecho, ya tendría que haber llegado a casa. A lo mejor ha subido a su piso directamente, y prefiere que nos veamos mañana. O quizás se ha entretenido con Robi. No sé, pero me empiezo a impacientar bastante. Dejo de tocar el piano y me voy al sofá, solo a esperar y no hacer nada más. No quiero. Pasan los minutos, mis vaqueros se han quedado con las marcas de mis uñas, y ya tengo por la mitad una de las cervezas que trajo un día Danny para una cena. Es ridículo, yo no me impaciento por nadie.

Alguien llama a la puerta, de forma lenta, suave o, tal vez, vacilante. No, alguien no, ella. Ahora mismo ya no sé si quiero que nos veamos, si quiero enfrentarme a una charla que no se sabe cómo acaba. Deberíamos dormir, calmarnos un poco y hablarlo por la mañana. Pero es tarde; ella ya ha llamado a la puerta, y yo he contestado con un «¡Ya va!». Tengo que abrir.

Aparece ante mí una chica menuda con pantalones pitillo y con una sudadera azul. Debajo lleva esa camiseta con estampados de edificios en blanco y negro, a la que ella misma le dio unos cortes, un toque personal. Tiene algunos mechones mojados; miro a la ventana del rellano. Ni siquiera me había dado cuenta de que había estado lloviendo.

—Hola. —Empiezo yo, ya que he sido quien ha montado todo este jaleo.

—Hola. ¿Puedo pasar? —Tiene miedo al preguntar, y no entiendo por qué.

—Claro, vamos. —Deja la chaqueta en el perchero y se dirige al centro del salón. Intento romper un poco el hielo—. ¿Qué tal... el ensayo?

—Bien, normal, como cada día. —Me mira, pero no sé muy bien qué intenta decirme con esa mirada, y suspira—. Bueno, si tienes algo que preguntar, si hay algo que quieras saber, adelante. Voy a serte sincera al cien por cien, pero solo te voy a pedir una cosa. —Escucho atento—. Si estás alterado, lo dejamos para otro momento. Voy a contestar a todo lo que me pidas, pero no quiero que acabemos mal por una gilipollez, ni que te pongas como antes. Estabas irreconocible.

—Lo sé, no estoy alterado. Ahora estoy bien. Siento mucho lo de antes, yo... no quería reaccionar así. No soy así.

Nos sentamos en el sofá, dejando un metro de distancia entre ambos, una distancia que me quema. Me pienso bien todo, organizo mis pensamientos, mis preguntas, mis suposiciones, y las formulo en mi fuero interno antes de soltarlo todo de verdad.

—¿Lleva mucho tiempo en el ensayo?

—Desde que empezamos. Pero no nos volvimos a ver por ahí desde que lo dejamos

—¿Por qué está ahí?

—Creo que te lo conté. Al principio, por estar conmigo, pero luego... No sé, quería seguir porque le encantaba la pintura. Todo el mundo le creyó, claro. Pero yo no. No entiendo qué hace ahí. Los primeros días pensé en dejarlo, pero Robi me convenció, y tenía razón. Así que, sencillamente, lo evito los pocos días que coincidimos.

Pienso bien en todo lo que me está diciendo, lo analizo, y decido creerle.

—Está bien. Supongo que eso es todo.

—No es cierto. —Se acomoda en el sofá para que quedemos enfrentados—. Vamos, Nick, lo estás deseando. Aún te quedan preguntas. No quiero que te las guardes y me las sueltes un día sin motivo.

Sí, es cierto. Quiero saber si se han besado, si han tenido algo, si han quedado a mis espaldas. Pero no puedo preguntar nada de eso. Me pienso otra pregunta que quizás englobe todo lo anterior.

—Vale. Dime, eso de que esté en el ensayo debe hacerte pensar, aunque no os veáis. ¿Tú... has pensado en él? Quiero decir: ¿sueles pensar en cómo estabas con él, en las cosas buenas que tiene...?

—¿Me estás preguntando si deseo volver con él, Nick? —Parece enojada, alterada. Y yo solo me atrevo a contestarle con mi silencio—. Creía que teníamos más confianza que esto. Creía que ya te había dicho quién es Louis para mí en estos momentos... y quién eres tú. Pero parece que me he equivocado. —Agacha la cabeza de golpe.

¿La he decepcionado? Eso es un no a mi pregunta. Un no muy grande, pero que le ha sentado mal. Deshecho todo de mi mente: mis miedos, mis preguntas estúpidas, mi desconfianza. Todo parece tener algo más de sentido, así que rompo esa barrera, recorro ese metro con prisa para estar a su lado, para tocarle la cara, el pelo. Levanto su mentón, pero no me deja, y entonces noto cómo tengo las yemas de los dedos, húmedas. Mierda, le he hecho daño de verdad, y todo por una pregunta estúpida.

—Lo siento, lo siento mucho. Por favor, créeme, confío en ti. —La acuno entre mis brazos.

—No, yo te he dicho que preguntes —me dice sorbiéndose la nariz, y

entiendo cómo te sientes. Es que estoy cansada de que mis amigos, mis compañeros de teatro, hasta mi madre... Harta de que todo el mundo insinúe lo mismo, lo que no es. Harta de que piensen que él ha sido el único para mí. Yo soy fuerte, me he repuesto de cosas peores y nadie lo cree. Y esperaba que tú no fueses como ellos.

—Escucha, escúchame. —Le tomo el rostro entre las manos y la obligo a mirarme—. Confío en ti; si tú me dices que todo está bien, te creo. De verdad. No pasa nada, vamos.

Sé cuándo está calmada del todo, porque me deja ver una sonrisa, la que más me gusta, y me besa con lentitud, como si estuviese cansada de todo ese momento, de la tensión, de las contestaciones, de las lágrimas... Mientras la beso, le quito la sudadera.

—¿Puedes quedarte esta noche? —Dejo su sudadera tirada por algún lado del salón.

—Pero mañana tienes trabajo, y yo también... —Permanece en silencio con un beso más, y otro en el cuello—. Aunque nos vendrá bien.

CAPÍTULO 22

La noche está preciosa. El cielo está encapotado casi por completo y, sin embargo, la luna se ve a la perfección. Está lloviendo y el viento viene congelado, haciendo que las gotas de lluvia casi se hielen en mi piel. Soy un demente asomado a la inmensidad de la noche, y en manga corta. Pero no importa, me gusta el frío en esta soledad. Es un frío que no molesta, que solo me trae serenidad. Tengo el vello de punta, pero no tengo necesidad de hacer que pare el frío. Me siento bien aquí fuera, y todo huele a lluvia. Las nubes están dibujadas casi en un azul celeste, que contrasta con ese manto negro al que están adosadas. Me gusta la tranquilidad que me traen, porque todo lo que hay sobre mí en este momento está en plena tempestad y, sin embargo, todo cuanto poseo está en calma, en perfecta alineación.

Pienso en mi proyecto. Por fin llega la increíble noticia de que está aprobado y mi jefe no para de darme información sobre cómo será la reunión en Londres. Marcha a la perfección.

Miro al cielo, me empapo aún más y encuentro un punto claro en él, rodeado de nubes. Consigo ver una estrella, un gran punto de luz. No puedo evitar pensar en ella, y sonreír. Me inclino un poco en el balcón y miro hacia el suyo. Tiene la luz apagada, todo a oscuras. Espero que esté descansando bien mi pequeño punto de luz...

La alarma me despierta de golpe y me voy de morros al suelo. Si sigo así, tendré que comprarme un quitamiedos. Esto empieza a ser ridículo. Pero es imposible. Miro el reloj y aún faltan quince minutos para que suene: ¿qué habrá pasado?

Y vuelve a sonar. No, no era el despertador. Algún gracioso ha decidido venir a mi casa y hacerme madrugar un poco más. Voy a abrir tal cual estoy: con las

sábanas casi pegadas a mí y sin importarme quién pueda estar al otro lado de la puerta.

—Vaya, me gusta tu elegancia.

—Lisa. —Intento aclararme la voz—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Gracias, yo también me alegro de verte. Oye, por curiosidad, ¿siempre abres en calzoncillos? —Me da un beso a la vez que apoya su mano en mi pecho, lo que hace que me despeje un poco más.

—¿Qué? No, ¿por qué? —Estoy con la cabeza aún en la cama, y no entiendo nada.

—No, lo digo porque quizás a tus visitas les sorprenda tu... forma de recibirlos. —No para de reírse, mientras mira hacia abajo.

Mi cuerpo decide intentar abochornarme a esta hora, aunque intento convertirlo en algo de provecho.

—Solo te recibo a ti así. Si apareces en mi casa y yo aún no he podido pensar con claridad, no esperes que mi cuerpo se comporte.

La atrapo, pegando su menudo cuerpo al mío, y el asunto no mengua. Sin embargo, ella, aunque parece tentarle la idea, se retira un poco para clavarme sus ojos en los míos.

—Oye, ¿qué tal si te das una ducha, y luego te cuento qué hago aquí? Si sigues así, no conseguiré lo que me propongo.

—Como quieras. Aunque seguro que esto era más divertido.

Mientras el agua congelada cae en mi cabeza, intento concentrarme en lo que tenga que decirme, todo para volver a un estado normal.

Salgo con una toalla grande enrollada en la cintura y con una pequeña para secarme los mechones de la cabeza que han quedado más húmedos.

—Dime: ¿qué haces aquí tan temprano? Creía que para ti esta hora no existía.

—Y no existe, o no suele existir, menos para cuando organizo un plan como el de hoy.

Comienzo a vestirme en mi habitación, mientras ella me observa. Cojo mis vaqueros negros y una camisa blanca.

—Sabes que hoy tengo trabajo, ¿no? Y tú igual.

—No, no tienes. Por un día que no vayas no creo que pase nada. Ah, y para nuestro plan, será mejor que te busques otro tipo de ropa.

—¿Qué? Lisa, ¿no has oído?: tengo trabajo.

—Vamos, Nick. Siempre estás con los planos metidos en la cabeza. Apuesto a que no hiciste novillos ni en la universidad; hacerlos de vez en cuando no es malo, incluso es sano. Un día no te matará.

—Sí, pero esto no son novillos, es faltar al trabajo. Aunque lo que me preocupa es tu plan... —Frunzo el ceño, intentando adivinar qué se trae entre

manos.

—Te va a gustar, ya lo verás. —Y aparece en su rostro su sonrisa más pícaro, algo que no sé si me gusta o me aterra.

—¿Danny? Soy Nick. Escucha, hoy no voy a ir a trabajar, ¿de acuerdo? Háblalo con Atkins. No creo que ponga pegos, me debe algunos días.

—¿Vas a faltar? ¿Tú? No me lo creo. —Puedo oír a Sarah de fondo preguntando qué ocurre—. Oye, ¿por qué hay tanto ruido? ¿Dónde estás?

—Estoy en el coche con Lisa. Me voy de excursión, ¿no es genial? —Mi ironía hace que me gane un buen puñetazo en el hombro de la conductora.

—No hagas el tonto, Nick. Estás en el punto de mira, y estás a punto de ser uno de los arquitectos del año, no te la juegues.

—El proyecto está aprobado, así que ahora mismo poco tengo que hacer aquí.

—Está bien. En tal caso, que te diviertas.

—No estoy muy seguro... Hasta luego.

—¿Qué te dice Danny? —Lisa mira al frente, sonriendo por conseguir que su plan funcione.

—Que no debo faltar al trabajo. Este tío es increíble; es como si el diablo intentase dar lecciones de moralidad...

—Vamos, ánimo. Hoy lo vamos a pasar muy bien.

—Habla por ti. Vengo para no provocar tu histeria, pero aún no estoy seguro de hacerlo.

—Lo vas a hacer. Créeme, he conocido a gente que estaba temblando antes de hacerlo. Yo misma me negaba antes de empezar con esto, y ahora casi soy adicta. Te aseguro que, cuando estemos yendo hacia casa otra vez, me lo agradecerás.

—Ya veremos... —Tengo un nudo en la garganta. No quiero hacerlo, pero algo me dice que Lisa es mucho más cabezota que yo, y me tocará rendirme a mí.

Ahí está. Hay poca gente; normal, es lunes. Las ocho personas se reparten entre los que suben y los que miran desde abajo. Me gustaría quedarme abajo mientras miro a Lisa subir. ¿Esa roca tiene cincuenta metros? No, apostararía a que tiene más.

—¿Estás asustado? —Lisa me coge de la mano, mientras también observa a los pocos escaladores que andan como monos por la roca.

—Estoy dividido entre ira y miedo, pero no sé cuál expresar mejor. ¿Quieres ayudarme?

—Vamos, no seas exagerado. ¿Quieres ser uno de esos cobardes que se quedan abajo esperando y sin hacer nada? —Me señala a aquellos que están en un rincón, con la cara tan pálida como la mía—. ¿O quieres ser de los valientes que se atreven a todo? Vamos, Nick; si no lo pruebas no sabrás cómo es. Si te arrepientes, prometo no traerte nunca más aquí, pero date la oportunidad de probar algo nuevo.

Decido rendirme, suicidarme; es algo que no me había pasado por la mente. Mi hermana me ha pedido cientos de veces que vaya con ella al recorrido-aventura, donde hasta los niños de ocho años disfrutaban como locos. Y yo decido ir a lo grande, y sin tener ni idea.

Antes de darme cuenta, Lisa me está poniendo un arnés. Me sujeto a su espalda para no caerme, para aguantar el poco equilibrio que me queda. Aprieta bien las cuerdas. Por favor, que apriete cuanto quiera, con tal de que no estén demasiado flojas.

—Escucha. —Se dirige a su mochila, y saca unos zapatos extraños—. Esto son pies de gato, ¿vale? Póntelos. Con zapatillas deportivas serás incapaz de subir tres metros, y puede que las destroces.

—¿De dónde las has sacado?

—Robi también usa un cuarenta y cinco, y me las ha prestado para ti.

Me pongo mis zapatillas especiales, mientras veo cómo un chico ayuda a Lisa a ponerse la cuerda.

—Gracias por colocarnos ya la cuerda, James.

—No hay de qué, guapa. Por ti, lo que quieras.

Lisa regresa a mí para colocarme otra cuerda.

—¿Quién era?

—Un amigo, lo conocí aquí. Ayer lo llamé y le pedí que nos colocase la cuerda él para perder menos tiempo. Además, su compañero ha colocado la otra cuerda, así que podremos subir a la vez.

Me acerco a la pared y la toco. Con los pies en el suelo no da tanto terror; la gracia va a estar cuando empiece a elevarme.

—Nick, sigue mis instrucciones, ¿de acuerdo? Ve poniendo los pies y las manos donde yo te diga. Ah, y toma, mete las manos aquí. —Me da un bote lleno de un polvo blanco.

—Ajá, ya lo entiendo. Así que el truco para hacer esto sin miedo es meterse un poco de... —Me froto un lado de la nariz.

—No seas imbécil, es magnesio. Ayuda a que las manos no suden y, por lo tanto, a que no te resbales. Venga, empieza poniendo el pie derecho en ese agarre de ahí.

—¿Agarre? ¿Qué coño es un agarre? —Mi histeria sale a borbotones.

—Mira toda la pared; son esas pequeñas rocas artificiales que se colocan para ayudar a la ascensión. Vamos, empieza poniendo el pie en esa de ahí.

Hago caso a lo que dice. Después de que me explique lo que es un agarre, para qué sirve el mosquetón que une el arnés con la cuerda y mil cosas más, me siento un poco más seguro. Hemos conseguido avanzar diez metros, en los que aún no me he mareado. Parece sencillo: solo debo buscar agarres donde sostener los pies, o fisuras en la pared para ayudarme a subir. Empiezo a notar la tensión en todos mis músculos, y tengo los tendones marcados. Intento no pensar en ello y concentrarme en lo que tengo delante. Llevo pantalones cortos de deporte y, en algunos momentos, noto cómo las rodillas rozan con la piedra. Esto no está bien.

—Escucha, te será más fácil avanzar si pegas todo el cuerpo lo máximo posible a la pared. —Está gritándome; ella me lleva una gran ventaja—. Y a la hora de impulsarte debes hacer más fuerza con las piernas que con los brazos.

—De acuerdo. Lo voy a intentar.

—¿Vas bien? ¿Te sientes mareado o algo?

—No, no, tranquila. Creo que voy bien.

—Otra cosa más: no mires abajo. Incluso los mejores escaladores evitan mirar, solo porque te ayuda a perder el equilibrio. —Perfecto—. ¿Y ves eso que tienes justo enfrente?

—Sí, lo veo. —Es un elemento de metal agujereado.

—Pues hay varios de esos por toda la pared. Ni se te ocurra tocarlos; son para las cuerdas. Si te ayudas con las clavijas y resbalas, olvídate de tu dedo.

—Genial, gracias. Ahora me siento mucho mejor.

Entonces, no debo meter los dedos en las clavijas para mantenerlos en su sitio; debo ayudarme de esas fisuras minúsculas, donde no me entra la mano, y no puedo mirar al suelo para evitar una caída desde... A saber a qué altura estamos ya.

Pero el miedo va desapareciendo poco a poco, y parece más fácil escalar. Con la mano izquierda en ese agarre azulado y con el pie derecho en la fisura, tomo impulso, y ya está: un tramo más recorrido. Descanso un momento, las piernas me tiemblan.

—No te preocupes, es normal. Mírame a mí. El esfuerzo que haces con las piernas es tal que es imposible no temblar. Vamos, solo quedan quince metros más y estaremos arriba.

Me detengo un segundo. No miro abajo, no debo mirar abajo. Pero sí puedo mirar al frente. Fantástico, nunca había visto la ciudad desde esta altura. Todo cuanto me rodea son árboles, rocas, montañas, pájaros... Todo es naturaleza, y he logrado alcanzar su misma altura. Ahí abajo me daba respeto esta gran pared rocosa, y ahora he conseguido superarla. Tengo ganas de gritar, de decir que el

mundo es mío, que todo cuanto poseo es lo mejor que se puede tener. No necesito nada más; soy conformista y también estúpido por no haber hecho esto nunca antes. ¿Cómo puede uno pararse a reflexionar, colgado de una cuerda a cincuenta y cinco metros del suelo, con la cara pegada a una piedra que podría destrozarme en la caída? Quizás porque, en este momento, puedo darme cuenta de lo insignificante que resulta todo, de que no conozco nada en realidad. Cegado por lo material he dejado pasar instantes como este, en los que lo único que importa es... lo que ocurre en el presente: lo que esté pasando ahora y nada más. Respiro el aire: huele a pino, a salvaje, a naturaleza viva, y me gusta. Me gusta esta forma de ver todo.

—Nick, ¿te encuentras bien? ¿Necesitas que bajemos? —Lisa ya ha llegado arriba de todo.

—Estoy perfectamente. No me queda nada, ya voy.

Hago los últimos metros sin pensarlo, con rapidez, con una agilidad que no conocía en mí. Si Alexander, el profesor de Educación física, pudiese verme en estos momentos se quedaría pasmado. ¿Cuántas veces me insistió en que lo probase y yo me negaba en rotundo? Y aquí estoy ahora, haciéndolo a lo grande, por una pared inmensa y sin pensármelo antes. Quizás ese es el truco: no pensar. No necesito pensar para tomar una decisión. ¿Por qué reflexionar sobre todo? ¿Qué hay de esos actos impulsivos? ¿Cuándo he hecho yo algo así? En estos momentos lo estoy haciendo. Esto no es una exposición ante una junta, ni la compra de un piso, ni la elección de un trabajo. Es el otro extremo, el lado opuesto, que no tiene por qué repeler a la parte reflexiva. Lisa es extraordinaria; la he visto como el animal más loco del planeta y como la persona más responsable de todas. Si ella podía ser ambas cosas, ¿por qué no yo también? Me gusta esta sensación.

—Vamos, ya estás arriba.

Logro llegar hasta donde está ella, a su mismo nivel.

—Lo he logrado... ¡Lo he logrado!

—Lo has hecho muy bien. ¿Lo ves? Claro que puedes hacerlo, y tú negándote.

Me explica cómo bajar, impulsándome con las piernas contra la pared, y cómo descender poco a poco; es bastante fácil. Me permito echar un pequeño vistazo al suelo. Mierda, sí da impresión, aunque soportable. Ahora me siento más seguro que nunca. Solo es un vértigo similar al de montar en una montaña rusa.

El amigo de Lisa, James, me quita el mosquetón y, mientras me deshago del arnés, él ayuda a Lisa con el mosquetón de su cuerda. En cuanto estoy libre de todo el equipo, corro a abrazarla, a dar vueltas con ella en brazos.

—Gracias —le susurro al oído—. De verdad, no sabes lo que has hecho.

—Gracias a ti por dejarme que te convenza. Creía que sería imposible que lo

hicieses. —Me da un beso, sujetándome la cara entre sus manos—. Uy, aún me queda algo de magnesio en las manos, lo siento.

Me limpia lo poco que ha debido de mancharme de ese polvo blanco mientras la miro maravillado. ¿Es posible que no haya sabido hasta ahora lo que ella representa para mí? Es como... mi ángel de la guarda o esa parte de mi alma que me dice lo que debo hacer, las cosas que me estoy perdiendo. Mi ángel encargado de que disfrute, de que sepa lo que es salir de la rutina: mi ángel encargado de que viva.

—¿Qué pasa?

—Creo que he descubierto el sentido de la vida, de verdad.

—Vale. —Comienza a reírse mientras me abraza, y nos dirigimos por un camino lleno de árboles—. Creo que estar a tanta altura te ha hecho desvariar. Es genial, pero solo es escalada, un deporte.

Estamos en el coche, dirección a Dublín, y se me ocurre algo. Pasa por mi mente uno de los temas de la noche de la cena. Hablamos de su concierto, y veía una felicidad en su rostro que no podía comparar con nada.

—Lisa, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras. ¿Qué ocurre?

—Bueno, estás metida en muchas cosas: el grupo, el teatro, la galería... Pero no sé qué es lo que realmente te apasiona. —Frunce el ceño, sin entender a qué me refiero—. Bueno, yo tengo dos pasiones: el piano, que es mi escapatoria del mundo real, y la arquitectura, que me da la vida, literal y metafóricamente. De todo lo que haces, ¿qué es lo que realmente haces por pasión?

—Pues... creo que todo. A ver, el teatro es actuar, es ser otra persona y es la mejor forma de escapar del mundo real, como haces tú con el piano. El grupo... no es mi vía de escape, sino al revés: es mi forma de conectar con todo el mundo posible, de intentar hacer llegar a la gente parte de lo que yo creo. Y la galería..., sí, es un trabajo, pero también es mi proyecto. Vienen artistas desconocidos que desean que sus obras lleguen alto, y algunas lo hacen. Me gusta pensar que ayudo a eso.

La escucho muy atento. Nunca me había hablado realmente de todo lo que hace y por qué lo hace. Pero sobre todo de la galería. Siempre hablamos del teatro o de música, pero no de su trabajo de verdad.

—Verás, una vez entró una madre con una niña que tendría unos once años. La madre venía de un humor de perros, quería un cuadro en concreto y la niña no quería entrar porque le parecía aburrido. Le dije que, mientras cerraba un

trato con el artista, me dejase a la niña. Le enseñé los cuadros más bellos del mundo, los más coloridos, los más... sencillos para entender si tienes 11 años. Le dije que el arte era la forma más bella que había de crear un mundo nuevo.

—¿Y qué te dijo ella?

—Me escuchaba muy atenta, así que, sabiendo que había captado su atención, hice que cerrara los ojos y le conté una historia para que imaginara como quisiese los paisajes, los colores... Estaba maravillada, sonreía con los ojos cerrados. Y en cuanto los abrió me pidió que le enseñara más cuadros. En el día de hoy, Claire, su madre, compra cuadros a menudo en la galería solo porque la niña quiere venir a verlos. Pero lo que quiero que entiendas es que a mí no me interesa la clientela habitual por el dinero; lo que a mí me importa es ver que entran con un deseo y se van con una ilusión bajo el brazo.

—Es increíble... Nunca había escuchado a nadie hablar así de arte, ni siquiera en la carrera.

Casi lo digo en un susurro, para no romper la magia que ella sola ha podido crear. Es impresionante cómo es capaz de llenar su vida con tantas emociones distintas y cómo es capaz de sacarlas adelante. Y de pronto noto un pinchazo en el pecho, y sé que es porque acabo de descubrir que Lisa es imprescindible en mi vida.

CAPÍTULO 23

—Cielo, ¿qué tal estás? —Oigo de fondo el ruido de la sartén con el aceite hirviendo.

—Muy bien, mamá. ¿Y vosotros?

—También muy bien.

—¿Y papá? —pregunto a regañadientes.

—De acuerdo, ahora se lo digo. —Escucho la voz de mi padre de lejos, pero sin entenderle.

—¿Qué pasa?

—Tu padre quiere saber cómo llevas tu trabajo.

—Joder... —Me sale solo. Cada vez me irrita más, pero intento relajarme—. Mamá, dile que es un trabajo, lo llevo bien. Y dile que no vuelva a mencionarle nada más sobre mí a mi jefe. Sé que papá es muy amigo de Atkins, pero se está metiendo en mi vida de una forma que no me gusta...

En parte no son ciertas las palabras que me salen. No, no es solo un trabajo, es mi vida, pero el hecho de que mi padre le dé una importancia de tal magnitud hace que me salga la ira contenida de años atrás.

—Está bien, cielo. Hablaré con tu padre, pero sabes que él solo quiere lo mejor para ti e intenta ayudarte.

—Ya, pero yo no necesito ayuda de ningún tipo. Sé llevar mi vida por mi cuenta. —Noto cómo me altero e intento calmarme—. Lo siento, mamá, tú no tienes la culpa. Me has llamado, ¿es por algo en especial?

—Bueno..., quería invitarte a ti y a tu novia algún día a comer a casa. ¿Qué te parece?

En un segundo me vienen varias imágenes a la cabeza. ¿Novia? Bueno, supongo que a estas alturas ya lo es. Cena con mis padres, con mi padre. La última cena fue digna de una película minimalista francesa, donde solo reinó el caos. Pero últimamente parece que me lanzo a los desafíos.

- No está mal, pero aún no. Deja que se lo diga.
- Está bien. Un saludo, cariño.
- Sí, mamá. Y dale un beso a Karen.

Esto es duro. Cada vez que mi padre menciona cualquier cosa del proyecto de Londres, la ira me invade y consigue que toda la ilusión que pongo en él desaparezca. Necesito relajarme y pensar por mí mismo. Es mi proyecto, mi edificio y mi futuro. Lllaman a la puerta justo a tiempo.

—Hola. —La estrecho lo más fuerte que sé contra mi pecho, como si la necesitase para vivir—. No sabes cuánto me alegro de que hayas llamado a mi puerta justo ahora.

—Bueno, es la hora en la que habíamos quedado, ¿no? —Vacila al hablar, y casi ni la oigo—. Esto... ¿Nick? Me alegro de que desees tanto verme, pero, si sigues así, me verás será morada.

—Lo siento. —Le acaricio el pelo y la mejilla.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo malo?

—No. Es...solo es mi padre.

—Olvídalo. Sabes que es tu vida, no la suya.

—Quieren que vayamos a comer algún día allí... —Lo digo con miedo y desgana, esperando su respuesta.

—¿En serio? Me parece bien. Tengo muchas ganas de conocer a tu madre, seguro que es un encanto.

Lisa en una comida familiar. Al menos iba a tener a otra aliada más en la mesa para defenderme.

—¿Tienes una diana? —Me señala la diana que hay en la pared.

—Sí, Danny me la regaló en mi cumpleaños. ¿Te apetece jugar?

—Oh, no. Yo no tengo ni idea de cómo jugar a esto. Lo que me extraña es que tú sepas.

—Bueno, puedo enseñarte. —Me acerco a ella y la estrecho en mis brazos, por la cintura.

—Vale, maestro. ¿Quieres que nos juguemos algo? —Alzo una ceja, esperando a que continúe hablando—. Si yo gano, deberemos interpretar ahora mismo la canción que te pedí hace como veinte siglos. Y si ganas tú, te doy una semana más para que practiques.

—Es una apuesta extraña..., pero acepto. Aún me quedan cosas por pulir en la canción y puedo tenerla en una semana.

—Vale, explícame qué hacer.

—¿Qué tal esto? ¿Ves todos esos números que rodean la diana? Yo te pediré que des con el dardo a uno de esos números y, si lo consigues, ganas un punto, y viceversa. Por supuesto, puedes dar a cualquier franja que incluya ese número y, si das en el centro, pues... dos puntos más.

—Vale, me parece bien. ¿Jugamos a diez?

—Sí, perfecto. Empiezo yo. —Cojo los seis dardos; me quedo con los azules y le reparto a ella los tres rojos que quedan—. Dime un número.

—Mmm... —Mira la diana, como si un número fuese más complicado que otro—. Vale, ya está. El trece.

Me pongo a cinco metros de la diana y me preparo. Clavo la vista en el centro, balanceo un par de veces el brazo, simulando lanzar, y la tercera vez tiro con fuerza el dardo. Lo clavo en la parte más alejada del centro, pero en la franja del trece.

—¿Qué te ha parecido eso?

—Perfecto. A ver, ahora yo...

—Vamos, el número dos.

Se posiciona donde yo estaba, se lo piensa un segundo y lanza a lo loco, lo que hace que el dardo quede casi en el otro lado de donde debía estar.

—Genial...

—No te preocupes, es la primera vez. Número.

—El ocho mismo... —Parece decaída.

Vuelvo a la misma maniobra de antes; me concentro, dejo unos segundos para centrar el dardo con la diana, y marco de nuevo en el número que me ha indicado.

—Creo que me va a tocar esperar una semana más para escuchar la canción.

—Lisa agacha la cabeza, ya rendida.

—No seas boba. —Voy a abrazarla—. Vamos, yo te voy a ayudar. Escojo el nueve. —La agarro de los brazos suavemente y la sitúo en el mismo sitio donde estaba antes yo—. Ahora, mira fijamente la diana; visualiza la zona donde debes acertar, haz que desaparezca el resto de la diana. Ahora. —Sostengo su cintura con la mano izquierda y me pego a su espalda, mientras sujeto su muñeca derecha en el aire—. Concéntrate también en el dardo. Haz que tu mano trace una línea entre el dardo y la franja del nueve, ¿vale? —Tiene la muñeca de lo más rígida. Pego mis labios a su oreja y le doy un beso—. Intenta relajarte. Deja la mano suelta, yo te guío.

—Así es imposible. —Noto su respiración entrecortada, y no puedo evitar sonreír.

Balanceo su muñeca, esta vez sin tensión, y hago lo mismo que haría yo. Lanzamos el dardo, que cae en la mitad de la franja del número nueve.

—¡Vaya! ¿Has visto eso? Eres buenísimo. No imaginaba que supieses jugar a esto, y así de bien.

—Venga, que no es para tanto.

—No, pero ahora estamos un poco más igualados. —Le sonrío sin decir nada. No quiero desanimarla, pero está claro que voy a ganar yo.

Cuando llevamos cinco tiros le llevo un punto de diferencia, algo que me inquieta, y según avanza el juego, la cosa se pone peor para mí. Aprende mis trucos, mi forma de ver la diana para acertar y al final, cuando solo le queda una tirada y le llevo un punto de diferencia, pienso que lo tengo ganado.

—El número siete. —Estoy concentrado y con los brazos cruzados, deseando con fuerzas que no acierte.

—Se te nota tenso, cielo. Relájate, solo es un juego. Y piénsalo: así podrás quitarte cuanto antes lo de tocar la canción, ¿verdad? —Empieza a reírse en plan juguetona, así que no puedo evitar sonreírle.

—Venga, ¿quieres darle al siete ya?

Se concentra, se prepara, hace unos cuantos movimientos de preparación con el brazo, y ¡pam!: de lleno en el centro de la diana.

—¡Madre mía!, no puedo dar crédito. ¿Cómo podía tener un talento oculto? —Corre a mí, que me encuentro apoyado en el sofá, se tira a mis brazos y me llena de besos—. Eres el mejor. Y encima, como regalo, me vas a cantar una canción. ¿Se puede ser mejor?

—No, no, te equivocas. *Vamos* a tocar una canción; tú cantarás y yo ya veré lo que hago.

—Claro, por supuesto. Venga, ve ensayando mientras voy a por mi guitarra. —Corre hacia la puerta como un cervatillo—. ¡Qué nervios!

Me acerco al piano, preparo una silla al lado, para ella, y coloco la partitura enfrente de mí. Ensayo un poco, antes de que venga, los acordes principales y el estribillo. Y hasta me atrevo a coger el tono de la canción, por si me animo a cantar, cosa que dudo.

Antes de tocar la canción entera, Lisa aparece por la puerta, medio sofocada y con la guitarra en la mano. Se sienta a mi lado, pero es incapaz de decir nada.

—Respira, mujer. ¿Cómo vas a cantar nada así? Si se te va a salir el corazón por la boca.

—No... estoy... muy bien. Solo necesito unos segundos. —Empieza a respirar de una forma más regular mientras se cuelga la guitarra del cuello—. Vamos, ya estoy lista. La canción empieza con el piano, así que te toca hacer los honores.

—Vale, vamos a ver... Espero no cagarla.

Inspiro profundamente una vez, y después poso los dedos en las teclas. Estoy

un poco nervioso, y miro la partitura como si mi vida dependiese de ello. No puedo ni siquiera fijarme en la armonía de la canción; estoy muy preocupado en hacerlo realmente bien. Pero todo pasa cuando Lisa se une a mí con la guitarra, con los mismos acordes. La canción empieza a tener ritmo, a tener esa melodía que no encontraba segundos antes. Y entonces, comienza a cantar. Ya no necesito mirar más la partitura; he tenido tiempo más que suficiente para aprendérmela, y me la sé de verdad. Podría acompañarla cantando, pero por un momento prefiero escucharla solo a ella. La miro embobado, y me sonrío mientras hace que su voz se acople a la armonía de su guitarra y de mi piano. La canción habla sobre un amor que termina, pero que recuerda con cariño. Y en el estribillo, decido unirme a ella. No habla sobre nosotros, no somos un amor que termina. Pero sí somos una historia que comienza; el tiempo de nuestras vidas está comenzando, y estamos escribiendo una historia juntos. Lisa atenúa el sonido de la guitarra y deja que termine yo.

—Gracias. —Parece tener la voz rota—. Esto ha sido precioso.

Se acerca a mí para presionar sus labios con los míos suavemente. Separo los dedos del frío marfil para rozar la calidez de su piel, sus mejillas, su cuello. Pero el beso dura poco. Suena la melodía de un móvil.

—Vaya, lo siento. No sé quién será. —Se deshace de la guitarra, la deja en el sofá, y se saca el móvil del bolsillo. Es raro, pero, al mirar la pantalla, el rostro se le descompone, y yo no tengo tiempo de preguntarle quién es.

—¿Qué quieres? —Toda la dulzura de hace un momento se desvanece—. Mira, no quiero más problemas; creo que te dejé muy clara la situación. —Alguien sigue hablándole al otro lado del teléfono, y ella se pone cada vez más furiosa. Le pregunto por señas si necesita que intervenga, pero me dice que no—. Mira, capullo, si vuelves a llamarme, si vuelves a ponerte en contacto conmigo por algo similar, llamaré a la policía, ¿te ha quedado claro? ¡Gilipollas!

Cuelga el móvil, y acto seguido se derrumba en el sofá. Aparto la guitarra para que tenga espacio, me arrodillo ante ella y le sostengo el rostro.

—Lisa, ¿qué coño pasa? No me asustes. ¿Alguien te está acosando? —Me pongo nervioso, con miedo de que alguien pueda hacerle algo.

—Era Louis —me dice jadeando—. El muy cabrón sigue sin dejarme en paz.

—Pero yo creía que ya todo estaba bien. —Se deshace de mis manos y se levanta. No para de dar vueltas por la habitación, hasta pararse a mirar la calle por la ventana—. Creía que, después de ese día en el teatro, podíais veros como si tal cosa. —Lisa no me contesta, y eso me mosquea—. ¿O no es así?

—No sé qué me pasó... —Habla tan bajo que parece que sea para ella misma. Decide mirarme y hacerme frente—. Aquel día en el teatro todo fue perfecto: conseguí ensayar sin problemas, y él se comportó como debía, hasta última hora.

Estaba recogiendo mis cosas cuando se acercó a mí. Empezó a hablarme como si todo estuviese bien, y fue algo que agradecí; no quería más numeritos idiotas como el de la fiesta y aquella zorra. Y después comenzó a recordar cuando estábamos juntos. Yo me olía lo que podía venir a continuación, así que evité el tema y me puse a recoger todas mis cosas lo más rápido posible para irme de allí. Pero él me impidió salir de aquel cuarto, y... —Se tapa la boca con la mano, como si estuviese a punto de decir la mayor burrada del mundo. Mi corazón está a mil.

—¿Y...? Lisa, ¿qué ocurrió aquella noche?

—Él me... me besó. Yo no quería, me tenía cogida por el brazo y presionándome la cabeza. Cundo por fin me soltó le di un puñetazo tan fuerte que hasta me hice daño.

Ya casi no la oigo. No puedo, me pitan los oídos. No logro imaginármela besándose con otro hombre, no puedo pensar en ella con otro. Me quedo paralizado y ni si quiera sé si estoy pensando en algo o no. No logro saber lo que se me pasa por la mente.

—Por favor. —Se me acerca sin miedo y me agarra las manos—. Dime algo.

—Te has besado con ese tío. —No consigo saber ni cuál es el tono de mi voz; es como si me hubiese quedado sordo.

—Nick, lo siento. Lo siento muchísimo, ni te imaginas cuánto. Yo no quise hacer nada, y por eso le pegué. En ningún momento he querido nada con él de nuevo, te lo prometo. No quiero estar con él, no deseo nada con él. Es contigo con quien deseo estar de verdad.

—Lisa..., me has engañado. —Se queda callada, porque no tiene defensa posible ante eso—. Te has besado con él, y me has tenido engañado. Si no te hubiese llamado justo ahora, si cada vez que te hubiese llamado, yo no hubiese estado en medio, ¿me lo habrías llegado a decir? —De nuevo, se queda callada. Mi calma empieza a ser furia—. No, claro que no. ¡Porque no habrías tenido los cojones suficientes para decírmelo! ¿Dónde está esa valentía de la que tanto presumes?

Se acobarda, y sus ojos enrojecidos empiezan a desprender las lágrimas que ha estado conteniendo. Esto no está bien, no debería ser así, pero estoy rojo de ira.

—Nick, si no te he dicho nada, es porque para mí eso no ha sido nada. Y mira cómo te has puesto; ¿para eso quieres que te lo diga? Me ha besado, y yo le he rechazado, pero decides echarme la culpa.

—No te echo la culpa a ti porque él te haya besado. Te echo la culpa por ser tan cobarde de no decírmelo.

Los dos nos quedamos callados, y yo aprovecho para recuperar la calma. En el

fondo no deseo gritarle, no quiero ser uno de esos novios violentos. Vuelvo a respirar profundamente. Ella se queda paralizada y lejos de mí.

—Lisa, ese tío ha sido el amor de tu vida. Yo lo entiendo. Pero creo que también entiendo el que ya no estés con él. Ahora mismo me siento como un idiota. He estado todos estos días creyendo que te importaba lo suficiente como para...

—Para. —Me da la orden, como quien se la da a un perro, realmente furiosa—. Nick, no sabes cuánto siento esto. Pero no lo he ocultado para hacerte daño, todo lo contrario. No quería que sufrieses una paranoia por eso. Sí, Louis ha sido el amor de mi vida, pero también ha sido el mayor error que he sufrido.

—¿Y yo ahora cómo confío en ti?

—Esto es una estupidez. Nick, es que no lo entiendes. No he sido yo quien se ha acercado a él, y tampoco me le he tirado. Por el amor de Dios, me estaba obligando y me solté de inmediato. No deseé ese beso en ningún momento y solo era... —De pronto, enmudece..., habla en susurros—. Solo era capaz de pensar en ti, en que... me importas demasiado... —No sé qué contestar a eso. Claro que le creo, pero no sé ni qué decir.

—Vamos a hacer una cosa: dame un pequeño tiempo, solo para que reflexione.

—Un tiempo es una forma sutil de decir que quieres dejarlo, ¿no? Si es así, puedes decirlo claramente.

—No quiero dejarlo. —Hablo cansado. No sé por qué saca esas conclusiones absurdas. Me froto el rostro con las manos para intentar hacer que desaparezca parte de la tensión, pero no lo consigo.

—¿Entonces?

—Solo te pido unos días. Déjame pensar unos días, reflexionar. Ahora, si no te importa... —Le señalo la puerta con el brazo, y ella me mira sorprendida, pero se hace la fuerte, como siempre.

—Claro, tendrás tus días. —Coge la guitarra y se encamina a la puerta, que ya la he abierto. Espero a que se meta en el ascensor, y me dice una última cosa antes de cerrarse la puerta—. Bueno, supongo que la semana que viene no debo esperarte en el concierto. Así que ya nos veremos.

No tengo tiempo de contestarle. Mierda, mierda. Mierda y joder. El concierto. Lo había olvidado por completo. Tengo la cabeza hecha un lío.

Me meto en casa, me quito la camiseta con un encogimiento de hombros y la tiro al cesto de la ropa sucia; dejo los pantalones doblados en el cajón y los calzoncillos en el cesto también. Me doy una ducha de agua bien fría.

La verdad es que no esperaba que la noche acabase así. Quería cantar la canción, prepararle una cena romántica con velas, y tener una noche con ella,

una noche de pasión, de deseo, una noche para no olvidar. No, desde luego que no voy a olvidar esta noche. En la ducha intento no pensar en nada, solo en el agua fría, en el gel y en la pequeña migraña que se me está empezando a producir. Me voy en calzoncillos y camiseta de manga corta a la cama. Empiezo a tener demasiado calor.

Todo es demasiado raro. Me permito echar un vistazo a mi pasado no muy lejano. Un pasado donde yo conozco a una chica, nos llevamos mal, empezamos a conocernos, nos llevamos bien, nos enrollamos y acabamos saliendo. Desde luego es lo más loco que he hecho jamás. Por eso prefiero los líos de una noche, los polvos con mujeres que no me traerán problemas a la mañana siguiente. Ni siquiera estoy seguro de conocer del todo a Lisa.

... ¿Yo soy un buen competidor en este campo? No lo sé. Es lo que tiene ir a la aventura. Todo esto de ir rápido no está mal, pero corro unos riesgos que a la larga no sé si me compensan. Estoy con una chica maravillosa, pero ni siquiera me he preocupado en conocerla de verdad. Sin desearlo, nos dimos el primer beso; sin pensarlo, nos acostamos, y antes de darme cuenta, ya estaba saliendo con ella.

Mi mundo nunca ha sido así, no voy por la vida andando sobre nieve virgen. Quiero un camino asfaltado, un camino que me indique a dónde voy. O, al menos, eso es lo que quería. Ya no sé ni lo que quiero, no sé lo que debo hacer. Estoy completamente perdido.

Alguien me llama al teléfono. Por un segundo pienso que es ella, y por un segundo también pienso en mil formas de pedirle perdón por cómo la he tratado, pero todo se desvanece al ver cuál es el nombre que se refleja en pantalla.

—Hola, Karen, ¿qué tal?

—Bien, genial. Al contrario que tú, ¿qué ocurre?

—Bueno. —Me planteo el contárselo a mi hermana—. Supongo que he tenido la primera bronca con Lisa.

—Mierda, ¿qué ha pasado?

—Nada, son tonterías. Lo arreglaremos en seguida. Dime: ¿tú todo bien?

—Sí, estoy muy bien. Sabes, últimamente Michael estaba muy raro, me evitaba, y yo temía lo peor. ¿Sabes por qué era?

—Dime: ¿por qué? —Intento estar pendiente.

—Me preparó un fin de semana en una casita rural, para ir a un balneario. Quería que fuese una sorpresa y, si yo le hacía muchas preguntas, se ponía muy nervioso. Cuando me lo dijo me puse nerviosa: podría haberle provocado un infarto.

—No digas tonterías. Vaya, así que tengo un cuñado bien detallista. Eso está genial.

—Sí. ¿Sabes? Creo..., bueno, sé que estoy enamorada de él.

—Bueno..., eso me lo imaginaba. —Me río por lo que acaba de decir.

—No, quiero decir. Yo nunca me había imaginado con nadie en un futuro. Y ahora, cuando miro dentro de veinte años, me veo perfectamente con él. Sé que será él con quien comparta mi vida.

—Eso es genial. Me alegro muchísimo, en serio. Michael es un tío estupendo, me alegro de tenerlo como familiar.

—Por cierto, Danny nos ha dicho lo del... concierto de Lisa, y vamos a ir. — Parece vacilar y sabe que no es el mejor momento para decirlo, pero continúa—. Michael y yo iremos.

—Ya... —No se me ocurre nada más que decir.

CAPÍTULO 24

La última vez que he ido a un concierto, me exigieron ir de etiqueta. Ya me estoy poniendo la pajarita cuando imagino el panorama que habrá. Soy idiota. ¿Cómo se me ha ocurrido ponerme esto? Me quito la ropa a toda velocidad y saco todo lo que tengo en el armario, en calzoncillos. Veo unos vaqueros, unos que tengo desde hace cuatro años y que me suele dar vergüenza usar por lo desgastados que están.

Después de darle vueltas y más vueltas, cada vez estoy más convencido de que ir será el modo perfecto de pedirle perdón y de demostrarle lo mucho que me importa. Lllaman al timbre. Justo a tiempo.

—¿Michael? ¿Karen? —les digo por el interfono—. Subid.

Termino de despeinarme mientras llaman a la puerta. Corro a abrir. Estoy eufórico. En realidad, podría ir solo; tengo unas ganas extrañas de acudir al concierto.

—Pero... ¿y ese disfraz? —Michael comienza a reírse y Karen le pega un codazo.

—¡Cállate! Mi hermano está genial. —Me da un beso en la mejilla y Michael, un apretón de manos—. En serio, estás guapísimo. Si te soy sincera, estás mucho mejor así que con camisas todo el día.

—¿En serio? —le pregunto, vacilante. Aún me siento extraño con este atuendo—. No sé...

—Bueno, Karen tiene razón, te queda bien. Parece... No sé, es como si te hubieses equivocado siempre de ropa. Ahora pareces alguien normal.

Michael me deja mucho más tranquilo. Quizás tenga razón, y me he equivocado toda la vida, siempre con camisas, siempre vistiendo formal, incluso cuando no era necesario. Me gusta mucho más ir así: más cómodo, más... libre.

—¿Y qué? —me pregunta Karen mientras se sirve un vaso de agua—. ¿Te estabas poniendo el traje de pingüino y te has dado cuenta de que no iba a pegar

mucho? —Lo dice de forma retórica mientras ella y Michael se ríen de lo absurdo que resulta.

No puedo hacer nada más que quedarme callado. Mierda, mi hermana me conoce como si fuese mi sombra. Ambos se dan cuenta de que Karen ha dado en el clavo.

—No puede ser. —Michael se retuerce de la risa—. ¡No me lo creo! Sería para verte.

—Venga, se acabaron las bromas, ¿eh?

Saco a Karen de la cocina y hago que se ponga su chaqueta.

—¿Qué haces?

—Sacaros de aquí. Mirad qué hora es: queda poco para el concierto, y vosotros con chorradas.

—Sí, sí, chorradas —me dice Michael, mientras le llevo del brazo hacia la puerta—, pero chorradas reales. Es que aún no lo puedo creer.

—¡Venga! Para el coche los dos. Desfilando. —Hago que anden delante de mí para que se metan en el ascensor.

Cierro la puerta y bajamos al garaje. Me hacen pasar un mal rato, otra vez, en el ascensor, pero en el coche, cuando pongo la radio, todo se calma un poco más.

Llegamos a O'Connell Street, y es como si hubiésemos entrado en otra ciudad distinta. Todo lleno de movimiento, el local está rodeado de gente, por fuera, que grita, que espera cola, mientras se oye música, de fondo, que no se sabe muy bien de dónde viene. Michael, Karen y yo nos quedamos petrificados mirando todo.

—Madre mía, es como estar en el *Tribunal Show* de Nueva York.

No sé si Karen exagera, pero esto es impresionante. Saber que todo ese espectáculo es en parte por Lisa me pone la piel de gallina. Nos ponemos en la cola, esperando impacientes mientras escuchamos comentarios de la gente que nos rodea.

—¿Habéis oído ya algunas canciones más aparte del *single*? —Una chica menuda y rubia le habla a sus amigos con una sonrisa de oreja a oreja.

—No —contesta el que parece su novio—, pero he oído que son mucho mejores.

—A mí me vuelve loca Matt —opina una chica morena, casi de mi estatura. Karen, Michael y yo nos miramos riendo por lo bajo—. ¿Lo habéis visto en el cartel de ahí?

Miramos de forma sutil hacia donde señala la chica. Sin darnos cuenta, tenemos encima el cartel, en tamaño gigante, de todo el grupo. A cada lado están Matt y Charlie. Lisa se encuentra al lado derecho de Steve y Robi, a su izquierda.

—Chicos, ¿creéis que nosotros tenemos que hacer cola?

—Ni idea, Michael. Pero con la gente que hay es mejor no moverse, por si acaso. —Justo en ese momento, me llama Danny.

—Oye, ¿dónde estáis? —Se oye mucho ruido de fondo.

—Estamos haciendo cola ¿y vosotros? ¿Ya habéis llegado?

—¿Qué estáis qué? —No sé si es un qué de ignorancia o un qué de indignación. Hasta que vuelve a hablar—. ¡No seáis gilipollas! En la parte de atrás tenéis la entrada. ¿Para qué crees que nos dio Rose las entradas vip en el trabajo?

—Vale... —Me siento estúpido. Ni siquiera he pensado en eso—. Estamos ahí en unos minutos.

—Os esperamos dentro. Vamos.

Salimos de la cola para dejar paso a los siguientes, tan emocionados como los que teníamos delante. ¿Cómo hemos sido tan idiotas? Nos dan pases vip y nosotros, haciendo cola...

Atravesamos toda la masa de gente en dirección contraria, por eso no se quejan. Por fin conseguimos llegar a la puerta trasera, donde también está un guardia.

—Hola —digo medio sofocado—, tenemos que entrar...

—¿Pases?

—Aquí —decimos los tres a la vez, enseñando orgullosos nuestros carnés plastificados, que nos han dado.

Sin decir nada, el guardia nos abre la puerta y la cierra en cuanto entramos, por miedo a que se cuele alguien que no debe, quizás.

En cinco minutos conseguimos llegar a la terraza, a una de las mesas que están más cerca del escenario y desde donde los podremos ver perfectamente.

—Son ellos los que se tienen que hacer rogar, no vosotros.

—Son muchos nervios. —Michael sale en mi defensa; yo ni siquiera puedo hablar, por lo que él habla por mí—. Ni nos hemos acordado de los pases.

—Vamos, sentaos. Quedan quince minutos para que empiece.

Sarah, Danny y Karen se ponen a hablar juntos sobre no sé qué, ni los escucho. Y Michael va a pedirse una copa. Yo no puedo hacer más que mirar a mí alrededor. ¿Cómo pueden quedar quince minutos si hay tanta gente fuera aún? Esto está hasta arriba. Mis manos sudan y el corazón me va a mil, como si fuese yo quien tuviese que salir a ese escenario. Es ese estúpido miedo por si son rechazados... No se trata de un grupo conocido, no tienen fama aún. Puede ocurrir cualquier cosa, y tengo miedo de que pase lo peor.

—¡Ey! —Michael me pasa la mano delante de la cara—. Estás ido. ¿Te encuentras bien?

—¿Y si no le gusta a la gente? —No me importa decírselo—. ¿Qué pasa si los rechaza? No me quiero ni imaginar cómo los deprimirá eso... —Me echo las manos a la cabeza.

—Colega, te estás poniendo pálido. —Michael deja su copa e intenta ayudarme—. Pon la cabeza entre las piernas, así. ¿Te estás mareando?

—No, ya me encuentro bien.

—¿Seguro? Quizás ha sido una bajada de tensión; aquí hace un calor de muerte, con tanta gente.

Levanto la cabeza. El mareo se me pasa enseguida.

—Contéstame: ¿qué crees que pasará?

—¿En serio me lo tienes que preguntar? Míranos: estamos rodeados de gente que ya ha oído a la banda y le ha gustado. Yo no he visto a gente que venga a opinar. Están convencidos de que les gustará, y va a ser así. Son geniales.

Son geniales, eso ya lo sé. Son los mejores. Y Lisa.... Lisa debería cantar una canción sola, en la que solo se escuchase su voz y la guitarra, que dejase a la gente boquiabierta. Entonces, sí que estaría seguro de que todo irá bien, de que todo el mundo estará encantado. Necesito relajarme, Michael tiene razón: hemos visto a gente que está ilusionada con este concierto.

—¿Cómo lo estáis pasando, Dublín? —Una voz sale de los altavoces, y a su pregunta responden con gritos y aplausos—. Bueno, no os vamos a hacer esperar más. Con todos vosotros, lo que lleváis esperando como nunca. Hoy tenemos el orgullo de hacer debutar a una banda que arrasará como ninguna. Ante todos vosotros, ¡Dante's!

En ese momento, todos mis sentidos se ponen alerta. Gritos eufóricos, incluso de los que están conmigo, en la mesa. La boca empieza a secárseme, aún estoy nervioso como un niño en el primer día de colegio. Empiezo a oler a humo, uno que sale del escenario y lo cubre todo de blanco. El vello comienza a erizárseme, me hace estremecer, y un sudor frío recorre toda mi columna. Pero todo se pasa: todo el miedo, toda la tensión, todas las dudas, todos los temores...

Todo se queda atrás cuando de esa capa de humo aparece el grupo saltando eufórico, feliz. Charlie y Matt aparecen dando una voltereta en el aire, algo que hace gritar al público femenino. Robi y Steve van juntos, despreocupados, pero en el fondo felices, y ocupan su puesto. Y por último Lisa, que va lenta, como si eso no fuese... nada. No, no puede ser. Lisa, este es tu sueño, es lo que siempre has deseado. Por dentro estará feliz, segurísimo.

Se colocan en sus puestos; detrás se ponen Robi con la batería, haciendo malabares imposibles con las baquetas, y Matt, que prepara algo en el teclado. Delante de ellos está Charlie, a la izquierda, con la guitarra eléctrica; en el centro está Steve punteando con el bajo, y a la derecha está Lisa, con la guitarra. Parece

distraída, como si estuviese en otro mundo. Quiero verla sonreír, estar feliz. ¡Por favor! Mira todo lo que has conseguido. ¡Sonríe!

—¿¿Cómo estáis todos?! —Steve grita mientras alza el puño derecho y sujeta el mástil del bajo con la mano izquierda.

Cuando le responden con gritos de felicidad, Robi comienza a golpear las baquetas una con otra. Y al cuarto toque, empieza el espectáculo.

Todo el principio no es más que instrumental: guitarras al unísono, y después se une el bajo, que da paso al sonido del teclado. La batería no ha dejado de sonar en ningún momento. Y después de treinta segundos, empiezan a cantar, y lo hacen Steve y Charlie. Todo el mundo se pone como loco, aunque escucha bien atento. Después de la primera estrofa, se les une para cantar Lisa.

Como la primera vez que los oí, puedo distinguir sin problemas, entre la voz de Charlie, de Steve y de los coristas, la dulzura que lleva su voz, la melodía tan distinta que aporta ella cuando canta, cómo sobresale sin desentonar, haciendo que sea el *rock* más bonito que jamás he escuchado, aunque haya sido poco. Me pregunto si los demás también sabrán apreciar lo distinta y preciosa que es su voz del resto del grupo. Pero no me importa; lo que me importa es que me gusta a mí.

Lisa aún sigue con un rostro neutral, y no lo entiendo. Después de varias canciones, deciden tocar el *single*. La gente se levanta de sus asientos y sigue el ritmo con las palmas. Cuando llega el estribillo, ocurre algo que ni siquiera habría imaginado: más de la mitad de la gente que me rodea comienza a cantar el estribillo con ellos. Sin problemas, cantan la canción como si la hubiesen oído mil veces, como si fuese su favorita. Todos mis miedos desaparecen al completo. Esto es justo lo que quería.

Y después de tocar el estribillo, mientras Charlie hace un solo, me levanto de la silla, y Lisa me ve. Es raro, pero me mira como si no me esperase, como si fuese una sorpresa. Lo único que se me ocurre es sonreír, sonreír de felicidad, de alegría, y darle ánimos así. Y al fin, después de toda la noche, después de siete canciones, consigo verla sonreír a ella también, y empieza a tocar con fuerza, con énfasis. La canción se atenúa, y ahora Lisa parece más animada. Se acerca a los chicos, a los que les dice algo por lo bajo, y ellos asienten a sus palabras.

Se hace el silencio. Matt, Charlie, Robi y Steve se sientan en los taburetes que les habían dejado en el escenario, y dejan a Lisa en el medio, también sentada. Tiene en sus manos una guitarra acústica que le ha traído alguien. Y empieza a tocar. Reconozco los acordes y, entonces, me sonrío. En ese momento le hace una señal a Matt, y este va corriendo al teclado. Esa canción, esa canción con la única compañía del sonido de un piano y de la guitarra de la persona más brillante. Esa es la canción que me dio hasta dolor de cabeza, la canción que

interpretamos juntos, primero con miedo y luego con ternura, con intimidad. Esa canción es solo para nosotros, y mientras toca y canta, no deja de mirarme, igual que yo a ella. Ambos cantamos; ella, sobre un escenario inundado de focos y yo, abajo en la oscuridad, pero de nuestras bocas salen las mismas palabras. Siento un mareo extraño, como si estuviese medio inclinado, como si nada me rodease, como si no escuchase murmullos ni supiese dónde estoy. Como si me rodease un soplo de calor diferente al que sienten los demás. Como si esos sonidos estuviesen en otro lugar, como si no existiésemos más que ella y yo.

El final es un cúmulo de gritos, aplausos y gente que corea, a la vez, el nombre de la banda. Mientras aplaudo, me fijo en alguien que no he visto antes. Louis está aquí, cobijado en una de las mesas más ocultas, y se marcha. No sé a dónde, pero se marcha. Quizás solo haya venido a ver a sus amigos y no quiere molestar más.

Después de un rato hablando entre los que estamos en la mesa, pienso que no estaría mal ir a ver a Lisa, en privado, y poder aclararlo todo.

—Chicos, voy a ver si puedo ver a Lisa, ¿de acuerdo?

—Claro; si tardas mucho, llámanos.

—Vale.

Con el pase que llevo colgado al cuello, es más que suficiente para que me dejen pasar.

No encuentro los camerinos, y de pronto me topo con Steve.

—¡Ey!, Steve, ¡un concierto increíble! Enhorabuena.

—Gracias. ¿Has visto cómo nos aplaudían? Ha sido impresionante.

—Lo sé... Oye, ¿dónde está Lisa?

—Estaba recogiendo sus cosas en el camerino. Lleva ya un buen rato.

Voy a la puerta del camerino, pero no se abre, no consigo abrirla. Pego el oído a la puerta, y escucho un quejido que sale de su boca. No está sola. La ira cubre cada poro de mi piel y, sin pensármelo, le doy una patada a la puerta. No creí que pudiese funcionar, pero consigo derribarla, como en las películas, pero claro, solo impedía que se abriese el palo de una escoba. Se quedan petrificados. Louis está agarrando a Lisa por los brazos, y su expresión es extraña... No sé ni siquiera lo que me dice, pero no es nada bueno. Sin embargo, la de Lisa sí. Jamás la había visto con esa cara, consumida por el terror, por el más profundo de los miedos. Aparto a Lisa de él y la pongo tras mi espalda. Me acerco a él lentamente, sin miedo, un miedo que ahora tiene él.

—Si vuelves a tocarla. —La voz me tiembla de la rabia—. No te dejaré vivir ni un solo día.

En ese momento le asesto un puñetazo en la cara y, mientras se retuerce de dolor, aprovecho para proteger mejor a Lisa, para ver que el miedo en ella haya

desparecido. Pero no veo venir su acto y recibo una patada en el estómago que me hace casi vomitar y, al agacharme, me da un rodillazo en la mejilla.

—Esto no ha acabado, Lisa. —Se va hacia la puerta mientras yo me quedo en el suelo—. Te juro que no me importa lo que este mamón diga. No ha acabado.

Nada más irse, Lisa se agacha conmigo, con un trapo en su mano. Noto el sabor metálico en la boca.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —Está gimoteando, así que intento sonreír, infundirle valor, pero el golpe en la mejilla me impide levantar la comisura del labio.

—Tranquila. —Le acaricio la mejilla mientras me siento en una silla—. Esto no es nada, estoy bien. ¿A ti te ha hecho algo? ¿Te ha tocado?

—No, no. Has llegado justo a tiempo, como un caballero. —Se ríe al decirlo y yo, con ella, intentando no pensar en el dolor.

—Bueno, la próxima vez tu caballero debería buscarse una buena armadura. Lisa..., lo siento.

—Yo también lo siento, por no habernos hablado en toda la semana. Que hayas aparecido es el mejor regalo que puedo tener. —No retira el trapo húmedo de mi cara mientras entrelazamos nuestras miradas—. Te lo aseguro.

CAPÍTULO 25

Ya apenas duele aunque estén hurgándome en la nueva herida.

—Solo te estoy quitando tres puntos. Ya estoy acabando. —Asiento levemente para no entorpecer el trabajo del doctor—. Listo —me dice mientras me desinfecta un poco la herida—. Ahora lo único que tienes que hacer es darte esta pomada. —Me tiende un tubo blanco—. Y evitar el contacto directo con el sol. Por suerte ha sido una herida muy pequeña. Si te lo curas, bien dentro de poco ni sabrás dónde tenías los puntos.

—Muchas gracias... —Ahora, al hablar, no siento la tirantez de los puntos, pero sigo notando cierta quemazón en la zona.

Salgo de la habitación, donde huele a guantes de látex, a medicinas... donde huele a hospital.

—¿Qué tal? —Lisa se levanta corriendo para venir a mi lado y examinarme la zona de la catástrofe—. ¿Te ha dolido?

—No, no, en absoluto. Estoy perfectamente. ¿Qué tal si nos vamos a celebrar que mi cara ya no es la de Frankenstein cenando por ahí?

—¿Seguro? Quiero decir, ¿no te apetece reposar ni nada?

—¿Para qué? Solo me han quitado tres puntos, no estoy saliendo de una operación.

—Bueno. —Lisa sonrío, más animada, y me coge de la mano para sacarme del hospital—. Entonces, acepto tu propuesta.

Decido poner algo clásico porque necesito música que me calme, y Lisa no protesta. Nos dedicamos a buscar con la mirada un sitio donde cenar, según avanzamos por las calles con el coche.

—Sabes... En el fondo no me importa que me haya pegado. —Lisa me mira alzando una ceja. Me río, me encanta cuando pone esas caras—. Ya sabes, por fin tengo aspecto de duro. Y de verdad. No me he caído de la cama esta vez. ¿Me da aspecto de duro?

Me evalúa durante unos segundos, pensándose mucho, y yo le pongo mala cara.

—No sé... No tienes mucha pinta de duro. Apenas tienes marca.

—¿Y así? —Hago una mueca estilo Clint Eastwood.

—No, creo que no. Parece que necesitas ir al baño y no encuentras uno cerca.

—Vale. —Lisa no para de reír por la cara que me ha debido de salir—. Me rindo.

—Pero no importa. —Me pone la mano en el muslo, algo que no hace que me concentre, todo lo que debo, en la carretera—. Te hubiese pegado o no, serías mi héroe. Y lo digo de forma literal; no sé lo que podría haber pasado si no hubieras aparecido...

—Bueno, confío en que hubiese llegado muy lejos. Espero... —Nos quedamos en silencio, pensando en las posibilidades tan terribles que nos cruzan la mente. Nos salva una llamada que viene de mi móvil—. Toma. —Le tiendo el móvil—. Cógelo tú.

Me dice que es Karen, y se pone a hablar con ella. No tengo ni idea de lo que están hablando, me dedico solo a conducir con cuidado por la calle, tan atestada de coches.

—¿Qué quería?

—Ya tenemos plan. Michael y ella están en la ciudad: nos vamos a cenar con ellos.

—Genial. —Le sonrío. Tengo ganas de ver a mi hermana.

Nos encontramos con ellos, veinte minutos después, en un restaurante donde no había entrado nunca: All American Food. Muy original.

—¿No podíais haber escogido algo más... menos ordinario? —Los tres me ponen mala cara a la vez—. Vale, vale. No voy a luchar con una clara mayoría. Venga, entremos. Seguro que todo es sanísimo aquí. —Sonrío de forma irónica, pero me conformo. Mejor eso que nada. Lisa me da la mano mientras me da un beso en la mejilla, cerca de la pequeña cicatriz.

El restaurante no está mal del todo. Como muchos otros, está decorado con motivos cinéfilos, o de la música: Presley, Dean, una guitarra eléctrica colgada en la pared, al lado de una claqueta de cine...

—Lisa, ¿me acompañas al baño? —Ella sonrío y se levanta junto a mi hermana—. Gracias.

Me doy cuenta; ambos nos quedamos mirándonos, viendo cómo se van juntas nuestras chicas. Me quedo embobado, con el dedo índice apoyado en mis labios, cuando Michael me da en el brazo, lo que hace que se me caiga la cabeza.

—¿Sabes? —me dice en susurros—: me gustaría llevar a Karen de viaje, algo grande.

—¿En serio? —Sin querer, me uno a sus susurros—. Eso está genial. Seguro que le va a encantar. ¿A dónde quieres llevarla?

—Creo que a Nueva York. —Sigue susurrándome, cada vez más cerca de mí—. Seguro que es una gran sorpresa para ella.

—Oye, ¿por qué estamos hablando en voz baja si están en el baño y podemos ver cuándo vienen?

—Ah, pues no lo sé. —Vuelve a hablar en un tono normal, y los dos nos echamos a reír.

—¿Y esas risas?

La voz de Lisa nos hace volver a la realidad, pero de la forma más despreocupada que se nos ocurre. Qué importa.

—Hablábamos de... —Yo pienso unos segundos lo que voy a decir, y por suerte los dos soltamos lo mismo a la vez—. *Rugby*. —Y volvemos a reír sin problemas, mientras las chicas nos observan confundidas.

Querría pedir una ensalada y, después, la hamburguesa más pequeña y con menos guarrerías que tenga, pero nada más mencionarlo, me llueven bolas de servilleta de los comensales de mi mesa. Genial, entonces, hamburguesa con queso y beicon. Un día es un día.

—Nick, ¿cómo va tu cara? —me dice Karen, mitad preocupada, mitad tranquila, sabiendo que, si pasase algo malo, ya se lo habría contado.

—Va bien, tal como lo ves. —Paso el dedo levemente sobre la cicatriz. Apenas me duele—. Es mi herida de guerra.

—Ya te digo que sí es de guerra —dice Michael mientras da un bocado a un perrito gigante—. Lo que habría dado por ver a Nick zurrando a ese subnormal. —Casi está histérico, algo que, en parte, me halaga.

—Fue alucinante —añade Lisa con un tono más calmado, quizás porque ella sintió la gravedad del asunto en directo—. En ese momento no estaba para vitorear a nadie, pero ver cómo se ponía furioso, como no le he visto nunca. —Me mira directamente a los ojos, sin apartar la mirada—. Fue algo... diferente.

—Bueno, eso seguro. Lógicamente, no me voy pegando todos los días con el primero que pasa por la calle —lo digo quitándole hierro al asunto. No me gusta ser el centro de la conversación.

Y todos vuelven a reír. Es extraño y confuso, porque rara vez he hecho reír de verdad a alguien en toda mi vida. Pero ahora parece que sí, que mi familia, mi amigo, mi novia... Que todos ellos se divierten conmigo. De pronto, tengo la capacidad de divertir, de hacer reír. Quizás de hacer feliz.

—Bueno, Lisa, ahora estarás tranquila, ¿no? —le dice Michael, aún riéndose—. Ya tienes un hombre escudo.

—¿Cómo que hombre escudo? —me quejo en broma, desde luego—. ¿No

querrás decir protector?

—Mmm... No, creo que no. Hombre escudo me gusta más.

—Ya... Lo que pasa es que este hombre escudo no aguantará mucho. Si me llevo golpes de este tamaño siempre...

—Entonces, te protegeré yo. —Lisa se acerca a mí y me da un beso. Esas cuatro palabras han recorrido todo mi cuerpo como una corriente eléctrica, llevando toda la carga de una promesa que podría ser real.

¿Podría? ¿Realmente ella podría defenderme? Quizás esté tan loca como para arriesgarse por mí, como yo lo he hecho por ella.

—Chicos, nos vamos a ir marchando ya. Aún tengo que llevar a este bicho enano a su casa. —Karen le propina un puñetazo en las costillas a Michael.

Conduzco tranquilo entre las calles, poco colapsadas un jueves por la noche. Me gusta. Me gusta cuando la ciudad está así, viva pero tranquila, y deja rastro de su movimiento, de su velocidad, pero demostrando cómo puede estar callada y relajada cuando quiere... Como si fuese solo para nosotros. Todas las calles silenciosas para nosotros dos.

—¿En qué piensas? —Lisa está distraída con la música, hasta que me ve a mí callado, concentrado.

—En... la calle. Todo está muy tranquilo, ¿a que sí?

—Sí, bastante... —Comienza a mirar por la ventana, y la abre. Saca la cabeza y permite que el viento despeine todo su cabello.

Puedo mirarla sin problemas. Tiene los ojos cerrados, deja que todo el viento le dé en la cara, y lo disfruta. Y entonces, se pone a gritar. Yo me asusto, pienso que le ha pasado algo, pero rápidamente me doy cuenta de que no es así, de que grita de felicidad, llena de euforia, de alegría. Y por un momento, sonrío, pensando que a mí también me gustaría ser así, me gustaría ponerme ahora mismo a tocar el claxon, a sacar la cabeza por la ventana mientras dejamos detrás una ciudad borrosa y demasiado tranquila. Pero no puedo. Lo único que se me ocurre es mirarla, sonreír feliz, saber que ella, ahora mismo y por una tontería como esta, parece feliz. Con eso me basta.

—Dime: ¿nos quedamos un rato en tu casa o en la mía? —le pregunto mientras entramos en el ascensor y dejo el dedo en el aire, esperando su respuesta.

—Mmm... ¿te apetece en mi casa? Tengo una película que podemos ver.

—Mierda, ¿otra comedia romántica?

—Mierda, me acabo de dar cuenta de que salgo con el típico tío que ama las películas de acción y no soporta las de amor, ¿a que sí? —me contesta con ironía y con la victoria reflejada en los ojos. No me queda más que pulsar el número 4.

—Hago esto solo para que veas que puedo ver una película romántica.

—Gracias. —Se abalanza hacia mí y me llena de besos—. Ya sé qué puedes hacer; tú y yo ya hemos visto algunas películas de amor juntos.

—Ah sí, como la del macarra y la hija del reverendo. Nuestros dobles de ficción.

—Exacto, así que quéjate menos. La próxima vez, si quieres, haremos lo que tu deseas.

—Te tomo la palabra. —Abro la puerta del ascensor y la mantengo abierta para que pueda pasar.

Entramos en su casa, besándonos de forma lenta, sensual, sin prisas. Ella se encarga de cerrar la puerta; a mí no se me da bien teniendo otro asunto entre manos.

—Haz una cosa. —Se separa de mis labios, pero me mantiene pegado a su cuerpo—. Ve tú a por dos copas y el vino que he dejado encima de la mesa, mientras yo voy a poner la película.

—Perfecto, porque me harán falta litros y litros de alcohol.

Me pega en el brazo y se aleja de mí sonriente. No puedo evitar mirarla antes de desaparecer por el salón, pero no pasa nada; su cocina, como la mía, tiene ese gran ventanal que da al comedor. Cojo las copas mientras la observo, veo cómo mira con rapidez toda la estantería de películas.

—Creía que preferías la piratería —bromeo, mientras sirvo media copa de vino para ambos.

—Es más económico, pero prefiero tener en original todas las películas que me gustan.

Ambos nos sonreímos; ella sigue buscando y yo sigo sirviendo vino, y sigo mirándola.

Los dos nos sentamos a ver la película; ni sé cuál es el nombre, no me interesa demasiado. Solo quiero pasar un rato agradable con Lisa. Salen un montón de chicos de instituto, como siempre, y faldas, y cazadoras de cuero negro, y tupés, y carpetas forradas... Es como si *Grease* fuese la versión original, y lo siguiente solo fuesen copias y copias y más copias. Pero parece que le gusta. Está tumbada, con la cabeza en mis piernas y yo con el brazo en su estómago, dibujando círculos en él. Es verdad, realmente no me importa la película. No ahora, no quiero analizar nada de un largometraje, no quiero juzgar a un director, ni criticar a ese actor de series B. Quiero esto. Quiero sentirme tranquilo, relajado, notar el peso del día encima, y ver que ahora no tengo por qué agobiarme por nada. Entonces, recuerdo un día, uno cualquiera, en el que Annabelle me obligó a ver una horrible película con ella; una mala y estúpida que resultaba insoportable. Yo solo podía pensar en los planos del edificio que iba a construir Atkins. Acabó viendo la película ella, mientras yo repasaba los

planos que ya había entregado.

No, ahora no puedo pensar en eso. Sencillamente, no me sale. Lisa se acurruca más y yo le echo una manta doblada en el apoyabrazos, por encima, para que no coja frío.

—Gracias. —Se encoge mientras sonrío, y yo me agacho para darle un beso fugaz. No quiero entretenerla, ella sí parece pendiente de la película.

Al final consigo centrarme en la última parte. En la escena final aparece la pareja protagonista. Él quiere pedirle perdón por algo, no sé por qué; ella decide perdonarlo y ambos se ponen a bailar en medio de la carretera, sin tener en cuenta que puede venir un coche y arrollarlos. ¿Qué tipo de final estúpido es este? No tengo ni la menor idea, pero Lisa se está enjugando una lágrima. La levanto de mi regazo para verla mejor.

—¿Estás llorando...? —No puedo ocultar el deje burlón de mi tono.

—No... —Mi mirada incrédula hace que me diga la verdad—. Bueno, ¿y qué quieres? Tiene un final precioso.

—No, tiene un final poco creíble. ¿A ti te convence? Él le hace una putada, ella huye; él la persigue, le da alcance, y lo perdona, como si tal cosa, y los dos dementes se ponen a bailar en mitad de la carretera...

—Nick..., a ver. —Se termina de limpiar, y su voz se vuelve más ruda, como yo la conozco—. Esto que acabamos de ver se llama película, pe-lí-cu-la, ¿de acuerdo? —No puedo evitar burlarme, y ella no puede evitar lanzarme una de sus miradas asesinas.

—Vale, vale. Es solo que no entiendo por qué tienen que hacer finales tan poco convincentes.

—Pues porque es ficción, entretenimiento. Una persona que está harta del mundo real quiere ver una película, divertirse y olvidar por un par de horas la mierda que lo rodea.

—¿Tú ves las películas por eso? —Se queda callada—. Pues yo intento disfrutar de una película por todo su contenido. El cine no se creó solo para divertir. Quizás sí en un principio, no lo sé, yo no estoy doctorado en ello. Pero ha llegado a un punto donde puedes encontrar belleza en cada detalle que lo compone; cada fotograma está cuidado al detalle, una escena tiene detrás a cientos de personas que se preocupan de que todo esté bien. En una película no solo encontrarás actores y un bonito decorado. ¿Qué pasa con el técnico de luces?, ese que ayuda a que tu escena súper romántica sea tenue, cálida... Sin él ni siquiera sentirías que te llega una milésima de ese sentimiento. El cine es entretenimiento, sí, pero es un arte poco valorado con un trabajo exquisito.

Intento respirar hondo ante mi gran discurso. ¿Qué? Ni yo mismo sabía que sintiese todo eso por el séptimo arte. Lisa tiene la boca semiabierta, con los ojos

como platos.

—Para empezar, diré que me has dejado idiotizada... No tenía ni idea de que fueses tan cinéfilo; creía que eras un chico de ciencias.

—También de artes, ya lo sabes...

—Pero no de cine... Aunque no hacía falta que me dijese nada de eso. Por si se te olvidaba, he estudiado arte dramático; estoy ligada a este mundo y alguna vez he tenido la oportunidad de ver lo que se cuece en un rodaje. Pero, a mi gusto personal, prefiero ver una película con mi novio por entretenimiento, para descansar, no para analizarla al detalle ni ver lo verosímil que resulta. Por esa regla de tres, no te tragarás *Matrix* ni *La guerra de las galaxias*...

—Esas películas son surrealistas de por sí. Es solo que cuesta que me llegue una película que intenta ser realista desde el principio y luego te mete este final...

—Algunas soñamos con un final así... —Lisa agacha la cabeza. Genial, ahora hemos dejado la película a un lado.

—¿Cómo...?

—Pues que la gente no es tonta, y no pone ese final feliz y romántico para sacarte de tus casillas. Es el tipo de finales con el que muchas soñamos.

—¿Sueñas con tener un final así? —No sé cómo reaccionar.

—Sueño con un momento así, desde luego. Cualquier chica lo desearía.

—No... tenía ni idea. No sabía que tú...

—No, porque yo siempre parezco del tipo de chicas que... no son como las chicas normales. —Se empieza a reír por su forma de expresarse: siempre haciéndose un lío cuando habla de sentimientos.

Se levanta para huir de mí, escapar a la terraza o no sé a dónde, pero soy rápido y me levanto a la vez que ella para agarrarla del brazo y no dejar que se vaya. La enfrento con mi cuerpo, lo que hace que me mire fijamente, tanto como yo la estoy mirando.

—Yo no sé si puedo hacer todo en esta vida, pero puedes pedirme lo que quieras, porque lo haré. —Mi voz se vuelve firme y dulce a la vez. ¿Es posible?

Ella sonrío a medias y me besa. Se aferra a mi pelo y yo, a su cintura. Se separa y, por inercia, me inclino hacia ella.

—¿Y ese era un final cursi? Ahora te has pasado...

Sí, quizás me haya pasado, quizás no es mi estilo, pero lo he dicho. Si me viese desde fuera, si hubiese sido como una película, yo mismo habría dicho de nuevo lo absurdo que resulta. Pero me gusta haberlo dicho, y me gusta que le guste, que le haga sonreír, que tenga, no su final feliz, sino su momento feliz.

Hemos sustituido la música animada de los créditos por nuestra música. Las melodías más dulces, más lentas, más pasionales, más tranquilas, más felices que

podemos pensar. La verdad es que, en un momento así, nos vale casi cualquier canción. La noche está tranquila, despejada, cálida... Nunca lo he pensado, pero nos hemos salido cientos de veces a la terraza. Para hablar, para mirar el cielo y los coches, para respirar el aire y la ciudad, para reírnos de tonterías, para tratar temas serios y delicados... Pero nunca se me ha pasado que una noche entera juntos, y en la terraza, puede ser algo... distinto. Tan solo distinto.

La llevo con mis manos en su cadera hacia la terraza, mientras no separo mis labios de su boca, de toda ella.

—¿En la terraza? —Se empieza a reír. Esa risita tímida que le sale cuando estamos a punto de hacerlo. Esa risa sofocada y baja que eriza el vello de placer.

—¿Qué? ¿No te gusta? —Mi voz es ronca, y eso le arranca un sutil espasmo.

—Me encanta.

—Pues, entonces, calla y deja que me ocupe de tu momento.

Y apenas hablamos más. No hace falta. Me apresuro dentro un momento para coger la manta que descansa en el reposabrazos del sofá, y la extiendo en el suelo de la terraza. Y sigo después con esa pequeña fantasía nueva. Tomo la iniciativa de tumbarla en la manta al ritmo lento de Ronan Keating, que llega desde el salón. Mi cuerpo presiona el suyo, mientras se deshace de mi camiseta, y yo hago que desaparezca su blusa. Segundos después es imposible no notar en mi estómago su respiración, su vientre plano luchando con el mío. Sus manos recorren mi espalda, casi arañándola. ¿Cómo un simple gesto puede poner a alguien tan frenético? Son sus manos, ese es el secreto de todo. Sus manos, sus dedos... todo hace que cada mínimo gesto se convierta en algo grande, importante. Me creo un camino desde sus labios hasta su cuello, haciendo de mi nariz el caminante. Sus dedos se pierden en mi pelo, y un leve mordisco mío hace que sus dedos pierdan fuerza.

—¿Has visto cuántas estrellas? —Su voz es un susurro mínimo que entra directo por mi oído y termina siendo un calambre que llega hasta la punta de los dedos de mis pies—. No entiendo cómo no se nos ha ocurrido esto antes. Es precioso ver a la vez un cielo así...

Clavo mi mirada un segundo en sus ojos, que relucen a pesar de la negra oscuridad. Le acaricio el pelo y beso su frente.

—Ahora no quiero mirar estrellas... —Y así transformo un pequeño momento en algo inolvidable.

Mis manos se pierden bajo su vientre, entre su ropa interior de encaje, que me vuelve loco y, como si hubiese tocado el nervio correcto, suelta a la vez un gemido en mi oído que solo consigue sacar a la bestia. No perdemos tiempo y, antes de pensarlo, nuestros cuerpos están unidos en perfecta sintonía. Verla encima de mí, manejando la situación a la perfección, es una obra de arte, algo

para inmortalizar y no olvidar jamás.

Con un ágil movimiento ruedo sobre ella, ejerciendo presión, pero sin aplastarla. Mis besos se muestran urgentes, ansiosos y no soy capaz de resistirme a morderle el labio inferior. Sus caderas se acompañan a las mías, lo que hace que entrar en ella sea todavía más intenso.

—Joder... No puedo más. —Es suficiente un susurro en su oído para que tense todo el cuerpo a la vez que se agarra a mis hombros, como si pensase que se puede caer al vacío.

Esta vez nuestro éxtasis no sale en jadeos mezclados con el aire, sino que los dejamos en nuestras bocas, unidas, y convertimos los dos gemidos en uno caliente, que va y viene sin salir de nosotros.

Su cuerpo descansa sobre el mío, nuestras respiraciones se acompañan a la vez. Lisa se queda dormida en mis brazos y, mientras, observo el cielo. Tiene razón: a pesar de tanta luz, las estrellas se ven perfectas. A un paso de entrar en mayo, y el tiempo nos concede una tregua por la noche, para que podamos descansar aquí, sin pasar frío. En este momento pienso en mi hermana, en Michael y en la felicidad de ambos. También pienso en Lisa, así que no puedo evitar que se me venga a la mente la idea del viaje a Londres. Poder ir allí a su lado, ver cosas nuevas, gente diferente, paisajes diferentes. Sé que eso le haría ilusión, que es algo que le haría muy feliz; y solo el pensar cómo se pondría ella de contenta hace que yo sea feliz. Por primera vez haré un viaje de negocios diferente.

CAPÍTULO 26

No paro de darle vueltas a la idea del viaje. Sería la primera vez que llevase a una mujer conmigo a un viaje de negocios. Lo que más deseo es ir allí, recibir la mejor noticia del mundo y tenerla al lado para que sea la primera en oírla. Y celebrarlo juntos, en un restaurante, en un *pub* inglés y en la cama. Pero no sé si ella podrá o querrá venir.

—Pues... no lo sé, Nick. Tienes que preguntárselo y rápido —me responde Karen, mientras da un trago a su taza de café en la cafetería que está cerca del teatro—. Pero estoy segura de que dirá que sí.

—Supongo que tienes razón...

—¿Y para cuándo quieres que sea?

—El viaje está previsto para el día 15; aún me quedan algo más de dos semanas, pero sí, debo darme prisa en decírselo.

Los dos nos terminamos el café y nos levantamos para irnos.

—¿No quieres que te acerque a ningún lado?

—No, Nick, no te preocupes. Michael me espera por aquí cerca para irnos con unos amigos.

—Bueno, gracias, hermanita. No sé qué haría sin ti. —La abrazo y beso su coronilla.

—Pues nada. Eres un inútil sin mí, ya lo sabes. —Y dejo que se marche mientras los dos nos reímos y vamos en direcciones opuestas.

Aparco el coche justo enfrente de la puerta trasera del teatro y me apoyo en él, esperando a que salga. Ahí sale feliz, saltarina y parlanchina, como siempre me la encuentro nada más salir de sus ensayos. Ella me dijo que era porque ahí dentro conseguía que saliese su verdadero yo, un ser de lo más loco, aunque yo sé que es así casi las 24 horas del día.

—¿Qué tal? —Me apresuro para abrazarla, mientras ella se tira a lo bruto en mis brazos.

—Genial, como siempre. Cada vez con más nervios.

Nos metemos en el coche y, cuando estoy a punto de arrancar, coge el navegador.

—¿Qué haces?

—Pues... —Mientras está tecleando con los dedos en la pantalla—. Llevarte a un sitio. Ya está, solo sigue sus instrucciones.

—De acuerdo... —Hago lo que el GPS me va diciendo sin saber aún a dónde demonios me quiere llevar.

Lisa se deshace de su mochila y la lanza a los asientos traseros mientras me sonrío. Me gusta cuando hace eso mientras conduzco, como si yo no pudiera verla, y en realidad sigo todos sus movimientos.

—Entonces, ¿tienes muchos nervios? Ya solo quedan un par de días para el estreno.

—Esta mañana me he levantado como un flan, tendrías que haberme visto. Pero en los ensayos, al menos, aún no me he equivocado.

—Ni aún ni nunca. No te vas a equivocar. Vamos, yo te he ayudado y en todas esas veces no has necesitado el guion. Serás la que más deslumbre, ya lo verás.

—Atrapo su mano con la mía, y ella la aprieta un poco más.

—Bueno, eso espero. La verdad es que son nervios de estrenar, pero no tengo la sensación de que pueda equivocarme. Tengo ganas de que sea ya, y de que tú estés ahí.

—Te podría decir que estaré en primera fila, pero desde ahí se verá fatal; podría perderme partes donde tú estuvieses en el escenario. No te preocupes, te prometo que estaré ahí para ver cada movimiento tuyo. —Me da un beso en la mejilla mientras sonrío. Lo noto—. Por cierto, ¿no me vas a decir a dónde me llevas? Al menos una pista.

—No... —Su voz se ha vuelto un poco más seria—. En cuanto estemos en la puerta, ya sabrás a dónde te llevo, pero promete que no harás preguntas sobre ello hasta que yo lo diga, ¿de acuerdo?

—Eh... Está bien.

Lisa, siendo misteriosa, vaya. Pero es un misterio poco divertido, no tiene nada de feliz su tono. Y es al llegar a nuestro destino cuando clavo la mirada en esa gigantesca puerta, en lo que guarda... Cuando entiendo todo. O casi todo.

Estoy a punto de abrir la boca para preguntar por qué me ha traído a este lugar.

—No, aún no. Espera a que lleguemos, ¿vale?

—Vale, lo que tú digas.

Me da la mano mientras avanzamos entre tumbas, entre vidas inertes, entre personas que fueron personas... Da escalofríos y, sin embargo, ella parece

tranquila.

Después de andar un par de minutos, llegamos a una calle —otra de tantas, en este sitio igual y distinto a la vez—. Lisa me coge de la mano aun con más fuerza, lo necesita. Por primera vez, necesita mi mano como apoyo.

—Es aquí...

Y justo enfrente de nosotros, se encuentra una tumba. Andrew Robbins.

Quiero hablar, pero no sé qué decir. No puedo creer que me haya traído aquí, que haya tenido el valor para hacerlo. Estoy a punto de hablar, pero se me adelanta.

—Fue hace muchos años, en esta misma ciudad. Ya te lo dije, yo soy de Dublín. —Su tono es neutro, sin sentimiento, vacío. Me quedo de piedra mientras dejo que siga contándome su historia—. Ambos salimos a comprar. Él se había empeñado en comprarme unas flores; siempre me compraba las mismas, y eran horrorosas. —Ahora se ríe, quitándole importancia, pero yo soy incapaz de gesticular—. Pero a él siempre le hacía ilusión. Le dije que no hacía falta, que ya podíamos volver a casa y dejarlo para otro día, pero no. —Separa su mano de la mía para sentarse en el suelo, y yo la imito, sentándome a su lado. —Cuando salió de la tienda y se dispuso a cruzar, un coche entró en la calle a toda velocidad, sin mirar, y se lo llevó por delante... —No puede evitar mirar al frente, mirar el resultado de lo que ese coche dejó. No vacilo en coger su mano de nuevo, con fuerza, con seguridad, y ella sonrío con tristeza—. Cuando me acerqué a él, ya no le quedaban fuerzas en el cuerpo y... se marchó.

—Lo siento... —Cojo su mano con más fuerza, lo único que puedo hacer con esto: con lo único que no tiene remedio.

—Fue después del funeral cuando mi madre nos comunicó a mi hermano y a mí que marchábamos de la ciudad. Imagina cómo nos sentó eso. Mi hermano tenía el sueño de convertirse en un gran médico aquí, y yo tenía a mis amigos de toda la vida, a Robi...

—¿Erais igual de amigos que ahora?

—Robi y yo somos amigos desde primaria por lo menos. Por mucho que nos quejamos, acabamos acatando sus órdenes. Ella estaba muy mal, quizás necesitaba un cambio drástico de aires y nosotros también, así que nos fuimos. Al principio no fue tan duro, solo que aquello era todo soledad, pero lo llevaba bien. Los problemas comenzaron después. Mi madre seguía peor, pero intentaba olvidar a mi padre, y mi hermano hacía como si nada hubiese pasado y se centraba en sus estudios. Ambos habíamos quedado en ayudar a mamá, en hacerle la vida más fácil, así que él empezó estudiando una carrera para ser el médico del pueblo algún día. Y yo... —Lisa se queda callada, sin saber qué decir, o sin querer decirlo.

—¿Y tú...?

—Yo no tenía una meta. Mi meta en Dublín era la misma que ahora. Pero allí..., en un pueblo tan pequeño, sin vida, sin... nada, yo ahí no podía ser alguien. Miraba mi futuro y me veía con treinta años haciendo cualquier cosa para ganar dinero, y cuidando de mi madre. Me entró el pánico, así que decidí venir aquí, olvidar aquellos años en Kilkee y volver a mis raíces. —Ahora mira fijamente la tumba, la foto de su padre—. A mi padre.

—Jamás habría imaginado nada de esto... No sabía el drama que corre por tu familia, ni...

—Claro que no. Yo no cuento estas cosas por ahí. Verás, después de volver a Dublín, me di cuenta de que no podía amargarme, y de que ahora podía empezar mi vida. La persona que más he amado no está conmigo, pero... yo siempre he sentido que me acompaña y, por lo visto, debo conformarme con eso. Así que, ahora mismo soy feliz.

Me quedo maravillado. Es como si Lisa hubiese cambiado de pronto, o mostrado quien verdaderamente es. Noto como si de golpe y de un porrazo hubiese madurado, aunque en realidad haya sido de esa forma toda su vida.

Nos quedamos en silencio. Sé a la perfección en qué piensa, sé lo que se le puede estar pasando por la mente. Y no llora, no sonrío, no tiene ninguna mueca. En mis brazos, no alcanzo a ver su rostro con absoluta perfección, pero sé con exactitud que tiene la vista clavada en la fotografía de su padre. Solo hay silencio.

Y por mi parte, son otros pensamientos los que me invaden, diferentes y a la vez en conexión... Sé muy bien y recuerdo con todo lujo de detalles a qué Lisa me encontré aquel día en el portal. Sé cómo era en esos momentos, lo desesperante que resultaba por lo histérica y loca que estaba. Y después, no mucho más tarde, descubrí que esa locura era algo maravilloso, bonito, precioso de ver. En mi piso, donde siempre ha habido silencio y seriedad, entraba un rayo de luz blanca a la vez que entraba ella por la puerta. Con ella todo parece tener más color; toda su felicidad me enseña lo diferente que soy yo. Desde que vi a Lisa y hasta ahora, ha sido la reencarnación perfecta de la felicidad en su máximo exponente, como si su vida fuese lo más grandioso, lo más fácil, lo más cómodo de llevar. Como si de ahí derivase su buen humor permanente e incansable.

Pero no, había estado equivocado todo el tiempo. Lisa es como un iceberg, y ahora mismo siento que, en realidad, solo he visto el diez por ciento de ella; aún me queda el resto. ¿Cómo imaginarlo? Cualquier otro niño habría tirado un trauma por el mal camino, y Lisa no. De alguna forma que no me explico, logró ser alguien, un ser perfecto de mente clara y de actos seguros. Sé que no debería

pensar así en un lugar como este, pero sonrío en mi fuero interno. Sonrío por saber un poco más de ella, de esos pensamientos que tanto se preocupa por esconder. Sonrío porque me ha regalado esa parte de Lisa que me faltaba, la que la convierte en una persona hecha y derecha, con ilusiones y con pies en la Tierra, con sueños y objetivos, con risas y llantos. Es el equilibrio perfecto que no conseguía encontrar en ella.

Sin querer, se me escapa la sonrisa, y lo nota; no sé cómo, pero lo nota.

—¿Qué? ¿De qué te ríes? —No está molesta, para nada; más bien está curiosa por mi acto.

—De nada. Del... silencio que hay.

—Ya, bueno..., es lo que tienen estos lugares. —Se ríe de mí. Y otra vez veo su sonrisa, sus ojos verdes achinados, combatiendo la tristeza con la felicidad.

Lisa vuelve a mirar la foto, y yo examino el lugar. Parece extraño, pero entre tanta figura religiosa se encuentra una escultura, un Bernini: Apolo, persiguiendo a quien no puede tener. La figura, perfectamente diseñada —que convierte al mármol en algo magnífico, perfecto—, consigue dar algo de armonía al lugar. Me pregunto qué hace aquí una figura como esa, pero lo pienso poco. Dos amantes... y unos seres queridos que decidieron homenajearles con tan exquisita escultura barroca. Y lo pienso...y todo me recuerda a ella; todo en estos momentos me recuerda a Lisa. Un brazo, un vientre, y hasta las hojas. Toda la escultura me lleva a la chica que me vuelve loco.

—¿Reaccionas? —Me da un pequeño codazo; quizás ella piense que lo ha dado con fuerza, pero ha sido como una caricia—. Te has quedado medio idiota.

—Perdona, ¿qué?

—Nada, que... a mí me gusta este silencio.

Al dirigirnos a la salida vamos callados, como si nos hubiesen dado una mala noticia. A mí, por lo menos, sí. Pero sujeto su mano con fuerza, no puedo dejar que se vaya. Ella es el salvavidas que me mantiene a flote, pero lo más importante es que yo quiero serlo para ella.

CAPÍTULO 27

Todos se unen esta noche por una misma razón. Entre todos ellos, Nick aún hace frente a la dura noticia de saber que Lisa tuvo que soportar una dura adolescencia. Se siente culpable por todas las veces que le gritó en el pasado, por todas esas veces que se rio y burló de su forma de ser. Pero tiene claro que ya no será así nunca más, que estará ahí para ella siempre.

Lisa, por supuesto, ahora no tiene nada en la cabeza más que una cosa: su obra, el gran estreno. Por mucho que quiere no puede separarse de las frases que recita mentalmente. Repasa y repasa el papel, esas partes que peor se le dan; ensaya gestos que aún ve forzados, y se toma un tranquilizante. Sí, aunque se dedique al teatro, tiene miedo escénico. Cada vez que estrenan una obra, necesita unos minutos ante el espejo, solo para mirarse, solo para recordarse a sí misma que es una persona más, que no será su última obra y que todo lo que pasará a continuación es lo más normal del mundo. Se lleva haciendo casi desde la noche de los tiempos, y esta no será diferente. Sí, una gran obra, pero no la única, así que no hay nada que la pueda hacer diferente, o peor.

Pensar que será algo común hace que Lisa se calme, que al fin le salga la sonrisa más natural.

—¿Estáis listos?

Nick termina de arreglarse la corbata por sexta vez mientras mete prisa a Karen, que está terminando con la máscara de pestañas, y a Michael, que se está haciendo la última lazada de sus zapatos. Ya que están tardando, aprovecha para echarse un último vistazo. El chaleco empieza a ser una prenda que le favorece. En otro momento habría optado por acompañarlo con el traje, como debe ser, pero reconoce que ir al teatro solo con el chaleco y con corbata sigue siendo algo elegante. Por supuesto, con pantalones de traje, no con vaqueros. Aún no está tan loco.

—Sí, ya va. —Ambos gritan lo mismo y a la vez.

—Vámonos. No sé cómo lo hacemos, pero llegamos siempre tarde a todos lados.

—Ya está, ya está. —Michael sale a la pata coja del cuarto, hacia la puerta.

Cierran con fuerza, salen disparados hacia el ascensor y pulsan con fuerza el botón del -1, como si esa presión fuese a hacer que descendiese más rápido de lo normal. Y, en realidad, las prisas que llevan hacen que el viaje se les haga eterno.

Nick está nervioso, y mucho. Después de las ciento de veces que ha visto ensayar a Lisa, las decenas de veces que le pidió ayuda, está impaciente por ver el resultado final de la magnífica obra, gracias, en gran parte, a ella.

Esperan la cola, el final de un número incontable de gente que los guía hacia las puertas del teatro, a la entrada de la actuación, a la habitación donde también está ella.

—Pero ¿tú has visto cómo llevas la corbata? —le grita Karen a Nick, lo que hace que abandone por un momento sus vagos pensamientos.

Nick no contesta a su hermana, y él ve —sin mirar— cómo esa corbata es hecha por séptima vez, en menos de una hora, ahora por unas manos distintas, y ahora más perfecta; eso debe reconocerlo. Nick es un maniático de la perfección y la elegancia; ¿qué pasa esta noche?

A lo lejos llegan siete sombras que corren como locas y llaman la atención. Desde luego son ellos.

—Chicos, ¿por qué habéis tardado tanto? —dice Nick, mientras termina de ajustarse la corbata.

—Atasco, como siempre. —Sarah contesta mientras se saludan todos.

No, por algún motivo a nadie que está detrás de ellos le incomoda el hecho de que, de pronto, haya siete personas más adelante, ya que las butacas están numeradas

—Estoy nervioso, y mucho. —Steve habla con Michael—. Ni te imaginas la de veces que ha hablado Lisa de este momento en los ensayos, y ya no pasará más —añade mientras ríe. Matt le da un empujón por burlarse, aunque todos sepan que es broma—. Si hubiese oído una vez más «Oh, Romeo, Romeo» en medio de mi solo, habría acabado con su sufrimiento con un guitarrazo.

Sí, está claro que el bueno de Steve consigue que todos se rían y que Nick se relaje. «Maldita sea —piensa él—, no puedo estar tan nervioso; es su estreno, no el mío».

Pero está claro qué le pasa. Esas ganas locas de verla en el escenario, de oírla recitar, de saber que esa persona es ella, es... ella. Es el motivo por el que no puede dejar de mover la pierna, de arrugar el papel que sostiene en las manos y que ni siquiera sabe cómo ha llegado ahí, de humedecerse continuamente los labios, o de pasarse la mano por el pelo una y otra vez. Está nervioso porque,

como tantas otras cosas que le llegaban de manos de Lisa, no ha podido planearlo, ni estudiarlo. Le ha llegado así porque sí, improvisado.

Es la hora de entrar junto a esa masa de gente, que se mueve despacio y de forma elegante; la hora de sentarse en las butacas escogidas, ni muy adelante, donde duela el cuello al mirar hacia arriba, ni muy atrás, que no sepas ni quién actúa. Es la hora de revisar el programa, de leerse la sinopsis —aunque sepan de sobra cómo es la obra—, de buscar como locos el nombre de su actriz favorita, de su mejor amiga, de su hermana, de su cuñada, de su novia, de Julieta. De Lisa.

A su vez, Lisa está en el camerino, compartido con otras dos actrices más, quienes hacen de las madres de Romeo y de Julieta; dos actrices guapísimas de no más de cuarenta años y con mucha más experiencia que ella. Esto podría haberla intimidado, pero Carol y Marlene han sabido cómo hacer que Lisa se sienta como en casa, su nueva casa. Las tres se maquillan, sin necesitar a nadie más; base pálida para la cara y colorete rosa sin exagerar. Los labios, que son tan finos, mejor de un rosa fuerte, o eso le recomendó *miss* Angela cuando supo que haría de Julieta. Carol y Marlene ya están maquilladas, y a Lisa solo le faltan los ojos.

—¿Te lo hago yo, niña? —le pregunta Carol, siempre con su tono maternal tan presente.

—Claro —responde Lisa, y sonrío; le hubiese gustado que su madre hubiese sido así cuando era cría. Se ve por el espejo, mientras termina de maquillarla. Una línea negra simple para el ojo con maquillaje azul. Sonríe—. Muchas gracias.

—Nada de gracias.

Le gusta. Le gusta tanto cómo la trata, cómo se porta con ella, cómo le sonrío, cómo le habla... Se siente... como en casa.

Termina de arreglarse cuando llaman a los actores de Sansón y de Gregorio a escena. Es en ese momento, cuando empieza a notarse las manos sudadas, cuando ve que es real, que esto que está sucediendo no es un sueño como otras veces, se mira al espejo y no ve solo a Lisa, sino a una Lisa nueva, a una Lisa entrando por el camino que siempre quiso, el camino de sus sueños, su meta, su ilusión; el camino al que tanto le ha costado llegar y por fin lo ha conseguido. Ahí fuera está el escenario, su pódium, el decorado que anima su ilusión, y los actores, compañeros que están ahí para conducirla y ayudarla en los obstáculos que se encuentre. Una obra más, pero en un teatro más grande, con más focos y con mucha más gente que en las anteriores. Sí, es importante.

No puede evitar mirarse al espejo mientras escucha de fondo las órdenes a los actores, que saldrán en breves momentos. Se ve nerviosa, y ya no son nervios de

la primera vez, nervios de qué dirán, nervios por hacerlo mal. Nada de eso. Son nervios por hacerlo bien, porque sabe que saldrá bien, porque escuchará los aplausos al finalizar la obra, porque podrá sonreír y saber que lo ha hecho bien, porque así será.

—Lisa, preparada.

—Ya voy.

Vuelve a mirarse al espejo y solo se le ocurre guiñarse un ojo a sí misma, antes de abrir las puertas de su ansiado paraíso.

Todo el público, que observa casi sin pestañear, permanece en silencio, expectante, preparado para disfrutar, de una forma que no imagina, la mejor escena de toda la obra. En la butaca 17 de la fila 8, unas manos tiemblan y retuercen el programa de la obra, rasgando una de las «o» de «Romeo». Se muerde el labio sin parar. Todo un hombre que ya sabe quién es esa muchacha que pisa con firmeza el escenario, que habla con voz clara y sin titubear; esa muchacha que se encuentra a su lado cada día. Y a su lado, todos los demás, esas pocas personas que lo son todo para Lisa. Todos diferentes y todos con la misma sonrisa de orgullo en el rostro, que no desaparece. Todos con el mismo pensamiento: «Sí, ella es Lisa y la conozco».

Nick es capaz de admirarla y a la vez es capaz de recordar estos mismos versos que un día fueron dichos en su minúsculo piso. No habría imaginado que dentro de esa personilla tan loca se encontraría toda una artista en potencia. «Realmente es un saco sin fondo, una caja de sorpresas», piensa. Sus ojos verdes, sus pálidas manos, sus labios, que se mueven para dar ritmo y sentido a los versos de Shakespeare. Se agarra con fuerza a su asiento para evitar la tentación de subir al escenario, de robarle con descaró el papel al actor que interpreta de una forma magnífica a Romeo, y besarla. Besarla hasta cansarse. Por un momento, cierra los ojos, y solo escucha su dulce voz, que entra por sus oídos para quedarse en su cabeza y descansar ahí, tranquila, con calma. Cierra los ojos para hacer que esa singular voz sea ahora solo suya, y de nadie más.

Romeo recita ahora el que será su último monólogo, mientras Lisa —Julietta— yace en el suelo, muerta en vida, por poco tiempo sin que su amado lo sepa.

—Oh, qué rápidos son los efectos de tu bálsamo, alquimista veraz. —Romeo comienza a caer lentamente sobre el cuerpo de Julieta—. Y así, con un beso, muero.

Todas y cada una de las personas, que permanecen en su butaca sin pestañear, sabe de sobra cuál es el final; incluso muchos serían capaces de recitar cada verso de memoria, pero eso no impide que, al llegar al momento más tenso, más impactante y más emotivo de la obra, todos permanezcan sin respiración, asombrados, como si no esperasen lo que está a punto de suceder.

—... ¿Por qué te lo bebiste todo, ingrato, sin dejar una gota para mí?

Lisa está tan metida en su papel que es capaz de soltar alguna lágrima, sin querer, sencillamente porque le sale. Desde luego, ella tampoco puede evitar esas imágenes, esos recuerdos que corretean sin parar por su cabeza en este preciso instante, donde era a Nick a quien le lloraba, a quien besaba, a quien abrazaba antes de morir. Así era más fácil. No tiene más que imaginar que Alfred, quien se mantiene inmóvil en el suelo, es el mismísimo Nick, la persona a la que... La persona que más le importa en estos momentos.

—Oigo un ruido, ¡me queda poco tiempo!

En una milésima de segundo, pasa una idea espeluznante delante de ella: pensar en la muerte de Nick. Se repugna por pensarlo y, sin embargo, le viene bien. ¿Cómo sería? ¿Qué ocurriría si mañana el hombre que le ha dado un color diferente a su vida desapareciese para siempre?

No quiere seguir pensándolo, porque es la escena más triste; pero sigue siendo teatro, y Lisa ya no puede parar de llorar por la imaginación que tiene, por lo real que se ha hecho esa pequeña y terrible idea en su cabecita. Ella ya ha visto morir a una persona, y el sabor amargo del recuerdo aviva su imaginación. Está asustada por ese giro que ha tomado su vida, y ahí en medio, delante de tanta gente, en un momento tan importante. Pero no, no puede bloquearse, no ahora. El *show* debe continuar.

Nick se pasa, disimuladamente, un dedo por el ojo y esconde la cabeza de sus amigos. «¿Cómo puede ser que me llegue tanto? —piensa Nick—. Tan solo es una obra». Vamos, *Romeo y Julieta*, preciosa, pero es poco impactante cuando has visto el final una y otra vez; cuando lo has leído y releído, ya pierde sentido. No, parece que en este momento no, cuando Lisa está ahí arriba, lejos de sus brazos, y llorando de esa forma tan... tan real. Le duele, de verdad le duele. Y se alegra. Al fin y al cabo, ha conseguido llegar al público como una gran actriz.

—¡Aquí te quedarás! ¡Dame la muerte!

Y de forma rápida, se introduce el puñal en el estómago y se deja caer sobre el cuerpo del difunto Romeo.

Todos recuperan el aliento, mientras pasan a la última escena. Nick ha conseguido recuperarlo y se nota más aliviado, como si de pronto hubiese entrado esa corriente de aire que tanta falta le hacía unos minutos atrás.

—Oh, viene mi parte favorita de toda la obra —dice Matt a Charlie.

—Sí, yo también quería que llegase el final. Me ha encantado, pero necesito cambiarle el agua al canario, y comer algo.

—No seas gilipollas. —Lo golpea en el brazo con fuerza y de forma silenciosa—. Son los últimos versos. Escucha.

—Más triste historia no ha existido, creo, que esta, la de Julieta y Romeo.

Se produce un silencio común para todos. Claro que saben que esas son las últimas palabras que dan fin a la magnífica obra, pero es como si necesitasen esos segundos de silencio, de paz, de disfrute personal de la obra al completo. Y entonces, como si se pusiese todo el público de acuerdo, estalla en un hermoso y compaginado aplauso que parece no tener fin. Un aplauso merecido, que baña cada butaca, cada palco, cada rincón escondido del teatro. El telón se cierra, y el aplauso continúa sin flaqueza, sin importar lo que deba durar, pero cuando comienza a atenuarse, se abre de nuevo para dar paso a todos los actores, y otra vez cobra vida, grita con dulzura. Manos que chocan sin cesar, y más cuando aparece el director de la obra, y Lisa y Alfred le entregan el típico ramo de rosas. Un final espléndido, sí, señor.

—¿Te encuentras bien? Tu voz... Parecías triste de verdad —le dice Alfred a Lisa mientras se dirigen a sus camerinos.

—Claro, no te preocupes. Me he metido bien en el papel, ¿eh? —Intenta bromear y quitarle hierro al asunto golpeándolo en el hombro—. Estas pequeñas. —Se señala a los ojos, donde aún quedan restos de esas últimas lágrimas, no tan ficticias—. Pueden salir cuando se me antoje.

Alfred se va más tranquilo, riéndose de lo loca que está su compañera, y Lisa espera a que él abra la puerta y se meta en su camerino, para poder hacer desaparecer esa sonrisa tan falsa. Qué difícil se hace sonreír cuando una no quiere; lo mal que lo pasarán esas actrices de Hollywood que lo hacen constantemente. Y desaparece en su camerino frotándose las mejillas con suavidad.

Cuando todos comienzan a levantarse de sus asientos, Nick se percata de algo. Louis. No lo había pensado, pero está claro que se encuentra entre el público, y está claro que intentará ir a donde esté Lisa. Empieza a mirar como loco a cada persona, empezando desde el principio.

—Danny, vigila a la gente; Louis tiene que estar aquí y no quiero que ocurra nada similar a lo que pasó en el concierto. —Su amigo obedece sin rechistar, sabiendo quién es Louis y recordando lo que pasó aquella última vez.

Nick desaparece de su butaca a toda velocidad, mientras Danny sigue sin quitarle ojo a ninguno de los espectadores. Y al fin, después de repasar toda la sala tres veces, lo encuentra, impecable, elegante y solo. No ha venido con nadie y, además, lleva una única rosa roja en la mano. «Maldita sea —piensa Danny—, este no ha venido a ver sólo la obra».

Un teléfono suena por los pasillos; más concretamente, en el bolsillo de una chaqueta.

—¿Qué pasa, Danny? ¿Algún problema?

—Puede que sí... —Danny sigue sin quitar la vista de su objetivo, que se ha parado a hablar con una señora—. Louis no se encuentra muy lejos, lleva una rosa en la mano.

—Joder. —Nick empieza a ponerse nervioso. No quiere que ocurra lo mismo que en el concierto—. Síguelo, no te separes de él. Y si ves que se dirige a los camerinos, deténlo.

—Pero... ¿y qué digo si lo hace?

—Lo que sea, lo que se te ocurra, ¡pero no lo dejes llegar! ¡No lo dejes llegar hasta aquí! —Cuelgan ambos a la vez, y Danny se detiene un segundo. No sabe cómo lo va a hacer...

Nick se da toda la prisa que puede buscando la placa de «Julieta» en alguna de las puertas. En cada una de ellas pone el nombre de los personajes, y no el de los actores. Mientras camina a toda velocidad por los pasillos, piensa en cómo le irá a su buen amigo, a su mejor amigo, con la tarea que le ha pedido. ¿Habrá conseguido detenerlo? ¿Qué excusa habrá inventado para que no llegue al mismo sitio que él? Una, le debe una y muy grande, desde luego.

—Chicos, los esperamos fuera, ¿no? —dice Charlie mientras comienzan a dejar sus asientos.

—Claro que sí —contesta Rose mientras se pone la chaqueta—, y después deberíamos ir a tomar algo; se merece una buena celebración.

—Pues no se hable más, salgamos. Espera... Danny, ¿a dónde vas?

Escucha la voz, pero no sabe cuál de todos sus amigos le ha hecho la pregunta. No tiene tiempo ni cabeza en este momento para averiguarlo. Louis se encamina a la salida, y Danny se hace paso entre la multitud para llegar hasta él. Jamás le había parecido tan lenta una cola de gente. Quiere gritar, empujar y ser todo lo grosero posible, pero debe ser paciente, y con educación se abre camino, poco a poco, hasta colarse a una persona de distancia de Louis.

Al fin la encuentra. Antes de llamar respira profundamente un par de veces, necesita no estar nervioso. O, al menos, no demostrarlo. Está listo, y golpea la puerta con firmeza tres veces.

—¡Adelante! —Se escucha de detrás de la puerta.

Lisa está quitándose el maquillaje, pero para en cuanto ve a quién se asoma por la puerta. Está sola, sin sus dos nuevas madres.

—¡Nick! —Corre a abrazarlo, y él la sostiene en brazos, feliz por su felicidad.

—Has estado fantástica, de verdad.

—¿Tú crees? —Aún está nerviosa, y se le nota en el pequeño temblor de su labio inferior.

—Por supuesto que sí, y a los demás también los has dejado fascinados. Ahora puedo decir, sin duda, que no habrá Julieta como tú.

Danny se detiene, esperando a que Louis termine de hablar con una señora del público que, casualmente, conoce. Se mantiene escondido entre la multitud que aún queda, y a la vez está tan cerca que puede oír la conversación de Louis con esa señora, pero no escucha; no le interesa en absoluto las palabras que se digan, el tiempo que hacía que no se veían, lo espléndida que está una y lo mayor que está el otro. Solo empieza a prestar atención cuando la señora le da saludos y recuerdos para su madre, y se pone en alerta cuando se dan un definitivo «Adiós».

Nick escucha con atención y con admiración todo cuanto sale de la boca de Lisa.

—Al principio tenía los nervios a flor de piel, de veras. Por un momento tenía la sensación de que iba a desmayarme, pero... fui fuerte. Al fin y al cabo esto es siempre lo que he querido hacer.

—Pero... tú ya habías hecho obras de teatro antes, ¿no es cierto? Interpretasteis *La flauta mágica*, algo no muy fácil de hacer, y más en alemán.

—Lo sé, lo sé. —Se ríe despreocupada, libre, ahora tranquila—. Fue muy difícil aprender alemán en unas semanas y encima cantarlo, pero era distinto; era más... íntimo, sabíamos que no habría mucha gente. Pero ahora... ¿has visto cómo estaba todo? ¡Hasta arriba, lleno de gente! Era imposible no estar nerviosa.

—Tienes toda la razón. Pero mira dónde estás ahora: lo has conseguido. —Nick le da un suave beso en la mejilla—. Has conseguido lo que deseabas, y estás bien, estás viva, no te han echado a los leones. Sé que no debe ser fácil, pero no ha sido imposible, como ya has comprobado. ¡De aquí a Hollywood!

Ambos siguen riendo, mirándose, besándose, tranquilos y calmados, olvidando a su pobre y fiel amigo, que sigue el rastro de Louis como si fuese un

perro y él, su presa. Louis entra en el baño, y Danny se detiene de inmediato; será mejor que espere fuera, tras alguna columna, donde no lo pueda ver en cuanto salga del cuarto de baño. Tiene el móvil en la mano y se pregunta si su novia lo llamará en cualquier momento por su salida de escena a toda velocidad, sin dar ni una explicación. Pero su duda se desvanece en algún lugar de su cerebro cuando ve salir a Louis del servicio.

—Dime: ¿cuál ha sido tu escena favorita?

—Pues... déjame pensar, déjame pensar... —Nick finge pensárselo mientras la estrecha entre sus brazos—. ¡Oh, ya sé!: todas en las que has salido tú.

—Bah, no seas cursi, por favor; eso no es lo que yo te he enseñado. Ahora, sé sincero, y dímelo. ¿O es que te has quedado tan dormido que no puedes decírmelo? —bromea mientras le hace unas cosquillas, que no tiene.

—No, en absoluto. Bien... Ahora lo piensa de verdad, haciendo un repaso rápido de toda la obra. Es cierto: todas sus escenas favoritas lo son porque Lisa estaba subida en el escenario. Pero ahora debe escoger una de todas esas—. Ha sido cuando Julieta despierta y se encuentra con Romeo muerto; esos versos... siempre han sido mis favoritos. Y ahora mucho más.

—Vaya... —Lisa se asombra—. También... es mi escena favorita. En realidad, toda la escena, desde que Romeo descubre muerta a Julieta. Esa confusión, lo que los lleva a la tragedia por la ignorancia de ambos. No creo en el destino, pero en esta obra parece que tenga un papel fundamental.

—Sí..., parece que hay obras donde es necesaria la tragedia para que algo de lo que te cuentan tenga sentido, ¿no crees?

Danny no necesita seguir mucho más lejos a Louis. Se para en la cabina de información, y esta vez sí intenta poner toda la atención que puede a sus palabras.

—Hola, verá, quería dejar esto para la señorita Robbins. —De dentro de la chaqueta se saca una rosa blanca, perfecta, nada deteriorada por haberla tenido ahí dentro.

—Claro. ¿Viene con una tarjeta o con algo?

—No..., nada más. —Louis no parece demasiado feliz, y eso le extraña a Danny.

—¿Y quiere que le diga quién se la envía?

—No, prefiero que sea anónimo. Muchas gracias.

Y antes de que la señorita pueda darle las gracias, ya ha desaparecido entre la multitud, que sale despedida hacia la calle, en busca de un poco de aire fresco.

—Qué extraño... —Danny alza una ceja y habla para sí, intentando comprender lo que ha sucedido—. Bueno, trabajo resuelto.

Y sin más preocupación, el también acude a la calle, para reunirse con los demás.

Esta noche, en este momento, después de reír, besarse, hablar y mirarse, Nick descubre algo. Lisa ya no parece solo una mujer más, ni puede compararlo con cualquier cosa que haya tenido en el pasado.

—Una vez me contaste que te encantaría salir de aquí y ver más mundo.

—Claro. Adoro viajar, aunque lo haga poco.

—Bueno..., pues deberías preparar las maletas. ¿Qué te parecería ir a Londres?

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —Su primera reacción es de incertidumbre, pero eso no impide que sonría como una niña.

—Sé que será un viaje de negocios, pero en esos viajes siempre hay demasiado tiempo libre, y me encantaría disfrutarlo contigo. Siempre y cuando puedas dejar tus responsabilidades unos días.

—Madre mía, claro que podría. Puedo dejar una sustituta en la galería. —Lisa intenta contener la emoción, pero le es difícil—. ¿Estás seguro? Quiero decir..., un viaje juntos es algo grande.

—Esto es algo grande, Lisa. —Nick la mira de una forma penetrante, íntima—. Ya no podemos seguir evitándolo.

Y los dos sonrían, sabiendo que Nick lleva toda la razón del mundo. Después de tanto tiempo de dudas, por fin han cogido la marcha adecuada, y a la vez.

CAPÍTULO 28

Se ha quedado dormida en el coche, y no puedo dejar de mirarla embobado. Me resulta excitante y vertiginoso cómo cada día me atrapa más. En los últimos meses he hecho cosas que jamás creí que haría. Hace mucho que no planeo nada y que no sopeso las probabilidades de fallar en mis actos. Me está haciendo caer al vacío y aún no sé si llevo paracaídas. Pero la adrenalina es...

—Eres... ¿una nube?

—Frío, muy frío.

—¿El cielo?

—Te vas a congelar... —Lisa se ríe mientras sigue intentando adivinar qué soy.

—¡Eres el viento!

—¿Cómo voy a ser el viento? Te he dicho que algo material, visible y que no está muy lejos. Bah, da igual. Empieza a aburrirme este juego.

—Sí, a mí también. —Descansa la cabeza en el asiento mientras abre un poco la ventanilla—. Oye... ¿tus padres saben que nos vamos juntos a Londres? —Su voz está cargada de miedo, y las palabras «padres» y «Londres» le salen de forma atropellada.

—No, aún no, pero se lo diré esta noche en la cena.

—No les va a gustar, seguro. Intuyo lo que pasará; dirán que tienes responsabilidades, tareas que atender allí y que no es el momento de irse de vacaciones.

—Bueno, independientemente de lo que digan, tengo veintinueve años; como intuirás, ese tipo de mandatos sobre mí ya no me afectan mucho. Y, técnicamente, no son vacaciones.

—Bueno, yo diría que no te afectan desde que te conozco. Por lo que me ha contado Danny, eras el perrito faldero de tus padres, y no sé cómo podías.

Me quedo en silencio, y ella también. Me duele, pero, joder, tiene razón. No sé cómo podía ser ese niño que no se queja. Si mi padre me decía: «No hagas esto, por tu bien», yo le hacía caso. Si mi madre me decía: «No te acerques a esa chica, te hará daño», le hacía caso. No digo que lo hayan hecho con maldad, eso seguro que no, pero no han mirado qué es lo que quiero yo.

—Lo siento..., perdona. No quería decir eso y ha sido muy brusco. —Me toca el brazo que mantiene sujeta la palanca de cambios, y yo le cojo la mano suavemente.

—No. No te preocupes. Tienes toda la razón del mundo, y eres la única que se ha atrevido a decírmelo a la cara. Pero ya no soy así.

—Me alegro de que pienses así.

Lisa conecta su teléfono para poner una lista que ella ha hecho, con canciones clásicas, y otras más modernas. Pero todas me gustan, todas transmiten esa calma, esa paz que necesito ahora. Suena *Stuck on you*, y me hace sonreír.

La carretera está poco transitada, así que reduzco la velocidad y hago que apoye su cabeza en mis hombros. Una carretera larga, de esas que recuerdan a las de Arizona o a las de Colorado. Parece que nunca se acaba. Deberíamos hacer un largo viaje, a su pueblo quizás, o recorrer Irlanda cuando llegue el verano. Uno de esos viajes que dejan huella. El teléfono suena y rompe toda la tranquilidad, por supuesto.

—Hola, mamá. Dime.

—Hola, cariño. ¿Os queda mucho por llegar?

—No, para nada. Dentro de menos de diez minutos estaremos ahí.

Aparcamos en la entrada y avanzamos con lentitud hacia la puerta, pero no nos importa que se nos haga eterno. Seguro que a ella no le importa; a mí me produce más diversión que otra cosa. Es como si temiese a un fiero león.

—¿Nerviosa? —Cojo su mano para tranquilizarla y le sonrío.

—¿Debería? —Su voz tiembla. Sí, claro que estás nerviosa, cariño, y resulta aún más divertido ver cómo intentas, sin resultados excelentes, ocultarlo.

—En absoluto; una vez dentro verás que todo este comportamiento es estúpido. Y además, tendrás de tu lado a Karen.

—¿Qué? ¿Qué lado? ¿Es que tiene que haber bandos? Me quiero ir, por favor... —La silencio con un beso dulce, tranquilo, para quitarle todo el temor—. Está bien.

—Todo es tan grande como tú quieres que lo sea. Haz que esto sea algo pequeño, algo que puedas manejar.

Y tras su dulce sonrisa, presiono el timbre sin vacilar. Se oyen los pasos secos

y suaves de unos tacones que se acercan cada vez más a la puerta.

—Hola, mamá.

—Hola, cielo. —Mi madre me abre los brazos y yo me fundo en ellos. Hace mucho que no la veo, y no puedo reprimir las ganas de abrazarla—. ¿Cómo estás? ¿El viaje ha ido bien?

—Sí, perfecto. Mira. —Cojo a Lisa de la mano y la atraigo hacia nosotros—. Ella es Lisa. Lisa, ella es Christina, mi madre.

—Es un placer conocerla —dice Lisa, con un tono seguro, aunque sé, sin dudar, que es fingido. Buena actriz.

—Lo mismo digo, cielo. —Mi madre, sin embargo, sí muestra una sincera cordialidad y tranquilidad. Tranquilidad que me inunda por completo—. Vaya, desde luego sabes escoger chica, Nicholas. Es guapa y muy educada.

Lisa sonrío a modo de agradecimiento y se enrojece ligeramente. En ese momento viene corriendo Karen, sonriendo como siempre.

—¡Hola, Lisa! —Se para enfrente de ella, esperando a que Lisa dé el paso de saludarla.

—¡Karen! —Lisa sonrío, y esta vez sin problemas. Desde luego resulta un alivio para ella que mi hermana esté ahí, la única de mi familia con la que ha estrechado lazos. Se dan un beso en la mejilla y Lisa la abraza por unos segundos—. ¿Cómo te va todo?

—Genial. Todo genial. ¿Sabes que estoy sacando excelentes notas en francés? Quizás piense en irme, algún día no muy lejano, con Michael al extranjero.

—Vaya, eso sería fantástico, toda una experiencia.

Mientras se ríen despreocupadas, aparece mi padre, con andares tranquilos, terminándose de abrochar la americana, con la cabeza bien alta. Me recuerda a ese león de la manada que pisa con firmeza la tierra para que se sepa quién manda.

—Hola, papá. —Me acerco a él despacio, pero con tranquilidad, y le estrecho la mano.

—¿Así me va a saludar mi hijo? Todavía no somos socios; puede descansar, soldado. —Me abraza mientras se ríe mirando a todos, esperando que haga gracia a quienes estamos ahí, pero solo él suelta la carcajada.

—¿Qué tal estás?

—Estupendamente, cada vez con más deseos de que tengas noticias del proyecto. —Espera que apoye su comentario, pero decido cortarlo. No es momento de hablar de ese tema, ni siquiera de decirle que me lo han aprobado.

—Bueno, antes de nada, no voy a ser descortés. Papá, ella es Lisa. Lisa, él es Julian, mi padre.

Lisa se acerca con cautela y, de hecho, es mi padre quien más pasos da para

estrecharle la mano.

—Un placer, señor. —Desde luego, su tono es mucho más bajo que antes.

—Lo mismo digo, pero nada de señor, aún me considero todo un chaval. Decidme: ¿habéis llegado sin ningún problema?

—Sí, todo bien. La carretera estaba tranquila. —Me relajó mucho más. Me concentro en no ver a mi padre como el malo. Al fin y al cabo, ha sido muy educado con Lisa.

Mientras mi padre termina un trabajo que ha dejado a medias, Lisa ayuda a Karen a practicar francés, y yo ayudo con la comida a mi madre.

—Bueno, dime: ¿qué te parece? —le pregunto displicente mientras corto en tiras media cebolla.

—Creo que es una gran chica. Con solo veros se nota que os lleváis bien, que sois una buena pareja. —Me da un beso cuando pasa por mi lado al ir a la nevera.

—Bueno, pues vaya ironía... —digo mientras suelto una pequeña carcajada.

—No entiendo, hijo.

—Es que cuando ella llegó a mi edificio nos odiábamos. —Mi madre se asombra y ríe sin poder creerlo—. De verdad, nos llevábamos a matar. Hacía cosas que me sacaban de quicio.

—¿Como por ejemplo? —Noto cierta curiosidad en su voz, y no sé a dónde quiere ir a parar, pero le contesto sin problemas.

—Pues tocaba la guitarra mientras yo quería tocar el piano. O el estruendo que montó para mudarse; todo el día muebles por aquí y por allá. Además, siempre era muy... extrovertida y feliz; daba la sensación de ser una cría.

—¿Y... qué opinas ahora de todas esas cosas?

—Opino que... —Pienso bien todas las ideas que tengo en la mente mientras corto con cuidado—. Opino que ahora me apasiona verla tocar la guitarra, y que hemos tocado canciones juntos; que el baile de muebles mereció la pena, porque dejó su piso increíble, precioso, con ese toque moderno que tanto te gusta. Me recuerda a ti. —Ambos sonríen—. Y que esa felicidad, que antes me volvía loco para mal, ahora... es para bien. Y en absoluto es una cría. Mamá, si supieses por todo lo que ha pasado...

Pero antes de terminar la frase, aparecen por la puerta.

—Mamá, Lisa es increíble. Tiene un francés perfecto, y sin haber salido del país. Desde luego sé a quién pediré ayuda cuando lo necesite.

—Eso ni lo dudes. —Lisa le pasa el brazo por los hombros—. Pero a cambio deberás darme asilo cuando te marches fuera. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Se estrechan las manos sin dejar de sonreír, y no puedo más que unirme a sus

sonrisas. Las manos unidas de mis dos chicas favoritas... Es inmejorable.

Después de terminar el trabajo, mi padre se encarga de poner la mesa con Karen, mientras Lisa y yo llevamos todas las cosas a esta.

—Bueno, Lisa, espero que te guste la comida. Si no, no te preocupes, siempre se puede preparar otra cosa y no sería molestia. —Mi madre habla en serio; siempre decía lo mismo cuando era pequeño y llevábamos Karen y yo algún amigo a casa.

Mi madre ha preparado sopa de marisco, entrecot, puré de patatas y ensalada para acompañar.

—¿Qué? No, para nada, todo me encanta. Y, en cualquier caso, jamás le haría cocinar algo porque no me gustase la comida que hay en la mesa, menuda falta de educación. Aun así, le digo que me encanta. Mi madre también hacía siempre sopa de marisco, y está increíble.

—¿Y dónde vive tu familia?

Trago con dificultad, esperando que no salga el tema de su padre, para no crear un momento incómodo en la mesa.

—Pues viven en Kilkee, un pueblo del condado de Claire. Pero somos de Dublín, nos mudamos allí cuando yo era adolescente.

—Vaya, ¿y después te viniste a vivir aquí sola? —le pregunta mi madre con cariño, con cercanía.

—Sí. —Sonríe—. Pero tenía ganas. Aquí dejé amigos, y me acogieron durante un tiempo hasta que pude independizarme por mi cuenta. Conseguí dinero, un trabajo y, bueno, tengo estudios, así que...

—Y dime: ¿qué estudias? ¿A qué quieres dedicarte en un futuro? —Mi padre, como siempre, tan frío y con el tema del trabajo y el futuro en la boca.

—Estudio interpretación, y estudié Bellas Artes. Tengo una galería de arte. También toco en un grupo. No es gran cosa, pero...

—¿Qué no es gran cosa? Ya han hecho un concierto con canciones originales por todo lo alto. —No puedo evitar sonreír mientras lo digo con orgullo.

Antes de que mi padre pudiese opinar, le suena el teléfono.

—Oh, vaya. Disculpadme, esto es importante. Vuelvo enseguida.

Mientras mi padre marcha hacia su despacho, mi madre resopla en bajo.

—¿Ocurre algo, mamá?

—No..., es que siempre está igual. No se despega del teléfono nunca.

—Es verdad... —dice Karen, menos apenada—; cuando viene Michael hacemos apuestas para ver cuántas veces lo llaman en una comida o a lo largo del día. Al principio era divertido, pero ya empieza a ser horrible.

—¿Y se lo has dicho?

—¿Cómo se lo voy a decir? Cada vez que le digo que deje un poco de lado el

trabajo, se pone como una fiera. Y lo que más me preocupa no es que esté siempre con el trabajo en la cabeza; lo que más me preocupa es que... —Mira a Karen: está a punto de decir algo realmente gordo, pero está claro que mi hermana ya está enterada de ello—. Tengo miedo de que cuando se jubile y vea que todo para lo que ha vivido ha desaparecido, se dé cuenta de que esto es poco.

—Vamos, mamá... —Me levanto para abrazarla—. No digas eso. Papá es un cabezota y un orgulloso, y claro que le gusta su trabajo. Pero recuerda que yo también he vivido bajo este techo, y os he visto. Papá y tú os queréis, siempre lo habéis hecho. Quizás lo único que le pase es que tenga miedo de no servir. Se hace mayor y quiere demostrar que puede darlo todo, pero eso no significa que no sepa que estás ahí, que eres lo más importante de su vida.

Me sonrío, un poco más tranquila, pero dudo de si ha creído en mis palabras. Me quedo sorprendido, es la primera vez en mucho tiempo que defiendo a mi padre de esa forma. Lo único triste es que lo he hecho a ciegas, sin estar totalmente seguro de mis palabras. Pero mi madre necesita seguridad; mi madre y mi hermana, si se derrumban..., no sé qué sería de ellas.

En cuanto vuelve mi padre, seguimos comiendo como si nada, y mi madre deja de preocuparse. Las chicas se van a hacer el café, y yo me quedo con mi padre. Espero a que sea él solo quien me dé la opinión acerca de Lisa, sin tener que decirle nada.

—Dime, Nicholas: ¿pensarás algún día en lo del puesto que te comenté? ¿O aún sigues con esa absurda idea de que no hay que pensar en el futuro? —Se ríe, como si fuese lo más ridículo que ha oído, como si fuese un chiste.

—No es una idea absurda. Sabes que tengo un proyecto enorme entre manos, y he trabajado muy duro. En la empresa me quieren y me tienen muy en cuenta. Quiero ser un buen arquitecto, no un arquitecto rico; eso no me importa en absoluto. Tengo veintinueve años, toda una vida por delante. No quiero pensar en empresas gordas, en los años que trabajaré ahí, y cómo de grande será mi pensión de jubilado. Porque eso solo hace que envejezca más rápido, y no quiero.

—Pero... tú antes no eras así. ¿Esas ideas te las ha metido Lisa en la cabeza? No pasa nada, puedes decirlo. Es normal, a veces las mujeres tienen ese efecto en los hombres, así somos de sumisos.

Empiezo a enfadarme, a encenderme, pero me controlo. Hoy es un día diferente. En cualquier otro momento, me habría largado de ahí a gritos y dando un portazo, pero hoy no. Lisa está en la cocina, desde el salón se oyen sus risas. No puedo montar una escena, y no sería maduro por mi parte hacerlo. Así que me calmo antes de contestar.

—Mira, papá, si esas ideas las he tenido después de conocer a Lisa o no, es

asunto mío. Soy un hombre, no un adolescente de hormonas revueltas que no sabe lo que hace. Te agradezco ese puesto que me ofreces para el futuro, pero de momento he de rechazarlo. Viviré según me parezca, y así es como creo que debo hacerlo.

Sin saber cómo, mi padre se queda mudo y yo, impresionado por ello. Quizás lo he hecho reflexionar al fin. Me siento orgulloso, porque cuando vuelven es como si no hubiese ocurrido nada; todos estamos alegres, hablando despreocupadamente. Pero me confío demasiado, cuando veo que mi padre vuelve a sacar el tema del trabajo.

—Oye, Lisa, al final no nos has dicho exactamente a qué te dedicas.

—Sí..., creo que sí lo he hecho —dice con mucha educación e inocencia—. Hago interpretación y, además, toco en un grupo. Con cada obra de teatro nos pagan dinero, según el éxito que tenga, y lo mismo con los conciertos. Y la galería es mía, así que ese es mi negocio. —Lo dice lo más amable que puede.

—Bueno, pero... eso no creo que te dé de comer en un futuro, ¿no? Quiero decir, una galería de segunda, en estos tiempos que corren, no es una buena inversión. —Ninguno de nosotros sabe qué decir, ni cómo callarlo. Me parece increíble todo lo que está soltando por la boca—. Claro, a no ser que pienses en apoyarte en el sueldo de otra persona; entonces, sí comprendo que quieras tener como diversión eso de actuar, tocar y los cuadros.

—Esto es el colmo. —Me levanto con rabia, con toda la que he guardado antes—. No solo menosprecias el trabajo de Lisa, su ilusión, sino que encima quieres insinuar que será una mantenida. —Todos se han quedado mudos, pero yo ya no puedo parar—. Lisa es una actriz excepcional y toca la guitarra como nadie. Su galería es un lugar increíble donde va mucha gente como cliente habitual, y todo gracias a ella. Creo que eso, aquí y en cualquier sitio, es un trabajo como cualquier otro, y mucho más honrado. ¿Y sabes por qué? Porque ella será feliz y tendrá tiempo que dedicar a la persona con la que esté, además de tener un trabajo perfecto. —Cojo a Lisa de la mano—. Vamos. Nos vamos de aquí. —Mi madre intenta frenarnos, pero ya hemos abierto la puerta—. Lo siento, mamá, esto no va por ti, pero no permitiré que me insulte ni a mí ni a ella. —Le doy un beso en la mejilla—. Ya te llamaré.

Y salimos de esa casa, cogidos con fuerza de la mano.

CAPÍTULO 29

Me despierto tranquilo, sin problemas. Aún no ha amanecido, son las cuatro de la mañana. Decidimos dormir cada uno en nuestro piso para descansar de verdad. Voy a la ducha y estoy quince minutos bajo el agua despejándome. Es un verdadero placer; el silencio, la tranquilidad... Dentro de unos minutos se romperá, por las prisas, el ajetreo, los nervios y decido aprovechar el último momento de calma.

Estoy desayunando cuando me llama Lisa.

—¿Estás listo? —Noto que está más que despejada.

—Casi. Terminó el desayuno, me lavo los dientes y listo.

Mientras conduzco de camino al aeropuerto, Lisa se recuesta en mi hombro.

—¿Estás muy cansada? —Le doy un beso en el pelo, aún un poco húmedo y con olor a menta y a fresa.

—Son las cinco de la madrugada... En ocasiones esta es la hora a la que llego a casa después de una buena noche.

—Pero eso es lo inusual; lo normal es que la gente se levante a estas horas. Y porque estamos a sábado, si no verías que algunos coches ya empiezan a circular a estas horas.

Es relajante conducir cuando aún no ha amanecido del todo, sin coches. Para algunos ese momento es mortal; a mí me despeja.

—Bueno —dice Lisa, ya acomodada en su asiento—, tenemos cinco días. Espero que me hagas un buen *tour*.

—Te lo aseguro. La ciudad es grande, pero sé a qué sitios te tengo que llevar. Actriz, artista y guitarrista... Te vas a morir cuando veas algunos barrios.

Sonríe con ilusión. Tengo ganas de llevarla a muchos sitios, aunque reconozco que el primero que me apetece es la cama del hotel. Dejamos el coche en el *parking* del aeropuerto, que corre a cargo de la empresa, por supuesto.

Después de ir al mostrador de facturación y de hacer una cola inmensa,

conseguimos facturar el equipaje. Enseguida nos dirigen por ese túnel móvil hasta el avión. Una vez sentados y a punto de despegar, las azafatas hacen su trabajo, indicando, pero sin hablar, las instrucciones necesarias que debe seguir un pasajero, mientras se oye la traducción de sus gestos por los altavoces.

—¿Tienes miedo? —le digo al ver cómo se retuerce en el asiento.

—No. Antes sí le tenía miedo al avión, pero ya no. Aunque siempre entro un poco... alterada.

—Bueno, relájate. Será un viaje corto. Duérmete y te avisaré cuando estemos llegando.

—Perfecto... —me dice ya en voz baja.

Después de pasar un buen rato suspendidos en el aire, empiezo a observar por la ventana. El amanecer hace acto de presencia en todo su esplendor. Es precioso; sobre un suelo blanco y vaporoso, todo el cielo se tiñe de naranja y, en el horizonte, el sol comienza a salir con tremenda fuerza. Ningún ruido, ningún grito, incluso mis oídos han expulsado el sonido interno del avión, y solo estamos esa puesta de sol y yo. Únicamente. Pero después lo pienso; seguro que Lisa ha montado poco en avión y no habrá visto una puesta de sol como esta.

—Lisa. —La despierto con un beso en el pelo.

—¿Qué ocurre? ¿Ya? Se me ha hecho muy corto —dice adormecida.

—No, no es eso. Mira, asómate por mi ventana, te encantará.

Y se inclina un poco sobre mí, mientras la cojo de la cintura, y vuelvo a notar el aroma a fresa mentolada que despenden sus cabellos. Alguno me roza la nariz y yo estoy a punto de perder el sentido.

—Oh..., es precioso. Jamás había visto algo así.

—Lo imaginaba. No quería despertarte, pero esto merece la pena.

—Desde luego. —Me da un beso suave y lento—. Es precioso. Menos mal que me llamaste.

Y después de eso, vuelve a inclinar su cabeza sobre mis hombros y, poco a poco, mi cabeza no puede mantenerse erguida y acaba sobre la suya, descansando ambos el uno sobre el otro. A pesar de haber dormido bien, los nervios, las ganas de hacer este viaje dejan a uno exhausto, cansado. Pero tengo algo más de una hora para reponerme, y así llegar a Londres de una pieza.

—¿Estás viendo eso? ¡Es el Támesis!

Lisa está eufórica. El avión está empezando a descender al tiempo que aumentan mis nervios. Por primera vez en mucho tiempo me doy cuenta de lo que estoy haciendo, de lo que hago aquí: un edificio, aceptado por Architect

Stell, que estará en pleno Londres. Desde luego que he cambiado y que el trabajo ya no es lo primero, pero la grandeza de este proyecto no la puede eliminar nadie.

—Me gusta —dice Lisa mientras cogemos las maletas de la cinta. No sé a qué se refiere.

—¿El qué?

—Que te apasione tanto tu trabajo, que te haga feliz. Ahora mismo tienes una mirada que te he visto pocas veces.

Es increíble, realmente las mujeres tienen un sexto sentido; eso o debo ir con una sonrisa de bobo por todo el aeropuerto. Me recompongo y me centro enseguida. Cogemos un taxi, que nos lleva al hotel.

—Te va a encantar, es precioso, y las habitaciones son enormes. Las vistas no tienen precio. Aunque tengamos la habitación más sencilla, te aseguro que te encantará.

—Eso seguro. ¿Y te ha costado mucho?

—El alojamiento corre por cuenta del señor Fersen y de su empresa.

Ambos sonreímos de satisfacción. Ya estuve en ese hotel una vez, por negocios y por otros motivos. Es el hotel perfecto para pasarlo en pareja, aunque esos detalles se los ahorro a Lisa.

Son 40 minutos de viaje en taxi hasta el hotel, pero se nos pasan volando, hablando de la reunión, de los barrios más llamativos de la ciudad y de todo lo que Lisa va viendo, que es nuevo para ella.

Entramos en el hotel y Lisa se queda fascinada. El vestíbulo es inmenso, y han sabido mezclar a la perfección los toques clásicos con lo práctico de lo moderno. Las paredes son de color hueso y cada enmarcado está resaltado en gris. El suelo va a juego, con linóleos de los mismos colores. Sobre nosotros cuelga una inmensa lámpara redonda compuesta por pequeñas lucecitas blancas.

En el mostrador nos atiende una mujer con un traje azul marino.

—Buenos días, bienvenidos al Corinthia Hotel.

—Buenos días. Teníamos una reserva a nombre de Nicholas Dyer.

La mujer revisa su ordenador tan solo unos segundos después de ingresar mi nombre.

—Por supuesto, aquí está. Tienen la *suite* 6. —Nos entrega la tarjeta—. Les deseo una feliz estancia.

—Muchas gracias —decimos al unísono los dos.

Vamos directos al ascensor y nada más entrar, aprovechando que estamos solos, gritamos como locos.

—¿Te lo puedes creer? ¡Una *suite*! No había estado nunca en un hotel tan lujoso, y una *suite*... ¡es demasiado! —Lo dice mientras me abraza y damos

vueltas.

—¡Lo sé! Vamos a estar de lujo.

Llegamos a la última planta. El pasillo es amplio y se extiende a ambos lados del ascensor. El número de habitaciones normales termina justo enfrente de nosotros y a la derecha comienzan las *suites*. Hay mucha más distancia entre una habitación y otra, por supuesto, y los números son de color dorado, mientras que los de las habitaciones normales son plateados. Avanzamos poco a poco; habitación 3...., 4....., 5....., 6.

—Esta es la nuestra —digo con impaciencia.

Nos quedamos unos segundos callados, avanzando por la habitación. Las paredes, blancas, contrastan con el suelo en madera claro. El saloncito tiene una mesa de café redonda, un sofá semicircular en blanco y dos sillas neoclásicas a juego. En el mismo salón, pero como si no tuviera nada que ver, hay una televisión enorme y un sofá Chaise longue en gris. Al lado hay un minibar con todo tipo de bebidas; aunque está en el mismo salón, ambos contrastan en siglos y, aun así, crea un ambiente perfecto, al igual que en el vestíbulo. A la izquierda se encuentra la habitación. Una cama enorme corona la sala. A la derecha hay un sillón blanco y una mesa redonda de madera. De la pared cuelga un espejo redondo y del marco salen unas finas barras doradas y plateadas que simulan el sol.

—Esto es impresionante. No había visto nunca una habitación así.; excepto en las películas, claro.

—¡Mira, ven! —La llamo desde el baño, y en seguida se reúne conmigo.

—¡Oh, Dios mío!

El baño no se queda atrás en cuanto a tamaño. Tiene dos lavabos con espejos individuales, pero lo mejor es la bañera de hidromasaje. Cabemos perfectamente los dos y hay una televisión enfrente; además, tiene una ducha con radio y con más hidromasaje.

—Es comprensible, cualquiera que venga a este tipo de habitaciones debe estar muy estresado. —Se ríe mientras sale del baño para mirar mejor la habitación—. Nick, mira esto.

En uno de los sofás de la habitación hay un paquete, no lo habíamos visto. Es una cesta con una tarjeta.

—Léela.

—Pone: *Para Nicholas y su acompañante. Espero que disfrute de su estancia en Londres y que aprecie cada maravilla de esta ciudad tanto como nosotros hemos apreciado su trabajo. T. Fersen.*

—Es un hombre muy detallista —dice ella, a la vez que admira todo lo que contiene la cesta.

—Desde luego.

Desenvolvemos la cesta. En ella hay fruta, bombones, una botella de champán y tés de distintos sabores de la marca Typhoo.

Después de deshacer las maletas decidimos hacer un poco de turismo. Lo mejor es que tenemos el hotel cerca de todo. Visitamos primero la Abadía de Westminster porque se encuentra al lado, uno de los íconos de Londres y, desde luego, que más le gustan a Lisa.

—Es de estilo gótico, pero al principio era de estilo románico. La reconstrucción al gótico llevó casi 300 años.

La ilusión que le pone es increíble. Llegamos al London Eye en diez minutos. Las vistas son magníficas, y guardo una foto mental del *skyline* de Londres para recurrir a ella cada vez que quiera relajarme.

—Es impresionante, ¿verdad?

—Sí, y no sé cómo he tenido valor para subir. Jamás me subo a una noria.

—¿Qué? ¿Tienes vértigo?

—No me gustan los aparatos que están meciéndose en el aire.

—Bueno, este es tan grande y pesado que no se balancea.

—Por eso estoy más segura.

Y así pasamos la mañana: yendo de un lado a otro. Vemos el Big Ben, el Palacio de Buckingham, Trafalgar Square...

Después de andar y más andar, decidimos ir a comer al hotel. A pesar de todos los sitios a los que he viajado, creo que nunca había hecho de turista a este nivel, y es agotador.

—¡Estoy muerta!

Casi pega un grito cuando lo dice, y no puedo evitar mirar a todos lados de la vergüenza.

—Ahora sé lo que es estar en el lado de los turistas, que gritan todo sin vergüenza.

—Lo siento —dice, pero se está riendo, así que no lo siente tanto—. Tengo un hambre terrible y estoy agotada.

—Lo sé, yo también. ¿Te parece que descansemos hoy por la tarde? Tenemos varios días para seguir de *tour* y necesitamos reponernos.

La tarde es de lo más relajada. Disfrutamos de la piscina del hotel, del *spa* y, por supuesto, de la sauna.

—Jamás pensé que llegaría a estar en un hotel que tuviera todo esto.

—Y gratis. Te sorprenderías de los hoteles que hay por el mundo, el lujo del

que puedes disfrutar por la cara. A partir de ahora, y siempre que puedas, te llevaré cuando tenga estos viajes de negocios, te gustará.

Cenamos en la terraza del hotel. El ambiente es íntimo: solo cinco parejas más nos acompañan y la luz no es más que velas que sirven de centro en cada mesa.

—Nunca había visto nada igual.

La vista de Londres de noche, inundada de luces que chocan contra el Támesis, es espectacular. Es... romántico. He disfrutado de vistas así cientos de veces, y en compañía, pero no de esta forma. Mi corazón se ensancha cada vez que un pensamiento similar se cuela en mi mente. Pero lo que al principio resultaba ser algo agobiante ahora me parece que es justo como debe ser.

La cena termina rápido. Nuestra *suite* se carga de calor y de electricidad. Cada caricia suya es una luz más que se suma a esta noche londinense. Y ella no puede engañarme, porque solo con un beso su vello se eriza al instante.

Ponemos música desde la televisión. Hay un montón de listas para escoger y pongo la lista «Pure Seduction», que ayuda a elevar la temperatura del ambiente.

Esto es nuevo. No el acostarme con alguien en un viaje de este tipo, sino el llevar conmigo a alguien que me importa, compartir con ella todo mi mundo, y solo con ella. Envueltos en las sábanas y en el frío de la noche, lo tengo claro: no quiero dejarla ir nunca.

La luz entra tenue y amarillenta por las ventanas gracias a alguna farola encendida, y eso hace que su piel se vea de un tono cálido y oscuro a la vez. Me prometí a mí mismo centrarme en los negocios en este viaje, y mañana tengo la reunión, pero es imposible hacerlo en este instante. Se revuelve el cabello y su perfume me llega hasta colarse en lo más hondo. La necesito ya. Le doy un beso largo, lento y decidido, y ella me lo devuelve de buena gana. No puedo evitar explorar debajo de su camiseta, subiendo mis manos por sus costillas, haciendo pequeños círculos con los dedos en mi recorrido.

—Vaya —me dice entre beso y beso—. No es que me queje, pero creía que esta noche preferirías descansar.

—Eso pensaba yo. Pero... —le digo mientras beso el borde de su mandíbula—. Supongo que con dormir cinco o seis horas será suficiente.

Y no hablamos más. Nos perdemos en la cama. Una cama demasiado grande para estar los dos pegados, demasiado pequeña para todo lo que le quiero hacer en ella.

Ninguno de los dos se cohíbe. Estamos a más de quinientos kilómetros de nuestras casas, sin preocupaciones. Esta noche es solo nuestra y tenemos permitido todo. Y ella lo sabe, porque se deja caer al abismo, sus ojos se pierden con cada caricia, no se corta en decir mi nombre, en tirarme del pelo o en estremecerse. Todo mi peso está encima de ella, exigiéndole y rogándole que me

lo dé todo. Jamás he sido tan avaricioso como en este momento. No puedo dejar de besar su cuello, su clavícula, sus pechos; de morder cada centímetro suyo, porque su piel me lo pide. Y ella responde arañándome la espalda, haciendo que me estremezca. De pronto, me gira con elegancia para quedar a horcajadas.

—Un hotel de lujo —me susurra mientras roza intencionadamente nuestros sexos—, Londres y la luna llena. Te aseguro que esta noche no va a ser como cualquier otra.

Y me dejo hacer. Se mueve por todo mi cuerpo, besando lo que encuentra en su camino, y me estremezco allí, donde más se entretiene. Es preciosa, es preciosa y es para mí.

Por suerte, para los dos, se detiene justo a tiempo y vuelve a su posición inicial, para montarme sin miedo y sin pudor. Está haciéndome el baile más erótico del mundo, y lo está haciendo sobre mí.

Y cuando llega el momento, tampoco se corta en gritar. Ni en sonreír. Y yo me dejo ir como ella, llenándome de éxtasis solo por pensar que podría hacerlo cada día. Podría acostarme con esta mujer todos los días para ser el hombre más feliz del mundo. Y con ese pensamiento, me duermo, teniéndola entre mis brazos y embriagándome de su aroma.

Un ruido horrible me despierta. El despertador marca las seis y en la calle aún es de noche. Me levanto sin despertar a Lisa, que duerme profundamente, y voy directo a la ducha. Nos dormimos pronto y ahora lo agradezco. Soy madrugador, pero no tanto y, si hubiese trasnochado, ahora no podría ni dar un paso.

Antes de salir de la *suite* le dejo una nota a Lisa justo a su lado, donde estaba yo hace unos minutos: *Me voy a la reunión, espero no tardar mucho; pero, por si acaso, aprovecha la mañana para ti y en cuanto salga te llamo. Un beso.* Y antes de salir por la puerta, la miro dormir sin poder evitar sonreír.

En la calle hace un frío extraño, diferente al de Irlanda. No hace viento, pero el ambiente es gris mires donde mires, y parece que la gente se viste acorde al tiempo. En Irlanda, a pesar del mal tiempo, todo es verde y nadie se viste con colores tan tristes. Voy andando, ya que el señor Fersen ha escogido el hotel de lujo más cercano a la empresa. Me cruzo en mi camino con gente como yo: hombres y mujeres trajeados con maletín que se dirigen a su trabajo, a posibles reuniones, a presentaciones de proyectos, o incluso a entrevistas de trabajo. No importa que sea domingo; para los negocios no existen los días festivos. Todos serios y rectos, como robots a los que les han programado una única función y tuviesen que cumplirla a raja tabla. Y eso es lo que me gusta de mí y de mi

proyecto; después de mucho tiempo pensando, conseguí tener la mejor idea al construir algo que no pareciera perfecto, pero que fuera bello; me dejé guiar por el arte, por la intuición. Voy decidido y animado a la reunión, a sabiendas de que mi papel hoy será meramente burocrático: escuchar a unos cuantos directivos de la junta hablando de los últimos detalles, de la fecha en la que se pondrá en marcha y de si será necesario algún cambio. Solo debo estar allí para escuchar y para echar algunas firmas, pero aun así no deja de ser emocionante.

No espero ni cinco minutos en la sala de espera. Es de un color gris perla, fría y elegante. Estoy en la planta 27 y unos ventanales rodean toda la sala. Desde aquí se puede ver casi todo Londres. Casi todo. Desde el World's Linked Enterprises se podrá ver Londres entera, y pensar que será uno de los edificios más altos de la ciudad hace que me recorra un escalofrío por el estómago. No da tiempo a que se propague por todo el cuerpo.

—Señor Dyer, la junta directiva está lista.

—Allá voy.

Trato de poner cara de póker, de ser todo lo correcto que mis padres me han enseñado a ser y que he aprendido durante tantos años. Saludo al director, Trevor Fersen.

—Señor Fersen. —Le doy un apretón de manos, y él aprieta mi hombro con decisión. Buena señal—. Muchas gracias por la estancia que nos ha regalado.

—¿Les gusta? Espero que lo estén disfrutando, es uno de los mejores hoteles.

—Le aseguro que sí.

—Espero que su acompañante también esté disfrutando de la visita. Al menos aprovechará para salir, en lugar de estar metida en una oficina.

Suelta una sutil carcajada. Me gusta. Es un hombre de negocios serio, pero cercano y amable; con él las cosas irán rodadas. Saludo de nuevo al señor Judd, su ayudante, a los hermanos Humbert, del departamento de Arquitectura y al señor Graham, del departamento financiero.

Aparte de ellos, hay cinco personas más. Me los van presentando poco a poco y los analizo con cada apretón de manos, con cada mirada o gesto. Michael Freeman, de Urbanismo, parece un tipo simpático, de unos 35 años: el típico inglés que más bien podría estar viviendo en un condado antes que en la gran ciudad. Aaron Brooks es del departamento de Diseño; no hay necesidad de estudiarlo, sé que pondrá pegas porque para algo está ahí, pero yo guardo un as en la manga para cuando ataque. Amy Sellers pertenece al departamento de Instalación y Supervisión Técnica; me estrecha la mano con frialdad y con seguridad, pero su media sonrisa me deja ver que también está encantada con este proyecto, así que no me preocupo por ella. Los últimos son Judy Schmidt, del departamento jurídico, y James Griffin, del área de obras.

Una vez hechas las presentaciones, comienza la reunión. Es el ayudante de Trevor Fersen, el señor Paul Judd, quien presenta mi proyecto. Habla de las diapositivas, enseña los planos y lo hace a la perfección, casi palabra por palabra, tal y como lo hice yo la anterior vez. Analizo la cara de los que acabo de conocer, y solo me preocupa la de Aaron Brooks. Su expresión es dura, tiene el ceño fruncido. Sé que está dándole vueltas para ver qué cambiar del proyecto y así poder colaborar en algo.

Todos hacen alguna que otra pregunta, a las que contesto sin problemas; todos parecen encantados. De pronto levanta la mano, y yo lo miro con decisión.

—¿Sí?

—Señor Dyer, entendemos perfectamente que las estructuras pueden variar mucho de un país a otro. No es lo mismo construir un rascacielos en Japón que en Canadá; cada uno tiene sus estilos. Mi opinión, sin ofender, desde luego, es que su edificio rompe con los cánones y las reglas de nuestro entorno. Es un edificio magnífico, por supuesto, pero su estructura recuerda más a un Picasso que a un edificio tradicional.

Sabía que diría algo así, y gracias a ello he preparado todo un discurso.

—Gracias por su comentario, señor Brooks. Supongo que se refiere al hecho de que no sea un edificio de cuatro paredes rectas. Sé a lo que están acostumbrados aquí; lo sé con mirar a la gente por la calle y hasta con mirar al cielo. A pesar de las similitudes entre ambos países, también hay muchas cosas que los hacen diferentes. Aquí todo es recto y está estudiado al milímetro. Con este edificio les traigo algo de imperfección, de belleza dentro de lo «incorrecto», si quiere llamarlo así. Se sale de lo establecido y de la rutina. No sería la primera obra que se crea rompiendo los cánones establecidos. Sabemos de muchos edificios que son del todo menos convencionales y, gracias a ello, hoy son conocidos, como el Templo de Loto de Nueva Delhi, o el Futuroscope de Francia. Les traigo el placer de crear algo improvisado, algo creativo para que, cuando alguien pase por su lado, se pare un momento, se maraville durante unos segundos y pueda seguir su camino, sabiendo que hoy ha visto algo distinto.

Sabía que con el resto no tendría problemas, pero después de mi respuesta, mucho menos. Tienen los ojos como platos y algunos, hasta la boca abierta. Sin embargo, la de Brooks se ha cerrado, que es lo que quería.

Sin duda, el proyecto se termina por aprobar tal y como yo lo he diseñado, y yo firmo mi consentimiento.

—Señor Fersen, muchísimas gracias por la oportunidad. He de decirle que ha hecho mi sueño realidad.

—Y usted el nuestro. Sepa que estamos impacientes por comenzar. En cuanto

tenga los detalles del comienzo, le avisaré. Por favor, disfrute en nuestro nombre lo que le queda de estancia. Estará aquí cinco días, si he entendido bien. Si necesitamos algo más de usted, ¿podríamos llamarlo?

—Ni lo dude. Para eso estoy aquí.

Salgo a la calle y poco me queda para dar un grito de alegría. Estoy eufórico, estoy a punto de estallar. Es lo mejor que me podía pasar. Son las once de la mañana y decido llamar a Lisa para contárselo, pero antes veo que tengo una llamada de un número que no reconozco. Es un número inglés y me preocupo. Quizás haya sido Lisa y le haya pasado algo, así que llamo sin pensarlo. Un tono, dos tonos... al tercer tono se descuelga.

—Hola. —No es Lisa.

—Hola..., tengo una llamada de su número al mío, ¿quién es?

—Vaya, sí que me has olvidado rápido.

Y, entonces, caigo.

—¿Annabelle?

CAPÍTULO 30

Esta mañana es mía. Aprovechando que Nick tiene la reunión y que, al parecer, será larga, disfruto de un día para mí sola viendo tiendas, haciendo visitas a los mejores barrios, degustando el típico *brunch*... Puedo incluso fingir que vivo en Londres y que esta es una mañana de lo más rutinaria en mi vida.

Me visto con unos vaqueros pitillo, con botas altas marrones con tacón bajo, con una camisa y, encima, con un jersey fino de cuello. No falta la trenca *beige* de capucha que adoro.

Fuera hace frío y ha llovido hace unos minutos. Me encanta el olor a lluvia y respirar profundo para notar el frío en mi interior.

Escojo los barrios que más me gustan: el Soho, Nothing Hill, Richmond... Barrios con cientos de años de historia a sus espaldas. Están llenos de caserones, de iglesias... Casi puedes imaginar cómo era la vida aquí hace doscientos años.

Después de la visita histórica y cultural, voy a Trafalgar Square, esta vez sin Nick. Pido que me hagan alguna foto, aunque sea yo sola. La plaza es preciosa y es imposible no mirar a la columna de Nelsen y sentirse pequeña.

Ya que estoy en el centro, decido hacer un poco de *shopping*. No soy compradora compulsiva, pero reconozco que a veces me puede la tentación de comprarme ropa, aunque no la necesite. Voy a Carnaby Street, barrio de la moda. El arco que corona la entrada me hace saber que no estoy en casa, precisamente. Esto no lo encontraría en Dublín. El barrio está atestado de gente y las casas son de lo más pintorescas: amarillas, azules, naranjas... Hay muchas tiendas conocidas, pero decido pararme en las pequeñas, más familiares y cálidas.

—Buenos días, señora, ¿puedo ayudarla en algo? —Una mujer de unos sesenta años me atiende con la cordialidad que les precede a los ingleses.

—Buenos días. Sí, busco algo sencillo y cómodo.

—Aquí tiene la ropa de *sport*: vaqueros, camisetas sencillas. —Me señala una zona con ropa informal pero preciosa—. Y aquí están todos los vestidos, desde

los más informales a los más elegantes.

Iba pensando en ropa más cómoda, pero de pronto los vestidos me atrapan. Son preciosos, con una tela magnífica y con unos detalles muy cuidados. De entre todos, hay uno que me llama la atención. Un vestido blanco con detalles a modo de flores hiladas; tiene escote y es de tirantes anchos. Llega justo por los muslos.

—¿Cuánto cuesta?

Temo la pregunta nada más hacerla. Me pasará lo de siempre: pregunto el precio, me da un mini infarto, disimulo mirando otras cosas, y luego me voy como si nada.

—29,90.

—¿Cómo? —No me lo creo—. ¿Solo 29,90?

—Sí, querida. Estamos de rebajas.

Casi no me lo creo. Solo con ver el vestido se sabe que vale mucho más, así que no lo dudo. Solo puedo pensar en alguna ocasión especial en la que pueda ponérmelo para Nick. Tampoco se me escapa de mi mente la fantasía de que acabe quitándomelo.

Voy paseando entre la gente feliz, llena de bolsas: una de ropa, otra de libros antiguos y de primeras ediciones, y otra de regalos para llevar al grupo.

Desde lejos lo veo, pero necesito abrir los ojos al máximo porque no puedo creerlo. Nick está en la terraza de un café al otro lado de la calle. Está con una rubia despampanante que, aun estando sentada, puedo adivinar que es más alta que yo. Parece la típica modelo de pasarela, perfectamente maquillada y de tez blanca, no rosada, como la mayoría de las inglesas.

Están hablando uno frente al otro, y de pronto ella le coge las manos. No solo se las coge, sino que se las acaricia y él la corresponde, siendo Nick quien acaricia a esa desconocida.

No puedo creerlo. De pronto recuerdo lo que tantas veces me ha dicho: que sus viajes de negocios también eran viajes de placer, en el sentido más literal de la palabra, y entre los sitios a los que ha viajado se encuentra Londres, por supuesto.

Contemplo la escena, paralizada, intentando buscarle lógica, cuando una pregunta surge en mi cabeza: ¿cómo sabía ella que estaba Nick aquí? No creo en las casualidades; la única forma de que lo sepa es porque él la ha llamado. Y si solo era una amante pasajera, ¿por qué llamarla?

No me detengo mucho en imaginaciones horribles, porque la escena que tengo delante es aún peor. Aunque él ha retirado sus manos de la mesa para ponerlas en los reposamanos de la silla, su rostro se dulcifica. Hay... ¿ternura?, ¿complicidad?; no sé distinguirlo. El de ella empieza a descomponerse, aunque

no estoy segura desde tan lejos. Nick se levanta corriendo para ponerle el abrigo, como buen caballero, y de pronto sus labios. Ella da un pequeño paso, el único que separa sus caras para darle un beso.

El estómago me da un puñetazo en lo más hondo de mi ser. Las costillas me están comprimiendo hasta el punto de no poder respirar. Ya he visto bastante. Un solo segundo es suficiente para largarme de ahí como si huyese del diablo mismo.

Para volver al hotel paso por alguno de los sitios que he escogido esta mañana para visitar, pero ya no tienen el mismo color. El gris que caracteriza tanto las calles londinenses ya no me parece fresco y acogedor; ahora me está cegando, no me deja ver y me agobia. La gente no me deja caminar porque va de un lado a otro sin mirar, empujando. Paso por un mercado que hay en Oxford Street, y el olor dulzón de la fruta solo me revuelve el estómago. Desgraciadamente ahora no puedo parar a mi cabeza, que empieza a hacer todo tipo de especulaciones.

Soy incapaz de no imaginármelos juntos, antes y ahora, desnudos en un hotel. Me destroza pensar en Nick besando a otra mujer, y me mata pensar que haya otra mujer tocándole el pelo, oliendo su perfume directamente desde el cuello.

Cada vez corro más, y las lágrimas hacen que más de uno me grite si me encuentro bien, pero no pienso pararme. Quiero llegar al maldito hotel y largarme de él cuanto antes. Esto ha sido una mala idea.

Subo a la habitación y, al abrir la puerta, una punzada nueva me oprime el pecho. La habitación, la misma donde unas horas antes habíamos hecho el amor con pasión, entregándonoslo todo... Lo habíamos hecho como nunca, desfogados y relajados, sonriéndonos de vez en cuando y convirtiendo lo más íntimo en nuestro y de nadie más. Ahora era una habitación limpia y ordenada. Habían dejado la ropa en una silla, la cama estaba hecha con sábanas y con mantas limpias; sábanas que no eran testigos de lo que ocurrió a noche, que no estaban manchadas de sudor y no olían a nosotros. Quizá sea mejor así. Oler el aroma que dejaba el ambientador de limón y cerezas hace que pueda seguir con mi ira y no me nuble la mente nada más.

Guardo mi ropa doblándola lo mejor que puedo y sin perder prisa. Me queda un hueco para meter las cosas que he comprado esa mañana, cosas que ya no me hacen tanta ilusión. Cada vez meto todo con más furia, apretando una prenda con otra. No puedo dejar de pensar en él, uniendo sus labios con los de esa mujer, y en ella, pasándole la mano por el pelo. Me doy cuenta de que he sido una idiota. Ya no soy la misma que antes, tan impulsiva. He dejado que Nick trastoque mi mundo de caos para convertirlo en orden, y no debería ser así. Quiero vivir en mi mundo de cuadros, de música. Él, sin embargo, no ha cambiado nada. Sigue siendo el mismo hombre meticuloso que tiene cada segundo de su vida planeado

y que odia a su padre, pero agacha la cabeza en cuanto le dice lo que tiene que hacer. Y, sobre todo, sigue siendo un hombre con conquistas por todo el planeta. He dejado que un hombre se adentre en mi mundo en todos los aspectos.

Dejo que la calma controle de forma moderada mi ira. Quizás sea mejor así, ahora, cuando aún no ha ido todo demasiado lejos. Pero ¿y si lo ha hecho?

Con este pensamiento, cojo mi maleta, ya cerrada, y salgo de la habitación para ir directamente al *hall* de la *suite*. Me paro un segundo a pensarlo. Esto es demasiado lujo para mí, yo no soy así.

Antes de llegar al *hall*, escucho una tarjeta que se introduce en el tarjetero de la puerta. Perfecto.

—¿Lisa? —dice mientras abre al completo la puerta de la *suite*—. Ya he llegado. Madre mía, tenías que haber visto la reunión, fue in... —Su voz se corta al instante, y sé por qué es—. ¿Qué...? —Busca las palabras, pero no las encuentra, y sus ojos van de la maleta a mi cara, tratando de encontrar una explicación—. ¿Qué haces con la maleta?

—Yo... —Trago con dificultad, intentando deshacer el nudo que me oprime la garganta—. Me voy.

—¿Por qué? —Su voz suena más impaciente y eso hace que mi calma desaparezca para dejarle sitio, otra vez, solo a la ira y a los nervios, claro.

Pues porque te he visto con otra mujer, porque te tocaba como si os conocieseis de toda la vida, y no como amigos. Ah, y porque te ha besado. Porque eres el tío que me dijiste que eras al conocernos, pero que, en teoría, habías cambiado. Todo eso quiero decirle, pero no me sale, así que busco en mi interior algo que lo englobe todo a la vez.

—Te he visto.

Es suficiente. Podría significar que lo he visto pasear o salir de la reunión. Pero mi tono se lo dice todo. Lo sé, porque su piel pasa de ser la de una persona sana a la de alguien enfermo. Bien, así no tengo que explicar todo lo que he tenido que presenciar por la mañana.

—Yo... —Parece que busca las palabras. Lo cierto es que nunca lo he visto tan vulnerable, y una pequeña parte de mí quiere creer que es todo mentira para acercarse a besarlo. Pero muy pequeña—. No es lo que parece.

—Ya, ¿podrías utilizar algún otro tópico? Ese ya está muy visto. —La ira va en aumento y él da un paso atrás, como instinto de supervivencia.

—Lisa, no es nada. No ha pasado nada. Solo es...

—Ahórratelo. No creo que seas tan cerdo de besarla y de luego venir a contarme los detalles, ¿no?

Me mira sin responder durante un segundo, sin saber qué decir. Yo solo intento controlar mi estómago para no echar ahí mismo el desayuno.

—Lisa, no hay detalles que contar. —Su voz ya no es dulce, me amarga en la piel y me duele—. ¿Cómo puedes pensar que yo...?

—Porque lo he visto todo, Nick. —No lo soporto más. Estallo como si llevase una bomba a contrarreloj en mi interior—. Cogiéndola de las manos, besándola. Y en realidad tenía que haberlo visto antes. Yo no encajo en tu mundo de viajes y de amantes que se quedan por el camino. Apuesto a que ya habías usado este hotel con otra, ¿verdad? ¿Con ella?

—No. —Parece que esa va a ser su única respuesta, pero los dos sabemos que miente, y se justifica—. Con ella no. Pero eso ya no tiene nada que ver con el hombre que soy ahora, de verdad, yo...

—Déjalo, Nick. Nos hemos esforzado por cambiar, cuando en realidad ninguno de los dos quiere hacerlo. Tú no quieres cambiar tu rutina, y yo... Yo no quiero esto, no puedo convertirme en algo que no soy. Lo siento.

Y antes de dejar que diga nada, paso por su lado para dirigirme a la puerta. Su olor casi hace que me desmaye y rectifique todo lo que he dicho, pero por una vez me mantengo fiel a mis principios.

—¿Y ya está? ¿No vas a dejar que me explique? —Está empezando a elevar el tono, y ya no hay rastro de imploro en su voz, solo rabia. ¿Por qué? —. Creía que los dos éramos sinceros y ni siquiera me dejabas que me explique. Pero tú misma, si de verdad crees que te haría daño a propósito, es porque en realidad no me conoces y no te interesa hacerlo. —Cada vez se está envalentonando más, y yo ni siquiera ya no sé cómo reaccionar—. Márchate si te apetece, pero que sepas que estarás cometiendo un error.

Nuestras miradas se enfrentan y son un cúmulo de fuego y hielo que luchan por ver cuál gana a quién. La verdad es que hemos perdido los dos. Bajo la mirada, porque no puedo seguir con la tortura de mirarlo y saber que una parte de mí ya se ha quedado con él para siempre.

—Adiós, Nick.

Consigo relajarme un poco en el taxi, intentando no pensar en el futuro, o en el maldito presente. Me distraigo mirando los edificios y las calles, de las que he disfrutado en tan poco tiempo, y me entretengo más mirando todo aquello que no he podido ver y que debía hacerlo en los siguientes días.

El pánico vuelve a mí en el aeropuerto. Consigo un vuelo de última hora, pero tendré que esperar seis horas allí. De pronto vuelvo a sentir náuseas. ¿Y si se le ocurre venir? ¿Y si se le ocurre coger también un billete en el mismo avión? No me apetece montar una escena, ni tener que llorar delante de él. He aguantado el tipo muy bien en el hotel, pero no estoy segura de poder hacerlo otra vez. Saco una pequeña parte racional, la que él me ha enseñado a usar en otros momentos, y lo deshecho. Ya ha sido difícil conseguir un vuelo en tan poco tiempo, dudo

que tengan otro asiento esperando para él. Sin embargo, pienso algo aún más crudo y retorcido.

¿Se quedará en Londres los siguientes tres días? Ahora que es un hombre libre, ¿aprovechará para estar con la mujer despampanante? Me parece ridículamente doloroso pensar en ello. La ansiedad invade todo mi pecho y en algún momento de toda la mañana, en la terminal, no dudo en dejarlo salir, lo que hace que la gente de mi alrededor o me pregunte o se aleje.

Las horas pasan y yo solo pienso en llegar a casa lo antes posible. El vuelo se me hace eterno. Miro la película que han puesto, pero sin hacerle caso. Solo dejo que las imágenes entren en mi cabeza para poder ocuparla con algo que no sea doloroso. Pero mientras veo a Robert De Niro matar a no sé qué tío, yo solo pienso en el hueco que me ha quedado en el corazón. Lo hice más grande para dejarlo entrar, y ahora está dado de sí, feo y desinflado.

En cuanto bajo del avión, enciendo el móvil. Tres llamadas perdidas de Robi. Me habrá llamado para ver qué tal el viaje, pero no quiero hablar con él y tener que explicarlo todo ahora. Cojo un taxi que me lleva directo a casa en media hora. Y en cuanto llego a mi puerta, me recorre un escalofrío. Hace unas horas estaba en Londres, ajena a todo lo que pasaba y feliz, y ahora estoy aquí, como si hubiese pasado una eternidad. Y aunque lo tengo a cientos de kilómetros de distancia, solo puedo pensar en una cosa.

Cuando vuelva, estará un piso por debajo de mí. ¿Qué pasará entonces?

CAPÍTULO 31

Llevo media hora mirando a la pared. Ojalá tuviese algún relieve o estuviera empapelada con un estampado horrible, porque al menos tendría algo con lo que entretenerme.

Me ha dejado. En dos minutos me ha dejado y con una facilidad que no comprendo. Sí, entiendo que se haya pensado lo peor si me vio con Annabelle y si vio lo que hizo. Pero me ha dejado de una manera tan cruda y tan rápida. Sin derramar una lágrima.

La habitación de hotel ahora me da asco. Está fría y es demasiado blanca, no parece que hayamos dormido aquí nunca.

Me planteo muchas cosas, entre ellas llamarla, pero no quiero ser el típico que la acosa. Si se ha ido así, no creo que quiera hablar conmigo. Y, aunque lo cogiera, tampoco sé si sería amable, suplicante o sería un manojo de histeria. Sí, la histeria y la ira se están empezando a extender por todo el cuerpo, hasta notarlo en la yema de los dedos.

He sido un gilipollas. Me he dejado embaucar por una cara bonita y por un cuerpo. Me ha llevado a su terreno, me ha hecho cambiar y ahora me deja aquí, tirado. Al final me he lanzado al abismo. Y no es que no tuviese paracaídas, es que ella lo ha rajado con facilidad. Maldita sea, me he enamorado y ni siquiera he tenido tiempo de decírselo. Antes, siquiera, de darme cuenta, se ha ido de mi lado.

En el fondo, muy en el fondo, sé que no tiene la culpa, que sobre todo la tengo yo, porque tenía que haber rechazado ver a Annabelle. Me suplicó tanto que no tuve más remedio que quedar con ella y advertirle de que no pasaría nada. Y ella se rio como si fuese la mayor tontería, así que no le di importancia a tomar un café. ¡Y qué tonto fui! Caí en otra trampa más, propia de las mujeres. Nicholas, parece que en todo este tiempo no has aprendido nada. Daba igual que la rechazase, que le hablase de Lisa y que me apartase en seguida de ella, porque

sigue siendo tan manipuladora como siempre. Sus besos y sus labios ya no me sabían como antes. Siempre había fumado, pero ahora más que nunca notaba el sabor a cenicero, y durante ese escaso segundo me dieron náuseas.

Pero aunque una pequeña parte de mí sabe que le he hecho daño a Lisa, estoy enfurecido por dejarme ahí solo, por no dejar que me explicara y, sobre todo, por dejarme con tanta facilidad. Ella se ha vuelto imprescindible en mi vida, ¿y yo no lo soy para ella?

Está claro que no. Ha sido una fantasía que ha durado unos meses, un juguete para la jovencita y alocada de Lisa. Y yo he estado a punto de entregarle todo mi corazón a alguien que no lo quiere. El problema es que, aunque no se lo he dicho, mi corazón ya es suyo, y ahora no sé cómo recuperarlo.

Paso los tres peores días de mi vida encerrado en una habitación de hotel, viendo películas británicas de serie B, las típicas de un domingo por la tarde. Fersen me llama un par de veces para preguntarme alguna cosa, pero nada importante que implicara ir hasta sus oficinas. Mejor, porque estoy adquiriendo cada vez peor aspecto.

Para cuando tengo que volver a casa, soy un hombre diferente, con un traje sin corbata ni americana, solo la camisa. Con el pelo revuelto, prácticamente sin peinar, y con barba de tres días, no hablemos ya de las ojeras.

Voy en trance todo el viaje desde que cojo el taxi, llego al aeropuerto, facturo y entro en el avión. Son las dos horas más extrañas de mi vida. Ni lentas, ni rápidas. Voy en una nube catatónica, como si, aunque quisiera, no pudiera reaccionar. Solo soy consciente de que la mujer que va a mi lado cada vez está más pegada al extremo de su asiento, lejos de mí. Suerte que vamos en primera, eso le da un espacio más que razonable para que no tenga que ir tensa todo el vuelo.

Solo vuelvo en mí cuando voy al *parking* a por mi coche. Necesito estar sereno para conducir, así que sacudo la cabeza para despejarme. Pongo la radio y ni lo dudo: mis clásicos de siempre. Hola, Chopin; ah, Schubert, cuánto tiempo. Os he echado de menos. Durante los últimos minutos en el coche me acompaña Purcell y su Lamento de Dido, una mujer que sufre por ver partir a su amado.

Cuando llego al portal noto cómo una corbata, que no llevo, me está estrangulando. Mierda, ni siquiera he pensado en esto. No coincidir con ella va a ser una suerte. Aún no sé si quiero hablar con ella, ni sabría qué decirle. Aunque lo más probable es que, si me viera, huiría de mí. No lo pienso mucho; ahora que he aparcado el coche, puedo volver a este estado inerte en el que se estaba tan bien. Es cómodo, porque me permite no pensar en nada, literalmente en nada. Las mujeres no nos creen cuando nos preguntan en qué pensamos y decimos que en nada. Pues creedlo: nos es posible, y en este momento lo agradezco más que

nunca. Todo lo que puedo pensar es que, si tengo algo que resolver, ya lo haré más adelante. Quizás otras personas a esto lo llamen estado de *shock*.

—¿Por qué no te vienes?

—Porque no me apetece. —Mi voz es más ronca que nunca—. No quiero una noche de pareja más uno.

—Esta noche me la reservo para ti —me dice Danny—. Una noche de colegas, ¿te parece?

—No, Danny, esta noche no.

Le cuelgo. No quiero que insista, y no quiero ponerme borde con él. Lllaman a la puerta. Por Dios, ¿puede ser...?

—¿Cómo te atreves a colgarme?

—¿Qué haces aquí? —Su visita no es lo que esperaba, y me cabrea aún más.

—Mírate: das asco —dice, mientras cierra la puerta a sus espaldas y me sigue al salón—. ¿Hace cuánto que no sales de casa? ¿Cinco días? Te va a dar algo.

—Tengo comida de sobra para aguantar. Y si quiero luz natural... —Le señalo con un gesto exagerado la terraza—. Solo tengo que asomarme.

—Deja de hacerte el mártir. —Lo miro clavándole directamente mis ojos como si fueran puñales, pero él no se achanta—. Esto no te va. Tú no eres de dejar que el problema te coma; tú te enfrentas a él.

—Oye, estoy de vacaciones. Tengo una semana y media por delante, y haré lo que quiera. Por ejemplo, no salir de casa.

Me siento en el sofá y enciendo la tele con pereza. Danny se acomoda a mi lado y no me quita ojo.

—¿Y esto está bien? Vas en pantalón corto, hecho un guarro. Mira qué barbas. —Me señala a la cara mientras pone cara de asco—. Quizás necesites aplazar las vacaciones y volver al trabajo una temporada más. Cuando regresaste de Londres no estabas tan... mal. Creo que te vino bien seguir pensando en el proyecto.

No le quito razón. En cuanto volví al trabajo, me puse como un loco a ultimar detalles en planos, a organizar maquetas. Trabajaba diez horas al día. Uno, para no pensar, y dos, para no tener que volver a mi edificio. Pero al jefe le parecía un abuso tenerme así y, además, como no cogí todas mis vacaciones de las pasadas navidades, decidió darme quince días porque, según él, me los merecía. Qué coño sabrá él lo que necesito.

—Atkins no me deja volver al trabajo, cree que necesito estos días libres. Si quieres, vas tú y aclaras con él mis días de disfrute personal.

La ironía, ya habitual en mí, empieza a cabrear a Danny, que se levanta con brusquedad y se pone a dar vueltas por el piso. No sé si va a gritarme o si se va a largar, pero yo sigo con mi pose pasiva, haciendo *zapping*.

—La he visto.

Se hace un silencio. No sé qué decir. Quito la televisión para prestarle más atención. Podría disimular, pero no tengo fuerzas para ello.

—Y ¿cómo está?

—Pues... —Se piensa sus palabras, y a mí me mata lo que tarda en pronunciarlas—. No está hecha unos zorros como tú, pero supongo que tampoco está siendo plato de buen gusto estar así. —Nota en mi mirada que quiero saber más, y no tengo que preguntárselo—. No he hablado mucho con ella, responde con monosílabos y poco más. Lo bueno es que volverá al teatro para una nueva obra. Así, estará distraída, y es lo que tendrías que hacer tú: distraerte con algo. Podrías salir a correr o algo.

—Lo que tú digas...

Vuelvo a encender la tele. Un programa de cotilleo. Perfecto, voces chillonas que hacen que no pueda ni pensar. En este momento me va genial.

—En fin, si necesitas algo, llámame. Aunque seas un capullo, sigo estando aquí.

—Vale, gracias. —Y se lo digo de corazón. Me da una palmada de camaradería en el hombro y se va.

Apago la televisión. Joder, ¿por qué se me ha tenido que complicar tanto la vida? ¿Cómo un ser tan desquiciante se ha adentrado en mi vida para luego dejarme así? Tenía razón desde el principio: una persona así solo me traería problemas. Pero yo, en lugar de sopesar pros y contras, me lancé al vacío. Y tan al vacío que me he estampado de morros.

Mentiría si dijera que en los siguientes días no pienso en Lisa más de lo normal. Quizás porque mi ira empieza a evaporarse para dejar paso a otras cosas, algo que no sé muy bien qué es. ¿Remordimiento? ¿Decepción? No ayuda el que oiga sus pasos; retumban en mi piso tanto que parece que están dándome pisotones a mí. Sé cuándo se dirige a la cocina para desayunar, cuándo va al salón para sentarse a leer. Sé, muy a mi pesar, cuándo va a salir porque los golpes son secos y fuertes, de tacones. No me gusta imaginarla saliendo de fiesta, pasando página, y conociendo a tipos mejores que yo. Tampoco me gusta imaginar cómo salva esta situación y yo me quedo en casa. Si me hubiese visto hace tan solo un año, me habría reído en mi propia cara. «Vamos, Nicholas, las mujeres se pelean por ti. Tú decides las que deseas, y tú decides cuándo se van de tu cama». Patético.

Después de casi dos semanas me visitan Danny y Karen. Siempre para ver si

estoy mejor, o si necesito algo. Por supuesto, intentan hacerme salir, para hacer la compra o para acompañarlos a algún recado.

—No quiero que estés así.

Karen se echa a llorar nada más verme. Ni me preocupo en mirarme al espejo estos días, pero debo estar horrible para que eso sea lo primero que me diga mi hermana. La abrazo, como si ella necesitase el consuelo y no yo.

—Vale, tranquila. Venga, entra.

Le doy una taza de chocolate. Ya estamos en verano, pero a ella le encanta tomarlo caliente. Nos tumbamos en el sofá a ver una película cualquiera de la tele. Está recostada en mi hombro y yo le paso el brazo por encima. Karen es mi vitamina, la necesito tanto... Con ella no me corto en decir lo que pienso.

—¿La has visto?

Se acomoda un poco y hace que yo quite mi brazo de sus hombros.

—Sí —dice casi con vergüenza—, Danny nos llevó a un ensayo. No creíamos que estuviese, porque llevaba días sin ir, pero apareció.

Vaya, así que le han entrado ganas de seguir con su vida bien pronto. Karen nota mi cara contraída en seguida.

—Pero no tocó, solo vino a escuchar. Robi le insistió un poco, pero te aseguro que, con la cara que tenía, lo último que le apetecía era ponerse a cantar.

No debo, pero me siento un poco más aliviado. Yo asiento, sin saber qué decir. Gracias a Dios que tengo a mi conciencia de forma presente para que lo haga ella.

—Tenéis que hablar. Lleváis tres semanas sin dirigiros la palabra por una tontería. Ella tiene motivos para estar enfadada, tú también. Ella tiene que pedirte perdón, y tú también. Sois igual de cabezotas, por eso tenéis que arreglarlo.

—Karen, no sé... —Dudo al hablar de lo que tengo que decir—. Si hubieras visto la facilidad con la que me dejó allí plantado en el hotel... No le costó nada. No estoy muy seguro de que ella tenga interés en arreglar nada.

—Claro que sí. Está dolida. Joder, Nick. —Me horrorizo al oírla hablar, pero no se calla—. Te vio besándote con otra. Y ella sabe lo que hacías en tus viajes; no le costó mucho hilar, aunque no fuera cierto.

—Mis viajes... ¿Cómo sabes tú eso? —le digo casi en gritos.

—Si no quieres que se sepa un secreto, no se lo cuentes a Danny. Y si Danny quiere tener secretos, que no se los cuente a su hermano.

Me toco el puente de la nariz, mientras analizo todo lo que me dice mi hermana. Mi hermanita de 17 años sabe que he sido un cerdo casi tres años, al tirarme a toda mujer que se me ponía por delante.

—Oye, que no tengo doce años, ¿eh? No es que me guste saber vida y

milagros sexuales de ti, pero tampoco me escandalizo. —Me recompongo un poco, para no parecer yo el infantil—. A lo que voy es que Lisa tenía todo el derecho del mundo a pensar que te traías algo entre manos. Y en ese momento no lo quiso hablar. Pero no significa que no quiera ahora. Lo que pasa que sois tan orgullosos que no dais el brazo a torcer ninguno.

De acuerdo, mi hermana pequeña tiene razón: hay que joderse, tengo que recibir consejos de una adolescente sobre desamores.

Cuando se va, me acerco a la nevera. Creía que tendría sustento para más días, pero la comida brilla por su ausencia. También veo el vino de mi padre que me bebí la primera noche después de volver. Sí, papá, he usado tu vino para bebérmelo en una noche yo solo, y no había nada grande que celebrar, fíjate.

Me planteo salir a la calle a comprar, pero antes me miro al espejo.

—Sí que doy asco —digo mientras me toco la cara.

No es que la barba me quede mal, es que, además, va acompañada de un pelo sucio y revoltoso, de unas ojeras infinitas y de una cara más delgada de lo normal. Me miro como si fuese un caso perdido y me voy a vestir. Unos vaqueros y una camiseta azul oscuro es lo primero que encuentro.

La luz me deslumbra. He salido casi todos los días a la terraza a mirar la calle, pero no es lo mismo que estar en ella. Me pongo las gafas de sol para aguantarlo mejor. Parece que el aire fresco despeja mis ideas; quizá Karen tiene razón.

Tomo una decisión de la que no estoy muy convencido, pero me arriesgo. Aunque nunca había ido a ver a Lisa a su galería porque coincidía con mi horario de trabajo, ahora puedo hacerlo. Tengo curiosidad por saber cómo será y qué cuadros tendrá. No voy con mi mejor aspecto, pero no me importa.

Llego al local gracias a una tarjeta que me dio ella, en donde venía la dirección. Encima de la puerta y con letras elegantes en dorado, pone «Galería Robbins». Respiro hondo un par de veces antes de entrar. No sé ni qué cara poner, pero no lo pienso más, porque si no daré media vuelta.

Abro y no encuentro a nadie. Es una sala amplia y blanca, con columnas y muros a media altura que separan unos estilos artísticos de otros. Hay varias personas mirando cuadros, algunos acompañados, analizando con detalle; otros parecen observar simplemente por encima. ¿Por qué no vine antes? Este sitio es increíble y es todo suyo. No paro de mirar y mirar, pero no la encuentro.

—Oh, señor, disculpe. ¿Lo puedo atender en algo?

Me mira de arriba abajo. Sí, ya sé que no tengo pinta de comprar un cuadro que valga miles de euros, pero es solo mi aspecto. Te aseguro que tengo trajes más caros que algunos de los cuadros que hay aquí. Me callo la contestación, porque no sería agradable y porque ya no soy así de arrogante. Tan arrogante. Yo frunzo el ceño, ¿quién es esa mujer?

—Sí, eh..., estaba buscando a Lisa Robbins.

—Ah, pues lo siento. Hoy tenía ensayo de teatro y me he quedado de encargada yo. Sin embargo, volverá mañana, si prefiere volver.

—No, descuide. No se preocupe.

Vuelvo a casa como alma que lleva el diablo y cierro la puerta tras de mí, como si me persiguieran. Y con las prisas no he comprado la comida.

—¿Qué coño estoy haciendo?

Me ha dado un arrebato y he ido a verla. Sin pensar. ¿Y si hubiese estado? Ni siquiera sé lo que le iba a decir. Si hubiese estado, habría visto a un Nick mudo, embobado. La viva imagen de un hombre cuerdo, vamos.

Vale, ahora voy a hacer las cosas bien. Voy al baño y me miro durante un segundo al espejo. No quiero repeinarme ni cortarme la barba. Así que manejo mi pelo con fijador, como he hecho meses atrás, desordenándolo un poco. Y recorto la barba, afeitándome el cuello. Ahora ya no parezco un mendigo, por lo menos. Sí, vale, lo de las ojeras no se puede arreglar, no puedo hacer nada.

Voy directo al teatro, con más ánimo que antes y que en todos estos días. Quizás lo único que necesitaba era que me llegase un poco de oxígeno al cerebro. Tantos días en casa han tenido que ser perjudiciales a la fuerza.

Llego y entro con valentía, con miedo y con esperanza. Si me la encuentro de golpe, será lo primero que vea. Me encuentro con varias personas, pero ninguna es ella. A lo lejos, veo a Louis, que no me quita ojo. Maldito hijo de p...

Pero no es mi asunto ahora. Con impaciencia, le pregunto a la primera persona que veo, alguien que debe encargarse de las luces, supongo.

—Hola, ¿está por aquí Lisa?

—Pues sí. —Está desenredando unos cables y me contesta sin mirarme—. Tiene que estar en su camerino, o en la sala de ensayos.

—Vale, gracias.

No sé dónde está la sala de ensayos, así que primero me dirijo a su camerino, que supongo seguirá siendo el mismo que cuando hizo de Julieta.

Llamo a la puerta dos veces, una por cada golpe que me acaba de dar el corazón en el pecho. No recibo respuesta, pero aun así entro.

—¿Lisa?

—No está aquí.

Genial, lo que me faltaba. Louis está en el umbral de la puerta, con una sonrisa de autosuficiencia y con la voz más grave de lo que recordaba.

—Ya, oye, no tengo tiempo de jueguitos de exnovio posesivo. —Yo, sin embargo, contesto cansado por tener que oírle otra vez.

—Por lo que he oído, ahora tú también estás en ese lado, ¿no? El de los ex—me dice con una sonrisa burlona.

—No es asunto tuyo, si me disculpas.

Pero no me deja salir, haciendo de muro entre la salida y yo.

—¿Qué coño haces? —No le grito, intentando infundirle terror con un tono bajo, pero no parece funcionar.

—Te dije que esto no había acabado.

Y antes de que me dé cuenta, me propina un puñetazo en la cara. Estoy desubicado y mareado, y cuando intento pegarle yo, lo esquiva con agilidad, aprovechando para darme otro puñetazo en el estómago, con el que me tumba.

—¿Pero qué haces?! —Una voz masculina grita desde fuera.

El hombre intenta separar a Louis de mí, pero también le pega, y decide irse corriendo. Pienso que está huyendo.

—¡Llamad a la policía! —Apenas oigo al hombre que se ha ido.

Me tiene en el suelo y no deja de darme patadas en el estómago. En cuanto coge inercia para una patada más, yo le hago una llave para tirarlo. Sin embargo, el dolor en el estómago hace que no pueda levantarme, y para él solo es una caída, así que vuelve a la carga. Ya puedo oír cómo hay revuelo fuera. Veo borroso, pero parece gente que intenta detenerlo y no puede. Empiezo a notar el sabor a óxido en la boca, pero soy incapaz de escupir. De hecho, creo que la sangre sale sola de mi boca, la cual no tengo fuerzas ni para cerrar.

Tengo la sensación de llevar recibiendo golpes dos horas sin parar, y no sé qué me duele más. Entre el jaleo de la gente que intenta detenerlo, oigo una voz, una que resalta del resto.

—¿Nick? ¡Nick! —Lisa se abalanza hacia él como una fiera—. ¡Para, animal! ¡Lo vas a matar!

Miro a sus ojos, y ya no me preocupa nada más. Dios, dos semanas sin verla, y ahora poder mirarla a los ojos es como un chute de adrenalina. Todo lo que necesito. Ni el oxígeno, ni el vino de mi padre, solo Lisa. Ahí vuelve a estar mi ángel de la guarda.

Pero la alegría dura poco. Louis me propina su último y mejor golpe en la cara, y este me derriba y hace que me dé en la cabeza. Puede que sea con una mesa, pero ya no soy consciente de ello.

CAPÍTULO 32

La histeria no me permite actuar con claridad. Veo cómo la policía se lleva detenido a Louis y cómo el médico y los camilleros preparan a Nick para llevárselo en la ambulancia. Yo, por supuesto, no me separo de él.

—Nick, ¿me oyes? —le digo mientras cojo su mano y salimos del camerino. Intento controlar mi voz, pero sé que es imposible—. No te vayas, por favor. Estoy aquí contigo.

No paro de llorar y de agarrarlo con fuerza, como si eso lo retuviese a mi lado. Cuando llegamos a la ambulancia, me detienen.

—Disculpe, ¿es usted familiar?

—Yo..., bueno, no. Soy su novia —digo entre sollozos. Lo soy, lo soy, eso no ha cambiado—. Pero necesito ir con él, por favor.

—Señorita, está inconsciente; no necesita ir con él y nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo. Está demasiado nerviosa, ¿por qué no pide que la lleve alguien? Va al Saint James's Hospital.

Y así, casi con las palabras en la boca, veo cómo se marcha la ambulancia y en ella, Nick. Va solo y no debería estarlo, así que tomo la decisión rápido.

—Carol, ¿puedes llevarme?

—Claro que sí, cielo. Vamos; si corremos, llegaremos casi a la vez.

Carol conduce de fábula, sin miedo y respetando todas las señales; aun así, a mí me parece una eternidad. La calle es un borrón que no distingo, porque voy centrada en lo que tenemos delante. La sirena ya casi no se oye y eso me inquieta. No quiero llegar tan tarde como para no verlo allí.

—Gracias por traerme —le digo en sollozos a Carol.

—Nada, cariño. ¿Quieres que me quede contigo para que no estés sola?

—No, tranquila. Voy a llamar ahora mismo a su familia. Gracias de verdad.

No me entretengo más en el coche. Quiero entrar corriendo y ver dónde está. Llego al mostrador de urgencias y, antes de preguntar, busco a mi alrededor,

como si fuese a estar ahí, esperando para mí. Soy idiota.

—Hola —digo con el corazón en la boca—. Creo que acaban de traer a un paciente en ambulancia. Se llama Nicholas Dyer.

La recepcionista mira un momento su ordenador con interés, pero con suma lentitud.

—Ah, sí. Nicholas. Mira, entra por aquella puerta. Ya se lo han llevado, así que puedes esperar en la segunda sala de urgencias.

—Vale, gracias.

Sigo el camino que me ha indicado. La sala está casi vacía y se oyen ruidos de fondo, de detrás de alguna puerta. Me pregunto si serán los médicos que lo estén atendiendo. Saco mi móvil y marco corriendo el número de Karen. Al tercer tono, lo coge.

—Hola, Lisa, qué sorpresa.

—Karen. —Mi voz es un susurro y, con el nudo en la garganta, casi no puedo ni hablar.

—Lisa, ¿qué pasa?, ¿estás bien?

—Es tu hermano. Estoy en el hospital. Le han dado una paliza y se ha quedado inconsciente. —Ya no puedo reprimir las lágrimas ni el llanto—. Por favor, díselo a tus padres y que vengan.

—Dios... Pero ¿está bien?

—No lo sé. Cuando se lo llevaron en ambulancia estaba inconsciente. Y aún no he podido verlo en urgencias. Estamos en el Saint James's.

—Vale, vale. Ahora se lo digo y vamos para allá.

Y cuelgo. Necesito llorar y dejarlo salir todo. La primera vez que lo veo en dos semanas y tiene que ser tirado en el suelo, con la cara llena de sangre. Soy incapaz de quitarme su mirada de la cabeza. Louis, sin parar de atizarlo, y él, sin retirar la mirada de la mía. Por favor, que se recupere...

Después de media hora aparecen los padres de Nick y Karen. Christina, la madre de Nick, es la primera en venir a abrazarme. Dios, cuánto reconforta el abrazo de una madre. Yo ya casi lo había olvidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Pues deben de estar haciéndole alguna prueba. No ha salido nadie a decir nada. Fue Louis. —Miro a Karen, que sabe quién es—. Le dio una paliza. Le tumbó de un puñetazo y él se dio con la mesa. Perdió el conocimiento, así que no sé cómo está.

Yo me derrumbo en la silla. Christina hace lo mismo y Julian apoya las manos en los hombros de su hija. Un consuelo sutil, pero, al menos, un consuelo.

De pronto se abre una puerta y aparece un médico.

—¿Familiares de Nicholas Dyer?

Nos levantamos de un salto. En un segundo el corazón me golpea en el pecho de la forma más dolorosa posible. Solo puedo mirar la cara del doctor e intentar averiguar las noticias antes de tiempo. No quiero ver dolor en su cara, ni compasión. Quiero ver una media sonrisa de alivio, pero no la hay.

—Verán, su hijo ha llegado inconsciente, con un golpe en la cabeza. Le hemos hecho un TAC primero.

Hace una pausa que no me gusta nada.

—¿Y? —pregunta impaciente Julian—. ¿Cuál es el diagnóstico?

—Su hijo tiene un hematoma subdural agudo.

—¿Qué significa eso? —dice Christina, aún en sollozos.

—Ha sufrido un traumatismo craneal. El golpe le ha producido un sangrado cerebral y ha comprimido el tejido del cerebro.

Por primera vez, todos tenemos el mismo semblante: pálido, lleno de pánico.

—¿Y qué hay que hacer? —pregunta Julian mientras abraza a su mujer e intenta controlar su voz con dificultad.

—Hay que operarlo de urgencia. Tenemos que hacerle una craneotomía para poder drenar la sangre. Esto tiene su lado bueno y su lado malo.

Esperamos mientras nos dice las cosas maravillosas de tener —¿cómo ha dicho?— sangrado cerebral.

—Lo bueno es que la zona afectada es muy pequeña. La perforación que tenemos que hacer no será de gran magnitud.

—Ya, ¿y lo malo? —pregunta Julian.

—Entrar en quirófano con un hematoma subdural agudo conlleva un alto riesgo. La operación en sí no es complicada, pero existe riesgo de un deterioro grave en las funciones intelectuales o motoras. —Se muestra cercano, pero se nota que ha tenido que decir las mismas palabras cientos de veces—. No quiero ponerlos en lo peor, pero debo ser realista: existe un alto índice de fracaso en la operación. Aun así, haremos todo lo que esté en nuestra mano para que su hijo salga adelante. También tiene dos costillas fracturadas, suponemos que por la agresión que ha sufrido, pero ahora nuestra prioridad es salvarle la vida a su hijo.

El padre de Nick se lleva a un lado al doctor, y solo consigo oír «Sea claro, doctor...». El resto lo dice en voz demasiado baja como para que lo oigamos ninguno. Pero no les quito ojo; el médico habla muy cerca de Julian y este se echa la mano a la boca. Por primera vez desde que ha llegado al hospital, veo cómo aflora su miedo, y eso hace que me flaqueen las piernas. Cuando vuelve, se abraza a su mujer, y yo sé lo que le ha dicho el médico: hay posibilidades de que Nick muera.

Christina está llorando sin parar, y yo he tenido que sentarme. Mis manos tiemblan sin parar. Nos llevan a otra sala, más íntima, para poder esperar a que

acabe la operación. Yo aún no he reaccionado y tengo la sensación de que me voy a desmayar en cualquier momento. Parece una pesadilla, de las peores; de esas en las que te levantas desorientada y con mal estar, pero luego ves dónde estás y dices: «Solo ha sido un sueño». Solo que esto no lo es en absoluto.

Un golpe, un simple golpe en la cabeza, y Nick puede desaparecer. Los pinchazos en el corazón no paran, y cada vez me mareo más.

—¿Estás bien? —me pregunta la que creo que es Karen, aunque apenas la veo bien—. Estás pálida. Túmbate.

Me tumba en los asientos de la sala de espera. Se aleja de mí, pero en unos minutos vuelve con un vaso de agua y con una compresa mojada que le habrá dado alguna enfermera. Me lo pone en la frente y noto cómo me alivia.

—¿Esto está pasando? —le pregunto con los ojos cerrados, mientras sujeto la compresa húmeda y fría.

—Se va a poner bien. —Es increíble que tenga más optimismo que yo—. Es el hombre más fuerte que conozco.

No quiero ahogarla en mis penas y deprimirla, así que me callo. Porque por mucho que quiera ver el lado positivo a esta situación, la verdad es que es una mierda y que puede salir muy mal.

Me permito cerrar los ojos un momento, aunque cada vez que lo hago acuden a mí pesadillas terribles, pero tengo los ojos tan hinchados de llorar que ya no puedo mantenerlos abiertos. Solo puedo pensar en lo injusto que es, en el poco tiempo que hemos tenido y en que esto no puede acabar así. Pero yo no tengo poder para decidirlo y me siento tan impotente y pequeña; por eso es que, aun con los ojos cerrados, siento cómo las lágrimas descienden por mis mejillas, pero ya no hipo. Apenas tengo fuerzas para nada y, en cuanto me hartó de llorar, siento que el sueño me vence.

Abro los ojos con mucha dificultad. Es de noche, así que debo llevar una o dos horas durmiendo; sin embargo, no me siento mejor, ni más descansada. El primer segundo nada más abrir los ojos recuerdo dónde estoy y por qué, y la tristeza me abruma de nuevo. Miro por la ventana y casi me mareo. La ciudad tiene demasiado movimiento, muchos coches y gente que corre a todos lados. «Eh, mundo, frena un poco; aquí hay una vida que se puede terminar», pienso para mis adentros. Estoy medio catatónica y casi ni oigo cuando viene Danny. Abraza a toda la familia y a mí, que estoy más lejos, me deja para el final. Se para a unos metros de mí y, entonces, mi labio inferior comienza a temblar y a formar una curva hacia abajo. Danny ni lo duda a la hora de correr a abrazarme.

—Eh, eh, tranquila.

—La cosa está mal, Danny —le digo en un susurro para que no me oigan sus padres.

—Venga, ¿quieres salir a dar un paseo? Te vendrá bien.

Me sujeta por los hombros y es reconfortante. Llegamos a la calle y apenas damos un paseo por los alrededores del hospital. Le digo que no quiero alejarme mucho de allí.

—¿Qué es lo que le han dicho? —me dice mientras paseamos lentamente.

—Que tiene un hematoma sub no sé qué. Tiene sangre alrededor del cráneo y tienen que sacársela.

—¿Y es muy grave?

—Sí —digo casi para mí, para que no sea real—. No hay muchas esperanzas de vida, ni de que quede bien después de la operación. —Mi voz suena espesa y ronca después de llorar y dormir.

—Bueno, tranquila. Nick es fuerte y...

—Sí, ya sé que es fuerte. —Casi le estoy gritando—. Pero esto es muy grave. Y no quiero pensar en lo peor, pero es que... —Pienso en qué decir mientras Danny espera paciente—. Esto no es justo. No nos ha dado tiempo a hacer nada, no puede acabar así.

—Vale, respira. —Me abraza con fuerza—. ¿Qué ha pasado exactamente?

—Louis. —Su cara se descompone—. Nick vino a verme al teatro y Louis lo siguió. Le dio una paliza terrible. No me voy a poder quitar su cara de mi cabeza. No quiero que eso sea lo último que recuerde de él.

—Oye, ya está bien. No hay que aventurarse a nada. Están con la operación, así que no hay que hacerse ni falsas esperanzas, ni ponerse en lo peor. No te va a hacer ningún bien.

—Vale —le digo mientras me seco las lágrimas—. Quizás deberíamos subir, por si sale. Ya han pasado unas horas.

Cuando llegamos a la sala, el doctor ya está hablando con los padres de Nick y con Karen. De pronto tengo ganas de vomitar. Christina llora tapándose la cara, y Julian se tapa la boca, como si fuese a decir la peor burrada del mundo. Con todo el panorama que estoy viendo, podría morirme aquí mismo. La vida deja de tener sentido, porque la otra mitad de mí se ha ido, y no sé cómo sobrevivir a eso una segunda vez. Podría desmayarme, si no fuese por la cara de Karen, que he obviado hasta este momento.

Sonríe. Sonríe y llora, y abraza a su madre. Entonces, ¿ha salido bien o no? Me acerco corriendo a ellos.

—¿Qué pasa? ¿Cómo ha salido? —Mi voz sale atropellada entre hipo e hipo.

—Está bien, hija. Está bien —me dice Christina, mientras llora sin parar.

—La operación ha ido mejor que bien —me dice el doctor con media sonrisa—. Estará 48 horas con el drenaje, y seguiremos haciéndole pruebas para descartar problemas neurológicos o motores. Los médicos no solemos usar la

palabra milagro, pero...

Danny me abraza y yo no sé ni lo que hacer, si reír, llorar, dar saltos de alegría o caer redonda al suelo.

—¿Cuándo podemos verlo? —dice Karen con mucha impaciencia.

—Aún es pronto. Veremos cómo responde. No todo está terminado. Hay que tenerlo vigilado por posibles infecciones o nuevas hemorragias. Pero es un chico joven y fuerte. Les avisarán cuándo pueden pasar a verlo.

—Gracias doctor. —Se acerca Julian al médico para estrecharle la mano con fuerza—. No sabe cómo se lo agradecemos. Le debemos la vida.

—No se preocupen —dice sonriendo—, es mi trabajo.

Nuestras caras han cambiado. Sí, aún no está todo salvado y hay riesgos, pero la operación ha salido bien. Parece mentira cómo cambian las cosas de un segundo a otro. Si antes tenía impaciencia por verlo, lo de ahora no tiene nombre. Quiero entrar por esa puerta y buscarlo como una loca, y encontrarlo, y besarlo por todas partes. Quiero encontrarlo y no volver a soltarlo. Cómo he sido tan estúpida, cómo pude dejarlo. No es justo que la vida tenga que darte sustos para que sepas lo que de verdad quieres. Pero si ha pasado así, lo acepto. Todo con tal de volver a su lado.

Casi es media noche cuando aparece una enfermera.

—Hola, ¿los familiares de Nicholas Dyer? —Nos mira a todos. Sí, quizás somos demasiados—. Pueden pasar para verlo, pero de dos en dos como mucho. Aún está adormecido y no necesita sobresaltos. Necesita descansar, así que las visitas deberán ser cortas.

Christina es la primera en entrar con Julian. Van animados. Yo tengo un nudo en el estómago. Estoy a minutos de poder verlo.

—Deberías entrar sola —me dice Danny—. Karen y yo entraremos juntos, y dejaremos lo mejor para el final. —Danny me coge la mano y sonrío. Menos mal que ha estado aquí todo el tiempo.

Veo cómo los padres de Nick desaparecen por la puerta, y es entonces cuando concibo que van a verlo. Van a verlo porque está vivo. No se ha ido.

—¿Lisa? —Sé que Danny me está sujetando la mano, pero apenas noto su piel con la mía, y su voz suena muy lejos—. ¿Te encuentras bien? Estás temblando. Ya ha pasado todo, Nick está bien.

—No ha querido comer nada. —Karen me toca la pierna, creo, pero no lo percibo con total claridad—. Debe de estar desfallecida. Voy a ir a por algo a la cafetería para ella; si no, no podrá dar un paso sola.

Cinco minutos después estoy dando pequeños bocados a un sándwich de atún, y lo cierto es que me hace volver en mí. Realmente necesitaba comer. Danny y Karen me miran sonrientes y dicen que vuelvo a tener color en las mejillas.

Después de diez minutos, salen sus padres y entran ellos dos.

—¿Cómo está?

—Pues no está mal —dice Christina, aunque no tan feliz como antes, y eso no me gusta—. Tiene los tubos en la cabeza y habla poco.

—Cielo, es normal. —La consuela Julian—. Acaba de pasar por una operación difícil. Pero habla y nos reconoce, eso es estupendo.

En realidad sí. Todo lo que quiero es que sepa quién soy, que su cabeza esté bien. Quince minutos después salen Karen y Danny.

—El pobre parece Frankenstein, pero está genial.

Julian mira con reproche a Danny por el comentario, pero no le dice nada. Supongo que ya sabe cómo es el mejor amigo de su hijo.

—Está bien. Le cuesta hablar, pero al menos lo hace, así que eso es bueno —dice Karen mientras se seca una lagrimilla—. Te toca.

Respiro hondo una vez, y luego atravieso las dos grandes puertas. Una enfermera me guía por el pasillo, no demasiado largo.

—Por aquí, querida. —Me señala la habitación derecha.

Tengo el corazón a mil por hora, pero no estaba preparada para lo que veo. Nick se queda petrificado, pero yo solo me fijo en su cabeza, afeitada a trozos y con tubos saliendo literalmente de su cuero cabelludo. Está más delgado y con unas ojeras que asustan, por no hablar de la cara hinchada de tanto golpe que ha recibido del malnacido de Louis. Sí, no puedo evitar volver a llorar de verlo así, pero, sobre todo, de verlo.

—¿Lisa? —dice él, esperanzado, supongo. Su voz no se parece en nada a la real. Su voz grave, sensual y pausada ahora es un sonido ronco, fruto de la anestesia. No me gusta. No esperaba verlo así.

—Nick, Dios, ¡Nick!

Corro a su lado para abrazarle, teniendo cuidado con todos los tubos y las vías que tiene de por medio. Lo tengo que besar y me devuelve el beso con ganas, aunque con lentitud. Acaba de salir de una operación, pero no se ha olvidado de incluir en el beso la urgencia que ya era tan habitual. Acaricio su cara y me pica la mano. Tiene una barba bastante cuidada que no lo hace parecer él.

—Ah, espera. —Me quita suavemente de él e intenta respirar profundamente—. Las... costillas.

Se retira la sábana para dejarme ver las bandas que le han puesto.

—No me creo todo esto —le digo aún llorando.

—Tranquila. —Su voz es un susurro, como si se acabase de levantar—. Estoy bien. Me duelen más las costillas y esto. —Se señala la mejilla inflamada—. Pero lo de la cabeza ni lo noto. —Tiene la mirada perdida, aunque intenta centrarla en mí, y yo evito mirar todos los tubos que salen de su cabeza.

—Estás hasta arriba de medicamentos. Seguro que por eso no te duele.

—Pues mejor —lo dice somnoliento, como si estuviese drogado—. Lisa, yo...

—No, no lo digas. Estabas ahí, en el teatro, y es todo lo que necesito. Fui una idiota por dejarte, por no confiar en ti.

—Pero yo no te pude explicar todo lo que...

—Calla, Nick. Hablaremos de ello, pero no ahora. —Sigo llorando, aunque es de plena felicidad—. Necesitas descansar, y yo estaré aquí en todo momento. No voy a marcharme. Esta vez no.

Noto cómo vuelve a respirar, tranquilo y feliz. Intento no fijar la vista en todo lo que le sobresale de la cabeza, y me concentro en verlo con los ojos abiertos y con la sonrisa cansada, que no retira. No decimos nada más porque, de momento, no lo necesitamos. Así que me siento a su lado y le cojo la mano con fuerza, que es casi lo único que puedo hacer. Él no me devuelve el apretón, pero sí traza círculos con su dedo en mi palma, con lentitud y con torpeza, pero no me importa. Mueve los dedos en mi mano porque está vivo, y necesito mirar cómo lo hace para terminar de creérmelo.

Los siguientes días los paso en el hospital. Solo accedo a ir a dormir a casa el segundo día, cuando Nick ha empezado a caminar y los resultados del postoperatorio son satisfactorios. Aun así, me retiro lo justo para dejarlo descansar a él, porque en seguida vuelvo a su lado para ayudarlo a comer, a ir al baño y a hacer los ejercicios que le han mandado.

—No me puedo creer que me estés ayudando a ir al baño —me dice mientras me pasa un brazo por los hombros y yo lo sujeto por la cintura—. Creía que esto lo haríamos a los ochenta.

—Bueno, ahora tendré más fuerza que dentro de sesenta años. Aprovecha.

Se ríe. Se ríe con cuidado por las costillas, pero se ríe, y mi corazón se agranda cada vez que lo hace. Cuando no me ve, me quedo mirándolo, porque aún hay momentos en los que creo que esto es un bonito sueño y que despertaré en la silla de la sala de espera. Pero no ocurre, así que sonrío como una idiota.

—¿Qué pasa? —dice mientras se sienta en la cama con dificultad y comienza a hacer los ejercicios que le han mandado.

—Nada. —Me acerco para ayudarlo sin dejar de sonreír—. Solo me alegro de estar aquí.

—Pues yo preferiría estar en casa.

—Paciencia. Antes de que te des cuentas, volverás a la vida de antes.

Se produce un silencio. Sé lo que está pensando. La vida que tenía antes, justo antes de lo que pasó, no es lo que ninguno de los dos queremos. Nuestras miradas se encuentran y, aunque en la mía hay tranquilidad, en la suya hay culpabilidad.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—No me mires como si me hubieses destrozado. —Agacha la cabeza porque sabe que he dado en el blanco—. No fue tu culpa. Los dos teníamos demonios dentro que solucionar. Éramos tan distintos que, mientras cambiábamos por el otro, nos aterrábamos a la vez por perder una parte de nosotros mismos. —Me coge la mano y se la aprieta con fuerza para animarlo—. Yo no echo de menos ser una loca histérica. Eso te lo debo a ti.

—Ni yo echo de menos ser un maniático del control. —Suelta el aire con fuerza, porque sabe que no es ese el tema que debemos tratar—. Lisa, lo siento. —Voy a abrir la boca para quejarme, pero me lo impide—. Déjame que acabe. Tú te fuiste, pero yo no hice nada por retenerte. —Le cuesta hablar, y piensa cada palabra como si fuese un mundo decirlo. No quiero que se esfuerce ahora, aún es pronto—. Ella no es nadie, Lisa, nadie. —Me coge de la mano con una fuerza que me asombra, dado el estado en el que está—. Cuando me besó, te juro por todo lo que quieras que me dio... asco. —Su cara se contrae, y no me cuesta creerle—. La aparté en seguida, porque no eras tú. Y cuando te fuiste, me di cuenta de algo que sentía desde hacía tiempo y no pude decirte.

—Pues, puedes decirlo ahora.

Me siento a su lado en la cama, con cuidado de no hacerle daño.

—No quiero volver a besar a nadie más que no seas tú.

—¿Eso es una manera de decir que...?

—¡Sí, claro! —dice riendo, como puede—. Que te quiero.

Y le doy un beso, aún con más ganas que antes, si cabe. Me acerco a su oído.

—Yo tampoco quiero volver a besar a nadie que no seas tú.

EPÍLOGO

Le beso cada parte de su cara, sus párpados, su nariz, sus labios. Ha sido la sequía más dura de mi vida, pero, por órdenes del médico, he tenido que abstenerme de hacer ejercicio duro durante, al menos, un mes. Solo podía hacer lo que me mandaba el fisioterapeuta. Las costillas han soldado bien, pero, en cuanto hacía algún movimiento brusco, me dolía como si me volviesen a dar una patada. Pero hoy es diferente.

—¿Estás seguro? —me dice mientras me acaricia el brazo—. Si aún no estás del todo bien...

—Todavía me duele un poco, pero se han curado a la perfección. No es nuestro estilo, pero tocará empezar con algo suave si no quieres que me vuelva a partir en dos.

Sonríe, aunque no del todo. Quizás no le haga gracia recordar lo que ocurrió el mes pasado. Yo, sin embargo, estoy más que agradecido. No puedo decir que cuando estuve inconsciente vi una luz y un túnel, o los mejores momentos de mi vida. Pero sí recuerdo a Lisa. Todo el tiempo a ella, en mi cabeza. Tenía pesadillas donde me dejaba una y otra vez, y entonces notaba el dolor en el pecho. Seguramente fuese el dolor de las costillas, pero en ese momento sentía el dolor porque ella se iba. Supe, nada más despertar, que es el motor de mi vida.

Y aquí, en la cama, la quiero más que nunca. Me tumbo en la cama, para hacer el menor esfuerzo posible, aunque lo que de verdad quiero es sentir cómo mi peso la envuelve, hacer con ella lo que me dé la gana. Pero disfruto de buena manera de lo que me hace.

Tiene un cuidado exagerado, presiona las partes donde sabe que puede hacerlo, y agradezco haberme fracturado solo las costillas. Pasa la mano por mi pecho, evitando el abdomen, y me arde allí donde no me toca, pero me aguanto. Unas semanas más y listo.

—Si te duele, dímelo.

—No pares. —Mi voz es apenas un susurro.

No puedo decir nada más. Hace mucho tiempo que la necesito, y me siento como un adolescente en su primera vez. Con sumo cuidado se acomoda sobre mí y baja lentamente, algo desgarrador. Querría levantar mi pelvis para acabar con el sufrimiento, pero eso sería demasiado ejercicio. Demasiado....

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Calla —le digo entre jadeos—. Estoy más que bien. ¿Podrías disfrutar y relajarte un poco?

—Lo que usted diga, señor.

Y, por fin, se relaja. Se mueve sin pudor, sujetándose en mis brazos. Yo apenas me muevo, se encarga ella de todo. La lentitud, que antes era una tortura, ahora es algo delicioso. Me permito echar un vistazo hacia abajo mientras ella lleva la cabeza hacia atrás y se retuerce de placer. Oh, esa es la mejor vista del mundo. Ni la Torre Eiffel, ni la Gran Muralla China. Ella, entrando y saliendo, abandonándose al completo para mí, y contorsionándose de una forma única. Hemos esperado mucho tiempo y ahora lo estamos haciendo sin miedo, sin dolor. Bueno, quizás un poco, pero es soportable y no pienso dejar que se entere.

Con un movimiento sensual, lleva mis manos a sus pechos, y es todo lo que necesito. Lo intento retrasar todo lo que puedo, pero noto en cómo contrae sus muslos, que no le queda mucho y, con su primer espasmo, me abandono también.

Querría que se quedara tumbada a mi lado, yo aún no puedo moverme. Aunque ha sido sensacional, es inevitable correrse y no contraer el abdomen, así que me duele, pero no tanto como para que se me note. Y mucho menos como para decírselo.

—Dios, tanto tiempo... —me dice mientras se acomoda en mi cuello y me besa con dulzura.

—Lo sé... Creía que no iba a durar ni un minuto.

Nos quedamos tumbados en mi cama; yo, sin moverme, y ella, acariciando mi pecho de un lado a otro.

—¿A qué hora era la reserva?

Miro el reloj con pereza, deseando quedarme unas horas más así.

—A las nueve y media.

—Subiré a cambiarme, entonces; si no, llegaremos tarde.

Retiro mi brazo de sus hombros, muy a mi pesar. Ella parece tener prisa, pero yo no me muevo de la cama, y observo cómo se viste. Sé que sus movimientos son naturales, pero no puedo evitar pensar que es una maravilla, y ella ni siquiera se da cuenta. Antes de irse, me da un beso en los labios y otro en el corazón, algo que hace desde que salí del hospital.

—¡No tardes! —me grita justo antes de irse.

Me ducho y me visto corriendo, ahora que tengo la cabeza despejada. En menos de media hora, llamo a su puerta, vestido con chaleco y con vaqueros oscuros. Nada más abrir me quedo deslumbrado.

—¿Y ese vestido?

Lleva un vestido blanco con detalles florales y con un escote al que no podría resistirse nadie.

—Lo compré en Londres. —Hace una pausa, pero luego sigue. Ya es el pasado—. Estaba deseando tener una ocasión para ponérmelo.

La estrecho entre mis brazos, acariciando la suave tela que envuelve todas sus curvas.

—Pues... yo estoy deseando quitártelo. —Ella sonrío como si hubiese soltado un chiste—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Que a veces sé lo que vas a hacer, antes incluso de que lo pienses tú.

La cena es una celebración. Ha pasado un mes, los resultados fueron excelentes, y cada vez voy mejor. No puedo creer la suerte que tuve, aunque sé que fue mi fuerza por mantenerme vivo lo que hizo que todo saliera bien. Hablamos de la galería de arte, que llevó durante una semana la compañera de Lisa.

—Tengo un comprador muy importante, el señor Riggs. —La escucho atenta, porque por fin podemos tener de nuevo una conversación normal—. El otro día vio por casualidad un cuadro mío, algo que pinté hace muchos años y... se ha interesado.

—¿Qué? —No creo lo que dice—. ¿Crees que quiere...?

—Sé que quiere que pinte algunas obras para él. Y estoy deseando empezar. Dejé la pintura hace mucho, y ya solo la estaba vendiendo. Aunque tendré que dejar el teatro durante un tiempo.

Sus ojos brillan más que nunca, y sé que esto es importante para ella. Tanto como para mí el proyecto de Londres, que empezará en unos meses.

Terminamos la cena y el postre, y las copas se van llenando poco a poco. Tiro de ella hasta la pisa que hay alejada de las mesas. Está sonando algo lento, perfecto para este momento. Ella me sonrío. No solo lleva un vestido impresionante, sino que el cabello le cae abultado sobre los pechos, lo que le da un aire más adulto, más sensual, si es que puede. Y yo no puedo más que hundir la nariz en él y beber del olor más maravilloso del mundo.

—Hay algo que quiero hacer —le susurro al oído.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Mmm... —Pienso en su oferta mientras paso la mano por su espalda. Se le eriza el vello y eso me hace sonreír—. Podría estar bien. Pero no, no eso.

—¿Entonces? —Noto un deje de decepción en su voz, y hace que me ría.

Me pongo de rodillas con sumo cuidado, y su cara se transforma en un poema, el más terrorífico del mundo. La gente nos mira, porque sé lo que parece.

—Tranquila, no voy a sacar ningún anillo. —Su rostro cambia, y me deja ver la sonrisa que tanto me gusta—. Te voy a dar un consejo; si no quieres que se sepa un secreto, no se lo cuentes a Danny.

—¿Qué?

—No te puedo pedir un último baile, porque no lo va a ser, pero sí puedo pedirte el primero.

Su sonrisa se ensancha hasta las orejas y, cogiéndome de la cabeza, me besa y me levanta. La cojo de la cintura con una mano y uno la que me queda con la suya, pegándola a mi pecho. No puedo quitar mis ojos de ella, y ni siquiera sé si nos están mirando. La verdad es que me da igual. Nos mecemos al son de la música, lento y sensual.

—Lo que acabo de hacer me ha dado una idea. Ya sabes, ponerme de rodillas.

—Madre mía, Nicholas —dice con retintín—, ¿no hablarás en serio?

—Bueno, no me refiero a hacerlo ahora, pero sé que es contigo con quien lo haré. ¿No te gusta mi propuesta? —le digo al oído. Su latido aumenta y traga con dificultad. Sí, claro que le gusta.

—Pues sí, pero no corras tanto. Nos queda mucho por hacer aún antes de dar ese paso.

—He esperado mucho. Ya no puedo esperar más.

—¿Mucho? Creía que los hombres huáis del matrimonio, y no llevamos tanto.

—No es algo que quiera hacer mañana, Lisa —le digo serio, atrapando su mirada con la mía—, pero todo en mi vida ha sido un cúmulo de cálculos, de pros y contras. La primera cosa que he cogido sin esperar has sido tú. —Sus ojos comienzan a brillar—. No voy a esperar... nunca más.

Y así seguimos bailando, dejándonos llevar por la intuición, sin saber qué vamos a hacer mañana. Debería aterrarme, pero me encanta.

AGRADECIMIENTOS

Principalmente a mi familia, porque siempre me ha apoyado en este pequeño sueño que es escribir.

Quiero darle las gracias a Yuki Sepúlveda, por la clase intensiva que me dio sobre medicina, y a Ana Rubio por leer y por echarme una mano con todo lo referente a arquitectura. Habéis ayudado a crear una historia más veraz.

Por supuesto quiero agradecer a Marion el haberme ayudado a entrar en la familia de Selección. Como bien me dijo, fue el último empujón, pero fue uno muy grande.

No puedo olvidarme de Lola Gude. Primero, por confiar en mí y en esta novela, por su eficacia y por el trato tan personal que siempre recibo de ella.

En definitiva, agradecer a cualquiera que se ha involucrado y preocupado por la que ha sido mi ilusión durante mucho tiempo.

Y a ti, por dedicar un tiempo de tu vida a leerme.

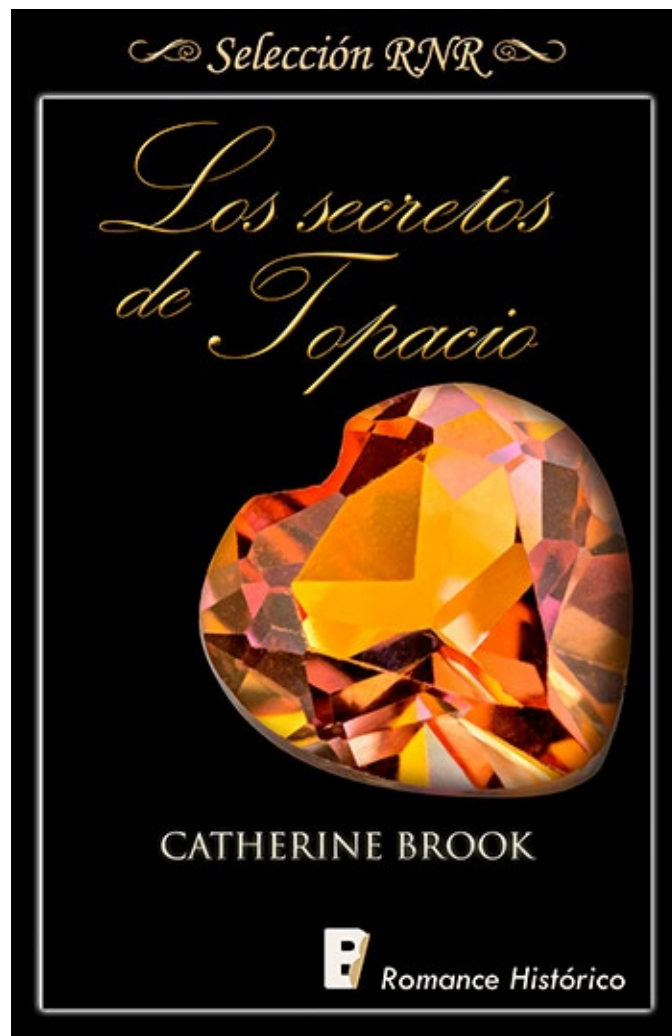
Si te ha gustado

No te quiero esperar

te recomendamos comenzar a leer

Los secretos de Topacio

de Catherine Brook



PRÓLOGO

Surrey, 1804

Topacio Loughy se apretó más contra la pared de madera. Pensó que quizás no había sido buena idea esconderse en el armario que había llegado esa tarde para su tía Henrietta, y que todavía no habían llevado a su habitación. Sin embargo, pareció ser la mejor opción cuando la institutriz les propuso, de manera bastante insistente, a su parecer, que jugaran a esconderse. En ese momento, Topacio supo que algo no iba bien, y ahora, mientras escuchaba los disparos provenientes de afuera, tuvo la certeza que no se había equivocado.

Se abrazó a sí misma para intentar detener los temblores que el miedo provocaba en su cuerpo. No tenía la menor idea de qué podía estar sucediendo en el salón, pero sabía que no era nada bueno. Las lágrimas rodaban por sus mejillas como una cascada y solo morderse el labio impedía que los sollozos hicieran eco en el encerrado lugar. Esperaba que sus primas hubieran elegido un mejor sitio para esconderse, porque ese, definitivamente no lo había sido.

Un «NO» dicho en tonalidad bastante alta la puso en alerta. Era imposible no reconocer la voz de su madre, pues había escuchado más de una vez esa palabra de su boca, solo que nunca había tenido ese tono de terror impreso.

Armándose de un valor desconocido, se acercó a las puertas del armario y las abrió un poco, lo suficiente para poder observar cómo un hombre con la cabeza cubierta le disparó a la mujer que le había dado la vida.

Un grito de horror pugnó por salir de sus labios, pero no supo si fue por el miedo, o por la impresión, que este murió antes de emitirse en voz alta. El chillido que ella no pudo profesar salió de la boca de su padre, quién se abalanzó contra el agresor e iniciaron una pelea por el arma.

—Todos morirán —aseguró la voz del uno de los asesinos.

Este hombre tenía la cabeza cubierta, pero Topacio no necesitó más que escuchar su voz para reconocerlo. La sangre se le congeló en las venas y su respiración se volvió dificultosa. No, no podía ser, él no podía haber orquestado todo eso. No podía ser quien pensaba. No el tío Mathew.

—¿Por qué haces esto, Mathew? —gritó su padre— ¿Qué te hemos hecho? Siempre te hemos tratado bien.

—Me han brindado su lástima, querrás decir —dijo la voz amarga del otro hombre—. Todo esto debió ser mío, no de ustedes. ¡Mío!

—Entonces, ¿nuestro pecado es haber nacido? —espetó su progenitor mientras intentaba quitarle el arma a aquel ser que quería matarlo— Dime, ¿qué ganaste arruinando mi hacienda? ¿Qué ganaste incendiando la hacienda de Colin? Porque ahora estoy seguro de que fuiste tú el causante de todas nuestras tragedias, pero sobre todo ¿qué ganas matándonos? Esto jamás será tuyo de igual forma. No podrás heredar.

—Tal vez no, pero ni tú ni los demás vivirán para disfrutarlo tampoco. Esa será mi venganza.

—¡Estás loco!

El asesino movió bruscamente el arma hacia abajo con la intención de quitársela, pero su padre era más fuerte y logró conservarla. La pelea por esta se hacía cada vez más reñida y se fueron desplazando hasta que Topacio no pudo verlos. Cuando sonó un disparo se sobresaltó y se atrevió a abrir un poco más el armario, solo para buscar desesperada una respuesta. El alivio la inundó cuando vio a su progenitor caminar hasta quedar de rodillas frente al cuerpo inerte de su madre. Ella iba a salir, quería ir hasta ellos, pero sus pies se negaron a moverse. Su padre alzó entonces la vista y la vio, le hizo una rápida seña para que volviera a esconderse y le dirigió una de esas miradas que advertían que esperaba ser obedecido.

Lo último que Topacio vio antes de meterse nuevamente al armario fue cómo un hombre disparaba a su padre y lo dejó inmóvil en el piso.

El cuerpo empezó a temblarle sin poder controlarlo y su mente era incapaz de analizar lo sucedido. No, ellos no podían haber muerto. Ese hombre no pudo haber hecho eso. Él siempre los había tratado bien ¿Cómo se atrevió a traicionarlos de esa forma?

Los sollozos empezaron a volverse esta vez más fuertes. Ella no quería hacer ruido, pero le era imposible parar. Acababan de matar a sus padres. Ella lo había visto y no había hecho nada por evitarlo. No había intentado defenderlos. Era una cobarde.

Los disparos cesaron luego de un tiempo indefinido.

Con el cuerpo tembloroso, abrió las puertas del armario y salió.

El salón principal, antes adornado para la Nochebuena, se había vuelto un río de sangre en el que flotaban cuerpos inertes. No había rastros de sus agresores.

—¿Mamá? ¿Papá? —dijo entre sollozos viendo los cuerpos de sus padres—. Respondan. —Se acercó a ellos y los movió—. Les prometo que me portaré bien, pero respondan.

Silencio. Su voz era la única que se escuchaba en el lugar.

—¿Tía Henrietta? —Movi6 el cuerpo de la mujer rubia—. Tía Henrietta, tienes que supervisar d6nde pondr3n tu armario. Tío Colin, dile que despierte; si suben el armario sin su supervisi6n, lo pondr3n en el lugar equivocado.

El hombre rubio no se movi6.

—¿Tía Marion? Tía Marion, recuerda que Rubí te desobedeci6 y se trep6 a ese 3rbol de donde luego se cay6. Dijiste que la ibas a castigar ¡Tienes que despertar para castigarla!

Topacio se desplom6 en el piso intentando negar lo innegable, todos estaban muertos. Observ6 a su alrededor. Su abuela paterna estaba solo a unos pasos de ella, su abuelo materno se encontraba m3s atr3s. Los padres de sus tías estaban por alg6n otro lado del sal6n. Todos muertos.

—Topacio.

La voz fue solo un d6bil susurro, pero suficiente para ser escuchado por la niña cuya esperanza se aferraba a cualquier cosa.

—¡Tío Albert! —exclam6— ¡Est3s despierto! Tienes que levantarte, t6 siempre dices que uno debe levantarse despu6s de cada caída, ¿Vas a caso a negar tu propio consejo? ¡P3rate! —orden6 acerc3ndose a 3l.

La cara del hombre se torci6 en una mueca que pretendi6 ser una sonrisa.

—Siempre dando 6rdenes, Topacio —murmur6—. Promete una cosa, querida niña—. Una tos con sangre lo interrumpi6—. Pro... promete que siempre estar3n unidas, prom6tame que har3n lo posible para que las otras sean felices, júrame que usar3s tu instinto gitano, que nunca te falla, para el bien.

Otro ataque de tos.

—Esa es m3s de un promesa —observ6 la niña—. Pero te las prometo todas si te levantas.

3l neg6 con la cabeza.

—Me temo que se pondr3 a prueba la fortaleza de todas, mi niña. Si tan solo le hubiera hecho caso a tu abuela... Ella se lo advirti6 a tu madre. Le advirti6 que el peligro nos asechaba. —m3s tos—. Su hija muri6 y probablemente nunca lo sepa. ¿Me lo prometes, entonces?

Ella asinti6 con las l3grimas que rodaban por sus ojos.

—Te lo prometo.

La mueca de una sonrisa volvi6 a asomar a sus labios.

—Bien, busca a las dem3s y v3yanse, huyan antes de que regresen.

Sus ojos se cerraron antes de que pudiera decir m3s.

Topacio se limpi6 la 6ltima l3grima de la mejilla. No creía que regresaran, ya que el causante de todo estaba a unos metros atr3s de ella. Pero se irían solo porque no creía soportar ver esa escena m3s tiempo.

Un grito ahogado son6 desde la escalera. Era Zafiro. Sus ojos azules miraron

con horror la escena antes de llenarse de lágrimas.

—¿Están dormidos verdad?

La voz de Esmeralda la hizo girar nuevamente la cabeza. La pequeña de tan solo cuatro años miraba los cuerpos inertes sin entender nada.

—Rubí, ¿por qué duermen en la Nochebuena? Aún es temprano ¿Por qué hay tanta sangre?

Rubí no respondió. Los sollozos empezaron a invadirla.

—Tenemos que irnos —dijo Topacio sin una lágrima en su rostro—. ¡Ahora!

Ninguna puso objeción. Aunque hasta él último momento miraron hacia atrás, como si todo fuera a volver a la normalidad de repente y lo vivido fuese solo un mal sueño.

Topacio también tuvo esa esperanza, pero mientras recorrían los caminos de tierra la desechó. Ellos no despertarían porque todos estaban muertos. Muertos debido al odio desmesurado de alguien en quien confiaban. Si no se podía confiar en la familia, ¿en quién se podía confiar? Si tu propia sangre te traicionaba ¿Por qué no podía hacerlo alguien más?

El camino hacia el lugar indefinido lo recorrió con la mente en otro lado. Su cerebro rememoraba una y otra vez lo sucedido, y las imágenes de los asesinatos paseaban ante sus ojos como si las estuviera viendo de nuevo, torturándola, haciendo que se reprochara el no haber podido hacer nada. Era una cobarde, pero nunca más, se juró. Jamás volvería a ser una cobarde. Nunca más volvería a mostrar debilidad. Pero, sobre todo, en su vida volvería a confiar en alguien que no fueran esas personas que caminaban junto a ella en ese momento. La gente era mala, y siempre tendría que estar alerta. Un traidor podía estar donde sea, debía que mantener las defesas altas para que nadie pudiera hacerle daño. No sería la misma. Topacio Loughy jamás volvería a ser la misma.

¿Cómo es posible que a veces quiera cerrarle la boca con cinta adhesiva y otras quiera hacerlo con un beso? Una historia de pasión y odio, de orden y caos



Nicholas lleva una vida ordenada, rutinaria y seria, vive por y para su trabajo. Las mujeres ya no entran en su vida, a no ser que viaje fuera del país, para no atarse a nadie. Toca el piano, pero solo música clásica, no quiere oír hablar de canciones modernas y ruidosas. Algunas personas lo tachan de aburrido, entre ellos Lisa. Ella es feliz, rodeada de arte, del no saber qué hará mañana y de su guitarra. Hacer que sus vidas se crucen sería una mala idea, pero que además sean vecinos, podría ser el caos.

Sus disputas por el escándalo que hace Lisa con un «trasto ruidoso», o por los malos modales de Nicholas, incapaz de mantener una conversación educada con ella, no harán sino aumentar la tensión entre ambos. Ninguno quiere dar el brazo a torcer para intentar llevarse bien, como buenos vecinos, a pesar de las diferencias que tienen. Hasta que entienden que esas diferencias, serán precisamente las que les mantendrán unidos...

Rocío Mulas. Nací en un pueblo a las afueras de Madrid en 1991. Mi pasión por la escritura comenzó a los ocho años, cuando escribía pequeñas historias con la máquina de escribir de mis padres. A los doce, tras leer a *Susan E. Hinton*, me atreví con lo que creía que era mi primera novela, aunque ahora lo considero un relato largo. Mis profesores me animaron a presentarme a concursos literarios, en los que gané algún premio, y a los 16 escribí mi primera novela, *El Misterio de Adam Mitchel*, publicada en 2014. Actualmente soy maquilladora profesional, pero sé que la imaginación me desborda cada día, y que nunca dejaré de ser escritora.

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Rocío Mulas

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-936-2

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[No quiero esperar](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Rocío Mulas](#)

[Créditos](#)

Table of Contents

[No quiero esperar](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Rocío Mulas](#)

[Créditos](#)